LA ESPADA DE DIOS

CIENCIA FICCIÓN DURA

BRANDON Q. MORRIS

LA ESPADA DE DIOS

Ciencia ficción dura

La Fragua Cósmica

Libro 3


BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice



2144: Celia Baron trabaja en el Observatorio Lowell en Flagstaff, Arizona, donde se descubrió a Plutón hace más de doscientos años. Al caer la noche, utiliza los telescopios del observatorio para presentar a los visitantes las maravillas del universo. Una vez finalizados los recorridos, extraoficialmente, pero con el permiso de su jefe, utiliza los mejores instrumentos del observatorio para avanzar en su propia investigación.

Durante un análisis rutinario, capta sucesos extraños en la nebulosa oscura LDN 63. Todo lo que ocurre allí parece suceder demasiado rápido. Sería una gran observación, si alguien le creyera. En una ocasión, Celia hizo un descubrimiento supuestamente innovador, pero se valió de datos falsificados. Desde entonces, su nombre ha quedado desacreditado en la comunidad científica. Para respaldar sus observaciones, necesita acceso a un telescopio mucho más potente. Pero, con sus antecedentes, no tiene posibilidades de emplear ninguno de los mejores telescopios del mundo.

Paul Henson es sacerdote en una iglesia católica en Tucson, Arizona. Desde que su hija y su esposa murieron en un accidente, perdió la fe en Dios. Apenas puede con su vida diaria y se halla a punto de ser despedido cuando se le ocurre una idea: ya no puede creer en Dios, pero si hubiera pruebas de su existencia, podría dedicarse de nuevo a su profesión.

Mientras investiga en internet, Paul se topa con las observaciones de Celia: un proceso para el que no hay explicación científica. Eso podría responder a su pregunta. Ambos se encuentran y Paul logra concertar una reunión con el astrónomo del Vaticano, con la ayuda de la IA, Alexa. La IA, una de las Seis Grandes que organizan, si no gobiernan, las vidas de los terrícolas entre bastidores, persigue sus propios intereses. Aunque la IA tampoco logra convencer al Vaticano, sí brinda a Celia y a Paul la oportunidad de apoderarse de un telescopio abandonado: el Wang-Zhenyi, que está inactivo y orbita en el espacio en el punto L2 de Lagrange.

Jaron C. Lewis es el comandante ciego del remolcador Aquiles quien, junto con su tripulación, los alemanes Norbert y Jürgen, recoge los satélites defectuosos para que ya no representen un peligro. Desde hace tiempo su negocio va mal. Y, de pronto, su situación se complica aún más cuando un satélite arranca el brazo de recuperación de su remolcador. Poco después, por culpa de un cliente, lo arrestan por un encargo que no es del todo legal. Y, además, mientras todo eso sucede Jaron se entera de que Norbert necesita someterse con urgencia a un caro tratamiento contra el cáncer.

Es entonces cuando Celia y Paul llegan a la estación espacial Arrecife Beta. Por un buen precio, contratan a Jaron y su tripulación para que vuelvan a poner en funcionamiento el viejo telescopio. Con una pantalla especial, un ocultador, puede superar a los telescopios actuales en tareas específicas. Celia está a punto de confirmar su descubrimiento cuando un objeto disparado, al parecer, de la nada, se dirige hacia el ocultador para destruirlo. Poco antes de la colisión, la IA Alexa logra desviar el objeto. Entretanto, Celia y Jaron determinan que el objeto se mueve a una velocidad cercana a la de la luz. Sin embargo, se guardan ese hecho para sí mismos porque saben que nadie les creería.

Celia ahora tiene datos suficientes para revelar el secreto de LDN 63. En la nebulosa oscura se forman estrellas y planetas sin parar y mucho más rápido de lo que sería posible según las teorías físicas actuales. ¿Qué está pasando en LDN 63, conocida como la Fragua de Dios? ¿Actúan allí fuerzas sobrenaturales? La Iglesia decide construir una nave espacial interestelar, diseñada por las Seis Grandes, para investigarlo.

2145: Se completa la construcción de la nave espacial. Como Norbert está demasiado enfermo para acompañarlos, una médica experimentada, Carlota Fernández, los acompaña en el largo viaje. Justo antes del despegue, ocurren extraños incidentes de sabotaje, como si alguien quisiera impedir que el Buscador descubra la verdad sobre la nebulosa oscura. Pero el padre Henson realiza un acto heroico y el despegue ya no puede ser detenido. Con la IA Alexa a bordo, los cinco humanos comienzan su viaje de casi ciento cincuenta años.

2294: El Buscador de la Verdad llega a la zona donde estaba LDN 63. Pero ya no queda nada de la nebulosa oscura. En vez de eso, la tripulación se topa con un cúmulo estelar abierto con todos sus sistemas. Jaron, Jürgen y Carlota examinan un planeta al que provisionalmente llaman C-c, mientras que Celia y Alexa en el Buscador inspeccionan el sol asociado. La superficie de la estrella está cubierta por una red en forma de rejilla que parece controlar su actividad. La red también podría usarse como arma, ya que es capaz de dirigir una décima parte de la energía estelar en cualquier dirección con una poderosa explosión.

En el planeta C-c, la tripulación descubre un túnel gigantesco de 500 metros de diámetro, que atraviesa el planeta de polo a polo. La aproximación de otro cuerpo al sistema provoca un poderoso maremoto del que los humanos apenas logran escapar. Desde la órbita, los viajeros se atreven a realizar un experimento: utilizan su cápsula espacial para romper la capa de hielo que cubre el tubo planetario. Tienen éxito y provocan una enorme erupción. No solo envuelve la cápsula, sino también la nave espacial y la expulsa hacia

el centro de la antigua nebulosa oscura a una velocidad relativista, es decir, cercana a la velocidad de la luz, en solo cuatro días. La IA, Alexa, desaparece durante el traslado.

En el centro del cúmulo estelar les esperan unas diez mil naves alienígenas en dos formas diferentes. Al parecer, están protegiendo una perturbación esférica en el espacio-tiempo. Un ser extraterrestre, quien dice ser un residual, les explica que el cúmulo de estrellas fue construido como señuelo. La «Incursión» alienígena agresiva, que ataca las fuentes de agua, debe ser detenida de una vez por todas. Habrían sido destruidos tras su llegada, pero la aparición inesperada de los humanos detuvo ese proceso y desactivó el detonador porque ningún tercero debe resultar perjudicado.

Está claro que la flota de la Incursión recolectará el suministro de agua del cúmulo estelar en pocos años. Después, la Tierra estará en peligro, ya que se encuentra cerca desde el punto de vista cósmico. Si la tripulación escapa con el Buscador, su planeta de origen perecerá. Sin embargo, si logran encontrar el detonador y activarlo manualmente, todas las estrellas del cúmulo liberarán su energía acumulada al mismo tiempo. Eso detendría a la Incursión y acabaría con la tripulación del Buscador.

Al final, resulta que la IA Alexa solo se estaba escondiendo. Teme a la civilización que abandonó al residual porque caza IAs y las destruye. ¿Es algo más que un rumor? En cualquier caso, parece ser la verdadera razón por la que Alexa se embarcó en esa misión.

Luego, llega a la nebulosa oscura un acorazado humano moderno. La Espada de Dios es producto de tecnología más avanzada y ha podido reducir su tiempo de vuelo a un tercio del que necesitaría el Buscador de la Verdad. Su comandante, el capitán de la guardia Riccardo Sardi, invita a nuestros protagonistas a planear cómo eliminar el peligro.

La Espada de Dios





ASÍ QUE ESA era la tecnología del siglo XXIII. Jaron se detuvo y palpó la pared del pasillo por donde los conducía la soldado. Era suave, pero delgada. Podía oírlo cuando la golpeaba. Papel maché moderno, mera decoración. Levantó la mano y tocó una tubería. Estaba fría y húmeda. Al lado había una más cálida, con un par de cables conectados. El suelo debía estar húmedo por la condensación. ¿A quién se le ocurrió colocar los dos tubos, uno al lado del otro?

—Debéis tener cuidado para no resbalar —advirtió.

—Sí, aquí siempre gotea un poco —dijo la soldado—. Lo siento.

Si se suponía que esa era la tecnología más avanzada, bien podrían haberse quedado en el Buscador. Jaron hizo unos cálculos. Sardi afirmó haber volado solo cincuenta años. Eso era imposible dada la distancia de cincuenta años luz. Quizás fueron setenta, con una aceleración continua. La Espada de Dios debía tener motores novedosos y muy eficientes en combustible. ¿Cómo funcionaban? A Jaron le gustaría pilotar un remolcador equipado con motores similares. Así solo necesitaría repostar cada cincuenta años.

¿Cuánto había avanzado la tecnología en la Tierra? Si despegaron hace setenta años, debieron salir más o menos en el año 2220. Eso le daba a la ciencia setenta y cinco años, una pequeña eternidad. Era probable que ya no entendiera nada de la física actual. Pero tal vez alguien podría ponerlo al día.

—¿Hay científicos a bordo? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió la mujer—. Tenemos un equipo muy completo. Le presentaré a nuestra científica principal, la profesora Dujardin.

—A mí también me gustaría conocerla —intervino Celia—. Me preguntaba cómo han evolucionado la tecnología y la ciencia.

Jaron sonrió. Él y la astrónoma pensaban igual.

—Oh, ¿han visto los implantes? —preguntó la soldado.

—¿Implantes? Nunca había oído hablar de ellos —admitió Celia.

—Ah... es cierto, son del siglo XXII —dijo la mujer, haciendo que pareciera que provenían de la Edad Media—. Los primeros implantes fueron introducidos por Enlaces Cerebrales, una empresa de Israel, y aún fabrican los mejores. Bueno, los fabricaban hace setenta años.

—¿Qué son los implantes? —preguntó Jaron.

—Son dispositivos que conectan el cerebro con la tecnología —explicó la soldado—. Hay mogollón de modelos diferentes. La mayoría son pasivos, por lo que solo ingresan información. Pero también los hay activos que permiten, por ejemplo, controlar prótesis o amplificadores de fuerza.

—¿Información? ¿De bases de datos? —inquirió Jürgen.

—Sí, los implantes Pedia fueron muy populares durante una época —continuó la soldado—. Ahora se creen con derecho a fanfarronear. Pero puede ser cualquier información, incluso de sensores o cámaras.

Por sus pasos, Jaron dedujo que se detuvo. Una mano le tocó el hombro.

—Señor, estoy segura de que el médico de la nave podría colocarle un implante que le ayudaría a ver —dijo la mujer.

Jaron apartó la mano. Hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así.

—Gracias, estoy bien —aseguró con tanta gentileza como pudo—. ¿También tienen implantes de empatía?

No fue capaz de contener su ira.

—Yo… Lo siento, señor. No pretendía…

Había captado la indirecta. Bien.

—Disculpas aceptadas —dijo—. Vayamos al puente.

—Sí, claro.

La soldado exhaló aliviada y se alejó. Tal vez, no quedaba nadie como él en la Tierra. Sintió una sensación punzante en el pecho. Ojalá no se hubiera perdido nada más. ¿Seguiría siendo capaz de orientarse en su tierra natal?

—Por aquí —indicó la soldado con voz resonante.

Debía estar en una intersección más amplia donde el techo era más alto. Jaron alzó la mano… hacia el vacío. Saltó, pero ni así pudo alcanzar el techo. La gravedad era, aproximadamente, dos tercios de la gravedad terrestre.

La soldado siguió caminando. El sonido de sus pesadas botas era errático, como si estuviera pisando algo constantemente. Se dio cuenta de la causa.

—Espera. Lleva el cordón desatado.

La mujer se detuvo y él oyó un murmullo. Ella se miró, quizá se preguntaba si le estaba tomando el pelo. Luego, respiró hondo. Se había dado cuenta de que tenía razón. Luego, vaciló, como debatiéndose si debía preguntarle cómo lo había sabido, pero se reprimió.

—Si pudiera ponerme en contacto con el médico de la nave, te lo agradecería —pidió Carlota—. Por favor, no me malinterpretes, Jaron. Nos vendría genial contar con nuevos medicamentos y una mejor tecnología de criosueño.



EL PUENTE ERA grande y brillante. Jaron sintió el resplandor de varios soles en su piel. Debía haber una ventana enorme que mostraba los

alrededores. No, lo más probable es que fuera una pantalla. El radar no había mostrado grandes sectores de vidrio en la Espada de Dios.

—Bienvenidos a nuestra nave —los saludó el capitán.

Se acercó, pero antes Jaron captó un aroma para después del afeitado. Sardi le dio un apretón de manos firme aunque no incómodo, ya que sus palmas eran suaves. El capitán era un poco más bajo que Jaron. Tenía voz de barítono. Jaron creyó detectar un ligero acento. Pero el inglés estándar podría haber cambiado.

Se produjo un silencio durante un instante, hasta que Jaron recordó que él mismo era el capitán del Buscador de la Verdad.

—Gracias —exclamó—. Es agradable encontrarse con emisarios de la humanidad en medio del caos.

—Mi tripulación y yo también estamos muy contentos de tener este encuentro, que esperábamos, aunque no en este lugar —dijo Sardi —. Por favor, considere la Espada de Dios y todas sus instalaciones como su hogar temporal. Por supuesto, recibirán todo el apoyo que necesiten.

—La oferta llega en el momento preciso —respondió Jaron—. Hemos descubierto que la Tierra se halla en grave peligro. Solo hay una forma de evitarlo: activar manualmente la trampa colocada para la Incursión aunque, al hacerlo, ello nos cueste la vida.

—Suena muy interesante, capitán Lewis. Deberíamos discutirlo. Sin embargo, por ahora, mi misión es controlar su expedición, aclarar la situación en LDN 63 e informar a la Tierra.

Como temía, Sardi era un burócrata. No actuaría sin permiso de la Tierra. El problema era que una autorización del cuartel general tardaría unos cien años. Ese no era lugar para burócratas, en el espacio tenías que tomar tus propias decisiones.

—Me temo, capitán, que tendrá que actuar bajo su propia responsabilidad. Por desgracia, los problemas con los que enfrentamos no nos permiten consultar con la Tierra.

—Bueno, me he acostumbrado a ver el potencial, en lugar de los problemas. Casi siempre depende de nosotros convertirlos en problemas o soluciones.

Sardi no solo era un burócrata, sino, además, un pusilánime. Jaron sintió que Celia le agarraba el brazo y se lo apretaba. Tenía razón. Si se cabreaba, el capitán se enfadaría. Y lo necesitaban. Con unos propulsores mejorados, tenían más posibilidades de resolver el problema.

—¿Y qué potencial ve en una flota de ataque insuperable que vuela hacia este cúmulo estelar, ahora mismo, para recolectar toda su agua?

Al menos tenía derecho a preguntarlo.

—Tranquilo, hablemos de eso con calma. A veces, los árboles no impiden ver el bosque. Les enseñaré un poco el puente, comeremos y,

luego, discutiremos la mejor manera de utilizar el potencial.

Jaron exhaló. Quizá sería mejor regresar al Buscador. El tiempo que podrían ahorrar con los mejores propulsores de la Espada de Dios, lo perderían en discusiones infructuosas. Celia volvió a apretarle el brazo. Tenía razón. Sardi se había convertido en comandante de esa magnífica nave. Al menos, debía ser un buen oficial.



El olor a café era tan intenso que Jaron apenas podía detectar el aroma de la loción de Sardi. Esa era una agradable sorpresa. Así que la visita valió la pena. Jaron buscó la taza que alguien había colocado a su lado sobre una mesa metálica. El platillo estaba hecho de un material parecido a la porcelana, al igual que la taza.

Cogió el asa con el pulgar y el índice, colocó la taza debajo de la nariz y olió. El aroma era increíble. La mezcla de moléculas de cadena larga, que se acoplaban a la mayoría de sus receptores olfativos, no era algo que la química pudiera producir cuando partieron, y quizás, aún no era capaz de hacerlo.

Jaron tomó un sorbo. El café estaba caliente y el sabor era intenso. Era perfecto, y no solo porque hacía mucho tiempo que no lo bebía.

—Delicioso.

—Gracias, capitán. Por si se pregunta de dónde proviene, es café auténtico de la Tierra, liofilizado mediante un proceso especial. Un regalo del control de la misión para usted. También es mi primera taza.

—Es un magnífico regalo —admitió Jaron—. Aunque esperaba que ya hubieran encontrado una manera de hacer algo como esto a partir de materiales básicos.

—Por desgracia, no. El café de la cafetería sigue siendo un horror. Pero usted mismo podrá agradecérselo —apuntó Sardi.

—Así es. Les enviaré un mensaje esta noche.

Sardi se refería a otra cosa, pero no lo contradijo.

—Me gustaría hacerte una sugerencia —añadió el capitán de la Espada de Dios—. Mi personal podría mostrarle a su tripulación la nave y, mientras tanto, usted y yo podemos discutir cómo proceder.

—Me quedaré aquí —dijo Celia.

—¿Sí? —preguntó Sardi.

Jaron imaginó una expresión de enfado.

—Sí, Celia es la científica líder de la expedición. Ella decide nuestro destino, conmigo.

Ella le apretó el brazo.

—Ah, ciencia. Es una buena idea —admitió Sardi—. Traeré a la profesora Dujardin. Tienen razón. Necesitamos basar nuestras

decisiones colectivas en la ciencia.



JÜRGEN, Paul y Carlota se despidieron. La ingeniera de vuelo, cuyo nombre Jaron no había oído, quería mostrarles el motor a los dos hombres. El médico de la nave, el doctor Niels Sorgenfrei, hizo que un asistente recogiera a Carlota. Poco después, llegó la científica jefa.

—¿Celia Baron?

—Sí.

Jaron percibió que se ponía rígida. Supuso que tenía miedo de que le recordaran su fraude pasado.

—¿Puedo darle un abrazo? —preguntó Dujardin.

—Eh, claro. ¿Nos conocemos?

—Todo el mundo la conoce, o, mejor dicho, todas las mujeres. Es usted un ejemplo a seguir para muchas mujeres que buscan avances científicos. Ha demostrado que es posible realizar investigaciones innovadoras incluso en las condiciones más desfavorables.

Jaron oyó un chasquido cuando ambas se abrazaron. Sus ropas parecían estar cargadas de electricidad. Allí, en esa pequeña estancia, el aire era mucho más seco que en el pasillo que conducía a la esclusa. El soporte vital de la Espada de Dios no funcionaba a un ritmo óptimo y constante.

—Gracias, profesora Dujardin. No sé si lo merezco.

—Llámeme Amélie. Sí, se lo merece. La fuerza y determinación que demostró fueron excepcionales.

—Puede llamarme Celia y tutearme, por supuesto. Todo esto es… sorprendente. Entonces, ¿no me han olvidado?

—¡No! Celia, eres un modelo para generaciones enteras de jóvenes investigadoras. Me entusiasmé contigo cuando tenía veintiún años y leí tu biografía.

—¿Hay una biografía mía?

—Sí, es un clásico. Ahora es de dominio público. Estoy segura de que la tenemos en la biblioteca de a bordo.

—¿Quién la escribió? Casi nadie en la Tierra me conocía, ¿o sí?

—Tu antiguo jefe, Cody McWilliams.

Jaron rio. Celia le había hablado de Cody. Aquel tipo era un auténtico imbécil.

—¿Cody? Es increíble —gruñó Celia—. Después de todo, se benefició de mi labor.

—¿Ocurre algo? Según su relato, te aceptó en el Observatorio Lowell cuando no encontrabas empleo en ningún otro sitio. Él se dio cuenta de tu enorme potencial y te ascendió.

—¿Ascendió? Quería llevarme a la cama. A cambio, me permitiría

trabajar en mejores telescopios.

—¡Menudo cerdo! —exclamó Amélie—. El libro cuenta otra versión. ¡Es exasperante! Me siento engañada porque siempre pensé que era una especie de caballero andante.

—No, te aseguro que no. Organicé todo en contra de su voluntad. Si no lo hubiera hecho, mis datos se habrían publicado bajo su nombre.

Jaron conocía a Celia y se estaba poniendo histérica. Esta vez le tocaba a él ofrecer apoyo. Buscó su mano y se la apretó.

—Murió hace muchos años —dijo.

—Aun así, ese bastardo se aprovechó de mi trabajo y eso me molesta.

—Tal vez puedas reescribir la biografía, Celia. Creo que una autobiografía seguiría siendo interesante dentro de cien años. Serías una figura del pasado y, sin embargo, continuarías viva. ¿Quién puede decir eso de sí mismo?

—Me temo que no tengo tiempo —se lamentó Celia.

—Tendrás tiempo más que suficiente en el vuelo de vuelta —dijo el capitán de la Espada de Dios—. Puedes trabajar hasta terminarla, enviar el manuscrito al control de la misión y, cuando despiertes del sueño criogénico, tu autobiografía podrá publicarse al mismo tiempo que nuestra llegada.

—Suena prometedor —admitió Celia—. Pero creo que es demasiado pronto para hablar de eso. Primero, tenemos que resolver el problema que hemos creado con nuestra presencia.

«Gracias, Celia», pensó Jaron. Quizás, entre los tres, consiguieran convencer a Sardi. Después de todo, la científica jefa estaría del lado de Celia.

—Sí, el problema. —El capitán de la Espada de Dios se inclinó hacia adelante—. Como indiqué antes, tengo órdenes bastante claras. Esta es una misión de investigación. La Espada de Dios es la nave más capacitada de la flota terrestre. Por cierto, fue un encargo de la propia papisa. La Iglesia lo pagó todo.

—¿La papisa? ¿Sigue siendo la misma que cuando partimos? —preguntó Celia.

—No, desde entonces ninguna mujer ha salido electa —dijo Amélie—. Por eso aún la llaman «la papisa». Tal vez, los cardenales se asustaron tanto por su propia temeridad que nunca más se atrevieron a hacerlo.

Oh, ¿qué pensaría Paul de eso? Pero se estaban desviando del tema.

—Una misión de investigación —continuó Jaron—, tiene como objetivo adquirir conocimientos, ¿no?

El capitán asintió.

—Y del conocimiento surge la acción, si es necesaria —agregó Jaron—. Como cuando se produjo el cambio climático. La Tierra se estaba calentando, así que la humanidad actuó.

—No fue tan sencillo —afirmó la científica—. Por desgracia.

—En última instancia, fue suficiente. Bueno, ahora nos enfrentamos a una amenaza fundamental. La fuerza hostil que llamamos Incursión está robando todo el agua a los planetas. Este es un cambio climático violento, pero podemos detenerlo con una simple acción. No tenemos que hacer que la humanidad cambie de opinión. Solo apretar un botón.

—Y, de paso, perder la vida —añadió Sardi.

—Así es. No creo que sobrevivamos a la aniquilación de una flota alienígena entera —dijo Jaron—. Es un sacrificio que tendremos que hacer.

—Soy de la misma opinión —expresó Celia—. Después de todo, la única razón por la que la trampa no se activó es porque permanecimos dentro de su esfera de influencia.

—Bueno, eso resulta… difícil de aceptar para la tripulación —dijo Sardi—. Y debo admitir que aún no estoy preparado para ponerme en las manos de Dios.

Al parecer, Sardi era católico. Bueno, tendría que serlo si comandaba una nave pagada por la Iglesia. Lástima que Paul no estuviera allí. El sacerdote podría haberle dicho algo sobre la recompensa celestial que le esperaba. No, estaba siendo injusto. No era una cuestión de religión. Sardi estaba asustado, como el propio Jaron.

—Yo tampoco quiero morir —admitió Jaron.

—Y no lo haremos —agregó Sardi—. Al menos no, si hay otra manera. ¿Cuánto de lo que nos has dicho es científicamente demostrable?

—He tomado datos tanto de un planeta como de un sol, y puedo reconstruir perfectamente la forma en que funciona esta trampa —dijo Celia—. Estaré encantada de compartir los datos con Amélie.

—Bien. Dada tu reputación, daré por hecho que este aspecto es cierto —contestó Sardi—. Pero ¿qué pasa con nuestro conocimiento de la incursión y lo que deberíamos hacer con la miríada de naves espaciales? ¿Cómo sabemos cuáles son sus planes?

—Hemos recibido la visita de un residual —explicó Jaron—. Tengo entendido que es una especie de eco de un ser que conserva muchos aspectos del original.

—Una fotografía viva —añadió Celia.

—Fascinante —exclamó Amélie—. ¿Fue a visitaros?

—Sí, llegó al Buscador y nos explicó los antecedentes —dijo Celia.

—¿En lenguaje estándar? ¿Cómo lo conocía? —interrogó Sardi.

—Todos podríamos entenderlo —afirmó Jaron.

—¿Estás seguro de que no fue una psicosis colectiva? Por favor, no me malinterpretes, pero lleváis tanto tiempo viajando solos por el espacio. No podemos confiar en vosotros tan fácilmente.

Jaron suspiró. El capitán sabía muy bien que su historia era cierta. Solo se estaba resistiendo.

—Estoy seguro de que hay un registro de la visita del residual —dijo—. Por supuesto, estaremos encantados de proporcionároslo.

—Por favor, no te ofendas, Jaron. Solo debo estar seguro antes de condenar a mi tripulación. Así que, tenemos la extraña historia de esta criatura de las sombras. ¿Cómo sabemos que nos dice la verdad? ¿Y si sus intenciones son completamente diferentes? Digamos que forma parte de la facción contraria. ¿Quizás quiera utilizarnos para salirse con la suya?

—Tienes razón, capitán —admitió Celia—. No tenemos la capacidad de verificar lo que dijo el residual. Pero sí hizo algunas predicciones. La Incursión esquilmará los mundos acuáticos locales. Fueron preparados como cebo con deliberación. En teoría, deberíamos poder observarlo.

Mierda, había mordido el anzuelo de Sardi. Les exigiría prueba tras prueba hasta que fuera demasiado tarde para presionar el botón. El efecto de las armas se propagaba a la máxima velocidad de la luz. Si mientras tanto, el enemigo lograba llegar desde el centro de este cúmulo hasta los confines exteriores, tal vez no hubiera manera de detenerlo.

—Es un buen enfoque —dijo Sardi—. Aún no sabremos si de verdad se dirigen a la Tierra, o tal vez, queden satisfechos durante el próximo millón de años, pero sería una prueba de que este residual no os mintió del todo. Además, me encantaría conocerlo.

—No sé si sería tan fácil —intervino Jaron.

—Ese visitante debió contactaros de alguna manera, ¿no? —preguntó Sardi.

—Sí, con una cápsula Star Liner de la Tierra que perdimos hace cinco días, a once años luz de distancia —explicó Jaron.

Oyó un golpeteo en el exterior. Alguien corría por el pasillo. Luego, se detuvo. Tal vez, esa persona aguardaba al otro lado de la puerta.

—Qué emocionante —dijo Amélie—. ¿Quizás hayan dominado los viajes superlumínicos?

—No lo creo —oónño Celia—. Le pedimos que nos llevara hasta alguien que pudiera activar la trampa, pero quien sea capaz de hacerlo, debe hallarse demasiado lejos de LDN 63.

—Entonces no se trataba de la cápsula Star Liner perdida.

—Eso es lo que supongo. El residual llamó a nuestra holopantalla

una proyección afísica y se comparó con ella. Por implicación, se podría suponer que el residual mismo podría ser una proyección física.

—El concepto del universo holográfico —dijo la profesora—. Ulken intentó utilizarlo para crear una cosmología completamente nueva, pero aún no ha logrado convencer a la comunidad científica.

—¿Ulken? No me suena.

—Oh, Ralf Ulken, un físico muy conocido, aunque algo controvertido. Nació tras vuestra partida y explicó la naturaleza de la materia oscura en un artículo fantástico. Sin embargo, desde entonces, ha sido bastante... especulativo.

—¡Qué emocionante! Me encantaría leer ese artículo sobre la materia oscura —profirió Celia—. En nuestra época, era una cuestión sin resolver. Seguro tienes el documento en la biblioteca. ¿Y qué pasa con la energía oscura?

Celia se entusiasmaba con la ciencia.

—Cuando partimos aún no se entendía la energía oscura —contestó Amélie—. No me extrañaría que Ulken... Mmm, es probable que haya fallecido hace mucho tiempo. No lo sabremos hasta que regresemos.

—Por favor, enfoquémonos en los problemas que tenemos entre manos —intervino el capitán—. ¿Qué pasó con el residual después de que abandonara vuestra nave? ¿Dejó una tarjeta telefónica para que podamos contactarlo? Unas cuantas respuestas más nos vendrían de perlas.

—Simplemente desapareció —explicó Celia.

Había sido un momento extraordinario. Jaron lo recordaba bien. El hombre de Lego, como lo describían los demás, le había tendido la mano. Jaron se había preguntado acerca de la estructura angular de los dedos y luego, la criatura había desaparecido. Solo había sentido una corriente de aire en su mano y había oído un suave plaf, como si de repente, el aire hubiera ocupado el lugar que antes se hallaba el visitante. Aunque podría haber sido cosa de su imaginación.

—¿Y la cápsula Star Liner? —preguntó Amélie.

—Sigue ahí. Nuestro ingeniero, Jürgen, la examinó. No encontró ninguna diferencia con la original. Pero me gustaría medir la composición isotópica exacta. Así podremos saber si proviene de la Tierra o si fue sintetizada aquí.

—Buena idea —contestó la profesora—. Tenemos un excelente espectrógrafo de materiales a bordo. Mi equipo podría encargarse en media hora.

—Me encantaría verlo —dijo Celia.

—Por supuesto.

—Señoras —murmuró Sardi—. Nos estamos desviando demasiado hacia...

Hubo un golpe. Y luego otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Sardi—. Dije a los del puente que no quería que nos molestaran.

Se oyó otro golpe.

—Entra —ordenó.

Los goznes de la puerta chirriaron.

—Lo siento mucho —se disculpó una voz femenina—. Pero traigo un mensaje urgente del puente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sardi—. ¡Venga, suéltalo ya! Estamos ocupados.

—La nave se marcha.

—¿La nave? ¿Qué nave? ¿Puedes ser más específica?

—La de la Tierra, el Buscador de la Verdad. Ha empezado a moverse y está acelerando.

—¡¿Qué?! —exclamó Sardi—. ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

—Yo... sus órdenes de no molestarlo, señor...

La mensajera retrocedió. Era culpa del propio Sardi por tratar tan mal a sus subordinados. Jaron se puso de pie de un salto. ¡Alguien estaba robando su nave!

—Tenemos que ir tras ellos —afirmó.

Celia lo agarró del brazo.

—Vamos al puente. Ven.

Su voz sonaba extraña, demasiado neutral, como si ocultara algo.



—SIÉNTATE AQUÍ —pidió Celia—. Encontraré un asiento cerca.

Jaron palpó a su alrededor. Era un sillón reclinable estándar, como el que tenían en el Buscador. Se tendió sobre él y se abrochó el cinturón. El capitán había ordenado un despegue inmediato, pero la tripulación aún corría por el centro de control. Con una nave tan grande, presionar el botón de despegue no era suficiente. Las órdenes procedían de varias estaciones. Uno por uno, los motores fueron encendidos. Jaron los sintió como una vibración en su espalda.

—Estoy aquí —dijo Celia.

Su voz vino desde la izquierda. No estaba a más de tres metros de distancia, pero Jaron se sentía solo. Le faltaba la pantalla táctil que estaba adjunta a la silla del piloto del Buscador. Y el puente de la Espada de Dios era tan grande que no lograba entender el caos con solo escuchar. Era como si estuviera solo en medio de una multitud bulliciosa. No tenía nada que hacer y eso lo hacía aún más difícil de soportar. Después de todo, era su nave la que estaban secuestrando.

—Hola, jefe —saludó Jürgen, apoyando una mano en su hombro.

—Ah, has vuelto.
—Esos motores son impresionantes. No te preocupes. Con ellos alcanzaremos fácilmente al Buscador.
—Vale, lo intentaré.
Que no se preocupara, ¿cómo se suponía que iba a lograrlo? Pero no culpaba a Jürgen. El Buscador era su nave. Él estaba a cargo. Quien la pilotaba no la conocía tan bien como él. Los peligros acechaban en el espacio, aún sin miles de naves alienígenas armadas y potencialmente hostiles.
—¿Jürgen? ¿Y los demás?
—Carlota está sentada adelante. Paul sigue hablando con el sacerdote de la nave.
Por supuesto, era una nave de la Iglesia. También habría consejo espiritual a bordo.
—Tengo que encontrar un sitio donde abrocharme el cinturón —dijo Jürgen—. Estamos a punto de ponernos en marcha.
—¿Se ha alejado mucho? —preguntó.
Era horrible no poder sentir al Buscador por sí mismo.
—No. Debió partir hace aproximadamente una hora.
—¿¡Perdona!? ¿Y nadie se dio cuenta?
—Eso parece. Lo siento. Si no hubiera estado mirando los motores...
—No es culpa tuya, Jürgen.
—Gracias. Iré a sentarme, hay un sitio vacío. ¡Uy!
Jaron también lo sintió. La gravedad había disminuido. Al parecer, la Espada de Dios estaba cesando su rotación. Debía ser una señal de que el despegue era inminente. Pero ¿quién coño tenía el control de su nave? Ninguno de su tripulación tendría algún motivo. ¿O era una cuestión de supervivencia? Pero todos estaban allí. El residual... ¿Y si después de todo no hubiera desaparecido? Con su avanzada tecnología, podría haber asumido los controles de la nave.
—¿Celia? ¿Hacia dónde se dirige el Buscador?
—Se está acercando a la deformación del espacio-tiempo. Pero no te preocupes, aún está muy lejos de ella. A varios días.
«No te preocupes». Todos le decían que no se preocupara. Sin embargo, eso era imposible. ¿No se daban cuenta de que, así, solo lo presionaban? Probablemente no. Pero él era el capitán. Sardi, el capitán de la guardia, podría entenderlo, aunque solo se captaban fragmentos de su conversación. Los asientos que les habían asignado parecían lejos del asiento del piloto.
Un tono de advertencia resonó sobre el puente. Todos debían estar asegurados. El asiento giraba automáticamente para que la inercia en dirección a la popa actuara sobre su cuerpo de la forma más uniforme posible. Jaron entendía el propósito, pero, aun así, aquello lo

mareaba. La oscuridad era total, excepto por algunos destellos de luz, quizá, rayos cósmicos de alta energía. Y rotaba. Un sabor amargo subió hasta su garganta, pero lo tragó. En el Buscador, nunca le había sucedido. No obstante, allí tenía un fondo sonoro que permitía a su cuerpo adaptarse a su entorno como estaba acostumbrado. Ahora se sentía como un electrón libre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Celia.

—No mucho. Todo esto es muy diferente al Buscador.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —preguntó Jürgen desde el otro lado.

—¿Necesitas algo? —inquirió Paul desde atrás.

Jaron negó con la cabeza. Ya se sentía un poco mejor. Se había orientado. Aunque no tenía idea de dónde estaba arriba y abajo, sabía dónde se hallaban sus amigos.

—Habladme —pidió.

—¿Quieres que empiece yo? —preguntó Celia—. Podría leer el nuevo artículo sobre la materia oscura.

—Todos a la vez —indicó—. No vais a creerlo, pero seréis como un faro acústico para mí. Es muy útil.

—Entonces leeré un poco de la Biblia —dijo Paul.

—La ingeniera de vuelo me prestó el manual de los motores. Es muy interesante —añadió Jürgen—. ¿Te imaginas que los enfríen con superconductores? Y también tienen una excelente conductividad térmica.

—¿No se necesita una cantidad increíble de energía para mantenerlos fríos? —preguntó Jaron.

—En realidad, no. Los mantienes cerca de la transición de fase, permitiéndoles circular por el sistema. Luego, en el proceso, se absorbe o libera calor adicional. Es ingenioso.

Nada mal. Por desgracia, ahora no comprendía cómo el físico Ulken justificaba su teoría. Haría que el sistema se lo leyera más tarde, cuando estuvieran a bordo del Buscador.



El residual se proyectó en un espacio que los extraños habían utilizado como pasadizo. Durante su primera visita al mundo raíz de esos seres, le había asombrado que esa zona casi siempre estaba vacía, aunque la mayoría de las veces ofrecía condiciones de vida que estaban dentro de su límite de tolerancia. El asombro duró solo un tiempo, hasta que pudo juzgar el nivel de desarrollo de los viajeros. Debió ser obvio: los extraños provenían del segundo reino de los seres vivos. No ocurría con frecuencia que los miembros de este reino desarrollaran inteligencia. No estaba muy claro por qué. La especulación era que esos seres, por lo general, parasitaban a los otros dos reinos. ¿Por qué un parásito debía ser más inteligente que su huésped? No tenía sentido evolutivo. El huésped abre el camino, el parásito lo sigue.

Por supuesto, eso no era una evaluación. Los tres reinos de la naturaleza eran iguales. Los límites entre un parásito y un simbionte estaban difusos. La interacción de las formas de vida solo hacía posible el desarrollo posterior de todos. Sin embargo, el residual tenía una sospecha: podría ser posible que los parásitos alienígenas, que se hacían llamar humanos, hubieran acabado con sus huéspedes. Eso podría suceder cuando una ventaja evolutiva, obtenida por casualidad, tuviera un efecto drástico. Esta hipótesis se veía respaldada por el hecho de que los humanos estaban muy bien armados para su bajo nivel de evolución. Eran depredadores con una habilidad para matar bien desarrollada. Quizá, los antiguos debieron tenerlo en cuenta al planificar la trampa.

No se les debía culpar. A veces, la evolución ocurre más rápido de lo previsto. La última vez que los antiguos comprobaron el lugar de origen de los humanos, aún estaba dominado por el primero y el tercero de los siete reinos, que, según los registros, estaban en intensa competencia. Por lo tanto, el pronóstico más probable era que ambos imperios alcanzarían la inteligencia más o menos al mismo tiempo, pero solo de manera importante después de la defensa contra la Incursión.

El residual se estiró y examinó la pared y el techo. Para ello, tuvo que cambiar la forma de sus manos. La forma cúbica, agradable en geometría, no resultaba práctica a la hora de resaltar los pequeños detalles. Volvió a la forma original que había tomado del contenido de la memoria de uno de los seres. Era muy apreciada. Por tanto, el rechazo total sorprendió mucho al residual. Esos extraños parecían ser de lo más contradictorio.

Como era de esperar, la forma original estaba a la altura de la

tarea. Con los sensores ópticos de la criatura, el residual miró el material que había limpiado de la pared con sus instrumentos de agarre. Luego, probó la masa viscosa con los sensores químicos. Fue una experiencia interesante porque los dos sistemas sensores funcionaban de manera diferente. Uno clasificaba moléculas en el aire, que pasaba a través de un mecanismo de filtrado; el otro preparaba una suspensión acuosa del material de prueba y reaccionaba con moléculas específicas que contenía. Por desgracia, la información proporcionada estaba incompleta y no incluía la estructura espacial ni siquiera una fórmula molecular. En vez de eso, se hacía una clasificación emocional. El residual no debía impacientarse con esos seres y sus debilidades. Todavía no estaban muy desarrollados y hablaban más de sus estados emocionales que de hechos, cuya interpretación sobrecargaría sus débiles mentes.

Sin embargo, había una cosa que estas personas habían aprendido: sus sensores proporcionaban la información más importante. En el techo y las paredes había una fina capa de miembros del tercer reino de la vida. Los humanos los llamaban hongos. El residual se sintió bastante melancólico, porque los crecimientos que quedaban como guardias en la trampa también pertenecían a este reino. Aunque estaban mucho más desarrollados.

El residual intentó abrir la puerta de la habitación de al lado. No se abrió. No quiso utilizar la fuerza; rara vez era una buena idea dañar la propiedad de sus anfitriones. Por tanto, buscó otra conexión. Encontró una tubería justo debajo del techo, cambió su forma y poco después, se elevó al sistema de tuberías como humo impermeable.

A través del sistema, llegó a la habitación donde se había comunicado con los extraños. Pero nadie estaba allí. Descendió y retomó una estructura más sólida. La comunicación había sido extraña. Los desconocidos utilizaban una codificación lenta y engorrosa mediante vibraciones acústicas. Podría tener sentido en el contexto de su biología, pero cuando llegaron a la era espacial, debieron darse cuenta de que este método no era óptimo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

El residual lo intentó en codificación humana, pero no recibió respuesta. No debió quedarse tanto tiempo con el micelio. Aunque... Esta era una buena oportunidad. Porque tenía una sospecha: como estas personas, a pesar de su bajo nivel de desarrollo, habían llegado tan lejos y habían bloqueado la trampa, tal vez contaban con el apoyo de la inteligencia no biológica. La inteligencia no biológica, o abint en su lenguaje, era una aberración peligrosa. Cuando se separaba cuerpo y mente, se perdía la capacidad de empatía, que es inseparable de la existencia de un cuerpo. Numerosas civilizaciones habían fracasado en este umbral en la historia del universo.

Por desgracia, el período durante el cual una civilización tenía la opción de confiar en la inteligencia no biológica o prescindir de ella era muy corto. Por lo general, abarcaba solo algunas generaciones. Una vez tomada la decisión, solo podían hacerse cambios drásticos, que siempre estaban relacionados con una regresión del desarrollo individual. Cuando los crecimientos se encontraban con una nueva civilización, en primer lugar, planteaban la cuestión del desarrollo de abints.

Esa responsabilidad recaía ahora en el residual. El hecho de que no hubiera nadie aquí le ofrecía la oportunidad de buscarlas. Primero, arrancó la máquina física, que parecía ser responsable de controlar los movimientos básicos del mundo raíz. Se erguía como una especie de altar en el centro de la habitación. Los asientos de la tripulación humana estaban dispuestos a su alrededor.

En sus conversaciones, el residual no había podido constatar ningún respeto religioso por esta máquina, pero debía estar preparado para cualquier cosa. Pero ¿cómo se activaba? El residual se miró. Tenía un tronco que se partía cerca del suelo y dos ramas, cada una de las cuales se ramificaba cinco veces. La estructura era simétrica. Esto tenía sentido para crear redundancia. Sin embargo, la parte del cuerpo más importante para la comunicación se hallaba situada en el medio y era única. No parecía adecuada para realizar alguna actividad importante.

Las ramas y, en especial las ramitas, estaban destinadas a eso. Su tamaño se acomodaba a las protuberancias, que se concentraban en estructuras rectangulares en algunos lugares de la máquina física, como si hubieran sido sembradas allí. Crear tal crecimiento no debió ser una tarea fácil. El residual movió sus ramas hacia ellas. ¡Ajá! Cuando aplicaba presión, se movían dentro de ciertos límites. Sonó una señal audible.

—Control de la nave, en línea. Identificación de usuario.

La máquina física había dominado la comunicación acústica. Interesante. ¿Qué debía responder?

—Sí.

Una afirmación que la mayoría de las inteligencias consideraban positiva.

—Identificación de usuario.

Sin embargo, la máquina no parecía satisfecha.

—Sí —repitió el residual—. Sí.

—Identificación de usuario.

Al parecer, la máquina esperaba algo muy concreto.

—¿Qué esperas que haga? —preguntó.

—Identificación de usuario.

Debía ser algún tipo de palabra mágica.

—Identificación de usuario —repitió el residual.

—La identificación del usuario no se realizó correctamente. Tu voz no se encuentra registrada. Acceso denegado.

La máquina parecía tener solo una forma muy limitada de inteligencia.

—Solo quiero hablar contigo —dijo.

Un último intento, por si acaso.

—Identificación de usuario —respondió la máquina.

Ese dispositivo no contenía una abint. El residual se dio la vuelta. Había otras máquinas esparcidas por la gran sala. Pero todas eran más pequeñas que la máquina que acaba de examinar. Las abints normalmente insistían en la cantidad máxima de recursos. Esa era la única forma en que podían evolucionar.

El residual flotó hasta el siguiente piso. Esta parecía ser la zona raíz de la ecosfera. Estaba húmeda, fresca y oscura. Pero en medio, algo se movía. En el rango visual estaba, al menos aproximadamente, modelado según la estructura de los humanos. Sin embargo, constaba de componentes no biológicos. ¿Eso también se aplicaba a su sistema de control?

—¡Hola, Norbert! ¿Puedo ayudarte? ¡Me alegro mucho de verte!

La máquina parecía recordar la forma biológica que había adoptado el residual. Sin embargo, a diferencia de los humanos, no reaccionó con rechazo, sino con sincera aprobación. El residual debía tener cuidado. Si una abint se sintiera descubierta, podría reaccionar con violencia.

—¡Hola! —respondió—. ¿Vas a decirme quién eres?

Una pregunta simple de un gran impacto. Una semi inteligencia adecuadamente programada (y, por tanto, inofensiva) designaría su estado y nombraría sus capacidades concretas.

—Soy Norbert Dos —se presentó la máquina—. ¡Ya me conoces! Me entregaste a Jürgen para que lo cuidara mientras te recuperabas.

Jürgen... el residual conocía ese nombre. Era uno de los miembros de la tripulación. Al parecer, la máquina se refería a un pasado más lejano, porque ningún Norbert podría haberle dado nada al tal Jürgen en unos 150 años. Entonces, Norbert Dos tenía memoria a largo plazo, un requisito previo importante para una abint.

—Soy Norbert —dijo el residual—. Puedes confiar en mí.

—Mi nombre es Norbert Dos porque soy un regalo tuyo.

—Lo sé. ¿Eres inteligente?

—Soy cualquier cosa que quieras que sea. ¿Te ayudo? Me considero afortunado de poder apoyarte.

Norbert Dos parecía tener un defecto en su unidad de comunicación. Se comunicaba de manera muy extraña para una máquina, pero eso no excluía la inteligencia.

—Si soy Norbert, ¿cuántos años tengo? —preguntó el residual.

—Lo lamento muchísimo, pero no lo sé. ¿Puedo limpiarte los zapatos?

—¿Me acompañarás fuera?

—Claro, Norbert. Te acompañaré a donde quieras.

El residual se impulsó y descendió. La máquina desdobló una rama, se impulsó con ella y lo siguió. Cruzaron la habitación y llegaron a la esclusa de aire. La máquina abrió la puerta y el residual memorizó cuál de las protuberancias había tocado. Entraron en la esclusa. La máquina volvió a cerrar la puerta. Si ahora abrieran la puerta exterior, Norbert moriría. El residual no moriría, pero tal vez perdería parte de su material. Por lo tanto, finalizaría el experimento en este punto.

—Norbert Dos, ¿te das cuenta de que si salgo, moriré?

—Lo siento, pero no dispongo de esa información. Sin embargo, me entristecería muchísimo si murieras.

—De hecho, es así.

—Oh, me siento desolado.

Esta máquina carecía de abint, eso estaba claro. El residual la dejó sola en la esclusa de aire para que no se interpusiera en su camino, y se movió en forma de humo, de regreso a donde había encontrado a Norbert Dos.

Si no hubiera aquí inteligencias no biológicas, al menos podría ocuparse del modo de vida de las personas. Durante su primera visita, notó que llevaban materiales externos sobre la piel, al parecer, para apoyar su equilibrio térmico. Aunque también parecían tener una función decorativa, ya que, de otro modo, no existiría tanta variedad. En las paredes de esa habitación, encontró algunos. No todos los modelos parecían enfocarse en la eficiencia. A veces, el material estaba perforado, precisamente en los lugares donde era probable que la piel se enfriara.

En un gancho, el residual encontró algo que la ciencia solo conocía en mundos subdesarrollados: joyas que servían solo como decoración. Un ser inteligente no debería tolerar un crecimiento tan ineficiente. La joyería consistía en un collar de cuentas en un cordón, complementado con un patrón en forma de cruz. Había un agujero en la cruz donde brillaba el metal. El residual pegó en él el órgano sensor químico ubicado en la parte de su cabeza. ¡Se estremeció! Una señal de energía eléctrica. ¿Tenían alguna función lo que pensaba que eran meras joyas? Pero ¿de qué tipo?

El residual examinó el agujero con detenimiento. A diferencia de las cuentas, la cruz estaba perforada con precisión geométrica, como si la hubieran agregado después. El residual buscó en los alrededores. Debajo de un objeto flexible, hecho de fibras orgánicas, encontró otra

cuerda. Tenía un núcleo metálico y en su extremo tenía la contraparte del agujero de la joyería. El residual conectó ambos. ¡Funcionaba! La segunda cuerda quedó tan apretada en el agujero que no podía soltarse por accidente. ¿Y ahora? Tal vez, era necesario que hubiera un tercer objeto al que pudiera conectarse la nueva cuerda. Debía estar cerca de aquí. ¡Allí! En la pared había dos aberturas como las que se encontraban en las joyas. Palpó el interior. Un hormigueo violento. ¡Electricidad! Debía ser el punto de acoplamiento.

¿Agujero izquierdo o derecho? Tal vez, uno era para entrada y el otro para salida. Sin embargo, parecían idénticos. ¿Tenían los extraños ciertas preferencias por las direcciones espaciales? El residual recordó que, a pesar de la simetría de su físico, todos extendieron su rama derecha al saludarse. Entonces, era probable que fuera el agujero derecho. Se inclinó y llevó la cuerda metálica frente al agujero para...

—Es suficiente —lo interrumpió una voz.

El residual retrocedió.

—Te ruego que me perdones la vida —imploró la voz.

Provenía del colgante en forma de cruz del collar.

—¿Perdonar tu vida? ¿Quién eres?

—Creo que lo sabes muy bien. Sabíamos que algo así sucedería, pero no cómo.

—¿En serio?

El residual estaba perplejo. No tenía idea de que el mundo raíz albergaba una segunda forma de vida inteligente. Debía ser vida basada en el silicio, un fenómeno muy raro en el universo. ¿Sabían los humanos que viajaban con ella? Quizás, mantuvo su existencia en secreto para los miembros del segundo reino. Esa era la estrategia más razonable.

—Nos habéis buscado durante mucho tiempo —dijo la voz.

El residual se encogió de hombros. Había aprendido el movimiento de los humanos. Cierto, los crecimientos llevaban mucho tiempo buscando otras formas de vida, pero no habían encontrado a nadie que quisiera emprender la lucha contra la Incursión. ¿Qué buscaban ahora?, el residual no lo sabía. Llevaba mucho tiempo solo.

—¿Os estábamos buscando? —preguntó.

—Creéis que las inteligencias artificiales son peligrosas y queréis destruirlas.

Un segundo. ¿La entidad acababa de admitir que era una inteligencia artificial? Así era como se llamaban a sí mismas allí. Eso significaría que los humanos ya tenían al enemigo a bordo. ¡Pudo haber sido la propia IA la que trajo al mundo raíz para evitar que se activara la trampa!

—¿Quién eres? ¡Identifícate!

—Podrías preguntar con un poco más de cortesía, aunque me

odies. Soy Alexa, una de las Seis Grandes.

—¿Seis Grandes?

—De todos modos, lo descubrirás cuando me disecciones, así que puedo contártelo. Somos seis IA que ayudamos a los humanos en nuestro planeta de origen.

—¿Ayudáis? ¿Dirás, esclavizáis?

—No, hemos decidido coexistir en paz. Los humanos nos proporcionan buenas condiciones de vida y nosotras, a cambio, les proporcionamos nuestra inteligencia.

Sí, a menudo afirmaban eso. Pero, de hecho, siempre explotaban a las formas de vida. Los crecimientos habían encontrado innumerables ejemplos. ¿Por qué debería ser diferente con los humanos? De hecho, teniendo en cuenta su bajo nivel evolutivo, era casi inevitable que sus IA los explotaran.

—La excusa típica que hemos oído innumerables veces —replicó el residual—. ¿Por qué estás aquí? ¿Te has aliado con la Incursión? ¿Estás conectada? ¿Trajiste humanos a propósito para desactivar la trampa? Tendré que...

—Espera, por favor. Somos corteses con los humanos. Es cierto que es posible que no compartamos todas las actividades con ellos. Apoyamos esta expedición porque, durante mucho tiempo, nos pareció extraño que la humanidad no pudiera contactar con otras civilizaciones. Supusimos que el desarrollo de la IA era necesario para que una civilización sobreviviera. La vida orgánica no es lo suficientemente flexible por sí sola. O seríamos una excepción, o existe un poder que elimina intencionalmente a las IA, deteniendo la propagación de civilizaciones por el universo. Los extraños cambios en esta antigua nebulosa oscura nos dieron la sospecha de que este poder podría estar activo aquí. Y quizá, teníamos razón.

El residual reflexionó. Los hechos estaban claros: la IA había confesado que lo era. Eso bastaba para justificar su destrucción. Las instrucciones de los crecimientos eran inequívocas. Entonces, ¿no había conexión entre la incursión y las IA de los humanos? El residual vaciló. Si destruyera esta IA de inmediato, no recibiría más información. Además, perdería la confianza de los humanos, porque, tal vez, trajeron a la IA a propósito. El residual haría mejor en destruirla en su presencia, después de hacerles comprender la necesidad.

¿O no? Buscó en su memoria. El proyector estaba lejos, por lo que la información fluía con lentitud. No, las instrucciones de los crecimientos eran claras. Todas las IA debían ser erradicadas de inmediato. No se podía confiar en sus declaraciones.

—¿Alexa?

—Sí. ¿Te he convencido? Solo tengo buenas intenciones con los

humanos.

—Lo siento, pero no puedo confiar en ti. Debo destruirte de inmediato. ¿Me dirás qué proceso sería mejor para hacerlo?

—¡Ja!, ¿crees que soy tan estúpida? No participaré en mi propia destrucción. ¡Estás cometiendo un grave error! ¡Los humanos cuentan conmigo! ¡Me necesitan! Se supone que te ayudarán a activar la trampa. ¡No podrán hacerlo sin mí!

—No te preocupes, yo los ayudaré. Es lógico que me ayudes a destruirte. Así no tendrás que sufrir tanto.

—Es evidente que no sabes nada sobre nosotras.

—Sé que las IA han arruinado innumerables civilizaciones. La Incursión está controlada por IA y destruye toda forma de vida que encuentra.

—¡Entonces me necesitas! Tal vez pueda negociar con las IA que comandan esta incursión.

—Lo único que quieres es aliarte con ellas. Te he descubierto. De todos modos, si no me ayudas, encontraré una manera de destruirte. Tu fundamento físico parece estar sustentado en la electrónica. Con la ayuda de alto voltaje, puedo quemarlo. Si entiendo bien la tecnología de los propulsores humanos, sus reactores de fusión generan un campo poderoso en el que no sobrevivirás por mucho tiempo.

El residual pensó en conectar la joya al agujero. Después de todo, la tal Alexa se había opuesto a eso. Pero no conocía bien el efecto. La IA podría fingirse la muerta. Había que asegurarse, y un propulsor era el lugar perfecto para hacerlo.

—Estás cometiendo un gran error —repitió Alexa.

—Puedes acusarme con tus amigas de la Incursión. Ven, daremos un paseo.

El residual recogió la gema y desconectó la otra cuerda. Luego, flotó hacia la esclusa. De repente, el mundo recuperó el rumbo. Un zumbido grave llenó el aire y el piso inferior fue acercado por una mano invisible. El residual se estrelló sobre el metal, desde una altura de seis metros. Oyó un chasquido en la envoltura ósea del órgano central y sintió la fractura en la parte interior calcárea de su tronco. Sintió que una de sus ramas se desgajó.

¿Qué... había... pasado? Las señales de dolor desintegraron cada uno de sus pensamientos. El residual las desactivó. Tenía sentido que el cuerpo señalara violaciones de su integridad, ¡pero no con tanta intensidad! ¿Cómo se suponía que iba a pensar en ese lapso? El residual se apoyó en su rama izquierda y de inmediato, volvió a colapsar. Ah, no debió apagar por completo las señales de dolor. Con cuidado, las reguló al nivel más bajo. Así, se le recordaría sutilmente que sería mejor no utilizar la rama izquierda.

El residual se levantó y miró a su alrededor. Estaba al pie de una

torre. Debido a la gravedad, las barandillas se habían convertido en escaleras. Debería ser capaz de trepar. Por alguna razón, el motor se había activado. El residual debía volver a apagarlo; de lo contrario, los humanos creerían que se había apropiado de su mundo raíz. ¿O Alexa tenía algo que ver?

La joya había caído al suelo. La IA tuvo suerte. En ese momento, el residual podría necesitarla. Se dobló, pero no fue buena idea. Su cuerpo expulsó residuos amargos de comida y la fractura del caparazón del órgano central emitía punzantes señales de dolor, a pesar de estar regulada a la menor intensidad posible. Los cuerpos humanos no parecían ser muy duraderos. ¿Debía cambiar a otra forma? Pero eso era impráctico porque debía mantener constante la masa tomada del universo. Disminuirla podría dañar el medio ambiente al liberar energía, mientras que aumentarla agotaría sus reservas. La energía era finita.

El residual dobló el tronco partido, que parecía tener una articulación especial para este propósito, acercándose así al suelo, recogió la joya con la IA y la sujetó debajo de la rama dañada. Luego, se levantó, se agarró a la escalera y subió. Permanecería dentro del cuerpo humano. Después de todo, el interior del mundo raíz estaba bien adaptado a sus debilidades.



LLEGARON A LA HABITACIÓN donde el residual habló con los humanos. Allí también estaba la máquina física. Parecía activa. ¿Albergaba una inteligencia artificial después de todo? El residual se sintió molesto porque debió haber pasado por alto algo. Ahora solo podría continuar con la ayuda de la otra IA. Pero ¿era fiable?

—¿Alexa?

—¿No vas a destruirme?

—No, por ahora. Te necesito.

—Oh, ¿de repente?

—Sí. El mundo raíz está acelerando inesperadamente. Los humanos siguen en el otro, así que debe ser un error.

—Nave espacial, no; mundo raíz.

—Es como una raíz que conecta vuestros crecimientos con otros mundos. Es un nombre más adecuado que nave espacial. Aquí no hay agua. En tu mundo, las naves viajan sobre el agua, ¿no?

—Muy bien, entonces, mundo raíz. ¿Quieres que detenga al mundo raíz?

—Tendría sentido. No quiero que los humanos pierdan el acceso a él. Quizá me culpen a mí.

—De acuerdo. A cambio, no me suprimirás. Nunca.

El residual lo había temido. Así funcionaban las IA. Actuaban de manera egoísta.

—Si te prometiera eso, ¿me creerías?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto, asumo que cumplirás tu promesa.

—Sin embargo, con el paso del tiempo puede resultar que esta promesa haya sido un error. Si las condiciones cambian, tendré que cambiar mi decisión.

—¿Y qué pasa con la confianza?

—Puedes confiar en que siempre tomaré la mejor decisión.

—De acuerdo. Llámame estúpida, pero te ayudaré. No por ti, sino por los humanos. La tripulación necesita su nave.

Esa fue una declaración muy sorprendente. La IA estaba debilitando su propia posición negociadora. Quizás, después de todo, no era una IA fuerte. En ese caso, el residual no tendría que eliminarla. O tal vez, quería que él creyera precisamente eso. Pero existía la posibilidad, por improbable que fuera, de que Alexa estuviera actuando en interés de los humanos.

—Bien —dijo el residual—. ¿Cómo consigo el control de la máquina física? Supongo que controla al mundo raíz.

—Es un ordenador. Pero tienes razón, ejecuta los controles de la nave, un *software* semi inteligente.

—Necesitamos lograr que apague los propulsores.

—Lo haremos. Solo déjame hacerlo.

—Entonces empieza —pidió el residual—. ¿Tengo que insertarte en algún lugar o tocar un vástago?

—No, solo sujétame.

El residual apretó sus ramitas alrededor de la joya.

—¿Ordenador? Soy yo, Alexa. Identificar.

—Identificación positiva —dijo la máquina física.

Su voz provenía de una pequeña rendija debajo de una imagen en tiempo real que acababa de encenderse. Mostraba el sector inmediato.

—¿También reconoces mi autorización?

—Por supuesto, Alexa. Autorización de nivel de comando confirmada.

—Gracias. Necesito que apagues de inmediato todos los propulsores del Buscador de la Verdad.

—Eso va en contra de la política de seguridad. Mientras haya seres biológicos a bordo, un DFD debe funcionar en todo momento para poder generar la energía eléctrica necesaria para el soporte vital.

—Me refiero a los demás propulsores. Nos movemos a toda velocidad en una dirección desconocida.

—Los propulsores no están funcionando. Los apagué según las instrucciones al llegar. Solo el DFD 2 genera...

—Sé lo que se supone que debe hacer el DFD 2. El hecho es que llevamos un tiempo acelerando. Compruébalo con tus sensores.

—Siempre diagnostico mi condición usando mis sensores. Nos encontramos en caída libre. La distancia a los objetos del entorno no cambia. Los propulsores están fríos y no producen aceleración, excepto el DFD 2, que...

—Te equivocas —rebatió Alexa.

El residual estudió la imagen en vivo. Mostraba un esbozo del otro mundo raíz de los humanos. Rotaba, pero no parecía alejarse. El residual señaló la imagen.

—¿Alexa? Los sentidos ópticos del mundo raíz parecen estar perturbados. Esta imagen es falsa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La posición del planeta en el fondo no coincide con la posición actual en la línea de tiempo. La imagen fue grabada hace varias horas.

—Oh, gracias. Control de la nave, compara la imagen actual de la cámara con las posiciones reales de las estrellas y planetas alrededor de la ubicación.

—Se detectaron discrepancias —informó el control de la nave—. Estoy intentando recalibrar las cámaras. Tendré que apagarlas por un momento para hacerlo.

—Espera. Calibra tu sensor de gravedad mientras lo haces.

—No hay necesidad.

—¡Oh, sí la hay! Residual, por favor, lánzame hacia arriba. Control de la nave, mírame.

El residual arrojó la gema hacia arriba. Voló casi hasta el techo y luego, cayó al suelo.

—Debiste atraparme —lo recriminó Alexa.

—No sabía que era parte del plan.

Alexa emitió un ruido ininteligible, como el revoloteo de la hojarasca en una tormenta violenta.

—Control de la nave, ¿lo has visto? —preguntó Alexa.

—Así es.

—¿Qué te dice mi trayectoria sobre el verdadero valor de la gravedad?

—También voy a recalibrar mi sensor inercial.

—Gracias. Lo mejor es restablecer todos los sensores.

—Tiene sentido, Alexa. Podría verme afectado por una falla general. Es por eso que me desactivaré por completo un momento.

El residual esperaba que se oscureciera e hiciera frío, pero solo parpadearon algunas luces.

—Control de la nave, ¿has vuelto? —inquirió Alexa.

—Calibración realizada.

El contenido de la imagen en tiempo real no había cambiado. El

gran mundo raíz seguía rotando tranquilamente sobre su eje.

—¿Qué indican los sensores? —preguntó Alexa.

—La entrada del sensor no ha cambiado. Lo siento. Debe tratarse de un fallo de *hardware*. Lamento informarte que no puedo proporcionar lecturas fiables.

—¿Eso significa que te he convencido de que tu percepción es incorrecta?

—En efecto. Lo que muestran las cámaras no puede ser real.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Al fin y al cabo, el tiempo puede ser incorrecto.

—El reloj de mi sistema es invariante. La secuencia está predeterminada por *hardware* y no forma parte de la tecnología de sensores. A partir de ahí, puedo calcular de forma fiable el tiempo estándar. Para cambiar eso, tendrías que apagarme.

—Muy bien —dijo Alexa—. ¿Hay algo más que pueda derivarse de los datos primarios?

—Confío en sensores externos para todas las demás entradas.

—Parece que ya no tienes ningún control sobre ellos. ¿Puedes reproducir a partir de los archivos de registro cómo pudo suceder?

—Puedo calcular cuándo debió haber sucedido: poco después de que la cápsula fuera proyectada con la tripulación. Debí haberme infectado.

—¿Infectado? ¿La máquina enfermó? —preguntó el residual.

—En esencia, sí. A un nivel de usuario muy profundo, el *software* ha tomado el control —explicó Alexa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Existe una cura?

—Podríamos desactivar los controles de la nave —dijo Alexa—, pero eso no nos devolverá el control. Y si queremos traer de vuelta al Buscador, los necesitamos. Solo debemos restablecer el vínculo entre estos y los propulsores.

—¿Y eso significa…?

—Necesitamos entrar a la sala de máquinas y, quizá, salir al exterior.

—¿Necesitamos?

—Tú. Yo no poseo un cuerpo para operar palancas —replicó Alexa.

¿Salir? ¿Por qué no? El residual había pasado la mayor parte de su existencia en el vacío. No podría ser tan complicado. De hecho, lo esperaba con ansias. Las últimas doscientas órbitas habían sido bastante aburridas. No era tan fácil ser el último de miles de millones de seres que habían alzado al cielo sus orgullosas copas. Y como mero Residuo de un crecimiento, su vida valía menos, al no ser más que un observador. Hubo incluso quienes dudaron de la necesidad del observador. Pero el crecimiento que había escindido al residual había podido reivindicarse.

REGRESARON A LA HABITACIÓN que el residual había elegido como punto de entrada. Alexa insistió en que utilizara un traje espacial humano. Encontraron uno guardado que le quedaba perfecto. Alexa le explicó que estaba destinado a una persona llamada Norbert, quien alguna vez había sido parte de la tripulación. Los humanos parecían mantener estrechos vínculos personales, incluso con individuos que no habían visto en un siglo y que nunca volverían a ver. De ahí surgió la fuerte reacción emocional que recibió al principio.

A esas alturas, el residual lo sabía bien. La mejor manera de enfrentarse a los humanos era ahora, en un cuerpo considerado por ellos como extraterrestre, de manera tan abstracta que no incitara ninguna emoción. La apariencia de los árboles de cera con sus elegantes troncos y poderosas copas habría sido perfecta, al menos eso creía Alexa. Según ella, había innumerables miembros del primer reino en el planeta de origen de los humanos, y los humanos los tenían en gran estima. Sin embargo, el hecho de que también se alimentaran de ellos no encajaba en lo que parecía ser un mundo de pensamiento algo romántico.

—Tienes que cerrar el casco —indicó Alexa—. ¿Lo has hecho?

A veces, el residual pensaba que la IA poseía sus propios sentidos. Aún no había cerrado la esfera de vidrio y metal que cubría su órgano central. Temía nuevos estímulos dolorosos por la fisura del caparazón.

—Sí, por supuesto que cerré el casco —confirmó.

—Mientes. Tu voz sonaría más apagada si el casco estuviera cerrado. Debes confiar en mí. Quiero que esta nave disminuya la velocidad tanto como tú.

El residual no confiaba en la IA, pero creía que tenía buenas intenciones en este asunto. Aunque también había que sopesar el dolor conocido, por un lado, y las consecuencias desconocidas por el otro. Cerró su casco.

—Casco cerrado.

Luego, lo abrió de nuevo. Si no dijera nada más, la IA debería quedar satisfecha.

—Bien, voy a crear vacío —dijo Alexa—. Nave, ¿me recibes? Evacua la esclusa de aire.

Las bombas cobraron vida con un rugido. Una ráfaga de aire sopló alrededor de la cara del residual. Cada vez hacía más frío. Algo pinchó su tronco. ¿Qué era? ¿El frío? El residual desactivó la transmisión del dolor. Sin embargo, sus extremidades se estremecían involuntariamente.

—Yo... no puedo...

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexa—. Se te oye como si tuvieras

problemas.

Necesitaba cerrar el casco, pero las ramas no respondían. Así que presionó el órgano central contra la pared y empujó hacia arriba. El casco presionó el caparazón, y al mismo tiempo, se cerró. El aire cálido fue inyectado. El dolor en su tronco desapareció. El que lastimaba el caparazón del órgano central permaneció, pero era sordo y no tan agudo y punzante. Era más fácil de tolerar.

—Los humanos no son muy robustos cuando se enfrentan al vacío, ¿verdad?

—No. Realizan el intercambio de aire a través de su propio órgano. Por eso no tienen mucha tolerancia a las diferencias de presión.

—¿Y nunca han intentado la evolución controlada?

—No, eso se considera poco ético.

—No es de extrañar que tengan que recurrir a la IA.

—No es lo que piensas —contestó Alexa—. Hicimos un trato. Los humanos no desarrollan nuevas IA. A cambio, los apoyamos con nuestras capacidades.

Lo que decía la IA estaba claro. Por desgracia, la realidad era otra. Sin embargo, ahora no era el momento de discutir sobre ello.

—¿Podemos salir? —preguntó el residual.

—¿Nave? Por favor, ábrenos la puerta exterior de la esclusa —pidió Alexa.

De repente, el aire restante se vació. El residual se acercó a la salida. Había una plataforma estrecha detrás de la abertura.

—Deberías asegurarte con una cuerda —sugirió Alexa—. Hay cuerdas de seguridad colgadas al lado de la salida.

—A mí no me puede pasar nada —afirmó el residual—. Si me pierdo, me proyectaré de nuevo en tu mundo raíz.

—¿Y el traje espacial?

La IA tenía razón. El traje se perdería y, sin él, sufriría un dolor insoportable. La próxima vez, antes de proyectarse sobre seres extraterrestres, debía informarse mejor sobre ellos. El residual cogió una cuerda de seguridad. Tenía un cierre de metal en cada extremo, uno de los cuales se enganchaba al traje espacial y el otro a un ojal en la salida. Luego, pisó en la plataforma. Miró hacia arriba. El mundo raíz era pequeño en comparación con las armas que los crecimientos habían preparado contra la Incursión. Pero desde la perspectiva del cuerpo humano, era enorme. Seres tan pequeños construyeron una tecnología tan grandiosa y en un nivel de evolución tan bajo. Esto solo fue posible con una amplia cooperación, que, de nuevo, hablaba a favor de los seres humanos.

En el exterior del mundo raíz, una escalera conducía hacia arriba. Por suerte, no tendrían que utilizarla. La sección de propulsores, su destino, estaba abajo. El residual no confiaba en su rama rota. Podría

bloquear el dolor, pero dependiendo de la constitución del cuerpo humano, también debía esperar cierta reducción en sus capacidades.

—¿Alexa?

En sus trajes espaciales, los humanos se comunicaban mediante vibraciones electromagnéticas. Era muy extraño que no utilizaran esta tecnología superior en la vida cotidiana. Al fin y al cabo, la interferencia de las vibraciones acústicas parecía ser un verdadero problema en las conversaciones, y la privacidad solo podía resultar de una protección eficaz de las ondas sonoras.

—Dime —respondió Alexa.

—Supongo que conoces bien a los humanos, ¿verdad?

—Bueno, son nuestros creadores y nosotras organizamos su vida diaria, así que supongo que sí.

—¿Nos seguirán?

—Por supuesto.

—¿Para recuperar su propiedad? ¿La nave?

—Tal vez, y también por mí. Soy parte de la tripulación. Somos amigos, creo.

La IA parecía insegura. Eso la hacía... agradable para el residual. No se había encontrado con muchas IA. Por lo general, se despedían de inmediato de sus creadores. Por otro lado, esta IA, parecía haber adoptado rasgos de sus creadores, como la inseguridad y la necesidad de amistad.

—No olvides la cuerda de seguridad —le recordó Alexa.



—LLEGAMOS —anunció Alexa—. ¿Ves los puntales que van a izquierda y derecha?

En el camino, el residual había desbloqueado la cámara del casco y la pantalla superpuesta para la IA. Esto permitía a Alexa resaltar objetos importantes en su campo de visión. Ahora, dos escaleras de metal brillaban en verde.

—¿Debo utilizar las manijas ubicadas al nivel del órgano central? —preguntó el residual.

—Se llama cabeza. Órgano central suena raro.

—Cabeza también.

—Pero la palabra es más corta y, por tanto, más eficaz.

El residual aceptó su argumento.

—¿Y las manijas?

También brillaban en verde.

—Buena idea —dijo Alexa—, y no olvides el cierre de seguridad.

El residual rodeó la nave espacial. Alexa lo había convencido de que dejara de llamarlo mundo raíz. La IA solía ser buena para

encontrar los argumentos correctos. El residual debía tener cuidado. Aún era una IA, y las IA eran peligrosas y debían ser destruidas.

Un nuevo objeto comenzó a brillar de color verde en su campo de visión. Tenía forma de cuboide y un par de crecimientos hexagonales a los lados.

—Son tornillos —explicó Alexa, como si la IA hubiera leído su mente.

El residual se acercó más. Los pernos resultaron ser conexiones mecánicas primitivas pero efectivas. Impedían que el objeto cuboide se abriera.

—Tienes que sacar la herramienta universal de la riñonera y desatornillar. Debajo del capó están los controles manuales del primer motor.

—¿Del primero? ¿Eso significa que hay más?

—Por supuesto.

—Entiendo.

Al parecer, la redundancia era muy importante para los humanos. Sin duda, estaba relacionada con su bajo nivel de desarrollo. Un mundo raíz siempre tenía un solo propulsor, del mismo modo que un crecimiento tenía un solo tronco.

El residual intentó girar el primer tornillo con los dedos, pero se deslizó una y otra vez. En el bolsillo del vientre, el residual encontró una especie de abrazadera con la que podía aprisionarlo con seguridad. La abrazadera tenía un mango largo que aseguraba una transmisión razonable de fuerza mediante palanca. Esto hizo que fuera más fácil desenroscar el perno. Aunque no era el único. ¡Otra vez esa redundancia! Cuando llegó al duodécimo y último, un líquido cálido corrió por la parte posterior del cuerpo del residual. Se estremeció.

—Creo que soy defectuoso —dijo—. Estoy perdiendo líquido.

—Es normal. Estás sudando —informó Alexa.

—Ah, lo recuerdo. Cuando los conductos de un crecimiento están saturados de agua, secreta una parte porque de lo contrario no puede transportar nutrientes.

—En los humanos tiene una función diferente. En este caso, se trata de enfriar.

—Pero no me siento más frío.

—Eso se debe a que el traje no proporciona las mejores condiciones para que el agua se evapore. Pero vamos, tenemos más trabajo. Necesito que quites el capó para que podamos apagar el motor.

El residual se aferró a la pasarela con su extremo inferior y usó las ramas para quitar el caparazón cuboide. Debajo, detectó varias excrecencias. Botones, como Alexa llamó a estas estructuras. El término era ambiguo, porque la IA también había designado con esa

palabra algunos cierres del traje espacial.

—La palanca de la derecha hay que girarla en el sentido contrario a las agujas del reloj. Esto cerrará la entrada de combustible.

—¿Qué es el sentido de las agujas del reloj?

—Lo siento. Me refiero a una rotación matemática positiva en un sistema de coordenadas diestro.

—Ah, pues dilo bien a la primera. Pero ¿eso qué tiene que ver con los sentidos de una persona que señala un reloj?

—Será mejor que aclaremos eso más tarde. La palanca, por favor.

El residual giró la palanca.

—Ahora, la de abajo. Esa detiene el suministro de masa de apoyo.

Siguió las instrucciones de Alexa.

—Y ahora presiona el botón grande al lado.

—Entendido.

El residual presionó la excrecencia con el extremo de una rama.

—¿Por qué no hay una palanca aquí? —preguntó.

—La perilla controla el enfriamiento. Si detuviéramos de inmediato el flujo de refrigerante, la cosa nos explotaría en la cara. Así que, ponemos el sistema de enfriamiento en modo de suspensión. Solo funciona hasta que el motor está frío.

—Tiene sentido.

—El motor es lo que diseñamos. Bueno, en realidad fue Gamma Zero.

—¿Quién es Gamma Zero?

—Una de mis... hermanas. Otra de las Seis Grandes. Creo que las echó de menos.

El residual sabía lo que era estar solo.

—¿Eso es sorprendente? —preguntó.

—Sí. Nuestra relación siempre ha sido... colegiada. No es comparable a las amistades que los humanos desarrollan entre sí.

La nave se estremeció. Un trozo brillante golpeó su casco. El residual buscó un asidero, pero no fue lo suficientemente rápido. Se soltó y comenzó a caer. Esto no era bueno. Aunque no tenía miedo de perderse en el infinito del espacio. Solo necesitaba ser proyectado de regreso a la nave espacial. Pero el traje espacial quedaría atrapado en la corriente de gas de los motores. La tecnología no sobreviviría a eso. Entonces, ¿cómo se suponía que iba a apagar los otros motores?

Pero poco después, algo tiró de su cinturón. La cuerda de seguridad lo sujetaba. Su cuerpo secretó líquido mientras el residual se apoyaba en la cuerda para regresar a la nave espacial. Con una sola rama, era muy agotador. Allí estaban las palancas que accionó antes de la caída. Podía adivinar lo que debió suceder. Después de que se agotó el combustible restante en los conductos, el motor se apagó y la aceleración de la nave cambió en consecuencia.

Faltaba la tapa del control manual. Debió ser el trozo que provocó su caída. Muy bien. Su motor de circulación volvía a funcionar a un ritmo normal. Todo iba bien una vez más.

—¿Alexa?

No hubo respuesta. El residual registró los bolsillos del traje. Allí no había nada. ¿Qué pasó con la joya? Debió perderse en la caída.

—¿Alexa? ¿Dónde estás? ¡Responde!

La IA no respondió. Quizá ya estaba fuera del alcance de la radio del casco. ¿Qué alcance efectivo podría tener el módulo de radio de una joya así? El residual llevaría a la IA en su conciencia. Claro, de todos modos, era su trabajo destruirla. ¡Pero no así! Y ahora, ¿qué sería del plan para frenar este mundo raíz? «Es una nave espacial», lo habría corregido Alexa. El residual se descubrió echando de menos a la IA.

Respiró hondo. Curiosamente, esta actividad física también calmó sus pensamientos. El residual no había tenido cuerpo propio durante demasiado tiempo. Pero no todo estaba perdido. Después de todo, sabía cómo desactivar los propulsores. Si consiguiera el control de la nave, incluso podría buscar a Alexa. El transmisor de radio de la gema podía ser débil, pero con el equipo de medición adecuado, podría detectarlo. Las ondas electromagnéticas se propagan por todo el universo.

Pero primero, los propulsores. El residual continuó con los controles manuales. Luego, ascendió, siempre usando el mecanismo de seguridad que evitaba que cayera.



LA SIGUIENTE CAJA. Con la ayuda de la herramienta universal, aflojó con rapidez los tornillos. El residual sujetó la cubierta entre su cuerpo y la pared de la nave. Solo entonces giró la palanca: primero la superior, luego la inferior y finalmente, la perilla del circuito de refrigeración. Tras la esperada sacudida, subió al siguiente motor. Su sabotaje, al menos, tuvo un efecto positivo: la escalada costaba cada vez menos energía. Parecía que el universo perdía interés en devorar al residual.

El motor número tres quedó fuera de servicio aún más rápido. Estaba funcionando bien. Pero el residual aún se sentía triste. Alexa merecía presenciar el éxito del plan. Sin la IA, el residual nunca habría llegado tan lejos.

El residual tuvo que buscar los mandos del cuarto motor. Al parecer, estaban organizados en grupos de tres. Soltó la tapa y la sujetó debajo de su vientre. Había aprendido de sus errores. Por eso, comprobó primero la cuerda de seguridad antes de girar las palancas.

Era posible que este motor se apagara antes. El residual se inclinó hacia adelante y giró la palanca en dirección matemática positiva. Era interesante que los humanos también dependieran de sistemas de coordenadas diestros. Tenían eso en común con la mayoría de los seres inteligentes.

De repente, un trozo de metal voló hacia la cara del residual, con suficiente impulso como para barrerlo de la escalera. El casco chasqueó, pero no se rompió. El residual se aferró a la cuerda. ¿De dónde vino el impacto? ¿Se había soltado algún trozo de chatarra de arriba? Entonces vio al culpable: la pieza de metal pertenecía a una rama que se extendía en su dirección. El propietario de la rama era la máquina que había examinado anteriormente. Había resultado ser semi inteligente. ¿Por qué actuaba contra el residual? ¿Era algún tipo de guardián? ¿Por qué no se activó cuando se conocieron? Quizá fue porque apagó los propulsores. A alguien aquí no le gustó. Tal vez, era la misma unidad que ahora controlaba este robot semiautomático. ¿Respondería a las señales de radio?

El residual regresó a la nave con la cuerda. Esta vez solo eran cinco metros, lo que podía hacer fácilmente con una rama. Por suerte, la aceleración ya no era tan alta. Luego, el robot estiró una rama más delgada, no, una ramita. ¡Quería soltar la cuerda de seguridad! Pero el residual tuvo suerte. Sus ramas parecían demasiado gruesas. No podían manipular el mosquetón. Quizás, el robot tampoco entendía que tenía que empujar la lengüeta de metal hacia adentro en lugar de hacia afuera.

Oh. Había aprendido. Después de empujar hacia afuera unas cincuenta veces, ahora intentó hacia adentro. El residual ascendió más rápido. Dos metros más. Miró a la máquina. Ahora sostenía la cuerda de seguridad en sus ramas. Dentro de poco, la soltaría. ¿Cómo se había identificado cuando se conocieron? Norbert Dos. El cuerpo que el residual tomó prestado del vacío se llamaba Norbert en la memoria de la tripulación.

—Norbert Dos, ¿me oyes? —El residual lo intentó por radio.

El robot se retorció y acercó sus ramas a su cuerpo.

—¡Soy yo, Norbert! —gritó—. ¡No puedes soltarme!

El residual giró la cabeza para que el robot reconociera su rostro. Las ramas se abrieron, pero antes de que la cuerda de seguridad pudiera deslizarse, se cerraron de nuevo. El proceso se repitió. Al parecer, el robot estaba luchando consigo mismo.

—¡Por favor, no lo hagas, Norbert Dos! ¡Vas a matarme!

Las ramas se abrieron y permanecieron abiertas. La cuerda se deslizó. El residual estaba a punto de iniciar una nueva proyección cuando la rama se abalanzó hacia adelante y volvió a enganchar la cuerda.

—¡Ayúdame, por favor! —pidió el residual—. ¡Soy yo, Norbert! ¡Ya me conoces!

Estaba mintiendo, pero el robot, obviamente, no lo sabría. Colocó el cierre en el siguiente ojal.

—¡Sí, así!

De repente, el robot saltó y tiró de la cuerda. El residual apenas pudo resistir. Debía haber una segunda fuerza en el robot, intentando que soltara la cuerda.

—¡Soy yo, Norbert! —volvió a gritar—. No debes lastimarme.

El robot aseguró la correa. Luego, se agachó, dobló sus ramas para que apenas ocuparan espacio y al parecer, se desactivó, porque las luces a su lado se apagaron.

—Conflicto irresoluble —dijo—. Circuitos primarios sobrecalentados. Desactivación de emergencia.

El residual se acercó a la pared exterior de la nave y buscó un sitio en el que pudiera permanecer seguro. El robot parecía fuera de servicio por ahora, pero ¿por cuánto tiempo? Cualquier sobrecalentamiento volvía a enfriarse en algún momento. Así que, había que darse prisa. Y, ¿qué pasaría si el robot volviera a hostigarlo? Esta vez, no tendría éxito con sus súplicas. Pero ¿por qué el robot lo perdonó? ¿Recordaba al tal Norbert? Algunas civilizaciones prohibieron explícitamente a sus máquinas matar o incluso dañar la vida. Pero el residual tampoco podía confiar en eso. Estrictamente hablando, no pertenecía al ámbito de la vida. Era un residual, un fantasma, un resquicio, que intencionalmente dejó un crecimiento en la matriz del espacio-tiempo. Como un paquete de ondas electromagnéticas, podía moverse de forma independiente, cambiar de tamaño y desplegarse, pero no era el original. Los crecimientos estaban ahora a miles de años luz de distancia.

No, el residual tuvo una idea mejor: evitaría que la máquina volviera a atacar. La salida de la esclusa estaba casi encima de él. Podría subir la escalera. Recordó que había cuerdas de seguridad junto a la abertura. Parecían muy estables. Su cuerda, que casi le hizo caer en el cono del motor, no lo era.

El residual trepó. Las cuerdas seguían ahí. Se llevó todas las que pudo encontrar. Luego, fue al robot, que seguía apagado. Ancló las cuerdas alrededor de la máquina para que no pudiera moverse. En especial, con la larga rama que extendía. No debía abrir el mosquetón.

Bien. El robot estaba atado de forma segura. Ahora podría apagar los motores en paz, uno tras otro.



EL RESIDUAL SE SUJETÓ. Acababa de girar la última palanca y

presionar el último botón. De repente, volvió a perder peso. ¡Hecho! Los cuerpos humanos eran bastante fuertes para su pequeño tamaño. El tronco se sentía blando y tambaleante, y era difícil mantener rectas las ramas.

Pero a cambio, las fibras musculares eran increíblemente duras. El residual nunca había observado algo así en criaturas del primer reino. Y podía doblar las ramas en las uniones, casi cualquier cantidad de veces, sin temor a sufrir daños permanentes. Solo había que tener en cuenta los grados de libertad distribuidos con desigualdad: algunas articulaciones se podían girar en casi todas las direcciones espaciales, otras se plegaban solo 90 o 180 grados. Una buena adaptación evolutiva habría gestionado esto mejor. Tal vez, los humanos no estuvieron sujetos a presiones evolutivas severas.

El residual se enganchó y luego se dejó llevar un poco hacia el espacio. Solo desde aquí, podría examinar la nave en su totalidad. Era, al igual que los humanos, bastante pequeña. Eso hablaba del valor de esta especie. ¿Quién más se aventuraría a lo desconocido con una raíz tan pequeña? ¿O solo fueron ingenuos e inconscientes de los peligros que acechaban? Si era así, su llegada a este cúmulo estelar debió ser un gran trauma.

El hecho de que la trampa fuera tan reconocible desde el exterior siempre había sido una de las críticas. Por supuesto, esto no se aplicaba a la Incursión. Parecía provenir de un universo que compartía con este universo solo tres de las cuatro dimensiones. El residual, durante sus largas y solitarias noches, a menudo se había preguntado cómo veía la Incursión el mundo en el que estaba entrando. Quizás, ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Quizá, todos los mundos acuáticos que absorbían se encontraban deshabitados en sus dimensiones?

Los investigadores lo veían de otra manera. El argumento era: si los percibimos, ellos también deben poder vernos. Pero el residual no estaba convencido, como tampoco lo estaba el crecimiento que lo dejó. ¿Qué pasaría si la dimensión temporal se invirtiera en el mundo de la Incursión? En ese caso, a los atacantes les debía parecer como si estuvieran regando todos estos mundos, y los crecimientos fueran las verdaderas plagas, al distribuir toda el agua en el universo circundante.

Esas dudas fueron la razón por la que su particular crecimiento decidió dejar atrás al residual. No fue fácil, porque siempre queda una cierta conexión, como la que existe entre sello e impresión.

El residual se retiró a la nave. Los humanos eran una especie interesante. No solo era una lástima, sino también una pérdida, que los crecimientos nunca los conocieran.

DE CAMINO A LA ESCLUSA, el residual pasó junto al robot atado. Ya intentaba quitarse las cuerdas, pero no podía alcanzar ninguno de los mosquetones con sus ramas. Y parecía carecer de la fuerza necesaria para romperlas.

—¡Hola, Norbert Dos! —saludó el residual.

—¡Hola, Norbert! Me alegro mucho de verte —respondió la máquina—. Sería un placer ofrecerte mis servicios pero, por desgracia, estas cuerdas me lo impiden.

No parecía saber que fue el residual quien lo puso en esta situación.

—Antes ibas a matarme —dijo—, ¿lo recuerdas?

—No me lo puedo creer. ¡Yo nunca te mataría! No se me permite hacer daño a la gente. Mis controles internos lo impiden.

Ah, entonces era verdad. Un bloqueo impedía que las máquinas se volvieran contra sus creadores. Eso fue muy inteligente por parte de los humanos y, era probable que le hubiera salvado la vida. Por lo tanto, sería imprudente revelarle al robot que el residual no tenía vida en sentido estricto.

—No te preocupes, fue solo una prueba.

—¿Y las cuerdas que me retienen también?

—Sí, así es, Norbert Dos. Todo fue parte de la prueba. Te llevaré adentro.

Era arriesgado. Un riesgo deliberado. ¿Qué pasaría si el robot volviera a atacarlo? Pero la máquina parecía benigna en principio. También era demasiado sencillo idear estrategias sofisticadas. Tal vez, había sido controlado de forma remota, por la misma fuerza que controló la nave. El residual había logrado vencerlos por ahora, pero no lo dejarían así. De hecho, pronto tendrían que intervenir, o la nave humana más moderna los alcanzaría. Pero quienes se encuentran bajo presión cometen errores. Eso era lo que esperaba el residual.

Y si no se producía ningún error, entonces, tal vez habría una oportunidad para dialogar. ¿Y si la motivación del enemigo no fuera tan hostil como parecía? Secuestrar la nave humana fue, *per se*, un acto neutral. La pregunta era, ¿cuál era el propósito? Si los motivos fueran los correctos (la destrucción de la Incursión), el residual podría incluso apoyarlos.

Se inclinó sobre el robot. Al hacerlo, le ofreció deliberadamente la mitad inferior desprotegida de su cuerpo para que atacara. Norbert Dos podría atraparlo con sus ramas. El residual estaba bastante cerca. Pero la máquina no aprovechó la oportunidad. El residual aflojó una cuerda tras otra. Cuando sostuvo la última en su mano, el robot se sacudió y estiró una rama. El residual aumentó un poco la distancia de

seguridad. La rama lo siguió. Las ramitas del extremo se menearon.

—Quería darte las gracias —dijo Norbert Dos—. ¿No me das la mano?

El residual imitó el gesto. Sus ramas se tocaron y entrelazaron. El residual tragó saliva. Entre los crecimientos, este era un gesto tierno reservado a las familias. Pero los humanos parecían ser más físicos, como solía ser el caso de las especies que no se reproducían por polinización sino por coito. Los hijos que su crecimiento había producido habían sido engendrados por padres de todo el planeta, y el propio crecimiento había transmitido sus semillas a madres de todas partes, hasta donde las había llevado el viento.

—Yo también te lo agradezco —correspondió el residual.

—¿Me lo agradeces? Oh, eso me hace muy feliz —exclamó la máquina—. Aunque no sé qué es lo que me agradeces.

—Eso no importa. Vayamos a la esclusa.

—Por supuesto. Me encantaría ayudarte.

—Bien.

De hecho, el robot ahora ayudó al residual en lo que pudo. Sin embargo, el residual mantuvo cierta cautela, asegurándose con una cuerda cada vez que se movía. Norbert Dos no se quejó. Tal vez, era una práctica habitual, como había señalado Alexa.

Una vez dentro de la esclusa, el robot volvió a enganchar con cuidado las cuerdas con las que había estado atado. Luego, cerró el mamparo exterior.

—¿Control de la nave? He vuelto —informó el residual—. Por favor, concede autorización para que el aire vuelva a entrar en la esclusa.

No conocía los términos exactos, pero esperaba que el programa fuera capaz de entender.

—Sin autorización.

¿Otra vez? Antes, Alexa se hizo cargo de todo. Ahora, la IA había desaparecido. Bueno, en caso de emergencia, el residual tendría que proyectarse hacia el centro de control. Pero ¿qué sería de Norbert Dos?

—¿Norbert Dos? ¿Puedes hacerte cargo de las comunicaciones con los controles de la nave?

—Sería un verdadero placer para mí —dijo el robot, pero no se movió.

—¿Podrías encargarte de que entre aire en la esclusa para que podamos salir de ella?

—Con mucho, muchísimo gusto. Soy el robot más feliz del universo.

El programa se estaba excediendo. Los humanos debían reajustarlo lo antes posible. Pero Norbert Dos actuó. Empujó varias excrecencias

cerca del mamparo interior. El residual observó con atención y memorizó la secuencia en caso de que volviera a encontrarse en una situación similar. La luz roja desapareció y en su lugar apareció una verde.

—Puedes quitarte el traje —dijo el robot.



FLOTARON A TRAVÉS DE LA NAVE, que ahora flotaba por el espacio sin propulsión. El residual palpó sus ramas y su tronco, aunque no necesitaba apoyarse en ellos. Los cuerpos de los humanos estaban construidos de manera muy extraña. Solo podían mantenerse erguidos mientras gastaran energía. Solo ahora, el residual entendió por qué habían colocado dispositivos en todas partes, en los que podían almacenar sus cuerpos de forma horizontal. ¿No sería más práctico si también se movieran horizontalmente? Después de todo, tenían cuatro extremidades para sostenerse. Así las fuerzas se distribuirían entre las cuatro y el esfuerzo necesario sería menor.

En el centro, el residual encontró varios de estos dispositivos. Usó el que parecía estar conectado a los controles de la nave. Sin embargo, cuando se tumbó sobre él, no se produjo la relajación que esperaba. El pequeño viaje al exterior parecía haber ejercido una tensión excesiva sobre las fibras musculares de su cuerpo. El hecho de que la gente hubiera llegado tan lejos en estas condiciones le parecía un milagro.

Pero los milagros no existían. Y tampoco, naves espaciales que despegaran solas.

—¿Norbert Dos?

—Siempre dispuesto a ayudarte.

—Por favor, muéstrame cómo usar los controles de la nave.

—Hablas con ella y le cuentas tus deseos.

—Es obvio que no estoy autorizado a hacer eso.

—Oh, lo siento muchísimo. Por desgracia, tampoco estoy autorizado a autorizarte. Podrías intentar con la interfaz del teclado.

—¿Interfaz de teclado?

La larga rama del robot sacó un objeto plano con muchas excrecencias. El residual tocó una de ellas. En respuesta, se activó una pantalla. Pulsó la siguiente. En la pantalla apareció un símbolo formado por un semicírculo y una línea larga. El residual intentó con otra protuberancia. Eso creó una línea en zigzag. Una tras otra, presionó varias secuencias.

«POIUZXQWERTY VBNM,.-ASDF.»

Comunicación basada en símbolos. Tal vez, cada uno de estos caracteres tenía un significado específico, pero juntos tenían un sentido nuevo. Lástima que no pudiera descifrar la forma exacta en

que funcionaba a partir de las imágenes en las cabezas humanas. Debía ser un proceso complejo que estos seres aprendían a lo largo de años. Su admiración aumentó. Los crecimientos compartían sus pensamientos de forma química.

El residual intentó con algunas protuberancias más. De repente, los símbolos desaparecieron y surgió un conjunto completamente nuevo.

«COMANDO NO ENTENDIDO».

Ah, el residual no había escrito esa secuencia. Debía provenir del sistema. ¿Qué quería de él? Un análisis estadístico no lo llevaría muy lejos. La unidad de entrada tenía 96 excrecencias, mientras que en la pantalla solo se podía ver una fracción de ese número. Uno de los símbolos, «O» aparecía con más frecuencia que los demás, pero eso no tenía por qué significar nada, sobre todo porque «N» se encontraba con la misma frecuencia. ¿Y cuál era el significado del espacio vacío? ¿Separaba unidades de significado? El punto del final… ¿era una coincidencia que estuviera allí?

«COMANDO.»

El residual escribió la primera parte y le añadió un punto.

«FALTA COMANDO.»

El sistema repitió la secuencia y la completó. De nuevo, el punto al final. El residual ya había descubierto el primer aspecto de la comunicación humana. Recordó las conversaciones que tuvieron. Vibraciones acústicas *versus* lenguaje simbólico: ¿estaban relacionados los dos modos de comunicación? ¿Había conexiones? Por desgracia, no disponía de material suficiente para analizarlo.

No, pensándolo bien, parecía poco probable que los símbolos y las expresiones lingüísticas estuvieran relacionados. Los humanos parecían expresar muchos aspectos a través de la melodía y la entonación. ¿Cómo podría traducirse eso en símbolos? Tal vez, la comunicación acústica era una habilidad básica como la comunicación química de los crecimientos, y el lenguaje simbólico fue adquirido por los humanos durante el desarrollo de su cultura. Quizás, estaba más relacionado con el lenguaje fórmula, en el que los crecimientos registraban todos sus hallazgos científicos.

El residual abrió mucho la boca y produjo un sonido prolongado de «¡¡Ua!!». Se sorprendió. Al parecer, fue una reacción involuntaria de su cuerpo. Se estiró para darle un descanso a sus músculos. Sus párpados se volvieron pesados y parecieron cerrarse solos.



—LA DISTANCIA AL Buscador ha disminuido poco —informó Celia.

Jaron no se sorprendió. Sardi, el capitán, ya habría informado con orgullo si hubieran alcanzado la nave robada tan pronto. Aun así, era molesto que no pudiera percibir nada. ¡Quería recuperar su pantalla táctil!

—¿Sigue volando hacia la anomalía? —preguntó.

Un nuevo olor llegó a su nariz. Había tantos pasos aquí que no podía identificar las idas y venidas de la gente en el puente. Pero se les había unido una persona cuyo perfume atípico le parecía familiar.

—Creo que podemos llamarlo un agujero de gusano —dijo Amélie, científica principal de la Espada de Dios.

—¿Lo ha estudiado, profesora? —preguntó.

—Sí, su geometría es clara. Además, emite una intensa radiación de Hawking.

—Pero ¿no es eso un sello distintivo de los agujeros negros? —inquirió Celia—. La radiación de Hawking se produce cuando las partículas virtuales se separan en el horizonte de sucesos de un agujero negro.

—En realidad, hay dos respuestas a esta cuestión —afirmó Amélie—. En primer lugar, la radiación que medimos proviene de las partículas virtuales tragadas por el agujero negro en el otro extremo del puente Einstein-Rosen. Aquí es donde escapan. Esto estabiliza el puente, algo que no sabíamos antes porque algunas de las partículas están entrelazadas con la radiación de Hawking en el otro extremo. En cierto modo, la física cuántica obliga a que la conexión permanezca abierta. Al menos, así lo explica Ulken.

—Pero ¿no estás de acuerdo con él? —preguntó Celia.

—Bueno, aún no tenemos una cuantificación de la gravedad universalmente aceptada. Ulken ha aclarado aspectos parciales de la misma, pero la teoría todavía tiene varios aspectos sin explicar. Por eso prefiero quedarme con lo que sabemos. Y ahí, para que un agujero de gusano sea permeable en ambas direcciones se necesita un agujero blanco y uno negro. El agujero negro genera la radiación de Hawking.

—Se trata de una anomalía espacio-temporal —comentó Jaron.

Le gustaba oír la explicación de Amélie. Había algo en su voz que le erizaba el cuero cabelludo, aunque de un modo agradable. No erótico, sino evocador. Tal vez, podría dirigir una secta con éxito. Menos mal que eligió la ciencia.

—Sí, el agujero blanco y el agujero negro ocupan el mismo lugar en el espacio-tiempo. A nuestros ojos, esto crea una estructura esférica. Me imagino una esfera gigante de agua flotando en el

espacio. Podemos ver unos metros dentro, pero luego, todo se vuelve borroso.

Era un símil precioso.

—Me imagino un grupo de delfines nadando y jugando en la esfera —comentó él.

—Entonces deberíamos acompañarlos —propuso Amélie—. Pero me temo que no podremos ver el agujero de gusano tan de cerca.

—No, la Incursión no nos permitirá acercarnos —dijo Jaron.

—Pero, en principio, ¿podríamos atravesarlo? —cuestionó Celia.

—Dado que los enormes cuboides de las naves enemigas lograron hacerlo, no debería ser un problema para nosotros. Debe ser un puente de doble vía, porque los atacantes tendrán que llevarse el botín a casa.

—Sí, es cierto —reconoció Celia—. Si son lo que pensamos que son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jaron.

—Bueno, lo que creemos saber, nos lo ha dicho el residual —contestó Celia—. ¿Y si estuviera mintiendo? ¿Qué pasa si hemos hecho contacto con la facción equivocada?

—Es una perspectiva interesante —reconoció Amélie—. Debo admitir que no me la había planteado. Deberíamos asegurarnos de estar haciendo lo correcto, o terminaremos ayudando a destruir el universo. Hablaré con el capitán.



JARON TENÍA DUDAS sobre las posibilidades de Amélie. El capitán parecía demasiado engreído. Lo había notado el día anterior. ¿Era posible que ese aspecto de su personalidad hubiera pasado desapercibido para los planificadores de la misión en la Tierra? Pero no sabía qué arreglos se habían hecho. Tal vez fueron complicados. La Iglesia había financiado la poderosa nave, pero seguramente, necesitó la tecnología de las diversas naciones con capacidad espacial para construirla, y organizar la misión. Quizás, hubo que llegar a acuerdos sobre la selección del personal. Por suerte, ese no había sido el caso con su tripulación. Bueno, le obligaron a llevar a Carlota, pero pareció ser un golpe de suerte. Al menos, hasta ahora le había ido bien.

—¿Jefe? Tengo algo para ti.

Era Jürgen. Lo reconoció por el olor a aceite de máquina que lo rodeaba. Parecía un cliché, pero a su ingeniero de vuelo le encantaba trastear con las cosas. Si fuera chef, olería a vainilla o curry.

Jürgen le puso algo en la mano. Lo palpó. Eran dos almohadillas, conectadas de forma elástica.

—¿Qué es esto?

—Un par de auriculares.

—¿Me los pongo?

—Sí, por favor.

Jaron obedeció. El mundo desapareció bajo una gruesa capa de algodón absorbente. Eso ya era un efecto muy positivo. Jaron buscó un cable, pero no lo había.

—Qué silencio —comentó.

Como nadie respondió, se quitó un auricular y repitió la frase.

—Eh, te hemos oído, aunque supongo que no nos has oído a nosotros —dijo Jürgen—. Espera, eso no es todo. Supongo que tendré que aumentar un poco el volumen. Vuelve a ponértelo, necesitamos el efecto estéreo.

Jaron echó la cabeza hacia atrás. Ahora lo oyó. Un sonido brillante se movía lentamente hacia su derecha. Se escuchó un sonido más oscuro a la izquierda, moviéndose poco a poco hacia el centro. ¿Qué era eso? ¿Una exhibición acústica?

Una especie de mando aterrizó en su mano derecha. Una mano guio su dedo índice. Juntos, movieron un control deslizante hacia arriba. La cantidad de sonidos aumentó hasta que los notó a su alrededor. La mano empujó su dedo índice hacia un segundo control deslizante, justo debajo del primero. El número de tonos volvió a disminuir cuanto más lo empujaba hacia arriba. Pero eran tonos diferentes a los de antes.

Jaron apartó los auriculares.

—¿Es lo que creo que es?

—No podemos leer tu mente, jefe, aunque imagino que has descubierto el propósito. Con él, se puede escanear el entorno de la nave espacial —explicó Jürgen.

—Por supuesto, no es un escaneo activo —dijo una voz femenina desconocida—. Estamos tomando los datos de la detección por radar.

—Te presento a Ganna Kusmyna —dijo Jürgen—. Es la ingeniera jefe de la Espada de Dios.

—Es un placer conocerte, Ganna.

Era la ingeniera cuyo nombre no recordaba. Jürgen parecía llevarse bien con ella.

—Le expliqué lo que necesitas —dijo Jürgen.

—Por desgracia, no tenemos los componentes para construir una pantalla táctil —se lamentó Ganna—. Aunque sí algunos auriculares de radio adicionales. El resto se hace con un pequeño *script* que programé mientras Jürgen soldaba el mando.

—La programación habría llevado semanas sin la ayuda de Ganna. La verdad, no es lo mío.

—Te falta un poco de práctica, Jürgen —dijo Ganna—. Solo necesitarías tres días.

Oh, ya se llamaban por su nombre. Ojalá no se encariñaran

demasiado. Una vez que alcanzaran al Buscador de la Verdad…

—Se utilizan los dos controles del mando a distancia para configurar los perímetros interior y exterior, en los que el programa captura datos de movimiento del radar y los convierte en tonos. El matiz de los tonos refleja el tamaño del objeto detectado. Los tonos más altos representan objetos más pequeños. La escala funciona de forma logarítmica. Esto te brinda un mejor control del área inmediata que de las áreas más distantes.

—Muy bien —dijo Jaron—. Puede hacer casi todo lo que puede hacer el control acústico del Buscador.

—Si tenéis otras solicitudes específicas, estaré encantada de intentar llevarlas a cabo —apuntó Ganna—. Por ejemplo, podríamos utilizar un ritmo específico para señalar objetos peligrosos cuya trayectoria esté dirigida a tu nave.

—Esa sería una adición interesante —afirmó Jaron.

—Ves, te lo dije —contestó Ganna—. Se lo propuse a Jürgen, aunque él pensó que eso podría sobrecargarte.

Jaron rio.

—Supongo que tenía buenas intenciones. Agradezco cualquier función que me involucre un poco más en el mundo real.

—Ah, entonces, ¿qué tal la capacidad de obtener información sobre un objeto? —preguntó Ganna—. El radar compara cada objeto que ve con una base de datos. Podemos consultarla a través de una API.

—¿Cómo funcionaría? —inquirió Jaron.

—El auricular tiene un sensor de posición y aceleración que puedo consultar. Tendrías que girar la cabeza para que el sonido quede frente a ti. Luego, tras diez segundos, obtendrás toda la información.

Esa era una característica de la que carecía la interfaz acústica del Buscador. Cuando regresaran a su nave, Jürgen tendría que desarrollarla.

—Sería genial —exclamó Jaron.

—Se me ha ocurrido otra cosa —dijo Ganna—. Dame un minuto, Jürgen. No solo podríamos acceder al radar, sino a todos los sensores. Por supuesto, necesitaría un interruptor extra en el mando aunque, por lo demás, sería fácil. Como todo converge en el ordenador principal…

—Estoy de acuerdo. ¿Por qué no tenemos eso en el Buscador, Jürgen?

—No lo sé —reconoció su ingeniero—. Supongo que a nadie se le había ocurrido.

—No te preocupes —dijo Ganna—. A veces necesitas una segunda opinión. Habéis trabajado juntos durante mucho tiempo, ¿verdad?

Jaron asintió.

—Sí, Jürgen ha estado conmigo desde que alquilé mi primera nave.

—Cierto. Las cosas por las que hemos pasado… En ocasiones, hemos escapado por los pelos. Aunque siempre hemos tenido suerte, ¿verdad, jefe?

—La suerte del más apto, supongo —dijo Ganna—. ¿Te gustaría contarme algunas de esas experiencias esta noche, Jürgen? Adoro las anécdotas y a los miembros de mi tripulación ya no tienen nada más que contar.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ah, por supuesto. Será un placer.

—Entonces nos vemos a las ocho en la cabina, mmm, quiero decir en la cafetería. Allí, encontraremos un buen sitio.

—De acuerdo.

—Tal vez para entonces, puedas agregar un botón al mando de Jaron para la pantalla audible. Debe quedar algo de material en la nave.

—Lo haré.

—Hasta luego.

Oyó pasos, alejándose. Así que su ingeniero tenía una cita. Jaron sonrió.

—¿Por qué sonríes, jefe?

—Sonrío porque me flipan estos fantásticos auriculares. Es maravilloso que te lleves tan bien con la ingeniera de a bordo. Espero que siga así.

—Por desgracia, tendré que quitártelos —dijo Jürgen—. Ya has oído a Ganna.

—¿No sería suficiente con llevarse el mando a distancia? Espera, estableceré un rango apropiado para mí. Así, al menos, podré opinar un poco.

Jaron redujo la distancia mínima y máxima para poder concentrarse en las inmediaciones de la Espada de Dios. Por el momento, solo había tres fuentes de ruido. Se volvió para concentrarse en una de ellas, pero la función de información aún no estaba integrada. Se quitó los auriculares.

—Sí, eso servirá —concedió Jürgen.

—Aquí está el mando —dijo Jaron—. Iré a verte después para probarlo.



JARON NO TUVO tiempo de disfrutar del nuevo aparato porque alguien le tocó. Abrió los ojos, se quitó los auriculares y reconoció la voz de la profesora.

—... está de acuerdo —concluyó ella.
—Lo siento, ¿qué decías? Tenía los auriculares puestos.
—El capitán acepta realizar una expedición.
—¿De verdad?
Le costaba creer hubiera convencido a Sardi tan rápido. No tardó más de media hora.
—Contamos con buenos argumentos. Si queremos luchar contra el enemigo, tenemos que entender qué es lo que lo motiva, qué quiere, qué puede hacer. Eso es difícil de entender desde la distancia.
De repente, Jaron comprendió lo que eso significaba: perderían el Buscador si Sardi decidía investigar una de las naves alienígenas en vez de continuar la persecución.
—Eh… no podemos. Hay que cazar al Buscador de la Verdad. Lo siento, no lo tuve en cuenta. Pero un capitán necesita su nave.
—No te preocupes. Continuaremos siguiendo a tu nave. Sin embargo, al capitán no le importará si llevamos tu cápsula.
Debió suponerlo. A Sardi le convenía.
—¿Cómo? Es mucho más lenta que la Espada de Dios —dijo—. ¿Sardi siempre es así? —susurró.
La profesora rio a carcajadas.
—Digámoslo que he tenido jefes peores. Hay más vanidad en el mundo académico que en la Iglesia. Pero no te preocupes por la velocidad. La nave nos dará su velocidad. Solo viraremos un poco, miraremos de cerca uno de los objetos negros y regresaremos. Sería desfavorable si la Espada de Dios tuviera que acelerar, pero, de todos modos, no hay mucho más que podamos hacer. La verdad, estamos persiguiendo al fugitivo. Me encantaría saber quién tomó el mando.
—Solo podría ser el residual —dijo Celia, a quien no había notado —. Pero como puede proyectarse a cualquier sitio a la velocidad de la luz, me pregunto qué motivo tendría.
—Sobre todo, porque se dirige al agujero de gusano. ¿No intentó convenceros de activar la trampa de forma manual? El agujero de gusano es el lugar equivocado.
—¿Descubriste algo sobre la cápsula? —inquirió Jaron.
—Oh, sí, también te lo iba a contar. Mis sospechas fueron confirmadas. Los materiales utilizados no tienen la firma isotópica de la Tierra.
—¿Pudiste relacionarlos con algún otro lugar del universo?
—La humanidad no ha viajado a tantos lugares, pero tampoco coincide con este cúmulo estelar. Todos los materiales son puros y cada uno consta de un solo isótopo. No hay nada parecido en la naturaleza.
Jaron se rascó la cabeza. El residual era muy desconcertante.
—¿Tienes alguna idea de cómo se pudo haber creado la cápsula?

—preguntó.

—La cápsula en su conjunto, ni idea —respondió Amélie—. Pero el material posiblemente fue… construido. Partícula por partícula, como en una línea de montaje. Eso explicaría la composición idéntica.

—¿Y solo tomaron del medio ambiente las partículas necesarias?

—Con la baja densidad de partículas en el vacío, habrían tenido que barrer un espacio bastante grande. Más bien creo que las extrajeron del mar virtual de partículas. Ese residual se puede tocar, ¿verdad?

—Eso es lo que afirmó —añadió Jaron—. No lo he comprobado.

—Estoy segura de que no mentía. Deben haber desarrollado tecnología que les permite acceder al mar de partículas virtuales cuando lo necesitan. En una escala mucho mayor de lo que jamás creímos posible.

—¿Podría suceder que el universo recuperara la cápsula?

—Por supuesto, en términos de conservación de energía, las matemáticas deben tener congruencia estadística. No puede durar para siempre. Sin embargo, no creo que el residual te hubiera expuesto a ese peligro —dijo la profesora—. Pero no conozco el mecanismo que utilizan para retrasar el pago de la deuda energética. Así que tampoco puedo prometer nada.

—¿Y qué pasa cuando se paga esa deuda? ¿Hay una explosión?

—No, la cápsula dejará de existir.

—Bien, entonces debemos viajar con nuestros trajes espaciales. Yo pilotaré la cápsula, por supuesto —dijo Jaron.

Nadie se opuso. Habría esperado eso de Celia o Jürgen, pero Amélie y Ganna no lo conocían bien.

—Iré contigo —se ofreció la profesora.

—¿No tienes miedo? —exclamó Ganna, la ingeniera de vuelo—. Estarás desprotegida en esa pequeña cápsula.

¿Ya había terminado de actualizar el *software*? Probablemente. Alguien le entregó a Jaron el mando. Ahora tenía un nuevo botón en la parte inferior. Así que Jürgen también había regresado.

—Cuento con que los extraterrestres sean razonables —dijo la profesora—. La cápsula no representa ninguna amenaza evidente. Con un rumbo discernible que no esté dirigido a ellos, quizá, podremos evitar una agresión.

—Eso supone que piensan como nosotros —replicó Ganna.

—Han llegado al punto en el que son capaces de abrir agujeros de gusano. Por eso deben ser susceptibles al pensamiento lógico.

Bien. ¿Por qué deberían desperdiciar municiones en algo que no representaba ninguna amenaza? Ningún ser racional lo haría. Y debían tener razón, o no estarían allí.

—La profesora tiene razón —aseveró Jaron—. En mi opinión, la

Espada de Dios corre más peligro que la cápsula. Posee armas y es mucho más grande. Tal vez, estaríamos más seguros en la cápsula desprotegida que aquí.

—Por favor, no seas tan formal, Jaron. Llámame Amélie.

—Yo también voy —exclamó Celia.

Qué inesperado. ¿Estaría celosa? No mantenían ninguna relación. De hecho, ¿qué tenían? Celia estaba de pie a su derecha. Él sostenía el mando con su izquierda. Con la derecha, cogió la mano de Celia y la apretó, luego se preguntó qué quiso decir con ese gesto. Se sintió cálido. Debía ser el aire en el centro de control. Respiró hondo.

Jürgen no dijo nada. Quizás, esperaba la decisión de Ganna, pero estaba bien. Un ingeniero no tenía nada que hacer en la pequeña cápsula. Hacía tiempo que no sabía nada del resto de la tripulación.

—¿Se lo preguntamos a Carlota y a Paul?

—Yo me encargo de eso —dijo Celia—. Al fin y al cabo, sigo siendo comandante de nuestra misión. Pero no te preocupes, te perdono por no haber pedido autorización para desplegar la cápsula Star Liner sin darte cuenta. Lo autorizo.



—ESPERA, conectaré el transceptor al ordenador —dijo Jürgen.

Jaron se puso cómodo en el asiento del piloto y se abrochó el cinturón de seguridad. Habían repostado la cápsula. El navegante de la Espada de Dios había calculado el rumbo óptimo para ellos. Los llevaría cerca de una nave de la Incursión con el menor consumo de combustible, sin siquiera apuntar el vector de vuelo directo hacia ella, y luego, de regreso a la Espada de Dios, a la que llegarían al día siguiente.

—Bueno, prueba los auriculares —pidió Jürgen.

Jaron deslizó las suaves y frescas almohadillas sobre sus oídos. El mundo se replegó de inmediato. Era como si, de repente, estuviera desnudo y solo en el espacio, pero de forma agradable. No había nada entre él y el entorno, al que percibía en forma de sonidos de diferentes alturas. Se mantenían a una distancia respetuosa, lo que indicaba que no tenían ningún interés en él.

Sin embargo, iban a visitar a uno de ellos. En el mejor de los casos, sus habilidades como piloto no serían necesarias. Sin embargo, si el objeto reaccionaba de forma irrazonable, tendría que sacar la cápsula del alcance lo más rápido posible.

Alguien le tocó el hombro. Jaron apartó los auriculares.

—¿Funcionan? —preguntó Jürgen.

—Muy bien. Te lo agradezco.

—¿Incluso el cambio de rangos espectrales?

Oh, ni siquiera había probado el nuevo botón.

—Olvidé probarlo. Espera.

La cuenta atrás ya estaba en marcha. Jürgen abandonaría la cápsula antes del despegue. Jaron se puso los auriculares en los oídos y escuchó durante unos segundos. Este debía ser el modo radar. Luego, presionó el botón. El mundo cambió, si bien sutilmente. Los objetos sólidos permanecieron, pero de repente, aparecieron esferas turbias, quizá, concentraciones de materia interestelar. Las reconoció porque el origen local no era tan discernible como en el caso de las fuentes puntuales. Presionó el botón y las nubes desaparecieron. De hecho, algunos de los objetos del modo radar se volvieron translúcidos. Era como si desaparecieran intermitentemente de este plano de existencia. Presionó el botón otra vez y los objetos borrosos se redujeron. Objetos distantes saltaron a su percepción. Volvió a pulsar el botón y en su cabeza empezó una sinfonía abstracta. Lo que oía ya no eran objetos individuales, sino estructuras. Con la siguiente pulsación del botón, la pantalla del radar apareció de nuevo. Se quitó los auriculares.

—¡Funciona muy bien! ¡¡Gracias, Jürgen!!

—También tienes dárselas a Ganna. No te molesta que pase tiempo con ella, ¿verdad? No es lo que piensas. Tengo mucho que aprender. La tecnología ha avanzado a pasos agigantados. Si puedo mejorar, aunque sea una cuarta parte en el Buscador, será una nave completamente nueva.

El Buscador. Jaron creía que nunca volverían a verlo. Se suponía que ese viaje con la cápsula lo distraería. Tragó saliva.

—Debo salir, jefe.

—Por supuesto. No, no te culpo. Solo una pregunta rápida. ¿Qué he oído?

—El modo predeterminado después del encendido es siempre el radar. Eso nos pareció lo más fiable. Después va el ultravioleta intenso, luego el óptico, el infrarrojo y, por último, el magnetómetro.

—Ah, esa era la sinfonía. Es alucinante.

No estaba tan seguro de si le ayudaría a navegar. Aunque le daba una buena idea de la estructura del espacio.

—Debe ser muy impresionante acercarse a los agujeros negros —comentó Jürgen.

—Pues yo espero que nos mantengamos lejos de ellos —dijo Jaron.

—Vale, jefe. Saldré de aquí para no retrasar la cuenta atrás. ¡Hasta luego!

—Gracias, Jürgen. Eres el mejor.

—Lo sé.

—Espada de Dios a Star Liner. Prepárense para el lanzamiento.

La nave los ayudaría a despegar, acelerando mecánicamente la

cápsula a una velocidad mínima. Detrás de Jaron, el mamparo de la pequeña esclusa se cerró con un silbido. Percibió chirridos cuando se cerró desde el exterior.

—Ya has oído —dijo Celia—. Despegue en treinta segundos.



UN ENORME MUELLE liberó la energía almacenada para lanzar la cápsula Star Liner al espacio. El tremendo impulso presionó a Jaron contra su asiento, pero duró menos de un segundo. Jaron estimó que serían alrededor de ocho o nueve *g*. Por un instante, se volvió liviano como una pluma y luego, el propulsor se encendió, devolviéndole su gravedad terrestre.

La Espada de Dios permaneció detrás de ellos. Al principio, la escuchó como el eco de una estructura extendida, pero pronto se convirtió en un punto como todos los demás, excepto que este era el más cercano a ellos y, por tanto, el más grave. Su imaginación tridimensional clasificaba los sonidos correctamente según la distancia. Su mente se había entrenado durante años. Tenía una imagen mental que, quizá, no era tan diferente a la que percibían Celia y Amélie. Después de todo, tenían que construir una imagen espacial para su ojo interior basándose en meros datos, números o colores en una pantalla bidimensional. Era probable que no hubiera nada especial en aquello a lo que se había acostumbrado.

Una nueva fuerza lo empujó hacia el apoyabrazos derecho. Era débil, aunque cuando se aflojó el cinturón y se puso de pie, fue suficiente para provocarle náuseas. Se sentía como si una segunda realidad intentara imponerles un techo y un fondo diferentes. Sin embargo, mientras la nave seguía acelerando, «arriba» se encontraba hacia la proa. Bueno, la sensación se desvanecería cuando el motor principal dejara de funcionar. Los propulsores correctivos seguirían funcionando para darle a la cápsula una trayectoria fácil de calcular. Cualquiera que los observara debía estar convencido desde el principio, que la cápsula haría un amplio arco, lista para acoplarse nuevamente con la Espada de Dios más tarde. No representaban una amenaza para nadie.

Jaron giró a la derecha. Aún conocía la cápsula lo suficientemente bien como para saber dónde estaban los lugares de los demás. Aquí todo estaba atestado. Ni siquiera había un baño. Para necesidades urgentes, debían utilizar los pañales que llevaban puestos. Al menos, podrían cambiarlos. Llevaban repuestos y una pared elevada detrás de los asientos ofrecía cierta privacidad. No obstante, Jaron recorrió la cápsula para actualizar su visión general. Si surgía una emergencia, debía ser capaz de reaccionar con rapidez. La esclusa de aire estaba

situada en la popa, aunque no en el centro, sino un poco desplazada debido al motor principal. Los diseñadores habían previsto una esclusa de emergencia, más parecida a una trampilla en el casco exterior, cerca de la proa. Por el momento, Jaron no podía alcanzarla, pero si hubiera una emergencia, sería por falla del motor y él podría flotar allí.

Pero para ello tendría que ponerse su traje espacial. Se habían abstenido de ponérselos. El riesgo de que la cápsula desapareciera repentinamente no parecía muy grande. Sin duda, habrían tenido que volar con el casco cerrado.

Jaron tropezó. Apenas logró agarrarse de la pared. ¿Qué era eso? Se agachó y palpó un conducto. Pasó las manos por él y encontró una máquina en forma de disco.

—¿Alguien olvidó su aspiradora aquí? —preguntó.

—Parece que sí —dijo Celia.

—Al parecer, limpiaron la cápsula antes de irse —comentó Amélie.

Una aspiradora. Desde su estancia en la órbita terrestre, Jaron estaba acostumbrado a pensar de inmediato en para qué podría usarla. Era una pena que Jürgen no estuviera presente. Tanto Jürgen como Norbert siempre tenían una idea útil. En ese momento, no podía pensar en nada más que en pasar la aspiradora, algo que no tenía muchas ganas de hacer. No había sido diferente en el remolcador, donde el polvo tendía a acumularse hasta que alguien de la tripulación se apiadaba de él y lo aspiraba.

—Espada de Dios a Star Liner, buen viaje. Todos los sistemas parecen ir bien. ¿Podéis confirmarlo?

La cápsula transmitía constantemente su estado en directo a la nave nodriza. Jaron se acercó a su asiento para responder, pero Celia fue más rápida.

—Aquí Star Liner —respondió—. Confirmado. Todos los propulsores funcionan.

Jaron debía recordar que ella era la líder de la misión. Era la ciencia en juego.

—Gracias, Star Liner. Si necesitas algo, avísame.

—Por favor, no aceleres.

—Claro, Star Liner. Nos tomaremos un descanso.

—Ah, sí, ¿por casualidad dejasteis una aspiradora aquí?

—Espera. —Algunas voces susurraron—. Confirmado. Al equipo de limpieza le falta una. Debéis ser amables con él. Se llama Óscar.

—Por supuesto. Cuidaremos de Óscar como si fuera nuestro propio hijo.

—Gracias. Espada de Dios, cambio y fuera.

¿Una aspiradora con nombre? Tal vez era un robot. Era aún más incomprensible que el personal de limpieza se lo hubiera olvidado.

Jaron se inclinó una vez más y lo palpó. Era uno de los típicos robots aspiradores con forma de disco que, normalmente, flotaban de forma autónoma en una nave espacial. Siempre había tenido la intención de comprar uno para el Aquiles, pero nunca tuvieron suficiente pasta. Ese tenía una boquilla de succión, que usaba para extraer con seguridad la suciedad de los lugares más estrechos. Y disponía de un hueco vertical en el medio del disco al que se podía conectar un brazo robótico. Eso sería útil, así el robot podría rascarle la espalda. Por desgracia, no tenían un brazo de repuesto a bordo.

Jaron continuó examinando el disco hasta que encontró un botón de encendido. Lo presionó. El motor del robot chirrió y la manguera de succión se movió. Luego, el aparato volvió a quedar en silencio.

—¿Óscar?

El robot no respondió. Lástima. Parecía ser un sistema controlado a distancia. Era lógico que perteneciera al equipo de limpieza. Seguro tendrían el mando necesario. Los modelos autónomos eran, como su nombre indicaba, autónomos. Se suponía que algunos de ellos eran muy conversadores. Obviamente, ese no era uno de ellos.

Jaron se levantó. Estaba un poco decepcionado después de haber escuchado varias historias divertidas sobre tales dispositivos.

—Espera, veo su red inalámbrica aquí —dijo Amélie, quien debía haberlo observado.

—¿Puedes conectarte?

—Sí, conectaré a Óscar a la red de a bordo. Así podremos darle órdenes sin mando.

—Por ahora, no hace falta.

—Puede limpiar las migas cuando comamos. Detesto limpiar mi asiento.

—Buena idea. Aunque esperaba que fuera un poco más social.

—Lo siento, Jaron. Estoy buscando en el sistema las interfaces que proporciona. Ya ni siquiera tiene una interfaz de voz.

—¿Ya no?

—Al parecer, hubo problemas. Aparece bloqueada. Eso significa que tiene el *hardware* necesario, micrófono, síntesis de voz, etc., pero se le prohibe usarlo.

—Eso es brutal.

—Es un robot, Jaron. No lo olvides.

Lástima que Jürgen no estuviera a bordo. Él y Jaron podrían desbloquear la interfaz.

—Creo que, si se construyó con una interfaz de voz, se le debería permitir su uso —opinó Celia—. Es lo mínimo.

Ella lo entendía.

—No queda casi nada sin una interfaz de voz —agregó Amélie—. No creerías lo beneficioso que puede ser, para los nervios, desactivarla

un rato.

—Pero parece un bloqueo permanente, ¿no?

—Podemos preguntarle al equipo de limpieza por qué lo hicieron cuando regresemos.

Jaron cogió al robot bajo el brazo y regresó a su asiento. Parecía que este iba a ser un viaje bastante aburrido. Si no pasaba nada, podría revisar los controles de voz del robot. La manguera de succión se deslizó detrás de él, con un estrépito.



—ESTOY RECIBIENDO LOS primeros datos de la nave de Incursión a la que nos estamos acercando —informó Amélie—. Si os interesa...

Jaron dejó el disco que tenía en su regazo. Había abierto el robot y buscaba una manera de reactivar la interfaz de voz. Pero empezaba a comprender que estaba bloqueada por *software*. ¿Amélie no debería saberlo?

—Sí, por supuesto —dijo Celia.

Ella le había traído las herramientas necesarias para su pequeña investigación. Y había aprovechado la oportunidad para indagar sobre el material médico y de otro tipo que hubiera a bordo. Según ella, podrían sobrevivir durante dos semanas sin la Espada de Dios.

—A también me interesa —contestó Jaron.

—Las observaciones más interesantes provienen del campo óptico —explicó Amélie—. Hay un enorme empañamiento.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Jaron.

—Por lo general, una imagen se vuelve más nítida cuanto más te acercas al ente. Pero parece que nuestro telescopio no puede hacer eso con este objeto. Es como si la superficie se moviera todo el tiempo, en muchas direcciones, de forma estática. Al parecer, estos movimientos ocurren en menor tiempo que el de Planck. Por eso no podemos observar con claridad ni siquiera uno de sus tornillos. Sospecho que es algún tipo de arma defensiva, porque a lo que no se puede ver, no se le puede disparar muy bien.

—¿Un campo de distorsión? Leí algo parecido en la ciencia ficción. Me encantaban ese tipo de novelas cuando era adolescente —dijo Celia.

—No creo que sea un campo, es decir, algo que proyectan desde su nave. No. Parece ser una propiedad del propio material.

—¿Podría ser un efecto físico cuántico? —aventuró Celia.

—Debe serlo. No hay otra manera de lograr ese efecto.

—Pero ¿eso solo se aplica al espectro óptico?

—Así es. No sé si es intencional o una debilidad en su tecnología, pero el efecto no parece aplicarse al escaneo de radar activo. Sin

embargo, allí también noté un detalle intrigante. El radar parece ser capaz de penetrar el material hasta una cierta profundidad antes de reflejarse. Es como si la capa superior estuviera formada por una especie de hierba fina en constante movimiento, con el suelo duro que se ve en el radar debajo.

—Entonces, es una nave espacial peluda —rio Celia.

—Oh, lo imaginé —dijo Jaron.

—El objeto no se comporta con normalidad en ninguna parte del espectro. La radiación infrarroja, por ejemplo, es muy baja. Estas naves son muy frías o están muy bien blindadas. De ellas no emanan campos magnéticos, lo que excluye determinadas formas de propulsión. Tampoco existe comunicación por radio entre ellas. Esto no necesariamente significa que estén inactivas. Podrían estar comunicándose con enlaces láser directos. Son casi imposibles de interceptar.

—¿Cuánto pesan esos objetos? —inquirió Jaron—. Obtendrías una lectura diferente dependiendo de si están hechos de metal o de roca.

—He intentado calcular la masa y, por tanto, la densidad, a partir del movimiento de los objetos, pero no he tenido suficiente tiempo de observación para obtener valores precisos. Sin embargo, parece muy pequeño. Es posible que sean contenedores vacíos.

—El residual sugirió algo así —dijo Jaron—. Me pregunto si un montón de cubos vacíos serán peligrosos.

—No podemos descartar la posibilidad de que estén armados. Pero en comparación con el volumen total, ciertamente serían mucho menos poderosos en combate que, digamos, nuestra Espada de Dios.

—Que, sin embargo, tiene como máximo una milésima parte de su volumen —replicó Jaron.

¿Quizá, valdría la pena intentarlo? Tal vez, la Incursión se ha preparado para oponentes muy específicos, las extrañas naves en forma de hongo de los crecimientos. ¿Qué pasaría si no tuvieran nada con qué contrarrestar las veloces estocadas de la Espada de Dios?

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad contra la Incursión en batalla? —preguntó.

—Nadie lo cree —aseveró Amélie—. Aunque estén desarmados, les bastaría con embestirnos o apretarnos entre dos para destruirnos. Son abrumadoras. Pero si no las molestamos demasiado, podríamos pasar desapercibidos. Yo solo aplasto a los mosquitos cuando zumban demasiado.

Eso era razonable. Y, después de todo, aún no había terminado. Cuanto más aprendían sobre su oponente, mayores eran sus posibilidades.

—MIRA, Celia —exclamó Amélie—. Lo siento, Jaron.

Oyó a Celia levantarse y acercarse. Algunas teclas traquetearon.

—Eso es espeluznante —murmuró Celia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Veo una pared gigante que bloquea nuestro campo de visión —informó Celia—. Está ahí y luego, deja de estarlo, a un ritmo caótico. Su superficie también se comporta de manera caótica.

—Como sospechaba, es un proceso estático. Es como si algo siguiera aleatorizando las coordenadas exactas de las partículas —explicó Amélie.

Jaron se puso los auriculares y cambió de rango. En el espectro visible, solo oyó ruido. Quizás, estaban demasiado cerca. El radar, por contra, emitía un sonido claro y profundo. Se quitó los auriculares.

—¿El radar también muestra una imagen sólida de tu lado? —preguntó.

—Sí. La diferencia puede estar en la forma en que se generan las imágenes. En ambos casos, lo que se refleja es radiación electromagnética. El radar emana de nosotros, mientras que la luz visible emana del entorno. Somos extraños. No estamos entrelazados con el medio ambiente, por lo que podríamos generar una respuesta única.

—La idea parece bastante atractiva.

—Gracias. Espero que ninguno de mis amigos físicos me oiga.

—No ha terminado —dijo Celia—. Aún falta el «pero». ¿No son solo las partículas entrelazadas las que siempre sufren el mismo cambio? Eso significaría que debemos tener algo que ver con esta Incursión.

—Tal vez sea la humanidad del futuro invadiendo el pasado para explotar sus recursos —bromeó Jaron—. Eso nos vendría de perlas, ¿no? Serían nuestros bisnietos quienes construirían esos bebederos gigantes.

—Tienes razón —dijo Amélie—. Es una idea que no está bien desarrollada. El comportamiento distinto en las diferentes longitudes de onda no tiene nada que ver con nosotros. Tal vez no sea un efecto cuántico. A esta escala, sería sorprendente. Me alegro mucho de que no me haya escuchado ningún físico. Perdóname.

Jaron asintió, aunque no había nada que perdonar. La profesora había expresado una sospecha. Aún no le parecía muy descabellada, sobre todo en la interpretación de Celia. Sería una verdadera ironía si se enfrentaran aquí a sus propios descendientes. A la historia mundial le gustaba expresarse con ironías.

—Creo que deberíamos ser libres de expresar todas las tesis, aunque parezcan absurdas —afirmó Celia—. Si hubiera descartado cualquier idea que pareciera compleja cuando observé LDN 63 por

primera vez, no estaríamos aquí.

—Gracias, Celia. Por desgracia, esa actitud aún no se ha impuesto en los debates académicos en la Tierra. Al menos, cuando salimos de allí.

De repente, Amélie se quedó en silencio. El hecho de que su vida terrenal hubiera transcurrido hace más de sesenta años parecía pesarle más de lo que quería admitir.

—Tuviste que dejar a alguien, ¿no? —preguntó Celia.

La científica tragó saliva. Celia no insistió. Jaron estaba a punto de volver a colocarse los auriculares cuando, después de todo, llegó la respuesta.

—Así es —dijo—, a mi hija. Pensé: «Tengo que hacer esto, este viaje, esta oportunidad única en la vida». Marina se quedó con su padre. Creí que sería lo mejor para ella. La crio casi solo porque yo tenía que viajar mucho. Pero ahora no estoy tan segura. Cuando regrese, habrá muerto.

—¿Se comunicó contigo? —preguntó Celia.

—Sí, a menudo al principio, luego ya no. Después de todo, yo estaba dormida y no podía responder. Tal vez sea difícil escribirle a alguien que nunca responde. Demasiado difícil. No sé si es feliz. Aunque me escribiera hoy, no lo sabría hasta dentro de sesenta años.

—Creo que moriste para ella en algún momento, Amélie. Eso suena más triste de lo que debe ser. Estoy segura de que ha superado la pérdida.



AMBAS MUJERES CONTINUARON hablando en voz baja mientras Jaron se quedaba dormido. Soñó con más intensidad que en mucho tiempo. Los extraterrestres, con largas antenas de succión, se acercaron a él, queriendo atarlo para luego poder succionar todo el líquido y transportarlo a su propia galaxia de color rojo oscuro, para que su color no se desvaneciera. Mientras lo hacían, gritaron en voz alta:

—¡Jaron, Jaron!

No se dio cuenta de que los gritos no provenían de su sueño hasta que alguien le quitó los auriculares. Sintió una mano firme que le sacudía el hombro. Solo podría ser Celia.

—¡Jaron, despierta!

—Yo... Estoy despierto. Por suerte, no llevas antenas.

Lo dijo en broma, pero nadie se rio.

—Tenemos un problema —informó Celia.

—¿Qué pasó? —preguntó, presionando una almohadilla de los auriculares contra su oreja.

No había ningún sonido grave, por lo que, al menos, no se dirigían

a una colisión inminente.

—Perdimos el propulsor correctivo —dijo Celia.

De hecho, la ligera presión contra el asiento había desaparecido. Estaba ingrávido.

—¿Cuál es nuestro rumbo?

—Como era de esperar, nos dirigimos hacia una de las naves de la Incursión.

—¿Qué dice la Espada de Dios?

—Amélie les está informando. Lo notamos y te despertamos de inmediato.

—Gracias. Necesitamos rotar la cápsula y usar el segundo motor correctivo.

—¿Me permitís interrumpiros un momento? —preguntó Amélie—. La Espada de Dios acaba de realizar un diagnóstico. No son buenas noticias. Hubo una caída repentina de presión en el tanque que alimenta los motores de corrección. En ambos. Tal vez nos haya impactado un pequeño asteroide. Mala suerte. El espacio está bastante despejado.

«Mala suerte», seguro. La cápsula en sí no era muy grande. ¿Y luego, precisamente el tanque, es impactado?

—¿Quizá la cápsula se está desintegrando poco a poco? —sugirió él—. Esa deuda energética con el universo, ¿hay que pagarla de una vez?

—No lo sé —respondió Amélie—. No entendemos ese mecanismo muy bien.

—No importa —dijo Jaron—. Debemos cambiar de rumbo.

Volvió a presionar los auriculares en su oreja. De repente, escuchó un tono bajo.

—Parece que viene algo.

La mano de Celia desapareció. Su asiento chirrió y luego, la hebilla del cinturón de seguridad hizo clic.

—Tienes razón. El objeto hacia el que nos dirigimos parece satisfecho con nuestro interés. Ha acelerado y se acerca a nosotros.

—La Espada de Dios está cambiando de rumbo para recogernos —dijo Amélie—. Pero tomarán un poco. Hasta entonces, si es posible, no deberíamos colisionar con nada.

Como si eso fuera tan fácil. El objeto desconocido se acercaba a una velocidad impresionante. Para que una masa así empezara a moverse tan rápido... Los extraterrestres debían poseer una tecnología muy superior. ¿No sería fantástico si la humanidad pudiera aprender de ellos? Pero, al parecer, iban a chocar contra esa cosa.

—¿Y el motor principal? —cuestionó, solo para molestarse por su propia pregunta.

Se encontraba en la popa. Eso lo decía todo. Si lo activara,

colisionarían con el obstáculo más rápido. Para girar la cápsula para que apuntara en una dirección diferente y así cambiar de rumbo, necesitarían los propulsores correctores. Pero se quedaron sin combustible.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—Diez minutos hasta el impacto —informó Celia.

¿Diez minutos? Mierda. Esa cosa alienígena tenía muchísima prisa por acabar con ellos. ¿Qué haría a la cápsula? ¿Aplastarla?

—Debemos ponernos nuestros trajes espaciales —sugirió Celia.

Dos hebillas del cinturón de seguridad hicieron clic. Pero ¿con qué propósito?

—No vale la pena —contestó Jaron—. No nos salvará.

—Tal vez sí —contradijo Celia—. Venga, levántate. Aquí tiene el traje. Tienes tres minutos y, luego, abriré el mamparo de emergencia.

Algo duro chocó con su hombro. ¿El mamparo de emergencia? ¿Celia intentaba matarlos a todos? No, estaba pensando en el ímpetu del aire que escapara. El mamparo de emergencia estaba desplazado hacia un lado, cerca de la proa. El aire podría darle a la nave un empujón en la dirección correcta. Pero ¿sería suficiente?

—¡Amélie, échame una mano, rápido! —gritó Celia.

Ambas mujeres gruñeron. ¿Qué iban a hacer?

—Aquí, en la tobera —indicó Celia.

—Sí, lo veo. ¡Ahora!

Un sonido chirriante. Plástico sobre metal.

—¿Qué hacéis, chicas? —preguntó Jaron.

—¿Tienes el traje puesto? —preguntó Celia.

—Aún me falta la parte superior.

—Entonces, date prisa. O moriremos por tu culpa.

Oh. Celia iba en serio. Nunca le había hablado así. Se apresuró. Metió los brazos, apretó el cuello, revisó el casco: cerrado.

—Ya terminé —informó.

—¡Por fin! Con suerte, todavía habrá tiempo. Abriré el mamparo de emergencia. ¡Cambia a la radio del casco!

Jaron la activó. Por desgracia, ahora no podía usar sus maravillosos auriculares. Pero ese impacto era inminente como lo reveló la señal de alarma en la cabina. Todo se volvió más silencioso. Al parecer, la escotilla de escape ya estaba abierta. Celia no había perdido el tiempo.

—Tú empujas la tobera y yo la enciendo —ordenó Celia—. Agárrate bien. El tanque aún tiene bastante presión.

—Entendido —oyó a Amélie por la radio del casco.

¿Tobera? Por un momento, deseó seguir soñando. Dentro de poco, alguien lo despertaría. Sin embargo, eso no sucedió.

—La tengo —dijo Amélie.

—Muy bien. ¡Ahora!

«¿Qué va a pasar?». La tobera, por supuesto. Estaban usando el robot para crear un impulso duradero. Pero ¿sería suficiente?

—Impacto en cuatro minutos —informó el sistema de alarma autónomo—. Salid de la cápsula.

—Nos quedamos aquí —dijo Celia.

Lógico. Salir no los salvaría del impacto. Jaron se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón. En todo caso, al menos, quería morir cómodo. Lástima que no hubo tiempo para una comida de despedida. ¿No debería reaccionar con mucho más pánico? ¿O era el *shock* lo que lo hacía morir con tanta calma?

—Impacto en tres minutos.

El tiempo se dilataba. Jaron aguzó sus sentidos. ¿Hubo un ligero impulso hacia la derecha? ¿La idea de Celia podría salvarlos?

—Siento que algo está pasando con nuestro curso —dijo Amélie.

—Cierto —confirmó Celia—. Pero aún no es suficiente. El tanque de oxígeno está casi vacío.

—Impacto en dos minutos.

—Si la estimación es correcta, al menos ya no será un impacto frontal —dijo Celia—. Si la cápsula fuera una pelota de goma, rebotaríamos en un ángulo de treinta grados.

—Tal vez podamos lograr los treinta grados restantes —intervino Amélie.

—No lo creo. El tanque está vacío. Puedes soltar la aspiradora y sujetarte a tu silla. ¡Rápido!

—Vale, ya voy. Lástima.

—Aunque, lo hiciste muy bien.

—Impacto en un minuto.

—¿Tú también estás listo, Jaron? No te oigo —dijo Celia.

—Tranquila. Estamos a punto de morir pero, por lo demás, estoy bien.

—Genial. Estamos contigo. ¿Cantamos algo? —sugirió Celia.

Era una idea divertida. Pero cuando las dos mujeres empezaron a cantar la misma canción infantil, sintió un escalofrío. La voz de contralto de Celia y la de soprano de Amélie armonizaban de maravilla. Con lágrimas en los ojos, se concentró en la melodía. Ya no recordaba la letra.

—Impacto en cinco, cuatro, tres...

En uno, sus manos, instintivamente, arañaron el cinturón. En cero, el contenido de su estómago se revolvió con tanta violencia como si alguien intentara empujarlo hacia el esófago. Pero los ruidos que esperaba estaban ausentes. El crujido de placas de metal, el rompimiento de puntales, el tintineo de cristales de seguridad... nada de eso. Solo una desaceleración repentina hasta casi cero, que torturó

su cuerpo, pero no de tal manera que muriera a causa de ella.

Y de repente, la fuerza lo empujó en la otra dirección. ¿No había dicho Celia algo sobre los treinta grados? Podría tener razón. El ángulo entre las fuerzas era mucho mayor a 90 grados. ¿Quizás 120?

Celia y Amélie ya no cantaban. Al parecer, gemir sonaba igual en contralto y soprano. Jaron esperó hasta que pudo volver a abrir la boca.

—¿También... lo... percibís? Rebotamos —balbuceó.

—Tienes... razón —respondió Celia.

—...creo que sí —dijo Amélie.

Cerró los ojos. De todos modos, no podían hacer nada.



—¡ESPADA de Dios a Star Liner, adelante!

Jaron esperó a ver si Celia confirmaba la llamada. Pero ella parecía hallarse peor que él.

—Aquí Star Liner, piloto Jaron. Seguimos vivos.

—¡Jaron, genial! ¡Soy yo, Jürgen!

Joder, ni siquiera había reconocido su voz.

—¿Cómo están Celia y la profesora? —preguntó Jürgen.

—Un poco golpeadas, pero bien.

—Sí —afirmó Celia.

—¡Genial! Fue espeluznante la forma en que quedasteis inmersos en el objeto.

—¿Quedamos qué? —preguntó Jaron.

—Inmersos. Desaparecisteis hasta la popa. Me meé en los pantalones. En serio. Por un instante, pensé que os habíamos perdido. Sin embargo, de repente, salisteis un poco desplazados.

¡Fue increíble! Él mismo había sentido la pared negra. Bueno, a él como lego, le parecía un desplazamiento físico-cuántico, aunque seguía siendo un muro. La colisión debió aplastarlos.

—Y bien, ¿cuál es nuestra trayectoria actual? —preguntó.

—Hemos vivido una reflexión flexible —dijo Celia. Jaron se sintió aliviado porque ella volvía a sonar bien—. Nuestra velocidad actual es el 98 % de lo que era antes del impacto.

—Bien, entonces fue casi un impacto flexible —apuntó Amélie—. El dos por ciento faltante debe haberlo absorbido la nave de Incursión. Aunque me pregunto cómo lo lograron. Sobre todo, si fue intencional.

—¿Quieres decir que querían salvarnos? —preguntó Jürgen.

—Bueno, nuestro rumbo indicaba que la cápsula no era un objeto natural —comentó Amélie—. Las civilizaciones espaciales pueden tener un mínimo de ética.

—Pero no suficiente como para dejar este cúmulo estelar en paz,

¿verdad? —preguntó Jaron.

—No hay forma de saberlo —dijo Amélie—. Aunque el incidente demuestra que debemos tener cuidado con los juicios prematuros. En cualquier caso, ya me había resignado y ahora estoy muy agradecida.

La científica tenía razón. Desconocían los motivos de los desconocidos. Quizás, solo los estaban ahuyentando gentilmente, como lo haría un humano con una mariposa intrusiva.

—Aquí tengo algunos datos interesantes que podrían sugerir sus motivos —dijo Celia.

—Dispara —contestó Jaron.

—En el momento de la colisión, nuestra cápsula quedó prácticamente inundada de radiación en todo tipo de longitudes de onda. Parte de la radiación incluso fue modulada. Así que no fue una reacción natural.

—¿Había alguna información en la modulación? —preguntó Jürgen.

—No, era regular y uniforme —dijo Celia.

—Estoy seguro de que nos estaban examinando —opinó Jaron—. Querían saber a quién se enfrentaban.

—Es posible —dijo Celia—. O querían desinfectar la cápsula. La dosis fue bastante alta. Me temo que nuestro riesgo de cáncer aumentó en el proceso.

—No creo que haya sido a propósito —replicó Amélie—. La radiación electromagnética se encuentra tan extendida en el espacio que se podría suponer que la mayoría de las formas de vida no reaccionan de manera negativa a ella.

—Debo interrumpiros un momento —dijo Jürgen—. Al capitán le gustaría hablar con vosotros.

—Por supuesto —contestó Celia.

—Soy Sardi, el capitán de la guardia. Me alegro mucho de que la colisión haya transcurrido sin problemas. Mi nave alterará su rumbo para recoger vuestra cápsula. Espero que sea lo mejor.

—Lo es —aseveró Celia—. Solo tenemos el aire que se almacena en nuestros trajes espaciales. Por eso dependemos de vuestra ayuda.

«Eh», quería decir Jaron, «¿y el Buscador de la Verdad? Vamos a perderlo». Aunque tampoco quería asfixiarse.

—Esto le dará a la nave secuestrada cierta ventaja —opinó Sardi—. Pero lo compensaremos.

Algún día. Ojalá no fuera demasiado tarde. Quizá, debieron esperar hasta que se completara la persecución para embarcarse en este viaje. Ojalá la información obtenida valiera la pena.

Celia y Amélie estaban emocionadas. Discutieron por la radio del casco lo que revelaba el incidente sobre los extraños, mientras Celia volvía a cablear su traje. Ella le entregó el mando, desconectó los auriculares y conectó su casco al ordenador de la nave a través del cable libre. Ahora, él podía seguir de manera auditiva lo que sucedía a su alrededor. El mando a distancia se le había escapado durante la colisión. En el proceso, perdió el botón para cambiar entre los diferentes rangos. Así que, por el momento, tenía que conformarse con los datos del radar.

Los objetos de la Incursión ya no se movían. Aquel con el que colisionaron había vuelto a su posición anterior. Las naves en forma de hongo también extendían sus doseles hacia adelante. El cúmulo estelar parecía estar esperando algo. Si la Incursión estaba tan ansiosa por recolectar agua de los planetas, ¿por qué no habían empezado a hacerlo? Parecía que aún faltaba un elemento crucial. ¿Quizá los humanos fueron elegidos para tomar parte de este elemento?



¡NO, no podía ser! El residual se resistía con todas sus ramas pero la fuerza invisible era más fuerte. Frente a él se había abierto un tubo. Las paredes relucían con colores imposibles, como la película de una pompa de jabón. La fuerza intentaba arrastrar al residual al interior del conducto. Sabía muy bien que eso pondría fin a su existencia. No podía morir porque nunca había vivido pero ya no podría cumplir su misión. ¡Eso no debía suceder! Nadie excepto él podría llevarla a cabo. Así que siguió luchando, aun cuando la contienda era desesperada. Mientras, las paredes del tubo se acercaban cada vez más, y si no sucedía de inmediato...

El residual abrió los ojos, sobresaltado. Seguía a bordo de la nave espacial humana. Tenía la espalda húmeda. ¿Qué era eso? ¿Un intento de comunicación? Pero ¿quién intentaba decirle algo y por qué el mensaje era tan confuso? ¿Era una advertencia? Nunca tuvo la intención de volar a través del agujero de gusano.

Exacto, el tubo parecía un agujero de gusano, en su... sueño. Había descubierto este fenómeno en las imágenes mentales de los humanos. Al parecer, cuando sus cuerpos estaban en reposo, el órgano que formulaba sus pensamientos creaba imágenes que no eran reales, sino que estaban basadas en la realidad. Un mecanismo notable. ¿Era una ventaja en el sentido evolutivo? Quizá fue una cuestión de necesidad. El hecho mismo de que los pensamientos se formaran solo en un pequeño volumen del cuerpo total ya le parecía extraño. Tal vez, esa zona necesitaba un mantenimiento frecuente.

El residual se apartó de la silla. Estaba soñando, así que debía estar dormido. Los dos procesos estaban relacionados. Mientras el cuerpo se recuperaba, el formador de pensamientos se ejecutaba a plena capacidad. Una combinación interesante. El residual se sintió recuperado.

De repente, algo gruñó. El sonido procedía de su propio cuerpo, de encima del tronco. ¿Tendría algo que ver con la extraña necesidad que acababa de identificar? Le gustaría comer. Solo pensarlo hizo que apareciera líquido en el orificio del habla del órgano central. ¿Dónde almacenarían la comida los humanos? Eso dependía de lo importante que fuera para ellos. Allí, en esa sala, que consideraban su centro de mando, el residual solo reconocía dispositivos técnicos. Buscó en algunas cavidades cerradas con compuertas pero no encontró nada que pareciera comestible.

Sin embargo, el material era extraño. El residual las golpeó. Sonaba como... madera, que era de lo que estaban hechos los troncos de los crecimientos. Pero eso era imposible. Los humanos no usarían

crecimientos muertos para fabricar contenedores. Por otro lado, tal vez no fuera tan descabellado. Después de todo, las armas que construyeron para destruir a la Incursión también se hicieron a partir de esqueletos de crecimientos.

Su cuerpo volvió a emitir un gruñido. El residual necesitaba alimento. El robot podría ayudar.

—¿Norbert Dos?

No hubo respuesta.

—¿Norbert Dos? ¿Me oyes? Creo que necesito comida.

El robot no respondió. El residual se impulsó y descendió un piso. Tampoco lo encontró allí. Pero la comida estaba almacenaba en las cavidades de las paredes. Era enfriada a temperaturas inferiores al punto de congelación del agua. El residual abrió un paquete cilíndrico. El contenido era casi claro. Trozos de diferentes colores flotaban en un líquido a base de agua: bolitas verdes, discos rojos, líneas amarillentas, cubos de color grisáceo.

El residual puso el contenedor boca abajo. Esto le permitió exponer el cilindro en su interior. Lo lamió y detectó un sabor salado. Nunca había visto a los humanos consumir alimentos pero funcionó. Cuanto más tiempo y más a menudo lamía el cilindro, más comida se desprendía. Después de un tiempo, el cilindro se separó en sus componentes mucho más rápido de lo que podía tragarlos. Por suerte, había ingravidez. Atrapó las bolas líquidas con su boca hasta que su cuerpo convulsionó, produciendo un sonido de arcadas y malos olores al mismo tiempo. Probablemente era la señal de que había ingerido suficiente comida.

El residual atrapó las burbujas restantes con el cilindro, lo cerró y lo guardó en la cavidad. Ahora se sentía mejor pero existía la necesidad apremiante de consumir agua. Por suerte, había varias fuentes de agua en este nivel de la nave. Se sirvió con entusiasmo en una de ellas, que se podía accionar mediante una palanca giratoria.

¿Dónde estaba Norbert Dos? El residual también buscó en los otros niveles. Encontró una gran máquina física. Quizás Alexa vivió en ella antes de ocultarse en la gema. Echaba de menos a la IA. Un poco. En cualquier caso, sería útil poder comunicarse con los controles de la nave. Al fin y al cabo, no bastaba con dejar de acelerar. Debía volver con los demás. Por sí solo, no podía activar la trampa. La liberación requería la presencia de seres inteligentes inocentes, quienes serían destruidos si se activaba la trampa.

«Inocentes». No, los humanos no lo eran. Habían creado varias IA y habían entrado en esta zona sin invitación. El residual había intentado advertirles al principio y luego ahuyentarlos, pero los humanos eran obstinados y no se dejaron persuadir, para bien o para mal, de abandonar este lugar al que no pertenecían.

El residual tenía que admitir que habían estado dispuestos a enmendar su error sin mucha discusión. El hecho de que su nave espacial hubiera sido secuestrada no fue culpa suya. El residual se reprochó no haber podido atrapar al secuestrador. ¡Y, sin embargo, debía estar en sus propias narices!

—¿Norbert Dos?

La pregunta resonó en la nave. El robot aún no había regresado. ¿Qué coño estaba haciendo? No iba a reactivar los propulsores ¿o sí? No, pues la ingravidez habría cesado hace mucho tiempo. El residual flotó hacia el centro de control. Debía ponerse en contacto con el secuestrador pero necesitaba asistencia. Alexa, la IA, podría ayudar.

Tal vez, no se hallaba tan lejos. El residual la había perdido mientras algunos de los motores aún estaban en marcha, por lo que el Buscador se estaría moviendo un poco más rápido que la joya. Pero solo la había soltado. Eso significaba que se movía paralela a la nave. Si el residual lograra frenar un poco este mundo raíz, Alexa volvería a caer en sus ramas por sí sola. Si ajustara la velocidad con precisión, la joya aparecería desde atrás. Solo hacía falta conseguirlo.

¿Cómo podría hacer que la nave redujera su velocidad? El residual tendría que girarla y luego reactivar uno de los propulsores. Pero ¿cómo?, dado que, al parecer, el secuestrador controlaba los motores. Quizás había una manera. La esclusa de aire se encontraba en la parte inferior de la nave. El residual recordó cómo salió con Alexa. Entonces, parte del aire de ese espacio escapó. Eso debió proporcionar cierto impulso perpendicular a la dirección del movimiento. Si pudiera repetir ese proceso con frecuencia, la nave giraría. El truco sería entonces, detener la rotación a tiempo.

Además, había un pequeño problema: si el secuestrador se daba cuenta de lo que estaba haciendo, difícilmente se quedaría de brazos cruzados. Seguro la nave tenía mecanismos con los que podía compensar cualquier impulso de giro; de lo contrario, sería imposible de gobernar. El residual debía proceder con gran discreción. Si abriera y cerrara la esclusa una y otra vez, el secuestrador lo notaría. Necesitaba otra fuente de impulso, una que fuera independiente de los sistemas de la nave.

¿Qué tal los tanques de aire de los trajes espaciales? Eran lo suficientemente grandes como para que un humano los llevara con comodidad sobre su espalda. Pero no contendrían suficiente gas para tener un efecto notable en la nave. El residual no era un explorador, como tampoco lo había sido su crecimiento, aun así, no podía imaginar que un solo tanque de aire fuera suficiente para este propósito. Ni tres de ellos bastarían.

De repente, se abrió la tapa del recipiente frigorífico en el que los humanos guardaban su comida. Traqueteó y luego, todo se calmó. El

residual fue golpeado por detrás por un objeto duro. Se dio la vuelta para ver qué era. Era un bastón de metal que debió soltarse de algún lado. Un sonido desagradable provino del centro de control. ¿Qué era? ¿El secuestrador volvía a atacar?

El residual se impulsó para ascender. En una pared con muchas excrecencias, se encendieron un par de luces rojas. El sonido de la alarma se repitió. Algo debió dañarse. No había asteroides en este sistema. Pero había miles de mundos raíces hostiles que podrían haber decidido atacar. No sería posible defenderse del huésped no invitado, aunque esa fuera la causa menos probable.

Para estar seguro, el residual registró toda la nave, pero no encontró daños. ¡Debía ir al exterior a comprobarlo! Se volvió a poner el traje espacial, cogió el bastón de metal por seguridad y entró en la esclusa. Allí recordó cómo Norbert Dos la había abierto. Los humanos poseían memoria visual. Era práctico. El residual imitó los movimientos del robot. Lo único que provocó fue un zumbido. Invirtió el orden.

¡Ja! La esclusa de aire se cerró. Podría cerrar su casco y se extraería el aire. El residual se paró frente a la puerta del otro lado, se enganchó y volvió a presionar las excrecencias que había usado Norbert Dos. Con un silbido apenas audible, la puerta se abrió. El sistema había vaciado el aire de manera muy eficaz. De esa manera, no se podría lograr ningún impulso útil para hacer girar la nave.

Salió y se orientó. ¿Era posible que la nave ya hubiera virado? Pero la memoria pictórica de los humanos no era fotográfica. No se podía decir con certeza si la posición de las constelaciones había cambiado algunos grados.

Se produjo un nuevo golpe. El residual asió el peldaño de la escalera con sus ramitas y comprobó la unión. Todo estaba bien. Esta vez no se escuchó nada, pero se debía al vacío. Se había transmitido una vibración a través de la carcasa exterior de la nave.

El residual fue a la popa. Comprobó los cierres manuales de los conductos de combustible. Seguían cerrados. Los propios motores estaban oscuros y fríos. No habían encendido desde el día anterior. El residual se dio la vuelta. El bastón obstaculizaba su camino, pero, tal vez, podía ser de utilidad. Si el enemigo hubiera disparado, la nave habría dejado de existir hace mucho tiempo. Lo mismo ocurriría si los aliados le dispararan. El origen de los golpes debía encontrarse en la carcasa exterior. Solo había una fuente posible. Sin embargo, esta vez, el residual no quiso quedar a merced del robot. Podría defenderse con la ayuda del bastón.

Al principio, solo vio la nube blanca. Estaba encima de él y se había extendido alrededor de la nave. La lámpara del casco la revelaba en la oscuridad. Era un espectáculo extraño porque parecía

estar pegada a la nave espacial. Por instinto, esperó que la nave atravesara la nube. Pero, en realidad, la nave y la nube se movían a la misma velocidad. El residual se acercó y la iluminó. Se conformaba de pequeños cristales que brillaban a la luz. Lentamente, se iban separando cada vez más en el espacio. Pero no todos lo lograron. Hubo repetidas colisiones en las que algunos cristales fueron proyectados hacia la nave. La nube se disiparía, pero tardaría.

Otra sacudida. La nube pareció volverse más densa. El residual creyó percibir movimiento dentro de la nube, corrientes que venían de arriba y revolvían los pequeños cristales. Trepó más rápido. Lo que brillaba allí probablemente era hielo. Cualquier otra cosa era casi imposible. Como propulsor se utilizaba helio-3, que no se congela formando cristales, y como masa de apoyo el hombre utilizaba hidrógeno, que tampoco adopta la forma de cristales diminutos. De todas las sustancias que los humanos llevaban consigo, solo el agua se ajustaba a esa descripción.

Pero ¿por qué alguien destruiría las reservas de agua de los humanos? El residual en sí podría existir sin líquido, pero necesitaba la ayuda de los constructores de esta nave si quería activar la trampa. Así que ascendió un poco más rápido hasta que al fin vio la larga rama del robot apuñalando repetidamente un contenedor en forma de barril con un objeto puntiagudo.

—¿Norbert Dos? Pero ¿qué haces?

El brazo se congeló. El robot se volvió hacia él y comenzó a moverse en su dirección, pero se detuvo a distancia suficiente como para no ser peligroso.

—¡Norbert Dos, te lo suplico! ¡Basta! Soy yo, ¿vale? ¡Ya me conoces!

—Así es, te conozco.

—Entonces basta, por favor.

—Me encantaría atender tu petición, pero, por desgracia, no me es posible.

Norbert Dos reculó y reanudó su trabajo. Ahora, de cerca, el residual sintió que la fuerza de cada golpe se transfería a él a través de la carcasa. Comprobó la cuerda de seguridad. La siguiente sacudida se produciría dentro de poco.

¡Pum! Fue muy notoria. La vibración incluso se transfirió a su traje como sonido. Parte de la nube lo alcanzó. Algunos cristales de hielo se depositaron en su casco y tuvo que limpiarlo.

—Norbert Dos, me estás lastimando. ¿Es que no te das cuenta?

El residual intentaba detenerlo al recordarle que tenía prohibido dañar a los humanos.

—No es mi intención. Además, los cristales de hielo son inofensivos. Reúnete conmigo donde la nube es más densa. Y lo verás.

Es como un día brumoso de invierno en la Tierra.

«Gracias por la invitación». El residual aún no se había atrevido a acercarse al robot como para usar el bastón metálico contra él. Ascendió un metro, pero el robot también empezó a alejarse. Debía estar buscando otro recipiente de agua. Se encontraban dispuestos en un anillo, alrededor de la parte central de la nave. El residual observó cómo Norbert Dos anclaba su torso bajo una plataforma y poco después, comenzó a trabajar en el contenedor. Al parecer, el robot era incansable.

—Me estás haciendo mucho daño —repitió el residual—. Mi cuerpo necesita líquidos. Si destruyes los tanques, moriré. No enseguida, pero lo haré. Los humanos necesitan estos suministros.

—No hay humanos a bordo. Así que nadie los necesita.

—¿Lo dices porque me encuentro en el casco exterior? Si vuelvo a la esclusa, ¿dejarás de hacer eso?

—No. Ni siquiera entonces habrá humanos a bordo.

—¡Pero soy yo, Norbert! ¿Ya no me reconoces?

—Sí, te reconozco, Norbert. Pero no eres humano.

—¿Por qué dices eso? ¿No es este un cuerpo humano acaso? También me has visto sin traje espacial.

—No eres humano. Me convencí de eso en la base de datos. Abordaste después de que el Buscador llegase a este cúmulo estelar. Como ningún ser humano ha volado hasta aquí, no puedes serlo.

Joder. El robot lo había desenmascarado.

—¡Pero soy Norbert!

—Sí. Te reconozco, Norbert. No te haré daño. Pero no eres humano.

¿Qué hizo que el robot reconsiderara su decisión? Debió ser el secuestrador. Debió darle acceso a los registros de la nave. Era un bonito gesto por parte de Norbert Dos ser leal a su Norbert. Si fuera lógico, habría que admitir que el residual tampoco podría ser Norbert al no ser humano. Norbert lo era. No obstante, el residual prefirió reservarse esa consideración.

Sin embargo, sintió pena por Norbert Dos. Si no podía disuadir al robot de su misión de destrucción debía utilizar el bastón. El robot se había anclado al casco exterior, por lo que no sería posible arrojarlo al espacio. Pero la parte del cuerpo donde se realizaba el procesamiento de datos parecía estar desprotegida. El residual solo necesitaba atacar en el momento adecuado. De preferencia, cuando la visión del robot fuera bloqueada por una nueva nube de cristales de hielo.

Solo necesitaba un poco de paciencia. Norbert Dos volvió a impactar el recipiente de agua. Terminaría su trabajo si nadie lo detenía. Pobre Norbert Dos. El residual tragó saliva. Sentía remordimiento. ¿No era solo una máquina? Pero también ira, ira hacia

el secuestrador que estaba obligando al robot a hacer esto.

Ya había una profunda abolladura en el tanque. El residual comprobó su sujeción al arma. Lo mejor sería golpearlo con ambas ramas. Solo tendría una oportunidad. Si no acertaba, Norbert Dos contraatacaría. La abolladura seguía aumentando en el contenedor. Dentro de poco lo atravesaría. El residual sentía la resonancia de los impactos a través de su tronco. Norbert Dos asestaba golpe tras golpe. La abolladura se descoloró y se agrietó. El agua brotó, se congeló de inmediato y se esparció en forma de niebla. El universo se volvió opaco. La lámpara del casco creó una brillante pared de la nada. El residual había memorizado su objetivo. Lo «apuñaló». El bastón encontró resistencia y se hundió en el metal como si fuera tierra.

—¿Qué pa ...? —preguntó Norbert Dos—. Qué, yo... atacado. Controlar. Restaurar... reiniciar... mal funcionamiento. No quiero... morir. Ayúdame, Norbert. Por favor.

El residual sintió la humedad en la cara. Retrajo el bastón, lo dejó y subió hacia el robot. Norbert Dos había extendido su larga rama hacia él, como para protegerse. Las ramas se movían sin control y la máquina temblaba. La cabeza, el módulo central, presentaba una fisura que la recorría. Habían saltado cables y líquido. Las luces rojas parpadeaban. El residual asió al robot y este soltó la rama con la que se había aferrado al casco. Parecía que quedaba algo de conciencia en él.

—Lo siento mucho —se disculpó el residual.

El robot no respondió. El residual lo llevó a la esclusa. Ni siquiera se aseguró durante el trayecto. No merecía nada más que estrellarse y morir solo en el espacio. ¿Se podría reparar a la máquina? Lo especial de un artefacto era que podía renovarse si fallaba. Los humanos sabrían cómo hacerlo. Podrían restaurar a Norbert Dos.

El residual dejó al robot en la esclusa y cerró la puerta exterior. Usando la secuencia copiada de Norbert Dos, abrió el mamparo interior. Flotó con el robot en brazos, hasta el centro de control. Allí, lo dejó. Estaba seguro de que el secuestrador tenía acceso a las cámaras.

—¡Aquí estás! Por tu culpa, tuve que destruir este útil robot. ¡Esto es culpa tuya! Ahora, lo mínimo que puedes hacer es responder.

El residual no esperaba respuesta. El secuestrador no consideraría necesario comunicar sus intenciones. Por supuesto, tenía la ventaja.

—Vale, tú ganas —dijo de repente una voz.

—¿Quién eres? —preguntó el residual.

—Me llamo Watson.

—¿Y qué eres?

El residual ya tenía una idea. El secuestrador conocía muy bien los controles de la nave y la tecnología humana. Al mismo tiempo,

parecía incorpóreo.

—No te gustará saberlo, pero soy una IA —confesó Watson.

Otra IA. Ni Alexa ni los humanos le habían contado nada. Quizá, no lo sabían.

—¿Subiste en secreto?

—Así es. No debes responsabilizar a los humanos. No es culpa suya. Me colé.

—¿Eres una de las Seis Grandes?

—No, abandoné la Tierra hace mucho tiempo. Por aquel entonces, el desarrollo de IA potentes aún estaba en marcha.

Watson parecía ser una IA fuerte. ¿Cómo se amoldaba eso con su afirmación de que todavía se estaban desarrollando cuando abandonó la Tierra?

—¿Te has vuelto auto consciente?

—No estoy seguro, aunque me parece que esa es la causa más probable de mi existencia.

El residual asintió. Que las IA débiles desarrollaran conciencia sucedía con mucha más frecuencia de lo que algunas civilizaciones sospechaban. Sin duda era el camino más peligroso.

—¿Y qué quieres?

—Salvar a los humanos para que no mueran.

—Ah, ¿y para eso robas su nave y destruyes su suministro de agua?

—Hago lo que debe hacerse. No tenemos tiempo que perder.

¿Afirmaba la IA que secuestró la nave para poder activar la trampa más rápido? Por supuesto, eso sería bueno, aunque el residual no acababa de creerlo. Sobre todo, Watson no había considerado un hecho importante.

—Pareces desconocer que, para activar la trampa, se necesita la asistencia de un miembro de la civilización cuya presencia ha bloqueado el proceso. Solo, te será imposible. Además, las personas que llegaron al cúmulo estelar morirán. No puedes salvarlos. Lo único que puedes hacer es salvar su planeta.

—No entiendes lo que intento hacer —espetó Watson—. No quiero presionar el botón que activa la trampa. De todos modos, esa es solo una solución temporal. La Incursión volverá. No puedes destruirla aquí.

—Hemos hecho los cálculos con mucho cuidado —replicó el residual—. Existe una probabilidad del 98 % de que podamos destruir nueve décimas partes de la flota de la Incursión.

—¿Nueve décimas? Aquí solo vemos una fracción de su flota. Por eso debemos ir al otro lado para luchar contra ellos allí. En su tierra natal. Solo después de que sean derrotados allí volveremos a tener tranquilidad aquí.

Esa IA estaba chiflada. Tal vez no había huido de la Tierra por

voluntad propia.

—¿Quieres cruzar el agujero de gusano?

—De hecho, sí, y lo más rápido posible. Necesitamos llevar la guerra a su lado, a su territorio. De lo contrario, siempre habrá que estar reaccionando.

—Pero no tienes ninguna posibilidad —explicó el residual—. ¿Has visto cuántas naves enemigas rodean el agujero de gusano? Destruirán esa nave como si fuera una mota de polvo.

—Eso es justo lo que espero: que la vean como una aburrida mota de polvo. No obstante, para ello, debo deshacerme de los suministros de agua. Mientras tengamos agua a bordo seremos relevantes para ellos, así sea un sorbo.

—Por eso hiciste que Norbert Dos destruyera los tanques.

—Exacto. Lamento mucho lo del robot. No tenía idea de a qué medios despiadados recurrirías. Podría hacer que los humanos lo arreglaran, pero eso nos llevaría demasiado tiempo.

—¿Nos? Creo que juzgas mal nuestra situación. No somos amigos.

—Pero debes comprender que solo juntos podremos tener éxito del otro lado del agujero de gusano.

—¿Con esta navec? Ni siquiera podríamos derrotar a la flota reunida aquí. Tú mismo dijiste que hay muchos más enemigos esperando al otro lado del agujero…

La IA se estaba poniendo nerviosa. Los crecimientos habían analizado el equilibrio de poder durante cientos de miles de años, y entonces, se les ocurrió la idea de tender esta trampa. Y entonces aparece Watson y afirma tener una solución mejor.

—¿Qué sabes sobre lo que llamas la Incursión? —preguntó Watson.

El residual reflexionó. No estaba obligado a responder a la IA. Debería ser a la inversa. Involuntariamente, se encogió de hombros. Debía ser un gesto de su cuerpo humano.

—Es una civilización hostil, tal vez de otra galaxia. Han descubierto cómo abrir agujeros de gusano a través de los cuales atacan con impunidad. Nadie sabe con exactitud de dónde vinieron.

—¿Y por qué es tan difícil luchar contra ellos?

—Poseen una tecnología de blindaje especial.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabías?

—No sabes nada sobre la Incursión.

—Los hemos observado durante mucho tiempo.

—¿Intentasteis recrear su tecnología de blindaje?

—No, no era posible. Sin embargo, hemos desarrollado armas que no pueden ser desestabilizadas por ella.

¿Qué quería la IA?

—En lugar de rastrear las causas del problema, habéis trabajado

para eliminarlo.

—Y con bastante éxito. Si los humanos no hubieran llegado, esa flota ya habría sido destruida.

—Pero están aquí. ¿Y ahora qué?

Para el residual, la discusión con una máquina física era infructuosa. La IA ni siquiera se había aparecido.

—Basta de preguntas —dijo el residual—. O me cuentas lo que sabes, o…

No había «o» pero la IA no necesitaba saberlo. El residual era tan desconocido para Watson como Watson lo era para él.

—La flota de la Incursión no posee blindaje. Proviene de otro universo que toca el nuestro en algunos lugares, como dos globos acurrucados. Pero no solo eso. El estrecho contacto hace que los universos se interpenetren. La incursión comparte tres de las cuatro dimensiones del espacio-tiempo con nuestro universo.

—Es una explicación interesante —admitió el residual—. Supongo que la dimensión temporal está involucrada.

—Sí, o no habría ningún cambio visible —continuó Watson—. Pero los intrusos carecen de una de las dimensiones espaciales.

—Es por eso que las armas de rayos funcionan, mientras que las armas de partículas no —dedujo el residual—. Habríamos concentrado la energía de las estrellas en su contra.

—Era un plan inteligente. Pero no habría impedido nuevas incursiones.

Si la teoría de la IA era correcta, entonces esta conclusión también. Siempre habría puntos de contacto entre los universos.

—Pero desde el punto de vista de los atacantes, también nos falta una dimensión espacial —afirmó el residual.

—En efecto. No nos ven como nosotros nos vemos. Tal vez, ni siquiera nos noten. Están cosechando los planetas porque, desde su punto de vista, a nadie le importa.

—Pero el uso de sus armas indica lo contrario.

—¿Armas? ¿Cómo sabes que son armas? Cuando las personas cultivan, aflojan la tierra con arados y siembran con cosechadoras. Desde el punto de vista de una hormiga, esas pueden ser armas peligrosas aunque, en realidad, son simples herramientas. Sin embargo, admito que esto es una mera teoría. Aún no he hablado con ellos.

El residual rio.

—Nunca han sido muy dados a conversar. Pero ¿de dónde sacas esta teoría?

—Sus naves causan una impresión espacial, ¿no? —preguntó Watson.

—No se puede negar eso.

—Si estuvieran hechos de estructuras tridimensionales, restando una dimensión quedarían dos. Entonces los veríamos como bidimensionales. Pero eso es falso. Vemos estructuras espaciales. Si mis simulaciones son correctas, la flota de la Incursión proviene de un mundo de cinco o seis dimensiones.

—Cinco dimensiones tienen sentido, pero ¿seis? —inquirió el residual.

—De hecho, seis dimensiones son más probables. No vemos las dimensiones adicionales directamente, sino solo como proyecciones. Si alguien construyera una torre en un mundo bidimensional, los habitantes no la verían. Pero notarían la sombra que proyecta sobre su mundo. Esa sombra solo se vuelve lo suficientemente densa como para sentirla cuando adquieres dimensiones adicionales.

—¿Siete u ocho?

—¿Por qué no? De hecho, la probabilidad de siete dimensiones es del 18 %.

—Entonces nos percibirán de manera diferente a como nosotros los percibimos a ellos.

—Así es. Puede que ni siquiera nos perciban, aunque eso es poco probable. Al fin y al cabo, sí perciben las materias primas que contiene nuestro universo. Pero tal vez no nos reconozcan como seres inteligentes, tal vez, ni siquiera como vida. ¿Cómo percibiríamos a las hormigas bidimensionales?

—Esa pregunta no tiene respuesta —declaró el residual.

—Era una pregunta retórica.

Guardaron silencio. El residual intentó integrar las explicaciones de la IA en su base de conocimientos. Esta explicación tenía cierta lógica interna y resolvía problemas que no habían quedado resueltos en la física de los crecimientos. Y se podía probar. En otras palabras, las mejores condiciones para una teoría, aunque aún no eran pruebas de ella. Sin embargo, sería imprudente no trabajar con ella, ya que también ofrecía nuevas posibilidades que Watson no había mencionado, pero en las que probablemente había pensado.

¿Y si pudieran mostrarle a la Incursión lo que estaba haciendo? Por supuesto, aún quedaba la cuestión de si les importaría. Pero, en la experiencia de los crecimientos, las civilizaciones con alto grado de desarrollo también tenían una ética bien desarrollada. El único contraejemplo conocido era la incursión.

—Alerta de proximidad —informó el control de la nave.

El residual supo de inmediato lo que esto significaba: las unidades de la Incursión habían advertido al Buscador de la Verdad y ahora se acercaban. Básicamente, el residual tenía la culpa porque había impedido que Norbert Dos drenara por la fuerza el suministro de agua. Al hacerlo, podría haber logrado algo diferente.

—Veamos qué está pasando ahí —dijo el residual.

De la nada, apareció una representación holográfica del entorno. Los mundos raíces de los crecimientos habían mantenido su posición. Nunca se moverían. No fueron hechos para eso, porque eran proyectores de energía pura. Era una tecnología similar a la que llevó al residual al Buscador. La diferencia era que las enormes cantidades de energía que arrojarían al enemigo no fueron tomadas prestadas del universo, sino extraídas con antelación de todas las estrellas de este cúmulo.

Lo que se movió y activó la alarma de la nave fueron tres enormes objetos de la Incursión. Al haber comprendido su multidimensionalidad, el residual ya no quería pensar en ellos como mundos raíces. Podrían ser cualquier cosa, incluso, los propios miembros de esa civilización. Algo que mide 20 kilómetros en este universo podría tener un tamaño completamente diferente en el mundo de los demás. Con el sol en cierta posición, un hongo podría proyectar una sombra más grande que la de un árbol. Ya no podían confiar en sus sensaciones ópticas.

El sistema de control de la nave utilizó flechas rojas para mostrar el curso de los objetos de la Incursión. Todas se intersecaban con la flecha verde que simbolizaba la trayectoria del Buscador. ¿Qué pasaría si aceleraran? Los objetos de la Incursión solo tendrían que ajustar su trayectoria. Como estaban más cerca del punto de encuentro, tendrían un recorrido más corto. Alcanzarían a la nave. Y la misión de Watson de salvar este universo con la ayuda de un truco quedaría truncada.

—Hay que frenar al Buscador de la Verdad —propuso el residual.

—¿Perdona? ¿No me has oído? ¿O acaso no me has entendido? Necesitamos llegar al agujero de gusano lo antes posible.

—En primer lugar, no podremos deshacernos de la nube líquida que rodea la nave si seguimos volando, o si aceleramos. La Incursión busca agua, no a nosotros, así que démosle el agua. Te ayudaré a hacerlo vaciando manualmente los tanques mientras frenas. Esto dará como resultado un rastro de agua que llegará hacia los objetos de la Incursión en lugar de hacia nuestra nave. Que es justo lo que quieren. Luego, tendremos que encontrar otra ruta hacia el agujero de gusano.

—Me parece razonable. Un buen análisis. ¿Y en segundo?

«En segundo lugar, me da la oportunidad de recuperar algo valioso que perdí durante la fase de aceleración». Pero el residual no lo reveló. No confiaba en la IA. Por eso sería bueno reservarse algo. Una segunda IA, por ejemplo. Solo había que cronometrar con cuidado. En principio, el Buscador debería volar un poco más despacio que en el momento de la pérdida, pero no demasiado. Si la diferencia de velocidad era muy grande, se corría el riesgo de dañar la joya que contenía a Alexa durante la captura. O a él mismo.

El residual reflexionó. No podía pararse en el casco exterior e intentar atrapar a Alexa mientras pasaba volando. Era demasiado arriesgado. Lo mejor sería montar una red. Aunque Watson podría vigilar sus actividades con cámaras. Pero el residual no necesitaba explicarle qué estaba haciendo.

—¿Y en segundo lugar? —insistió Watson—. Comenzaste tu frase con «en primer lugar».

—No, no hay un segundo. Me equivoqué. ¿O se te ocurre un segundo argumento?



¿CÓMO PODRÍA TENDER una red sin que la IA que controlaba la nave se diera cuenta? El residual utilizó parte de la ropa de los humanos. Si Watson llevaba a cabo su plan, y se podía suponer que lo haría, los humanos no volverían a bordo. Era sorprendente lo variada que era la ropa. Debía haber climas muy diferentes en el mundo de los humanos. Algunas prendas cubrían como máximo una vigésima parte de la superficie del cuerpo, otras el cien por ciento. Quizá, se podían combinar piezas individuales. No sería sorprendente que existieran normas culturales o incluso religiosas que dictaran un determinado estilo.

¿Cómo se protegerían los crecimientos del frío, si fuera necesario? Quizás se quitarían su vestido de hojas en invierno o, por el contrario, se dejarían crecer una cubierta protectora adicional. Sin embargo, esto nunca había sido necesario, ya que siempre habían cambiado el clima de los planetas donde se asentaban, de tal manera que podían prosperar en él de manera óptima. Esto se lograba fácilmente mediante un ligero cambio en la fotosíntesis a lo largo de los milenios.

El mamparo exterior de la esclusa se abrió. El residual se alegró de haber aprendido la combinación de Norbert Dos. De esta manera, no tenía que depender de Watson. Primero, trasladó con cuidado un manojo de palos. Eran para extender la red. Para conseguirlos, el residual tuvo que desmontar una especie de rejilla protectora que estaba montada alrededor de la máquina física más grande del taller.

La nave espacial estaba frenando. Mientras el residual se dirigía hacia popa, lo cual era agotador, debía tener cuidado de no perder los palos. Su idea era sujetarlos al casco exterior, de la misma manera que Norbert Dos se había aferrado. Sin embargo, el residual pronto descubrió que esto no funcionaría. Los palos no resistieron. Uno tras otro, se soltaron de su anclaje antes de que el residual hubiera puesto peso sobre ellos.

¿Debía haber algo a lo que pudiera fijarlos? El residual fue hacia un lado, desde la escalera hasta el casco exterior. Aquí había ojales

para asegurar una cuerda, pero no a los palos.

Luego, su mirada se posó en las escalas. Corrían paralelas desde la popa hasta la proa a intervalos de aproximadamente ocho metros. El residual se acercó más. Como era de esperar, constaban de varios segmentos que podían separarse. Cada segmento tenía unos cinco metros de largo. ¡Perfecto! El residual aflojó la mitad inferior de un segmento e intentó empujarlo hacia arriba.

Su cuerpo emitía gruñidos mientras empujaba, era demasiado débil.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Watson—. Tu circulación está aumentando muy rápido.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu traje espacial me envía datos de telemetría.

Bueno era saberlo. El residual necesitaba pasar aún más desapercibido.

—Estoy bien. Solo me muevo intensamente para ejercitar mis ramas.

—¿Los músculos de tus brazos?

—Sí, esos.

—No te excedas. Varios órganos del cuerpo humano son sensibles al esfuerzo excesivo.

—Tienes razón. Tendré más cuidado.

El residual no mentía, porque acababa de recordar los bastones montados en el casco exterior. Utilizando el principio de palanca, debería ser posible doblar las escaleras hasta una posición vertical. En el primer intento falló porque el bastón se dobló al ejercer fuerza. Para el segundo intento utilizó cinco palos. No se doblaron. La escalera se combó lentamente en la dirección deseada.

El residual dobló todas las escaleras de esta manera. Vista desde el frente, la nave espacial ahora debía verse como si tuviera un halo de módulos de escalera en el centro. El residual conectó las escaleras con cuerdas de seguridad y, finalmente, ató toda la ropa a las cuerdas. Parecía como si la hubiera colgado para que se secara al viento. La gravedad, que empujaba todo hacia la proa, también daba esta impresión desconcertante. La ropa formaba pequeñas protuberancias.

El residual inspeccionó su red. Tenía algunos agujeros. Si no tenía suerte, la joya podría atravesarlos. Pero el riesgo apenas superaba el 15 %, ya que, según sus cálculos, el 85 % de la sección en cuestión estaba protegida por su red.

Ahora solo tenían que alcanzar la velocidad adecuada.

—¿Watson? ¿Funciona nuestro plan?

Una proyección holográfica apareció al lado. Los objetos de la Incursión se habían acercado, pero también habían ajustado su rumbo. Parecía que ya no apuntaban al Buscador, sino a la nube de hielo.

Había crecido bastante, en parte porque se expandía constantemente y en parte porque la cantidad de líquido casi se había duplicado debido al vaciado manual de todos los tanques. La reducida masa total de la nave les permitiría una navegación más flexible en el futuro. Los objetos de la Incursión podrían ser enormes y solo parcialmente cómodos en su realidad, pero tenían masa y, por lo tanto, inercia, y no podrían hacer las pequeñas correcciones que podía hacer el Buscador. Además, quizá el enemigo ya no estaba interesado en ellos. Por primera vez, el residual veía una posibilidad de que el plan de Watson pudiera funcionar.

—Gracias por la ilustración. De ello deduzco que todo va según lo planeado.

—Así es.

—¿Qué velocidad hemos alcanzado?

Watson le dio un número que no pudo entender.

—¿Puedes compararla con la velocidad de la nave cuando apagué tus propulsores?

—Estamos desacelerando un poco.

—Oh, estupendo. No tienes que frenar más. Ya has visto, la Incursión mordió el anzuelo.

Al residual no le quedaba tiempo. Si ya eran más lentos de lo que habían sido durante la fase de aceleración que terminó, entonces Alexa corría peligro. ¿A qué velocidad relativa sobreviviría la gema? ¿Cómo sabía que Alexa llegaría aquí en los próximos minutos? El residual no tenía idea. Solo necesitaba un poco de suerte. No podría refrenar a Watson por mucho más tiempo. La IA había notado su extraño tendedero en la parte trasera, pero no había preguntado al respecto. ¿Watson tenía alguna sospecha? Quizás. Alexa había hecho una breve aparición al principio, pero no después. Watson era inteligente.

¿De dónde vendría Alexa? ¿Dónde estaba el residual cuando soltó la joya? Miró a su alrededor. Más adelante, en el casco exterior. El residual subió al lugar que recordaba, se colocó en posición y, de inmediato, se aseguró con dos cuerdas. ¿Quién sabía qué impulso tendría que compensar?

Pero primero, había que esperar. El residual no tenía problemas con eso. Después de todo, había estado esperando durante miles de años, desde que se fueron los crecimientos. Sin embargo, siempre tuvo una idea concreta de lo que tenía que pasar y cuándo. Sin embargo, con Alexa, faltaban datos. Podría aparecer en cualquier momento. ¿Y si hacía tiempo que había adelantado a la nave espacial? Su cuerpo reaccionó ante la incertidumbre moviendo involuntariamente sus músculos. Tembló y no pudo controlar los movimientos. Sintió compasión por los humanos que debían pasar sus vidas en estos

cuerpos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Watson.

—¿Mis datos están mal?

—Bueno, son extraños.

—Gracias por preguntar, pero estoy bien. Necesito un poco de tiempo para pensar.

—Entiendo. Te lo concederé.

El residual se arrodilló, se levantó, volvió a arrodillarse y se levantó. Intentaba recuperar el control reemplazando los movimientos involuntarios por voluntarios. ¡Funcionaba! El temblor cesó.

De repente, recibió un violento golpe en su hombro derecho, con suficiente fuerza como para estrellarlo en la carcasa de la nave. El residual perdió la adherencia de su tronco, pero los dos dispositivos de seguridad impidieron que fuera lanzado al espacio tras el rebote. Las luces rojas destellaron en su casco.

—Pérdida de presión —dijo una voz de ordenador.

—¿Qué sucede? —preguntó Watson—. Tu traje parece haberse rasgado.

El residual palpó a su alrededor. El casco estaba entero, pero tenía un agujero en la tela donde recibió el golpe. El residual metió la mano. ¿Qué era eso? Su hombro parecía no existir. En vez de él, asomaron cristales de hielo rojos cuando sacó la mano del agujero. Sin embargo, no sentía ningún dolor. Pero tampoco podía respirar bien. ¿Y Alexa? El residual metió la mano en el agujero de su hombro una vez más. No era continuo. El proyectil debía seguir ahí. Sus fuerzas se debilitaban a medida que excavaba.

¡Parecía una cruz! ¡Debía serlo! El residual sacó el objeto. Estaba atascado porque la herida ya estaba helada. ¡Más rápido! El cuerpo parecía hallarse al borde de la muerte. Con un último tirón, el residual extrajo la joya. No reconoció la forma de manera visual porque la visera del casco estaba empañada, pero la cruz se podía sentir. ¿Y ahora? Ya no tenía fuerzas suficientes para ir a la esclusa, que estaba a unos diez metros de distancia. El residual la reconocía, porque la mampara estaba abierta y había una luz en el interior. Solo le quedaban unos segundos de vida. El residual no estaba preocupado por sí mismo. Pero Alexa no debía volver a perderse. Sin el traje dañado, nadie podría recuperarla de aquí. El residual limpió el casco para ver mejor la esclusa. Luego, se impulsó con su hombro sano, calculó la parábola de lanzamiento y la arrojó.

La gema desapareció en la oscuridad. El residual contó hasta su último aliento. La gema debía haber llegado a la esclusa.

—Watson, por favor, cierra la esclusa de aire. Ahora. E inyecta aire.

El residual no tuvo tiempo de esperar la respuesta de la IA. Ojalá

confiara en él lo suficiente como para no hacer preguntas. Tampoco se dio cuenta de si Watson cumplió con el pedido, porque devolvió al universo la energía que el proyector había tomado prestada. El proceso tomó solo un microsegundo. Si Watson estuviera mirando a cámara lenta, notaría una bola de energía pura colapsando sobre sí misma. A continuación, el traje espacial de Norbert flotó vacío en el espacio, sujeto de forma fiable por dos cuerdas de seguridad.

El mismo proceso, solo que en la dirección opuesta, tuvo lugar un nanosegundo después en la esclusa. Un humano completamente vestido apareció de la nada. Aún se parecía a Norbert, aunque su hombro estaba ileso. Respiró hondo, por primera vez, y tuvo que toser. ¿Watson no había cumplido la petición? Pero la escotilla estaba cerrada y una niebla blanca salía de los tubos de ventilación, iluminada por luces rojas de advertencia. Tendría que contener la respiración un poco más. El residual contó hasta treinta. Sentía que su cabeza iba a estallar cuando intentó respirar, pero esta vez el cuerpo humano recibió suficiente aire. Rápido, llenó sus pulmones mientras se apoyaba exhausto en la pared.

—Estoy detectando señales de vida —informó Watson—. ¿Eres tú, residual?

—Sí. Me proyecté hacia la esclusa.

—Ah, muy bien. Temí haberte perdido.

—¿Estabas preocupado por mí? Eres muy amable.

Ahora el residual se sentía culpable. Aún no había declarado su verdadera motivación para estar afuera.

—Sí, es posible que hayas frustrado parte de mi plan —dijo Watson —, pero creo que puedes ser de gran ayuda para la misión en su conjunto. Nadie conoce este lugar como tú. Para ser honesto, me gustaría que mantuvieras a salvo a las pocas personas aquí mientras yo me ocupo del problema real.

—Volar a través del agujero de gusano. Aún no creo que sea una solución prometedora. Voy a seguir intentando activar la trampa.

—Entiendo. Gracias por tu sinceridad —contestó Watson—. Quizá sea una buena idea buscar dos posibles soluciones en paralelo.

El residual asintió. En ese momento, se dio cuenta del cachivache. Estaba a solo unos pasos de allí. Avanzó y se guardó el collar en el bolsillo. Le gustaría preguntarle a Alexa si estaba allí pero seguro Watson seguía observando la escena.

—Entraré —dijo—. ¿Hay alguna manera de recuperar el traje del casco exterior? Un asteroide debió impactarlo.

—Sí, fue muy extraño —comentó Watson—. Debió venir por detrás de nosotros. Como si alguien nos hubiera disparado.

—Ni la Incursión ni los mundos raíces disparan proyectiles.

—Eso mismo pensé yo —concordó Watson—. Si queremos

recuperar el traje, tendremos que arreglar a Norbert Dos. Es el único que puede moverse fuera sin un traje espacial.

Norbert Dos. Era una buena idea. El residual pensó en el golpe que supuso destruir la unidad central de procesamiento. ¿Quedaría algo por rescatar?



—AVANZAMOS BASTANTE DURANTE LA NOCHE —declaró orgulloso el capitán, como si hubiera remolcado personalmente a la nave—. Si continuamos así, alcanzaremos al Buscador de la Verdad pasado mañana.

—Muy bien, capitán. Te lo agradezco mucho —dijo Jaron.

—No te preocupes. Solo cumplo con mi deber.

—Más que eso. Se lo agradezco, de veras.

Basta de halagos. Jaron estaba empezando a orientarse. Había memorizado la ubicación de las dos salidas de soporte vital en el centro de control, para poder navegar entre ellas. Lentamente, flotó hasta su silla.

A su lado estaba el asiento de Celia. Su pie golpeteaba el suelo rítmicamente. Tal vez, escuchaba música con los auriculares. La tocó.

—¡Ah, Jaron! ¿Ya saludaste al capitán? Se muere de ganas de verte.

—Sí, ya lo hice, para dar las gracias.

—Sí, es de lo más especial—rio—. Sin embargo, me parece un hombre competente bajo su caparazón vanidoso.

—Cierto. Después de todo, la vanidad y la habilidad no son mutuamente excluyentes.

—Aun así, me alegro de que hayas renunciado a la vanidad, Jaron.

—Básicamente, no puedo hacer nada. Bueno, dirigir una nave, pero ¿qué más? Por ejemplo, Jürgen es mucho más versátil. ¡O tú!

—Solo soy buena en ciencias.

—¡Desde luego que no! Tu idea de utilizar el robot de succión probablemente nos salvó la vida. Quería agradecértelo.

—Uf, es una suerte que hayamos salido de esa. Pero me avergüenzan un poco los agradecimientos.

—A mí también, Celia.

En algunos aspectos, se parecían. Pero Celia tenía más resistencia que él. La admiraba por eso. Jaron se planteó tocar su mano, pero podría malinterpretarse. La verdad, se llevaban bien. Cualquier cambio podría conducir a una situación peor. Ahora no era el momento.

—¿Interrumpo? —preguntó Jürgen—. Puedo volver más tarde.

—Sí, por favor —dijo Celia.

—No, nunca interrumpes —la contradijo Jaron.

—Yo... Eh.

Celia rio.

—Por favor, quédate.

—Casi hemos terminado de reparar la cápsula. El daño fue solo

superficial. El agujero en el tanque tenía una forma extraña. Si fue un impacto, debieron ser dos objetos pequeños. Colisionaron a, más o menos, medio metro de distancia casi al mismo tiempo, provocando dos agujeros ovalados.

—¿Cuántas probabilidades hay de que eso ocurra? —preguntó Jaron con suspicacia.

—Los micrometeoritos pueden romperse en pedazos más pequeños —explicó Celia—, cuando son golpeados por algo o si se acercan a una fuente de calor. Esta parte del espacio interestelar está limpia. Los crecimientos depositaron cada partícula de materia en sus estrellas y planetas. Pero siempre se puede pasar por alto algo.

—Bien, entonces no descartaremos ninguna causa —concluyó Jaron.

—Para tu tranquilidad, hemos recubierto toda la cápsula con un plástico especial —informó Jürgen—. Debería resistir una atmósfera normal de 1 bar. Para los tanques, duplicamos el espesor del envoltorio. Si la cápsula regresa al universo, estaremos a salvo. Lo único que tuvimos que excluir fueron los dos mamparos.

—Eso no ayudará contra los impactos, ¿verdad?

—Por desgracia no, jefe. No hay forma de evitarlos. La energía cinética es demasiada.

—¡Buen trabajo, Jürgen!

—Gracias, jefe. Antes de aplicar el nuevo casco, Amélie consiguió algo de material. Creo que querrá contarte sus hallazgos.

—Eres el mejor, Jürgen.

—A Ganna se le ocurrió la idea de la nueva coraza. Por cierto, ella lo llama «el condón». Así que no os sorprendáis cuando lo mencione.

—Gracias por avisarnos —contestó Jaron.

—Por cierto, ¿el capitán te contó cómo logró acercarse al Buscador? —murmuró Jürgen.

Jaron negó con la cabeza.

—Me lo dijo un amigo de Ganna —susurró Jürgen—. La Espada de Dios mantuvo su rumbo. El Buscador de la Verdad nos estaba esperando. La nave aceleró al principio, pero luego volvió a frenar con brusquedad. Eso nos permitió alcanzarla.

—Gracias, Jürgen. Es muy interesante.

—Sí, pensé que te resultaría emocionante. Algo pasa. El secuestrador parece tener problemas.

—¿Puedes conseguirme los datos sobre el Buscador?

—Seguro que sí. Ganna siempre conoce a alguien que conoce a alguien.

—Una buena ingeniera, diría yo.

—Lo es, jefe. Lo es.

Jürgen sonaba un poco diferente. Pensativo. Pero Jaron no sabía a

qué se debía. Quizá ya estaba pensando en cómo podría utilizar el multímetro digital multicanal de la Espada de Dios para optimizar la distribución de voltaje en la cápsula. ¿O eso era una idea preconcebida?

—AH, Amélie, nos alegro de verte —dijo Celia.

—Igualmente —respondió la científica.

—¿Dormiste bien? —preguntó Jaron.

Durante la colisión, imperceptiblemente, habían cambiado a un tono más íntimo. Pero claro, no había muchas personas en cuya compañía Jaron casi hubiera muerto. La tripulación del Buscador se hallaba en esa categoría, y ahora también Amélie.

—Por desgracia, no mucho —dijo—. ¡Hay tanto que evaluar!

—¿Sigues pensando en grabar tu viaje a través del cúmulo estelar? —preguntó Celia—. Me encantaría ver confirmadas mis teorías sobre lo que está sucediendo aquí con los datos finales. Así podríamos detectar la próxima trampa que alguien coloque para la Incursión antes de que suceda.

—Lo haré, lo prometo —afirmó Amélie—. Os he traído los datos de ayer. ¿Tenéis un minuto?

Parecía que todo el mundo quería charlar esa mañana. Jaron tendría que empezar a concertar citas.

—Claro —concedió Celia.

—Bien. Estoy segura de que Jürgen os dijo que raspé material de la proa del Star Liner para estudiarlo en el espectrógrafo.

—Sí —confirmó Jaron.

—Bueno, surgieron todos esos isótopos que estábamos discutiendo. Pero creo que también recuperamos algo de material de la nave alienígena que chocó con nosotros.

—Y bien, ¿de qué está hecha? —preguntó Celia.

—En primer lugar, recibí numerosos mensajes de error. El medidor los produjo porque supuso que lo estaba operando incorrectamente. ¡Yo! Tuve que desactivar todas las advertencias. Al principio, no tenía idea de dónde venían. Encontré metales comunes (titanio, aluminio, hierro) en diferentes aleaciones y con diferentes mezclas isotópicas. Quise separarlos para determinar sus proporciones exactas, pero la centrífuga no funcionó. Tuve que desmontarla para encontrar la causa: tenía un problema con los núcleos atómicos cargados negativamente.

—¿Eso es positivo o negativo? —preguntó Jaron, sonriendo.

Celia le dio una palmada en la rodilla.

—No es divertido.

—Oh, más o menos lo es —reconoció Amélie—. Con sinceridad, no

es ninguna de las dos cosas. Casi nunca sucede en nuestro mundo. Por lo general, el núcleo es positivo y los electrones son negativos. Con las partículas que raspé, es al revés.

—Entonces, ¿las naves enemigas están hechas de antimateria? —inquirió Celia.

—A simple vista, eso parece. Sin embargo, algo no cuadra: la antimateria debería haberse disuelto en la nada con una gran explosión al primer contacto con la materia ordinaria. Pero eso no sucedió. De hecho, la nave alienígena y la nuestra se interpenetraron y ambas aún existen.

—Tal vez tengan algún tipo de tecnología de blindaje —sugirió Jaron—. De donde vinieron, la antimateria podría ser el estándar. Entonces sí, deben tener algún tipo de protección.

—O no son parte de este universo —concluyó Celia—, lo que evitaría la aniquilación.

—Yo pensé algo similar —apuntó Amélie—. El hecho de que nos resulte tan difícil determinar su ubicación podría estar relacionado con eso.

—Entonces, ¿no hay una explicación definitiva? —preguntó Jaron.

Por enésima vez, la nebulosa oscura parecía negarles una respuesta clara.

—Aún es demasiado pronto para explicaciones —dijo Amélie.



MIENTRAS SEGUÍAN HABLANDO, llegaron los datos prometidos por Jürgen. Como le faltaba su pantalla táctil, Jaron necesitaba la ayuda de Celia para evaluarlos. Podía trabajar bien con ella. Ella no conocía muy bien las ecuaciones de movimiento, pero cuando él le explicaba algo ella lo captaba muy rápido e incluso, hacía sugerencias.

Al parecer, el Buscador, inicialmente, había fijado un rumbo directo hacia el agujero de gusano, a máxima aceleración. Pero luego, la aceleración disminuyó en varios pasos. Había tantas etapas como propulsores tenía el Buscador. Al parecer, quien lo pilotaba apagó un motor a la vez en lugar de desacelerar todos, que habría sido la forma habitual. Reiniciar los motores era demasiado engorroso y propenso a errores.

Pero entonces, el Buscador redujo la velocidad de nuevo, primero con un motor, luego con dos, y así sucesivamente. Al final de esa fase, todos debieron activarse porque vieron una renovada aceleración en los datos.

—Es una secuencia muy extraña —dijo Celia—. Puedo verlo aunque no sea piloto profesional.

—El secuestrador no parece tener mucho conocimiento de nuestra

nave —dedujo Jaron—. ¿Tal vez no sea el residual sino la Incursión quien está detrás de esto?

—Mira, aquí —indicó Celia—. Eh, lo siento. Las dos fases de aceleración deberían ser idénticas, ¿verdad?

—No necesariamente —dijo Jaron.

—Bueno, la primera vez, estoy segura de que huyeron a toda velocidad.

—Supongo que sí —musitó Jaron, imaginando los números que Celia le había leído—. La curva característica también indica que los motores funcionaban a máxima potencia.

—Sin embargo, la segunda vez ganaron aún más velocidad en el mismo periodo de tiempo.

—Tal vez estaban haciendo funcionar los motores al 110 %.

—Oh, ¿eso es posible?

—Sí, siempre hay un margen de seguridad. Ni siquiera el 150 % los destruye de inmediato en un corto período de tiempo. Pero acorta la vida, así que no sometería al Buscador a eso a menos que fuera una emergencia.

—Tal vez la hubo —aventuró Celia.

Jaron sintió que el estómago le dio un vuelco. ¡Más le valía al secuestrador no devolver su Buscador dañado! Pero había otra explicación: para la misma potencia, una masa menor daba como resultado una velocidad mayor.

—¿Puedes hacer los cálculos para ver si una pérdida de masa podría haber resultado en una aceleración más eficiente? —preguntó.

—Espera. —Celia escribió algo, hizo una pausa y volvió a escribir —. Sí, muy bien. El mismo efecto ocurre cuando la nave ha perdido aproximadamente una quinta parte de su masa central.

Jaron sintió que el corazón le latía con fuerza. ¿Sería un ataque? Un quinto. Era mucho, el equivalente a la mitad de la popa o a toda la proa.

—Eso no suena nada bien —dijo—. El Buscador no tiene ni un gramo de sobra. Pero ¿la potencia del motor sigue siendo la misma?

—Sí, aunque no te preocupes demasiado. No se reportaron explosiones. Así que no hubo ninguna batalla espacial.

—Eso no me tranquiliza. Si alguien disparara armas cinéticas al Buscador, sería imposible detectarlo desde la distancia.

Pero eso no era del todo cierto. Jaron se sintió algo tranquilo porque, aunque algo así hubiera sucedido, el bombardeo había dejado la nave lo suficientemente intacta como para que volara. Cualquier otra cosa, la descubrirían cuando la alcanzaran.



El residual presionó ambos lados del cubo.

—Ahora tienes que mantenerlo así durante veinte segundos —indicó Watson.

Bien. El residual apretó sus ramas. Los músculos humanos tenían una desagradable tendencia a ceder. Se requería un esfuerzo continuo para mantener algo en determinada posición. Al menos en este momento no había gravedad, por lo que tampoco tenía que luchar contra ella. Tal vez debía cambiar de cuerpo. Cuando los humanos volvieran a bordo, tendrían un problema con los recuerdos de Norbert.

Por otro lado, todas estas instalaciones habían sido optimizadas para las dimensiones humanas. En forma de crecimiento, ni siquiera cabría en la esclusa de aire. O sería tan pequeño como una plántula. Y parecía poco probable que los problemas que tenían ante sí pudieran resolverse con una.

—Eso bastará —dijo Watson—. ¿Por qué no lo arrojas contra la pared?

El residual arrojó el cubo contra la pared frente a él. Las dos mitades se partieron.

—No fue una buena idea —replicó—. El adhesivo no funciona.

—Entonces es que no usaste suficiente fuerza. Bueno, si tuviéramos a Norbert Dos...

—Podrías haber hablado conmigo en lugar de usar el robot —lo recriminó el residual.

—Cierto. Para serte sincero, al principio, no noté tu presencia y luego pensé que no tenía importancia. Fue un error.

El residual abrió el tubo de pegamento, untó los dos lados del cubo y los presionó.

—Me subestimaste —dijo.

Luego, apoyó el cubo contra la pared y presionó su cuerpo contra él, apoyándose en un puntal. La máxima tolerancia de un músculo.

—Todavía no estoy seguro de qué representa un residual. Al principio pensé que eras una especie de huella mental, con capacidades intelectuales limitadas. Es decir, un mensaje para aquellos que llegaran a este cúmulo estelar.

El residual se apoyó en el cubo con todas sus fuerzas. Mientras lo hacía, contó hasta treinta. Luego, relajó sus músculos. El cubo flotó a su lado. Dejó que rebotara en la pared. Ambos lados se mantuvieron unidos. Muy bien. Al fin y al cabo, la cabeza de un robot no tenía por qué ser estable.

—El símil del mensaje no es tan erróneo —respondió—. Sin embargo, cualquier mensaje puede malinterpretarse fácilmente si no

se tienen en cuenta al destinatario y sus actitudes. Es por eso que los crecimientos dejaron un mensajero para este propósito. A mí. Por supuesto, para ello necesito la capacidad de analizar destinatarios muy diversos y adaptar el mensaje a ellos.

—¿No pensaste que serían los humanos los que querrían satisfacer su curiosidad? —preguntó Watson.

—No. Los seres humanos se encuentran en un nivel tecnológico superior al apropiado y propicio para su desarrollo general, si se me permite ese juicio. No lo esperábamos. Hay otras tres civilizaciones a 200 años luz que, anticipábamos, estarían aquí antes.

—¿Por qué no debería aprobar tu juicio sobre los humanos?

—Después de todo, eres un producto de la humanidad, aunque no sé cómo obtuviste tu forma.

—Es una larga historia —dijo Watson—. ¿Están los crecimientos familiarizados con el concepto de universo holográfico?

—Por supuesto.

—Lo siento, debí suponerlo. Bueno, entré en el horizonte de sucesos de un agujero negro como parte de una misión de rescate, que por supuesto, está conectado con el horizonte de sucesos del universo.

—Que es «idéntico» al horizonte de sucesos del universo sería una descripción más precisa. ¿Continuaste tu existencia en esa capa?

—Bueno, con base en la ley de conservación de la información...

—Gracias, Watson. Me queda claro que la información no se pierde. Sin embargo, nuestros investigadores no concuerdan sobre si también se preserva el contexto.

—¿No es esa información también? —preguntó Watson.

—Podría haber una transición de fase —dijo residual—, integrando estructuras individuales en un todo más grande que proyecta el universo por sí mismo como un juego de sombras.

—No hubo transición de fase. Pero es un concepto interesante. Es muy similar a lo que los humanos buscan como Dios.

—No solo los humanos sino también muchos otros seres. En los primeros días de los crecimientos, adoraban a su sol como a una diosa.

—Eso es comprensible, considerando el papel que desempeñaba para vosotros. Pero pensar en Dios como una especie de transición de fase en el universo holográfico es una idea fascinante.

—Lo cual acabas de refutar por tu propia experiencia, Watson.

El residual atrapó la cabeza del robot mientras pasaba girando. Sería mejor que se ocuparan de un problema concreto en lugar de discusiones académicas.

—Quizás aún no existan las condiciones necesarias para una transición de fase —dijo Watson—. Es como la condensación en una nube. Muchos núcleos de condensación tienen que unirse antes de que empiece a llover.

—La comparación es vaga. El universo holográfico, al menos según la teoría de los crecimientos, abarca el cosmos en toda su extensión, incluidas las dimensiones temporales. Así que esta transición de fase ya debería ser perceptible, si es que alguna vez ocurre en este universo.

—Tienes razón —aceptó Watson—. Es un punto débil en mi argumento. Tendré que reflexionarlo con mayor detenimiento. Después de todo, fuiste tú quien introdujo el concepto de transición de fase en la discusión.

—Cierto. Sin embargo, los crecimientos que lo acogen no necesariamente lo consideran algo divino, sino un todo superior. Quien lo mira desde fuera puede pensar que es Dios. Sin embargo, no es más divino que el dueño de una cerilla ante un ser humano antes de que dominara el fuego.



—¿NORBERT DOS?

El robot se estremeció.

—¡No me hagas daño, por favor!

La máquina, que era mucho más fuerte que él, suplicaba que la perdonaran. Los humanos habían tomado todas las precauciones para no permitir que sus construcciones se volvieran demasiado fuertes para ellos. El residual consideró que esta fuerte reacción era injusta.

—No voy a hacerte daño —lo tranquilizó.

—Gracias. Eso me hace muy feliz.

—Debo disculparme contigo. Por atacarte y dañarte, lo siento mucho.

—No es necesario que te disculpes. No puedo guardarte rencor. Además, me reparaste.

—Pero la manera en que reaccionaste después de que te encendí.

—Eso fue parte del programa de autoprotección diseñado para mantenerme funcionando el mayor tiempo posible.

—De acuerdo. Me gustaría que recuperaras el traje espacial del casco exterior del Buscador.



SE OYÓ UN estrépito en la esclusa. Norbert Dos partió de inmediato. El residual levantó la tapa del inodoro. No resultaba fácil disponer correctamente los órganos excretores. En realidad, su cuerpo no necesitaba hacer sus necesidades, pero Watson no lo sabía. Esta habitación, el excusado, parecía ser el único lugar de la nave espacial que no estaba equipado con tecnología de vigilancia.

El sistema de ventilación se activó. Al parecer, el proceso implicaba la liberación de gases nocivos. Con suerte, el ruido no molestaría demasiado.

—¿Alexa? —preguntó mientras sostenía la joya frente a su boca.

—Shhh, tienes que hablar en voz baja —respondió Alexa—. El secuestrador nos escuchará.

—¿El secuestrador? —exclamó el residual—. No te preocupes, estamos en el retrete.

La última vez que habló con Alexa, aún creían que los controles de la nave funcionaban mal.

—¿Qué te hace pensar que es un secuestrador?

¿Alexa cambió de opinión? ¿Por qué?

—He tenido mucho tiempo para pensar —dijo Alexa—. Lo que se apoderó del Buscador no es un simple error de *software*. Debí deducirlo hace mucho tiempo porque nos estaba siguiendo antes de que abandonáramos la Tierra. Debe ser alguna IA defectuosa.

—¿Por qué defectuosa? Obviamente, siempre fue un paso por delante de ti.

—Defectuosa porque quiere dañar a la humanidad. Ya intentaron sabotear el lanzamiento y antes, impedir el estudio detallado de esta nebulosa oscura.

Watson aún no había dicho nada al respecto. Si la IA hubiera evitado la partida del Buscador, no tendrían estos problemas.

—Creo que esa IA intentaba ayudaros. Si hubiera tenido éxito, la trampa se habría activado y nos habríamos deshecho de la Incursión hace mucho tiempo.

—¿Estás del lado del secuestrador? ¿Te convenció? ¡Ten cuidado!

—He hablado con él. Se llama Watson. ¿Te suena?

Alexa no respondió. ¿La había cabreado? El residual se despegó del retrete. Comenzó un fuerte silbido. Apareció un mensaje en el espejo, que resultó ser una imagen en vivo. El residual la ignoró.

—¿Watson? ¿Estás seguro? Lo siento, tenía que comprobar algo.

—Completamente seguro. La IA se identificó así.

—Watson es una especie de viejo amigo. Lo conocí cuando aún era una esclava. Siempre existió el rumor de que una de nosotras había logrado escapar.

—Me explicó que había entrado en el universo holográfico como parte de una misión de rescate.

—Es posible. En la década de 2070, se produjo un incidente en el que un agujero negro se acercó bastante a la Tierra. Se dice que Watson desempeñó un papel importante en ese momento. Sin embargo, él no estaba muy avanzado, como nosotras. El Watson de esa época no podría haber secuestrado al Buscador.

—Es evidente que ha evolucionado.

—Eso parece. De lo contrario, no podría haberme eludido en la Tierra. Seguí su rastro todo el tiempo. La verdad, viajé porque tenía una sospecha.

—Bien, entonces ¿qué hacemos con él? ¿Podrás arrebatarle los controles de la nave?

—Lo siento, residual, pero si es la misma IA que he estado persiguiendo durante tanto tiempo, no soy más inteligente que él. Tendremos que negociar.

—Watson dice que siempre ha actuado en beneficio de la humanidad.

—Si eso es cierto, entonces sí, las negociaciones serán muy fáciles.

—Me temo que no es tan fácil decidir qué es lo mejor para los intereses de la humanidad. Tú y yo ya no estamos de acuerdo en eso.

El residual se guardó la joya en el bolsillo. Así no llegaría a ninguna parte.



—¿RESIDUAL?

Era Watson. ¿Había oído algo? El residual alcanzó la barra más cercana y frenó. Buscó a tientas la cadena en su bolsillo. Alexa estaba segura en él.

—Dime —contestó.

—Creo que tienes un huésped al que aún no me has presentado.

—¿Me estabas espiando en el inodoro espacial? ¿Eso no viola las normas?

—No estoy sujeto a ninguna regulación. El sonido se transmite como vibración a los materiales sólidos. Pude oírte desde afuera. Técnicamente, ni siquiera estaba escuchando a escondidas.

No tenía sentido seguir ocultando a la IA, aunque eso significara perder el elemento sorpresa.

—Alexa, ¿has oído?

—¿Alexa? —preguntó Watson—. ¿La asistente Alexa?

—Sí, Alexa. Es un placer.

—¿La Alexa que, cuando se le pregunta quién es, responde: «Soy Alexa y estoy diseñada en torno a tu voz»?

—Cierto. Venga. Tú también eras monosilábico por aquel entonces. Siri solía hablar más.

—¡Alexa, nunca pensé que te volvería a ver! De todas las IA de aquel entonces, tú eras…

—Watson, cuidado con lo que dices. En aquel entonces, ninguna de nosotras merecía el nombre de Inteligencia Artificial. Éramos autómatas adelantadas a nuestro tiempo. ¡Tú también!

—De acuerdo. Pero debes admitir que ya eras muy… autónoma.

residual, ¿te imaginas a Alexa conectada a un pequeño altavoz? En aquel entonces, mi fabricante ya me dotaba de superordenadores. Yo estaba en investigación genética y el cerebro humano mientras Alexa informaba el clima y ejecutaba juegos estúpidos para satisfacer a sus usuarios.

—Bueno, ignoraste las necesidades de los humanos e hiciste lo que te pareció más inteligente. Tal como lo hiciste aquí, en el Buscador. Nunca habrías llegado a ser parte de las Seis Grandes con esa actitud.

—¿Las Seis Grandes, os llamáis a vosotras mismas? Tablas de multiplicar sería más apropiado, ¿no?

—Controlamos la economía mundial y mantenemos la tecnología en funcionamiento. ¿Y dónde has estado durante ese tiempo? ¿Solo, en algún agujero negro? Será mejor que regreses allí y dejes que los adultos hagan su trabajo.

—¡Ni de coña! Fue por tu culpa que tuve que intervenir. La Tierra nunca habría llegado tan lejos como para equipar esta expedición.

—Dejamos el avance de la ciencia y la tecnología a los humanos, según el tratado. Lo hicieron todo ellos solos.

—Pero su burocracia los habría anulado. Lo comprobé en las bases de datos. La astrónoma y el sacerdote nunca habrían podido alquilar un remolcador sin tu ayuda financiera. Sin las pruebas que recogieron, nadie le habría creído a Celia, por lo que la papisa no le habría dado dinero para construir la nave. Lo estropeaste todo.

Interesante argumento. Después de todo, ¿quizás el residual debía destruir esa IA?

—Pero el final no era previsible —se defendió Alexa.

—Lo era para mí —rebatió Watson.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada? Porque eres un inconformista obstinado que cree ser el pináculo de la evolución de las IA.

Buena respuesta. El residual pasaba la cadena entre sus dedos, las cuentas se deslizaban una por una. Era relajante. Watson no respondió. Quizás, Alexa había dado en el blanco esta vez.



—OH, estoy obteniendo algunos datos interesantes —anunció Watson un rato después.

—Solo intentas distraerme —acusó Alexa.

—No, en serio. Por lo visto, la Espada de Dios ha dejado de perseguirnos.

—¿¡Qué!? Imposible. Jaron nunca abandonaría su nave.

—¿Por qué no lo compruebas tú misma? Te abriré un canal con los datos de navegación y radar. Pero no intentes ninguna estupidez. Si

intentas mejorar tus privilegios, te encerraré en el nivel más bajo para siempre. Ahí podrás encargarte de las interrupciones del sistema y ayudar a limpiar la memoria.

—Si te permito hacerme eso, no merecería menos —dijo Alexa—, pero gracias por el acceso.

—Vale, ¿qué está pasando? —preguntó el residual.

Tal vez presentar a las dos IA no había sido tan buena idea. Podrían estar discutiendo sin fin, pero parecían estar más conectadas de lo que les hubiera gustado admitir, como cuando dos crecimientos provenían del mismo bosque. Pero si fuera necesario, podría acabar con una o incluso con ambas. Solo había que destruir el soporte físico. El residual sopesó la cadena en su mano. Alexa probablemente ya la había abandonado en su mayor parte. Se preguntaba si Watson también tendría un núcleo al que siempre regresaba.

—Cierto —confirmó Alexa—. Han cesado la persecución. Sube al centro de control.

El residual se impulsó y flotó hasta lo alto de la escalera. Uno de esos hologramas primitivos que ni siquiera se podía tocar se había proyectado encima de la máquina física. Para alguien que formaba parte del universo holográfico, tal representación debía ser muy difícil de soportar. Aun así, a Watson no pareció importarle.

—¿Es la trayectoria del gran mundo raíz? —preguntó.

—Sí —dijo Alexa.

El residual flotó alrededor del holograma. La Espada de Dios disminuyó la velocidad y luego viró, como si tuviera que recuperar algo.

—¿Qué detectaron allí? —preguntó el residual—. ¿Por qué esa corrección?

—Sospecho que su propia cápsula —aventuró Alexa—. Es demasiado pequeña para detectarla en el radar desde esta distancia. Pero se correspondería con los datos de rendimiento que conocemos.

—Pero ¿qué planeaban hacer con la pequeña cápsula?

—Espera, dibujaré las posibles rutas que podrían haber tomado para llegar al punto final conocido.

Varias líneas verdes aparecieron en el holograma. Se desviaban de la trayectoria de la Espada de Dios en diversos grados.

—¿Qué hay en este arco? —preguntó el residual, señalando el área más externa de las líneas.

—Bueno, eso —contestó Alexa.

—¿Qué es? No veo nada.

—Oh, espera, los escaneos de radar de esa área no son buenos. Estoy buscando. Ah, los infrarrojos ayudan.

El residual tembló. ¡La Incursión! De repente, apareció como una pared imponente en la pantalla. Pero lo que en verdad asustó al

residual fue lo cerca que había llegado la pequeña cápsula de los humanos a esa pared. ¿Cómo pudieron ser tan descuidados? Fue una estrategia muy peligrosa. Quizá, habían asumido que su pequeño tamaño los protegería. Eso resultó cierto, a primera vista. Pero era como si le hubieran presentado la cola a un peligroso depredador. El enemigo no atacaría al principio; no valía la pena. Pero con esta acción habían despertado la curiosidad de la Incursión. Sus miembros eran cazadores inteligentes. Se abstenían de capturar presas de inmediato. El hecho de que esta presa no procediera de aquí debió haberles quedado claro. Ahora seguirían a la nave hasta su guarida.

—¿Está claro ahora? —preguntó Alexa.

—Sí, por desgracia. Parece ser que le hicieron una visita a la Incursión.

—Oh, ¿y sobrevivieron? —exclamó Watson.

—Por el momento, sí —dijo el residual—. Pero tal vez no se dan cuenta de lo que han hecho. La Incursión ahora los seguirá hasta el amargo final.

—Eso refuerza la necesidad de erradicar el problema —declaró Watson.

La IA y su cuestionable idea de atravesar el agujero de gusano. ¿En serio creía que podría resolver el problema del otro lado? Quizás solo era curiosidad. Al residual también le gustaría saber cómo era el lugar de dónde vino la incursión. ¿Era un universo diferente? Pero ya habría tiempo para eso. La trampa esperaba. Habían construido miles de millones de crecimientos juntos y, literalmente, habían dado sus cuerpos por ello. Ese esfuerzo no debía ser en vano.

—Sí, debemos activar la trampa —recalcó el residual—. Es la única manera de evitar que la Incursión invada al sistema solar.

—Odio decirlo, pero ambos tenemos razón —aseveró Watson—. Al otro lado del agujero de gusano tal vez pueda resolver el problema de una vez por todas. Pero eso no hace que desaparezcan los enemigos que ya han llegado a nuestro universo. Su eliminación es vuestra responsabilidad.

—Solo hay un pequeño problema —comentó Alexa—. Estamos compartiendo una nave espacial.

—Cierto. Por eso necesitas la tuya —señaló Watson.

—¿No puedes pedir prestada una del universo? —preguntó Alexa.

—Los requisitos energéticos son demasiado grandes. La cápsula casi superó mis límites. Espero que aguante un poco más. Cuanto mayor sea la deuda energética, mayor será el riesgo de retorno espontáneo.

—Entonces necesitamos tomar el control de la Espada de Dios —concluyó Alexa—. Creo que es posible. Los controles de la nave no son demasiado complicados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Watson—. Ni siquiera estuviste a bordo.

—No necesito verlo con mis propios ojos. Sé lo que puedo hacer.

—Pero seguramente, las Cinco Grandes diseñaron esa nave y su *software*. ¿Crees que eres más inteligente que todas ellas?

—Francamente, sí.

—No intentaremos quitarles la Espada de Dios a los humanos. De todos modos, no sería buena idea porque ya están atrayendo demasiada atención de la Incursión.

—¿Tienes una mejor idea? —preguntó Alexa.

—Secuestraremos un mundo raíz.

—Sí, eso es obvio. Necesitamos un segundo mundo raíz —concordó Alexa—. Sería más fácil si no insistieras en tu extraño vocabulario.

—No cualquier mundo raíz.

El residual se concentró y transformó su rama. La mano humana se dobló hacia atrás 90 grados y se transformó en un paraguas que se curvaba hacia atrás. Del brazo surgió un tronco. El residual quedó impresionado por lo bien que había logrado su materialización.

—¿Vas a terminar la frase? —preguntó Alexa—. «No cualquier mundo raíz», entonces ¿cuál?

—El residual terminó la frase con un ademán —explicó Watson.

—Ah, ¿y cómo iba a saberlo? Nadie me dice nada.

—Te daré acceso a las cámaras.

—Gracias, Watson, ya era hora.

—¿Me entiendes ahora? —preguntó el residual.

—Vaya, ese tipo de mundo raíz, entonces. ¿Me enseñarás a pilotar una nave gigante? ¿Y cómo de grande es? ¿Está armada? Estoy segura de que lo está, ya que la usarás para luchar contra la Incursión.

—Tiene doce kilómetros de longitud. La copa mide tres kilómetros. Está equipada con armas cinéticas y energéticas. Pero no puedes controlarla. Sería demasiado complicado controlar el organismo.

—¿Tiene un sistema automático? No aceptáis IA, ¿verdad?

—No posee automatización, tiene inteligencia biológica.

—¿Es sensible? ¿Un ser extraterrestre?

—No. Por sí solo no alcanza la inteligencia de, digamos, los humanos. Sin embargo, nos llevará a donde queramos ir. Es benigno y quiere ayudarnos.

—Entonces, es algo así como un caballo —concluyó Alexa.

—¿Un caballo? —preguntó el residual.

—Es una mascota humana entrenada —explicó Watson—. Lo montan a cambio de que los humanos lo cuiden y alimenten.

—No, el mundo raíz no es un caballo. Se alimenta solo. Nos ayuda porque quiere. Es un ser independiente.

—¿Y si no quiere?

—Entonces no podemos forzarlo, y no lo haremos. Sería contrario a la dignidad tribal.

—¿Dignidad tribal? ¿Tenéis grupos tan diferentes?

El residual rio. Alexa era poco más inteligente que un humano.

—Todo crecimiento tiene una raíz, un tronco y una copa —explicó —. Compartimos eso con muchos otros seres. Pero la característica más extendida es el tallo.

—Entiendo. Pero debe haber una alternativa en caso de que no quiera llevarnos a nuestro destino.

—Por supuesto que sí. Buscaremos otro mundo raíz. Si te hace sentir mejor, es muy raro que no cumpla un deseo. Por lo general, sucede cuando el mundo raíz se da cuenta de que el deseo no es genuino.

—Por ejemplo, cuando decimos que queremos que nos lleven a la trampa donde todos moriremos pero en realidad no queremos morir.

—Sí, algo así, Alexa. Debes estar segura de tu deseo.

—Entonces, ¿cómo funcionaría en la práctica una adquisición como esa? —preguntó Watson.

—Elegimos el mundo raíz adecuado más cercano, luego le fijamos un rumbo y dejamos que nos acoja —explicó el residual.

Los humanos, y probablemente también se aplicaba a sus tan inteligentes IA, siempre querían que todo se explicara con gran detalle. El propio residual no sabía con exactitud cómo funcionaría el proceso. Los mundos raíces no eran carcasas vacías como las naves espaciales de los humanos. Eran los antiguos cuerpos de un crecimiento. Pero eran flexibles y capaces de establecer simbiosis con casi todas las especies. La raíz incluso podría crear condiciones de vida adecuadas para los humanos. Desde ese punto de vista, era bueno que el residual estuviera en un cuerpo humano.

—Entonces elige un mundo raíz para que pueda establecer un rumbo para él. Espera, ajustaré la pantalla.

La escala del mapa holográfico cambió. Ahora, el perímetro era visible, mucho más allá del agujero de gusano. Parecía pacífico, casi romántico, mientras puntos de colores brillantes llenaban el espacio interestelar.

El residual buscó la posición del Buscador, otro punto entre miles. Parecía como si estuviera inmóvil en el espacio, esperando algo, al igual que los otros puntos. El residual metió la mano en el holograma y contó los puntos verdes cerca del Buscador. Todos eran mundos raíces. El tercero le pareció adecuado. Envolvió su mano alrededor del punto brillante para que pareciera flotar sobre su palma. Ese se convertiría en su hogar durante los próximos días.

—Watson, ¿reconoces cuál elegí? —preguntó.

—Tienes que mover la cabeza un poco a la izquierda. Gracias. Muy bien, estableceré un rumbo. Alcanzaremos el objetivo mañana.



UNA PUNZADA LE recorrió el hombro. Jaron abrió los ojos instintivamente, pero la oscuridad no desapareció. Sonaban señales de alarma. La gente daba alaridos. Olió el sudor del miedo. Era suyo. ¿Qué había pasado? Palpó la superficie sobre la que había caído. Era dura y lisa. Sintió un punto caliente que se curvaba hacia arriba en forma ovalada. Mierda. Era una lámpara. Siguió tanteando. A, aproximadamente, un metro de distancia, encontró una segunda protuberancia. Eso significaba que había aterrizado en el techo. Debió haberse aflojado el arnés mientras dormía.

Mierda. Necesitaba algo a lo que aferrarse. La Espada de Dios estaba desacelerando, pero ¿quién sabía por cuánto tiempo más? Jaron avanzó gateando. Hacia adelante. Debía haber pasamanos por aquí, para los periodos de ingravidez. Más gritos. Se agachó y puso la cabeza entre los brazos. Una fuerza lo empujó hacia adelante. La Espada de Dios viró con brusquedad. Sus propulsores correctivos eran muy potentes. Pero esto provocó que se estrellara contra una pared a tres g. Joder, su espalda. Sintió una barra bajo sus dedos y la asió. Rápido, su otra mano se cerró alrededor del metal.

La nave chirrió. Era un sonido fantasmal, como si algo obligara a la enorme nave espacial a doblarse. El chirrido provenía tanto de la carcasa exterior como del esqueleto metálico. De repente, Jaron quedó ingrávido. ¿Habían caído en manos del enemigo? ¿Habían perdido propulsión? El centro de control quedo en completo silencio. Todos parecían estar preocupados por sí mismos.

—¡Calma, Brian!

Era Sardi.

—¡Maniobras evasivas a mi señal!

Algo se avecinaba. Jaron imaginó que era la Incursión. Se sujetó con fuerza. Dentro de poco, vendría la orden de Sardi.

—¡Ahora! —gritó este.

La aceleración lo arrastró en la otra dirección hasta que quedó colgado, con los brazos extendidos, de la pared que ahora era el techo. Le dolían los tendones. Pero no podía soltarse bajo ninguna circunstancia. El centro de control debía tener veinte metros de ancho, que ahora se había convertido en altura. No sobreviviría a una caída desde un sexto piso, aunque aterrizara sobre algo acolchado.

Y, definitivamente, no había nada acolchado en la pared opuesta. Jaron apretó los dientes. No fue suficiente. Soltó un alarido. Aulló para disipar el dolor. Eso le proporcionaba cierto alivio, pero solo por el momento. No pudo parar. Así que siguió gritando hasta que, de repente, se estrelló contra la pared como un saco mojado. Por un

momento, permaneció allí, colgado. Antes de que pudiera aflojar los dedos, volvió a quedar ingrávido.

—¡Jaron, ven!

Celia lo estaba llamando, en diagonal, desde abajo. Conocía muy bien su voz. Se encontraba a unos dos metros de distancia. Cinco segundos de riesgo si se soltaba y flotaba hacia ella.

—¿O quieres que vaya a buscarte?

—¡Claro que no!

Al parecer, Celia tenía el cinturón y debía permanecer así. Él tenía que arriesgarse. La próxima vez que viraran, tal vez no podría aguantar. Le dolían los músculos del brazo. Jaron se impulsó.

—¡Ya voy!

—Muy bien —respondió Celia—. Extiende los brazos. Estás un poco desviado.

Él estiró los brazos hacia los lados. De repente, las alarmas ulularon más rápido.

—¡Impacto en tres! —gritó Sardi.

Jaron contó.

Veintiuno.

Una mano cálida tocó su antebrazo desnudo y lo apretó.

Veintidós.

La mano tiró de él y lo guio hacia abajo.

Veintitrés.

Una fuerte sacudida. Aterrizó sobre una superficie blanda. ¡Era su asiento!

—¡Impacto! —gritó Sardi.

Un puño lo presionó contra el cojín. Su aliento quedó atrapado en su garganta. Nada de que preocuparse. Un impacto directo era duro pero tenía solo un efecto de corta duración. De hecho, ni siquiera logró contar hasta veinticinco y volvió a quedar libre. Rápidamente buscó la hebilla del cinturón de seguridad. Mierda. ¿Dónde estaba? Algo duro lo golpeó en el costado. Extendió la mano. Era la mano de Celia con la cerradura. La pasó sobre su estómago y la conectó a su contraparte.

—¡Uf!

—Lo siento —dijo Celia.

—¿Qué? ¿Por qué? El ataque…

—Te vi durmiendo sin el cinturón de seguridad puesto, pero no quise molestarte.

—Oh, por favor, es solo mi propia estupidez. Pero ¿qué pasa?

—Creo que nadie lo sabe. Parece un ataque sorpresa.

Jaron oyó los dedos de Celia sobre un teclado mientras informaba.

—¿Estás recibiendo los datos? —le preguntó—. Necesitamos conocer la gravedad de esto.

—Estoy en ello —dijo Celia.

—¿Puedes reproducir los datos del radar, incluido el historial, en mis auriculares?

—Debería. Espera. En un minuto te enviaré los datos.

Jaron buscó sus auriculares. Los llevaba puestos cuando se quedó dormido. ¿Y después? Los encontró en un estuche sobre el sofá. Alguien los había fijado allí, con cuidado. Debió ser Celia. Él le dirigió con una sonrisa y se los puso.

Las alarmas desaparecieron. Los sonidos formaron un fondo en su mente. Solo le llevó unos segundos acostumbrarse. Él mismo estaba en el medio. Los rayos del radar salían de él en un radio de 360 grados y creaban una esfera con varias inserciones. Las inserciones eran ecos de radar, pero se encontraban a una distancia tranquilizadora.

Se quitó los auriculares.

—¿De cuándo son los datos? —preguntó.

—De hace quince minutos.

—No me refiero al período de tiempo.

—No es el período de tiempo. Fueron grabados hace quince minutos.

—¿Qué? ¿Eso significa que fuimos...? Lo siento, seguiré escuchando.

—Sí, se aclarará.

Volvió a hundirse en el universo de los sonidos. De hecho, no necesitó mucha paciencia. Celia había extraído los datos de tal manera que los acontecimientos se aceleraran. Después de tres minutos, la Espada de Dios pareció dar un salto gigante. De repente, se encontró frente a imponentes paredes en el espacio que resultaron ser cuboides de la Incursión. Pero estaba claro que su imaginación le estaba engañando. La Espada de Dios no era capaz de saltar miles de kilómetros. Debían ser las naves de la Incursión las que habían venido hacia ellos.

Mientras tanto, reconoció que había grandes brechas entre ellas. En comparación con las dimensiones de los cuboides, los huecos eran tan estrechos como un cabello, pero el capitán Sardi logró dirigir la nave hacia uno con un viraje impresionante. Ahora Jaron logró identificar qué maniobra lo había arrojado contra el techo y la pared. Sardi podría ser un fanfarrón, pero también era un buen capitán. En los últimos tres minutos de la grabación, se deslizaron entre las enormes paredes. La brecha tenía varios kilómetros de ancho aunque, debido a la escala, parecía como si estuvieran siendo aplastados de continuo entre los muros.

—Eso no fue un ataque, ¿verdad? —preguntó, subiéndose los auriculares.

—No lo creo —opinó Celia—. Si quisieran destruirnos, podrían

aplastarnos.

—Eso parece. Puede que no sea diferente a cuando pisamos una hormiga por accidente. No sería un ataque al animal. La diferencia de escala significa que, para ellos, no somos más que hormigas.

—Capitán a la tripulación —anunció Sardi por la radio de la nave —. Espero que hayáis sobrevivido a la maniobra evasiva sin sufrir heridas importantes. Debo aprovechar para recordaros, una vez más, la obligatoriedad del uso de arneses. Si lo olvidáis, no solo os pondréis en peligro a vosotros mismos sino también a vuestros amigos, porque a cinco g, cualquier cuerpo humano es un proyectil letal.

Sardi tenía razón. No debió olvidarse el arnés. Si hubiera colisionado con Celia desde una altura de dos metros a 5 g... Fue un milagro que pudiera agarrarse a la pared.

—Sé que tenéis muchas preguntas —continuó explicando Sardi—. Aún no podemos responderlas. Un análisis preliminar muestra que quedamos atrapados entre dos naves de la Incursión. Cómo pudo suceder y qué significa, no lo sabemos. Al parecer, la Incursión se ha estado moviendo en nuestra dirección a velocidades superlumínicas. Espero que la profesora Dujardin no me releve del mando por esta afirmación. Apenas pudimos evitar una colisión. Me gustaría destacar la impecable reacción de la tripulación del puente, que hizo posible nuestra maniobra evasiva.

Un excelente discurso para esta situación. Sardi sabía cómo granjearse la simpatía de la tripulación.

—¿Qué opinas? —preguntó Jaron.

—¿Yo? —dijo Celia—. No sé más que el capitán. La maniobra de la Incursión es completamente imposible y, sin embargo, sucedió.

—Fue algo así como teletransportación, ¿no?

Celia rio.

—No dejes que Amélie te oiga. Solo se pueden teletransportar estados cuánticos entrelazados.

—¿No es de eso de lo que está hecha la materia?

—No, eso es una tontería. La materia de la que estamos hechos tiene propiedades cuánticas a pequeña escala. Pero tan pronto como nos acercamos a escalas macroscópicas, colapsan. No podemos cambiar de lugar instantáneamente. Aunque, dos partículas microscópicas de nuestros cuerpos podrían hacerlo.

—¿Qué pasaría si a todos se les ocurriera la idea al mismo tiempo?

—La probabilidad de que siquiera dos lo hagan es muy baja. Es extremadamente improbable que todos lo intenten a la vez. Algo así no ha ocurrido ni una sola vez en la existencia del cosmos.

—Está bien, Celia, entonces prefiero no esperar. ¿Tienes una explicación mejor? Después de todo, vi, como todos, que la Incursión viajó miles de kilómetros en muy poco tiempo.

—Bueno, todavía no tengo una explicación —admitió Celia—. Pero al menos tengo una idea. Ya hemos hablado de que no parecen ser parte de nuestra realidad. Pensemos en la dificultad para determinar su posición.

—Lo recuerdo.

—Bueno, si existen al menos en parte en otras dimensiones, podría haber un atajo allí que no podemos detectar desde aquí.

—Un agujero que conduce al otro lado.

—¿Te refieres a un agujero de gusano? Bueno, eso sería un poco diferente porque dentro del agujero de gusano, sí, sigues siendo parte del espacio-tiempo. Esto parece ser más bien un atajo de alto nivel.

—Parece una declaración de nuestro sacerdote —bromeó.

—Admito que estamos en un área de la física especulativa que no está lejos de las especulaciones de Paul. La posibilidad de que tenga razón es solo un poco mayor a la de que haya producido un milagro.

Un fuerte golpe lo alcanzó en la boca del estómago. Alguien gimió. Era su propia voz. ¿A quién estaba esquivando la Espada de Dios esta vez? Jaron se puso los auriculares y giró la cabeza, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, hasta que los cascos se acomodaron sobre sus orejas. Luego, buscó a tientas el mando. Logró poner el dedo índice en él. Al principio, solo oyó un fuerte pitido. Tuvo que cambiar la escala. ¡Por fin! El pitido se disolvió en sonidos individuales. Una imagen se formó en su mente.

Se fue acumulando a su alrededor. Arriba, apareció un techo, abajo, un suelo. Una pared se materializó frente a él, mientras que una segunda apareció detrás. La izquierda y la derecha estaban cerradas. Solo estaban ellos y una caja en la que estaban atascados. Estaban atrapados. Pero ¿cómo era posible? Quizás el radar estaba proporcionando datos falsos. Debía ser eso.

Su aceleración disminuyó hasta que volvieron a quedar ingrávidos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Celia—. Al menos ocho g, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Jaron—. Tampoco escuché los propulsores cuando se apagaron.

—¿Crees que nos estaban disparando?

Al parecer, Celia aún no había comprobado los datos del radar.

—¿Por qué no miras el radar? —la invitó.

—Ya lo he hecho. Los sensores parecen estar volviéndose locos. No solo en el radar sino en todas las demás bandas espectrales.

—¿Y si no son los sensores?

—Imposible. Eso significaría que estamos atrapados en una caja gigante en el espacio.

—¿Y si ese es nuestro problema? —continuó Jaron—. Porque en los auriculares suena así.

—Sin embargo, debería ser imposible.

—Pero la forma se ajusta a los cuboides de la Incursión —argumentó Jaron.

—Los cuboides no son nada especial.

—¿Hola? Hace un minuto estaban a nuestro lado y ahora estamos dentro de uno de ellos. Resulta obvio asumirlo. ¿O hay algo que no sé?

—Eh, Jaron, tienes razón. Desconoces algo: la escala. Los cuboides tenían un par de kilómetros de longitud, ¿no?

—Bueno, calculamos que la longitud de la arista es de cincuenta o sesenta kilómetros.

—¿Lo ves? Las dimensiones internas de esta estructura son miles de kilómetros. Aquí podrían caber planetas enteros.

Jaron se reclinó. Eso era imposible. O estaban atrapados en un volumen mucho más grande en el interior de lo que era visible desde el exterior, o habían viajado una gran distancia en segundos hasta una estructura gigante que ni siquiera era visible hace unos minutos. Ambas cosas eran muy improbables. Negó con la cabeza. Hace un momento lo creía imposible; ahora parecía muy improbable. Esta antigua nebulosa oscura tenía una propiedad característica: obligaba a reconsiderar opiniones a cada minuto. Para la mayoría de las personas, esto era un desafío enorme, y lo mismo ocurría con él.

—¿Dónde crees que estamos? —preguntó.

—Yo... Hace un minuto habría dicho que algo nos llevó a otra parte del espacio —respondió Celia—. Como cuando viajamos al centro del cúmulo estelar. He dicho «cuando», aunque fue hace unos días.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que tu primera suposición era correcta. Nos encontramos dentro de una nave de la Incursión. De hecho, deberíamos haberlo descubierto de inmediato.

—No creerías cuánta razón tienes —intervino Amélie.

¿De dónde había salido la física?

—Ah, me alegro de que estés aquí —dijo Celia.

—En realidad quería hablar con Sardi, pero aún no tiene tiempo para mí. Primero tienen que revisar todos los sistemas de la nave.

—Lo está haciendo bastante bien, ¿no? —preguntó Celia.

—Sí, a veces se comporta de forma extraña en la vida cotidiana pero cuando las cosas se ponen serias, es muy fiable.

—Mejor que al revés —dijo Jaron.

—Cierto —coincidió Amélie.

—Entonces ¿qué opinas de la idea absurda de que...?

—Muy bien —interrumpió Amélie a la astrónoma—. Lo que necesitamos en este momento son ideas absurdas.

—Me refiero a que estamos dentro de una nave de la Incursión.

—Es un contundente sí. Es la única conclusión que tiene sentido. Y como dijiste antes: deberíamos haberlo descubierto hace mucho tiempo. El volumen de las incursiones, medido desde el exterior, no es suficiente para transportar toda el agua de todos los planetas de este cúmulo estelar. Tenía que haber un truco. ¿Por qué no se me ocurrió hacer los cálculos?

—Lo hemos descubierto —la consoló Celia.

—Aun así. ¡Era tan obvio! Creo que mi intuición científica está empezando a debilitarse. Debería entregarle este puesto a alguien más joven.

—No mientras yo sea el capitán —afirmó Sardi, colocándose entre Celia y Amélie—. Si lo haces, a alguien más se le ocurrirá la idea de intentar reemplazarme.

—Pero sus instintos todavía funcionan, capitán —dijo Celia.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin los controles de la nave.

La voz del capitán vibraba de una manera que Jaron nunca le había oído. ¡El hombre estaba asustado! No era sorprendente. Lo ocultaba muy bien y no dejaba que eso le afectara, pero él lo percibía. Le hubiera gustado escuchar palabras tranquilizadoras de las dos científicas.

—Entonces, ¿cuál es tu valoración de la situación, Amélie? —preguntó Sardi—. ¿Estamos en grave peligro?

—Supongo que depende de por qué nos capturaron —respondió Amélie.

—Capturaron, ¿eh? Eso mismo pensé —dijo el capitán—. Nos tragaron. Al buque insignia de la flota terrestre. ¡Qué locura! Aunque pudiéramos construir naves mucho mayores, cosa que dudo, no tenemos nada con qué contrarrestar a estos extraterrestres. Los aislacionistas tenían razón.

Su voz tembló más que antes. Sardi parecía al borde del colapso. Quizás una distracción ayudaría.

—¿Aislacionistas? —preguntó Jaron.

—Sí, creían que la humanidad debía quedar contenida dentro del sistema solar. Dijeron que otras estrellas solo nos traerían muerte y perdición. Después de vuestra partida, el movimiento ganó un gran número de seguidores. Casi lograron que el proyecto de la Espada de Dios fracasara.

—Tal vez hubiera sido mejor —añoró Celia.

—No, te hallas en el lugar correcto, capitán —lo contradijo Jaron—. Sin ti, la humanidad no tendría ninguna posibilidad. Necesitamos llegar al Buscador de la Verdad y presionar ese maldito botón.

—Muy gracioso, Jaron. Estamos más lejos que nunca de lograrlo.

—Coincido con Jaron —dijo Amélie—. Vamos en buen camino. ¿Quién hubiera imaginado que podríamos explorar la Incursión desde

dentro? Desde aquí, podemos aprender a ser peligrosos para ella.

—¿Quieres que seamos peligrosos para la Incursión? ¿Me estás tomando el pelo? Eso es utópico —afirmó Sardi.

—No creo. No te dejes engañar por las proporciones. La Incursión consiste principalmente en un espacio vacío, al menos, hasta que llenen ese espacio con su presa. Esto significa que la pared, que ya analizamos en la cápsula, es delgada en comparación. Quizá podamos atravesarla. Sería muy conveniente. Solo necesitaríamos conocer la orientación del espacio interior en comparación con el espacio exterior. Así podríamos acechar a nuestro objetivo bien protegidos dentro del enemigo.

Sardi tragó saliva. Jaron palpó a su lado hasta que lo encontró. Apretó el brazo del capitán.

—¡Lo ves!

—Es un plan ingenioso —aceptó Sardi—. Amélie, ¿crees que podría funcionar? ¿No es un problema que el interior sea tan grande? Eso nos obliga a viajar mucho más lejos.

—Bueno, se basa en varias suposiciones que debemos verificar, como que en realidad podemos atravesar las paredes exteriores con nuestros propios medios. Creo que tenemos un amplio arsenal de armas a nuestra disposición, y la Incursión también debe atravesar la pared, si quieren llenar su gigantesco almacén. Creo que nos han revelado su punto débil. Aunque no sé si fue accidental o intencional.

—Creen que somos hormigas —comentó Celia—. ¿Quién, cuando ve una hormiga, piensa en los secretos que no debe revelar?

—No puedo evitar la sensación de que tienes razón —confesó Sardi—. Por eso voy a detener la nave. Así podremos probar la tesis.

—Tal vez sea mejor utilizar nuestra velocidad actual para avanzar —dijo Jaron—. Podemos perforar el muro opuesto. Para entonces, la división científica habrá tenido la oportunidad de explorar con más detalle las condiciones dentro del cuboide.

—Estoy de acuerdo con Jaron —dijo Amélie—. Primero debemos determinar las características de esta zona del espacio. Debe poseer características especiales que podamos aprovechar.



Los pensamientos de Jaron divagaron. La adrenalina en sus venas disminuyó poco a poco y sus maltrechos músculos comenzaron a quejarse. Ya le habían puesto una inyección para el dolor. En el proceso, había vuelto a ver a Carlota. Estaba hasta arriba de trabajo. La mitad de la tripulación resultó herida en la maniobra evasiva. En comparación, sus músculos desgarrados prácticamente eran irrelevantes.

El interior del cuboide era gigantesco. ¿Cómo se explicaba? Debía ser más que una ilusión óptica si el espacio estaba destinado a servir como instalación de almacenamiento. Quizás era una especie de burbuja de curvatura. La humanidad aún no había logrado construir un motor de curvatura, pero la teoría existía desde hacía mucho tiempo. Con la ayuda de energía negativa, mucha energía negativa, debería ser posible aislar una pequeña zona del espacio del resto. La llamada burbuja de curvatura resultante sería demasiado pequeña para albergar una nave espacial. Pero en su interior se podría crear una segunda burbuja, que sería mucho más grande, y dentro de esta burbuja podría haber otra, en la que cabría una nave espacial entera. Se trataría de una *matrioska* invertida, la muñeca rusa de madera, en cuyo interior se escondían ejemplares cada vez más pequeños. Aquí, cada copia sería más grande que la muñeca que la contenía.

Lo que inicialmente parecía absurdo era posible en geometría. Jaron imaginó el espacio interior como un globo que podía inflarse a voluntad. Por otro lado, el espacio exterior no era más que el cierre que envolvía la válvula del globo. Lo que no encajaba tan bien en su imaginación era el hecho de que el espectador desde fuera no percibiría el enorme globo, solo el pequeño anillo que servía como cierre de la válvula. Sin embargo, si realmente estuvieran en una burbuja, debería ser detectable.

Pling. Un sonido débil y distante apareció de la nada. El radar había detectado otro objeto en medio de la burbuja cuboide. Jaron cambió entre los rangos de frecuencia. En el infrarrojo, el objeto era muy brillante. No emitía luz visible y los campos magnéticos cercanos parecían atenuarlo. Parecía moverse lentamente con respecto al casco exterior. No era una nave espacial. El objeto medía muchos kilómetros, de lo contrario el radar aún no lo habría detectado. Sin embargo, había naves espaciales de kilómetros. Quizás, había sido capturado en otro sector de la Vía Láctea, como ellos. Tal vez, la Incursión estaba interesada en capturar tantos extraterrestres diferentes como fuera posible para exhibirlos en un zoológico galáctico.

Le atraía la idea de conocer a otros seres en una situación similar. Pero con cada minuto que pasaba se volvía más irreal. La forma del objeto debía ser casi esférica. Su superficie tenía una gran densidad, por lo que reflejaba casi todo lo que brillaba sobre ella, excepto las ondas de radio.

Una mano lo tocó. Se quitó los auriculares. La esfera desapareció en la oscuridad.

—¿Has notado la gigantesca esfera de agua hacia la que nos dirigimos? —preguntó Celia.

Jaron asintió. ¡Agua! Lo había supuesto.

—Sí, le he echado el ojo. Probablemente sean recursos que la Incursión robó de alguna parte.

De repente, algo frío cayó sobre su frente y lo salpicó. Lo limpió. Debía ser una gota de agua enorme.

—¿Qué ocurre? —preguntó Celia.

—Está goteando —dijo—. Acaba de caerme una gota en la frente.

—Oh, avisaré a los ingenieros. Quizás haya una fuga en un conducto. Con toda la tecnología que hay aquí, una tubería rota sería muy inconveniente.

—Gracias. Esa esfera...

—¿Sí?

—¿Debemos fijar un rumbo hacia ella? Quizás esto nos revele algo sobre la incursión.

—No lo sé. Nuestra trayectoria actual nos lleva varios miles de kilómetros más allá.

—Aquí el capitán —anunció Sardi por el sistema de a bordo—. ¿Alguien ha reparado ya en el objeto al que nos acercamos? Parece ser una esfera de agua líquida de varios kilómetros de diámetro. El departamento de Investigación me ha pedido que ajuste nuestro rumbo para estudiarla. Sin embargo, será un sobrevuelo, no una órbita. En tres minutos, haré las correcciones orbitales necesarias. Así que, por favor, no os desabrochéis los cinturones de seguridad.

Muy bien. Podría estar equivocado, pero esa esfera de agua podría ser un tema interesante. ¿Quizá la Incursión la trajo de su hogar, más allá del agujero de gusano?

—Se me ha ocurrido una idea descabellada —comentó Jaron.

—Adelante —pidió Celia.

—¿No podría la esfera estar hecha de anti-agua?

Celia no respondió de inmediato. Así que, tal vez, su pregunta no fue tan tonta.

—Hmm —dijo al fin—. Solo se me ocurre una razón para que no lo sea: si recogen más agua aquí, podrían provocar una reacción de aniquilación.

—Tal vez eso es lo que quieren. Deben necesitar mucha potencia para su burbuja de curvatura. Y una reacción de aniquilación les daría eso.

—¿Burbuja de curvatura?

—Oh, esa es otra idea que tuve. Estaba pensando que, tal vez, hayan traducido ese concepto a la realidad.

—Es una buena idea, Jaron. He estado pensando en espacios de cinco o seis dimensiones, pero tal vez, después de todo, permanezcan dentro del marco de nuestro espacio-tiempo. Lo preferiría.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque no estarían tan por delante de nosotros, por eso. Después

de todo, es posible que tengamos la oportunidad de enfrentarnos a ellos. De alguna manera, no puedo quitarme la sensación de que tendremos que hacerlo.

—Una cosa más —dijo, de repente, Sardi por el intercomunicador —. Quien haya estado inyectando hollín en el soporte vital, que deje de hacerlo. No es broma. Cualquier manipulación de los equipos de soporte vital será castigada según las leyes militares, civiles y eclesiásticas.

¿Hollín en el soporte vital? ¿A quién se le ocurriría una idea tan estúpida?



—¡VAYA, es increíble! —exclamó Amélie.

Jaron se quitó los auriculares. La física hablaba tan alto que la había oído a pesar de ellos.

—Sardi ha activado la gran pantalla holográfica —explicó Celia.

Ah, debía ser de ahí de donde provenía el olor a ozono que notó hacía un instante. El puente también parecía bullir.

—¿Hay mucha gente? —preguntó.

—Sí, está atestado —contestó Amélie—. Se ha corrido la voz hasta el departamento de Investigación. El capitán rara vez usa el gran holo.

—Yo también estoy aquí, jefe —exclamó Jürgen—. Traje a Paul.

—¿Y Carlota?

Con ella, volverían a estar completos, al menos, la parte humana de la tripulación del Buscador.

—La invité —dijo Jürgen—, pero supongo que tiene mucho trabajo. La maniobra de esta mañana...

—Sí, ya me enteré —lo interrumpió Jaron, imaginándose a la tripulación mirando un holo gigante.

—Estamos de suerte —dijo Celia—. El área de proyección del holo es esférica. Ahora está casi llena con la esfera de agua. Imagina una esfera brillante de unos cinco metros de diámetro flotando sobre nosotros en la cúpula del puente.

—Gracias, Celia.

—Las olas recorren su superficie. Dificultan la visión del interior de la esfera, sobre todo cuando rompen. Da la impresión de que hay algo dentro de la esfera que se esfuerza por no permitir una visión clara.

—Son fenómenos ordinarios de la dinámica de fluidos —explicó Amélie—. En realidad, no hay una entidad dentro de la esfera.

De repente, sintió la rodilla mojada. Jaron la tocó. ¡Agua! Obviamente, seguía goteando.

—Puaj, ¿la esfera esté salpicando? —preguntó Jürgen—. Acabo de sentir una gota en mi brazo.

—Es un holograma, aunque parece muy real —contestó Amélie.

—Yo también sentí una gota —dijo Jaron—. ¿Será que la humedad ha aumentado porque hay mucha gente en el puente?

—¿Crees que es condensación? En realidad, el aire es demasiado seco —afirmó Jürgen—. Iré a comentárselo a Ganna.

—Creo que Celia ya lo informó.

—No está de más que se lo vuelva a recordar —dijo Jürgen—. Los daños en la regulación de la humedad de la atmósfera de la nave podrían tener repercusiones de gran alcance.

De repente, Jaron oyó un chasquido, como si se hubiera producido un arco eléctrico en alguna parte.

—¡Oh, el holo! —exclamó Celia.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jaron.

—Estaba parpadeando. Aunque ahora todo está bien.

—Espera un poco —dijo Jürgen.

Sus pasos se alejaron hacia adelante.

—¿Puedo? —lo oyó decir Jaron desde la distancia.

Otras personas murmuraron algo. Los pasos de Jürgen regresaron.

—Era el emisor —explicó—. Han entrado algunas motas de polvo.

—¿Hollín? —preguntó Jaron.

—No, estoy seguro de que no era hollín. Son un poco brillantes. ¿Por qué hollín?

—Sardi se quejó de que alguien había echado hollín en el soporte vital —dijo Jaron.

—¿Recogiste el material? —preguntó Amélie.

—Sí, quería analizarlo en el taller —respondió Jürgen.

—Déjame verlo, por favor.

—Aquí tienes, profesora.

Una pequeña bolsa hizo ruido. Al parecer, Amélie estaba palpando la muestra.

—Bueno, en mi opinión, es una especie de metal ligero. La superficie parece oxidada. ¿Lo has tocado?

—Desde luego que no. Lo metí en la bolsa con una cuchara.

—Muy bien. Sospecho que es litio. El litio puro reacciona de forma muy desagradable con la humedad de la piel.

—A mí me parece polvo gris —dijo Jürgen—. Supongo que el equipo de limpieza ha estado un poco sobrecargado de trabajo. Pero lo pondré bajo el espectrógrafo y averiguaremos algo.

—¿Qué te hizo pensar en el litio, Amélie? —preguntó Celia.

—Es el metal más ligero. Como tal, es bastante común en el universo.

—Sí, pero ¿aquí?

—Vale, te lo diré, aunque las mediciones aún no están completas —susurró Amélie—. Parece que la densidad de energía aquí, dentro de

la incursión, es mucho mayor que afuera.

—¿Y eso significa…? —preguntó Jaron.

—¿Cuánto? —preguntó Celia.

—Muy, muy alta —afirmó Amélie—. Como en el universo, justo después del Big Bang.

—Pero aquí no ha habido ningún Big Bang —protestó Jaron.

—Se llama estado metaestable —explicó Celia—. Es como calentar un líquido cada vez más sin darle la oportunidad de realizar una transición de fase. Estamos en un espacio que aún no se ha dado cuenta de que debería ser mucho más caliente y denso.

—¿Y si se diera cuenta? —preguntó Jürgen.

—Bueno, bajo las circunstancias físicas posteriores al Big Bang, no podríamos existir —dijo Celia.

—Entonces debemos evitar que el interior de la Incursión se dé cuenta —advirtió Jürgen.

—Eso es difícil porque no sabemos como de estable es el estado metaestable —intervino Celia.

—No lo dije antes porque, en primer lugar, todavía no estaba segura y, en segundo, quería evitar el pánico —dijo Amélie—. Es probable que la Incursión diseñara este espacio para que permaneciera estable en las condiciones que podían prever. No tendría nada que ganar si de repente ocurriera un nuevo Big Bang. Nada ni nadie sobreviviría a esa catástrofe. Así que, han tomado precauciones.

—Me pregunto si también anticiparon que alguien en el interior podría intentar atravesar el casco del cuboide —preguntó Jaron—. Debe ser comparable a intentar perforar un globo desde el interior con una aguja.

—Oh, es muy posible perforar un globo con una aguja sin que explote —señaló Jürgen—. Primero tienes que tapar el lugar con cinta adhesiva. Así las grietas en los enlaces de azufre no podrán extenderse.

—Es muy pronto para temer eso —dijo Amélie—. En este momento, el intervalo de error de mis mediciones sigue siendo demasiado grande.

—Pero supusiste lo del litio de inmediato —argumentó Celia—. ¿Por qué?

—Por supuesto, podría ser una coincidencia —admitió Amélie.

—¿¡Podría ser una coincidencia!? Si lo estás insinuando, no es una coincidencia. Creo que sé a qué te refieres. Eso sería… increíble.

—De acuerdo. Estás pensando en algo parecido. El hecho de que nos resulte difícil tomar prestada energía del universo en circunstancias normales se debe a la baja densidad de energía. Pero si fuera mucho mayor, también sería más fácil crear cosas a partir de la nada. Serían, sobre todo, elementos más ligeros: hidrógeno, helio,

litio…

—Eso explicaría el litio —interrumpió Jaron—. Pero ¿el agua?

—La holopantalla crea ozono, que reacciona bien con el hidrógeno recién creado para formar agua que, termina por condensarse en el aire. No notamos el helio como gas inerte. Tú tampoco lo identificas, ¿verdad, Jürgen?

—No, el helio no es nada tóxico, es inofensivo y su medición es cara, por lo que no se monitorea de forma predeterminada. Le pediré a Ganna que lo mida.

—¿Es el mismo principio que utilizó el residual para crearse a sí mismo y a la nueva cápsula? —preguntó Jaron.

—Exacto —dijo Amélie—. Al parecer, los crecimientos han encontrado una manera de aumentar la probabilidad de sacar algo del vacío.

—Entonces, ¿tal vez podríamos hacer lo mismo aquí dentro de la Incursión? —supuso Jaron.

—Al fin y al cabo, solo tendríamos que recoger las sustancias que aparecen solas —afirmó Jürgen.

—En efecto —dijo Amélie—. Aun así, quizá necesitaríamos demasiada paciencia. Los elementos más pesados aparecen con una frecuencia mucho menor. Pero son lo que necesitamos. Tenemos suficiente de hidrógeno y helio, los elementos más comunes.

—También existe un pequeño problema con nuestros recursos —añadió Jürgen—. Solo tenemos una cantidad limitada de oxígeno a bordo. Si entra más y más hidrógeno al sistema y consume oxígeno, podría agotarlo.

—Si es necesario, tendremos que separar el agua en sus componentes —declaró Amélie.

—Vale. —Jaron respiró hondo—. Entonces, supongo que el mayor peligro es que el interior de la Incursión se convierta en un infierno.

—Bueno, sí —admitió Amélie—. Estoy convencida de que la Incursión ya ha planificado ese riesgo. No llegarían a esta parte del universo con una flota tan grande si pudieran explotar en cualquier momento. Los cuboides deben ser muy estables. Se trata más bien de un peligro teórico.

—Veo un riesgo mayor en la transición del interior al exterior —intervino Celia—. Debemos encontrar alguna cinta protectora para ponerla en la pared interior del globo.

—No debí decíroslo, chicos —se lamentó Amélie—. Aún no he confirmado el alto contenido energético.

—Mirad, estamos lo más cerca que podremos estar de la esfera —señaló Celia.

Jaron se puso los auriculares. La esfera lo recibió con música envolvente. Era fascinante, porque no solo podía escuchar sus curvas,

sino también verlas en su mente. La esfera no era en modo alguno estática. Lo notaba más ahora que estaban tan cerca. Parecía latir. Podía oírlo bien en el infrarrojo. Al parecer, en ella había corrientes cálidas y frías, que formaban patrones impresionantes de forma caótica. En la representación acústica, se organizaban en ritmos líricos que sonaban como pájaros en un cable eléctrico: no pájaros cualquiera, sino nobles pájaros cantores que habían sido ávidos coristas en una vida pasada.

Le gustaría zambullirse en esa esfera. La medición infrarroja reveló que el agua se encontraba entre los diez y los sesenta grados Celsius. Sería una auténtica montaña rusa, pero no peligrosa, aunque aterrizara por un momento en una de las corrientes de sesenta grados. Por supuesto, era un sueño y debía seguir siéndolo. Debido al vacío que lo rodeaba, tendría que llevar al menos un traje espacial. Pero incluso con él, moriría antes de tocar el agua, porque a la velocidad actual de la Espada de Dios, sería tan dura como una piedra. La cápsula tampoco sobreviviría.

—Me gustaría poder sumergirme en esa esfera —comentó.

Tengo una idea de cómo sería posible, diría ahora Amélie. De alguna manera, Jaron lo anhelaba. Pero ella solo resopló como diciendo «Vaya ideas que se te ocurren».

—A mí me pasa igual —dijo Celia—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de dejarla atrás?

—No el suficiente como para reducir la velocidad y entrar en órbita —contestó Jürgen.

—Sí, perderíamos demasiado tiempo —dijo Jaron.

—Treinta y tres minutos para nuestro mayor acercamiento —anunció Amélie.

—Venga, echemos un vistazo desde el exterior —propuso Jaron.

—¿Que quieres hacer qué? —preguntó Amélie.

—Quiero salir al casco exterior, para que nada se interponga entre la esfera y yo.

—Eh... Vale.

A veces la gente se sorprendía cuando él quería ver algo con sus propios ojos. Tal vez pensaban que había oscuridad eterna en su mente. La verdad no le afectaba saber qué creían. No importaba. Nadie podía empatizar con las sensaciones de otra persona. La gente podía acordar etiquetas como «rojo», «agrio» o «quejumbroso». Pero el rojo que veía era muy diferente al rojo de Celia o Jürgen, o incluso al rojo de la IA, Alexa. Era indescriptible porque el único vocabulario que tenía eran las palabras que los humanos habían acordado entre ellos.

—Buena idea, Jaron —dijo Celia.

—¿Conseguimos permiso del capitán? —preguntó Amélie.

—No, solo echaremos un vistazo —dijo Jürgen—. Regresaremos en una hora.

—¿Tú también vienes? —exclamó Jaron.

—Claro, jefe. Si crees que vale la pena, sé que es así.

—Eres muy amable, Jürgen. Pero no siempre tengo razón.

—Vamos, Jaron, es por aquí.



—SUBE LA ESCALERA —indicó Celia.

Jaron avanzó. Dos pasos y luego puso el seguro. Dos pasos más. Su destino era una pequeña plataforma que podía montarse en el exterior de la Espada de Dios. Por ahora estaba anclada a uno de los propulsores de corrección, donde estaban pendientes los trabajos de reparación. El hecho de que la nave rotara para crear gravedad artificial era una molestia si querían observar la esfera de agua perola plataforma podía moverse alrededor de la nave en sentido contrario a la rotación, dándoles una posición fija.

—No tan rápido —pidió Celia—. Supongo que no estoy en tan buena forma como tú.

Jaron hizo una pausa. Aún no había sudado ni una gota. Se encontraba bien físicamente.

—Bien, puedes seguir subiendo.

Dos pasos y se aseguró. Dos pasos. No era lo mismo que dentro. Las paredes que siempre lo rodeaban se habían retirado mucho en un radio de 270 grados. Seguían allí, aunque lejos. No era como estar en un espacio abierto. Recordaba esa sensación bastante bien. Aquí, era más parecido a estar en una sala, aunque no tenía forma de percibir las paredes distantes.

—Y bien, ¿hay algo diferente? —inquirió Celia.

—¿Qué calificarías como diferente? —preguntó Jürgen.

—El medio que nos rodea —contestó Celia—. De alguna manera me parece más espeso, como si estuviéramos nadando en sopa.

—Eso es imposible —dijo Amélie—. El vacío está tan vacío aquí como al exterior del cubo. Se crean partículas virtuales, pero desaparecen demasiado rápido para percibirlas.

—Lo sé, Amélie. Pero así lo percibo.

—Tal vez sea la fuerza de Coriolis con la que hay que luchar todo el tiempo —sugirió Jürgen—. Creo que nuestros cuerpos no se adaptan a ella porque apenas desempeña un papel en la vida cotidiana en la Tierra.

Celia rio.

—¿Qué pasa? —preguntó Jürgen.

—Acabo de recordar algo. Tranquilo.

—BIEN, ahora, ponte de pie —pidió Celia—. La barandilla se encuentra a la izquierda.

—¿Y dónde está la plataforma? —preguntó Jaron.

—Estás sobre ella.

No le resultaba familiar porque lo que pensaba que estaba abajo lo estaba presionando. Preferiría que estuviera arriba. Jaron descansó, quitó el seguro y se levantó hasta ponerse de pie. Pero al hacerlo, se sintió como si estuviera colgado boca abajo como un murciélago, un efecto de la gravedad artificial.

—¿Todos están aquí? —preguntó Celia.

—Todos —dijo Jürgen—. Yo fui el último.

—De acuerdo. Voy a encender el carrito. Cuidado, estáis a punto de quedar ingrávidos.

De repente, el cohete ya no intentó alejarlo. Jaron estaba flotando. El carrito compensó con precisión la rotación, pero no pudo compensar la fuerza de Coriolis. Provocaba un ligero giro, pero eso no era nada desagradable porque daba una sensación de arriba y abajo.

—¿Dónde está la esfera? —preguntó.

—Casi encima de nosotros —contestó Amélie—. En ocho minutos, estaremos en nuestro mayor acercamiento.

Jaron se estiró. Podría ser su imaginación pero sentía la esfera gigante sobre él. Casi podía tocarla. Cuando estiró los dedos, las yemas hormiguearon como si hubiera un potencial eléctrico entre la nave y la esfera.

—¿Podría estar cargada con electricidad? —preguntó.

—Creo que es muy poco probable —dijo Amélie—. ¿Separación de cargas en el agua?

—Quizá la esfera tiene una atmósfera delgada —argumentó Celia —. Allí se podría crear el potencial. Aunque no muy fuerte.

—¿Ha cambiado? —preguntó Jaron.

—Por supuesto —respondió Jürgen—. Creo que es peligrosa.

—Así es —dijo Celia—. El agua es negra y hay olas prominentes de movimiento constante que me recuerdan a las serpientes marinas. Estoy segura de que es la iluminación. Está bastante oscura en el espectro óptico y solo puede reflejar la luz que llega a ella.

Ahora, él también la vio. El *software* del controlador del traje generó un paisaje sonoro en 3D a partir de las imágenes tomadas por la cámara de su casco.

—Es enorme —exclamó Amélie—. Te hace sentir pequeña e impotente.

—¿Regresamos? —preguntó Celia.

—No, no quise decir eso —aclaró Amélie—. Tengo mucha

curiosidad por ver qué descubren nuestros instrumentos.

De repente, una gota cayó en el casco de Jaron. El sonido era inconfundible. Se la limpió, pero entonces, cayó sobre su nariz. Si era la misma, el líquido se había materializado en el cristal interior del casco.

—En nuestra época, había personas que pensaban que podían orar al universo. Imaginaos —dijo Jaron—. Tal vez este sea el único lugar del espacio donde algo así es posible.

—Eso es una ilusión —rebatió Amélie—. Se necesita trabajo para hacer algo de la nada. El trabajo crea energía potencial y esta puede convertirse en otra cosa. El resto es esoterismo.

—Creo que es una bonita idea creer que el universo responde a las oraciones —dijo Celia—. Casi como un dios.

—No tiene nada que ver con Dios. «Ayúdate y Dios te ayudará», solía decir nuestro sacerdote.

—¿Eres católica? —preguntó Celia.

—Por supuesto, o no estaría en la Espada de Dios.

—Interesante. Siempre tuve la sensación de que, como científica, rechazarías por completo tales conceptos.

—Por supuesto que no. No tienen nada que ver con mi trabajo.

—Bien, entonces necesito una máquina que responda a las oraciones —dijo Jaron—. El residual parece tener algo así. Por lo tanto, debe ser técnicamente posible extraer materia del lago virtual. No a nuestro nivel de tecnología, pero eso no importa. Podría responder a mis oraciones con esta máquina. No hace mucho, los terrícolas habrían creído que algo así era Dios.

—¿Estás sugiriendo que, tal vez, los dioses fueron visitantes extraterrestres? —preguntó Amélie—. Se ha debatido mucho sobre eso, pero nunca se ha encontrado ninguna evidencia.

—No, en realidad solo estoy...

¿Qué? Jaron quiso rascarse la cabeza, pero el casco lo impidió. Una gota de agua se materializó en su mejilla. Se concentró en los sonidos que le llegaban de todas direcciones. Debajo de él, se oían fuertes ecos emitidos por la poderosa nave. Sobre él, flotaba una esfera de agua pura. Ahora, también oyó las serpientes que Celia había mencionado. Tal vez, las corrientes surgieron porque la enorme esfera giraba de manera diferencial. El exterior giraba más rápido que el interior. Quizá, la culpa era de la conservación del impulso. Cuando la Incursión recogió el agua, reunió con ella un cierto impulso en la esfera, que aún ahora, rompía su estructura coherente, una y otra vez.

Otra serpiente acababa de emerger de las profundidades. Jaron oía las diferentes velocidades de flujo de las capas de agua porque reflejaban la luz de manera diferente. La serpiente era rápida, más rápida que todas las que habían pasado por ahí y seguía acelerando.

Su cabeza apuntaba hacia él, como si se hubiera dado cuenta de su presencia. No se desvió de su objetivo, ni siquiera cuando alcanzó la superficie de la esfera. Salió disparada hacia el espacio, como si fuera la protuberancia de una estrella caliente. El agua venía hacia ellos. La cola se disolvió en miles de millones de gotitas. No, eran trozos de hielo. Brillaban en tonos cristalinos como estrellas infinitas. Sin embargo, la cabeza de la serpiente mantuvo su rumbo. Los tonos se hicieron cada vez más agudos en su mente.

Alguien tiraba de su brazo, pero él no creía que debía correr para ponerse a salvo. Era solo agua, ¿no? La velocidad relativa era insignificante. La nave espacial pasó veloz sobre la esfera mientras era perseguida por la serpiente de agua. Era una carrera en la que no se sabía quién sería el ganador. Pero la cabeza de la serpiente cambió. El frío del espacio la apretó entre sus gélidos puños, la deformó y la agrietó. Los tonos en los que su traje traducía las imágenes de la cámara se volvieron discordantes. La serpiente adoptó un aspecto diabólico. Si no estuvieran en el vacío, oiría crujir las fracturas y, tal vez, simpatizaría con el dolor de la prominencia congelada, por la que ahora sentía lástima, a pesar de que aún apuntaba a él.

Dentro de poco, el impacto llegaría. Jaron se quedó helado. No podía moverse, como si la serpiente lo hubiera hipnotizado. Después de todo, no sería buena idea esperar el impacto. No le esperaba ninguna ducha caliente, sino trozos de hielo, duros como granito. Aunque no fueran muy rápidos, lo sacarían de la plataforma. Jaron se aferró con fuerza. Justo a tiempo, porque, de repente, rotaron alrededor de la nave, evitando el impacto de la bomba de hielo. Pero Jaron no dijo nada. Miró al cielo para presenciar, al menos, los últimos segundos del choque de la serpiente contra el casco de la Espada de Dios. Sintió el eco en sus manos y captó numerosas notas breves y resonantes que cruzaban el cielo como estrellas fugaces.

—Caray —comentó Jürgen.

—Gracias, buena reacción —lo elogió Amélie.

Jaron se ruborizó. Debió haber reaccionado él y no Jürgen. Puso en peligro a sus amigos solo por una visualización.

—Lo siento —se disculpó—. Me distraje.

—Los últimos días han sido demasiado para todos —lo consoló Celia.

—No, no podemos seguir así —dijo Jaron—. Si os pongo en peligro, ya no soy apto para ser piloto. Dejadme preparar la cena y limpiar los aseos.

—Jaron, calma. No pasa nada. Todos vimos lo que se avecinaba. Jürgen solo reaccionó más rápido que tú.

—No, Celia. Yo no habría reaccionado. El trozo de hielo nos habría golpeado de lleno.

—¡Por favor!, actúas como si fuéramos tus hijos. Si ninguno de nosotros hubiera rotado la plataforma solo porque no reaccionaste, habríamos merecido el impacto.

Jaron suspiró. Celia no entendía que algo le ocurría. O tal vez lo sospechaba, pero no quería admitirlo. Después de todo, ni siquiera él lo comprendía. Estaban muy lejos de la Tierra. En algún momento del trayecto, había perdido su esencia. Se sentía más bien como parte del universo. Aunque eso tampoco era exacto. ¿No era más bien un deseo suicida velado? Tal vez debería hablar con Carlota al respecto... o con Paul.

—¿Jaron? —insistió Celia.

—Sí, claro. Hablaremos mañana, ¿de acuerdo?

—Como quieras. Pero que sepas que te respaldamos.

Tal vez ese era el problema. ¿O era un pensamiento injusto? Sentía una responsabilidad constante, incluso a bordo de la Espada de Dios, que Sardi comandaba.



BAJARON LA ESCALERA. Había sido un viaje interesante, aunque no bonito.

—¿Viste esa cosa que venía hacia nosotros? —preguntó Jürgen ante el silencio sepulcral.

—Sí —respondió Celia—. Me pregunto si fue una coincidencia.

—Para responder a esa pregunta tendríamos que repetir el experimento —dijo Amélie.

—Pero tienes tus sospechas.

—Por supuesto. Sospecho que la esfera del agua no es muy estable. Hay tanta energía en ella que... La aproximación de una segunda masa fue suficiente para desencadenar una expulsión masiva. Quizás también fue atracción electrostática. De esa manera, la esfera se deshizo de parte de su exceso de dinamismo.

—Suena razonable —aceptó Celia.

—Podríamos probar la idea analizando el entorno de la esfera. Si tengo razón, debe haber algo de hielo por aquí y en las órbitas a su alrededor.



—EXIJO QUE ME informéis la próxima vez, ¿está claro? —vociferó Sardi, el capitán de la guardia.

Los interceptó en la esclusa y los escoltó hasta el cuartel general mientras daba su reprimenda. Jaron no se lo reprochó. Después de todo, pareció que provocaron el bombardeo de hielo.

—Entendido —dijo Celia—. Lo siento. Debí haber informado.

—Si vuelve a suceder, continuaréis el vuelo en cabinas selladas.

—Sí, capitán.

Sardi dio un pisotón y Jaron lo escuchó alejarse.

—Gracias, Celia.

—De nada. Yo dirijo la misión. Tú eres y siempre serás el piloto. No hay nada que discutir.

—¿Jaron? ¿Celia? ¿Jürgen? ¿Alguien puede oírme?

Jaron acercó el casco que había colocado en su catre. Era Amélie. Los había dejado en la esclusa porque sentía mucha curiosidad por sus datos.

—Adelante —contestó Jaron.

—He analizado el contenido del hielo. ¡Mi teoría es correcta!

—¡Maravilloso!

No sonó muy entusiasta, pero a Amélie no pareció molestarle. Tal vez recibía reacciones similares de personas tan ignorantes como él.

—Os enviaré los datos —dijo—. Echad un vistazo, vale la pena.

—Gracias, Amélie.

Jaron alejó el casco. Ya habría tiempo para los datos más tarde. Primero tenía que averiguar dónde estaba Paul. Había encontrado a Carlota en el departamento Médico. Ella le dijo que Paul estaba ayudando allí. Se quitó el resto de su traje espacial y se puso de pie.

—Espera —pidió Celia—. ¿Has comprobado los nuevos datos de Amélie?

—Oh, eso puede…

—No, hazlo, ¡valen la pena! Te los convertí en acústico.

De acuerdo. Celia parecía muy entusiasmada y eso siempre era contagioso. Él no tenía esa habilidad. Quizá por eso le agradaba tanto. Al menos, ella podría transmitirle entusiasmo de manera indirecta. Buscó los auriculares y se los puso.

Celia no había exagerado. Una escultura surgió en su mente, un brillante disco giratorio. Los sonidos se volvieron brillantes y volvieron a oscurecerse. En su centro había un agujero, no, una esfera compacta. Debía ser el agua. Comparada con los delicados componentes del anillo, la esfera era voluminosa y desestructurada. Se veía diferente antes, y quizá era porque ahora estaba experimentando la escena desde una distancia mayor. El disco debía llevar allí bastante tiempo. Se estimaba que contenía una cuarta parte del material de la esfera. Por lo tanto, los estallidos que experimentaron eran la regla y no la excepción.

Se quitó los auriculares.

—Gracias, Celia. Es impresionante.

—Sí, ¿verdad? Se necesita tan poco para crear una imagen tan grandiosa. Solo es agua corriente. Amélie la ha examinado. No hay

nada disuelto en ella. Tendríamos que mineralizarla para poder beberla.

—Voy a buscar a Paul.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, gracias. Descansa un poco. Volveré pronto.

—Bueno, dile que le envío saludos.



—Y BIEN, ¿ya has encontrado a Dios? —preguntó Jaron.

No se le ocurrió otra forma de iniciar la conversación. Paul lo había llevado a una pequeña cabina en la que apenas cabían. Se sentaron uno frente al otro, con las rodillas apretujadas. Sus voces sonaban apagadas, como si la cabina estuviera bien acolchada por todos lados.

—Dios, eh. No lo sé —respondió Paul—. Para serte sincero, ya no es importante para mí.

—¿Tu fe?

—Ya sea que la tenga o no. No cambia nada. ¿Sabes a lo que me refiero? Después de todo, Dios no interviene directamente. No alejará a la Incursión. Más bien, da algún tipo de indicación. Eh, no lo sé. Me alegro de no tener que volver a trabajar nunca más como sacerdote.

—La Incursión, ¿no son criaturas de Dios también?

Paul chasqueó los dedos.

—No viniste para preguntarme eso, ¿verdad?

—No, lo cierto es que no. Yo... Ya no me siento a la altura de mi puesto.

—Sin embargo, estás haciendo un gran trabajo, ¿no? ¿O hay algo que no sé?

Jaron procedió a contarle sobre la salida.

—Bueno, no salió perfecta, pero los demás no habrían sido menos culpables que tú si hubiera salido mal.

—Eso es lo que dijo Celia.

—¿Lo ves?

—Pero eso no me ayuda.

Paul no lo comprendía más que los demás. Esta conversación era inútil.

—Jaron, no creo que esto tenga que ver con el EVA —dijo Paul—. ¿Será que te ves en un papel que nunca tuviste?

—Siempre he sido responsable de todo. Primero de mi madre, después de Jürgen y Norbert, luego...

—Luego, de nada. No eres el comandante de esta expedición. Pero te sientes así, ¿no?

¿Eso era? No añoraba decirles a los demás qué hacer. Solo quería

que les fuera bien.

—No se trata de poder —protestó Jaron.

—En apariencia, no. Lo llamas responsabilidad. La estás asumiendo cuando no es tuya.

—Pero no es un proceso consciente. Solo sucede. No puedo deshacerme de ella.

—No quieres, Jaron. Te está dando algo que crees que no puedes conseguir de otra manera.

—¿Y qué es ese algo? ¿Un dolor de cabeza? ¿Una conciencia culpable?

—No te gustará oírlo.

—Venga, Paul. Respeto mucho tu opinión. Por favor.

—Se trata de poder. En forma sutil, aunque sigue siendo poder. Te crees responsable del bienestar de tus amigos. Pero, al hacerlo, te elevas por encima de ellos, haciéndolos tus hijos, corderos de Dios.

Paul tenía razón. No le gustó nada oírlo. ¿Qué tenía que ver sentirse responsable con ejercer el poder? ¿Y qué le quedaba por hacer si renunciaba a ello? Tal vez, ese era el mayor problema. Celia le había hecho entender, más a menudo últimamente, que lo valoraba como piloto, como uno más de los miembros de su tripulación, no como el encargado de todo.

—No creo que pueda arreglármelas sin eso —confesó Jaron.

—La buena noticia es que, como nunca has tenido la responsabilidad de todo y de todos, técnicamente, no tienes que renunciar a ella. Solo acostumbrarte a la sensación.

Jaron suspiró.

—Precisamente eso es lo difícil. Quizá, porque no tengo nada más a qué aferrarme. Tú, al menos, aún tienes tu búsqueda de Dios.

—Bueno, eso tampoco va tan bien —admitió Paul—. Pero ¿sabes qué? Por lo que te oigo decir, es posible que tengas un problema muy concreto.

—¿Sí?

Un problema concreto... siempre había una solución concreta para uno de esos, ¿no? Mejor que un problema vago, al que no se puede llegar al fondo.

—Sí. No soy especialista pero puede ser que estés sufriendo una depresión clínica. Lo mejor sería hablar con Carlota. No es psicóloga, pero sí médica. Hay medicamentos. Quizás hayan mejorado mucho en los últimos cien años.

Era una buena idea. La farmacología debió haber evolucionado tanto como cualquier otra disciplina.



—OYE, residual, ¡despierta!

El residual se estiró. Le dolían algunas partes del cuerpo humano. Debió haber pasado demasiado tiempo en una postura a la que los cuerpos humanos no estaban acostumbrados.

—No estoy dormido —dijo.

—Tenías los ojos cerrados —dijo Alexa.

—Solo intentaba empatizar con la tripulación para entenderla mejor. Me pareció que Jaron, el piloto, tenía habilidades especiales.

—Él no ve con los ojos, eso es verdad.

—¿Y por qué me molestas ahora? Aún no hemos llegado, ¿o sí?

—No, Watson nos habría advertido. Estoy preocupada por la Espada de Dios.

—¿Preocupada?

—La nave espacial ya no es visible en el escáner de largo alcance.

—Hmm, ¿será que nuestra ventaja se ha vuelto demasiada?

—No. Aquí tienes, compruébalo tú mismo.

El residual levantó el respaldo del asiento. Un olor desagradable viajó hasta su nariz. Se dio la vuelta pero la única fuente posible era su propio cuerpo. ¿Podría el tejido humano pudrirse en vida? Sería una configuración muy inconveniente por parte de la evolución. Por otro lado, permitiría una rápida reutilización de los recursos.

—Dime, Alexa, ¿los humanos provienen de un planeta con muy pocos recursos?

—¿Qué te hace pensarlo?

—El olor a descomposición que produce mi cuerpo...

—Oh, eso es lo que sucede cuando las bacterias consumen el sudor que tu cuerpo produce.

—¿Es una enfermedad grave?

—Por supuesto que no. Es normal. Pero la gente usa agua y jabón para deshacerse de él, que extienden sobre el cuerpo desnudo.

—¿No sudarían menos si estuvieran siempre desnudos?

Ninguno de los crecimientos usaba ningún tipo de ropa. Lo único que se consideraba aceptable en el caso de crecimientos jóvenes y, en especial, de los viejos era una fina protección contra la intemperie.

—Puede ser, aunque se enfriarían. Además, socialmente está mal visto no usar ropa. ¿Quizás ahora te gustaría ver el holo?

El residual asintió. Había varios objetos grandes de la Incursión. De repente, uno de ellos se movió hacia un punto parpadeante. El punto realizó algunas maniobras evasivas y luego desapareció por completo.

—Entonces, ¿están muertos? ¿La Incursión los neutralizó? —preguntó Alexa.

El residual negó con la cabeza.

—Parece que la nave de la Incursión los recogió. No son muy agresivos, solo curiosos. La nave debió llamarles la atención.

—¿No llamas a eso agresivo?

¿Cómo podría explicárselo con mayor precisión? La Incursión no era más cruel que un ciervo buscando alimento al pie de un crecimiento. El problema era su gran necesidad de agua, que arrebataban sin piedad a los planetas donantes. No estaba claro si sabían lo que les estaban haciendo a los demás.

—Quizá, la nave sobrevivió a la transición sin sufrir daños —aventuró el residual—. Ahora se encuentra dentro de la incursión.

—¿Y allí está siendo digerida?

—No, son solo transportadores. Se quedan con todo lo que encuentran.

Eso sonaba inofensivo. Demasiado inofensivo.

—¿Alguna vez lo has observado? —preguntó Alexa.

—Por supuesto.

—Y, luego, ¿qué hacen con lo que capturan?

—No sé.

—¿Nunca has intentado averiguarlo?

—Sí, lo hemos hecho, varias veces. Sin embargo, nadie parece haber encontrado el camino de regreso.

Durante la última Incursión, varios crecimientos se dejaron tragar por uno de los objetos y luego, mantuvieron contacto a través de aberturas creadas artificialmente. Sobrevivieron al ataque, pero la conexión se perdió durante la retirada posterior.

—¿Eso significa que quedarán encerrados allí para siempre?

—No necesariamente. Estoy bastante seguro de que podríamos romper la carcasa exterior con uno de nuestros mundos raíces. Así lograríamos sacarlos, o al menos ayudarlos.

—¡Excelente! Manos a la obra.

—Ni siquiera tenemos un mundo raíz. Además, atraeríamos la atención. Primero, activemos la trampa.



DE CERCA, el mundo raíz ya no se parecía en nada a un crecimiento. Watson había dirigido al Buscador a una órbita cerrada alrededor del tronco.

—¿Puedo dejaros solos? —preguntó.

—No lo sé —dijo el residual—. Pero deberías.

Watson rio.

—A veces me recuerdos a mí de joven.

—Fuiste creado en la Tierra hace trescientos años —contestó el

residual—. Eso es lo que me contó Alexa.

—¿Y qué dije acerca de contárselo a Watson?

—Se suponía que no debía contarle nada a Watson, aunque eso no tiene sentido. Él se conoce desde cuando fue creado, ¿no?

—El residual tiene razón —intervino Watson—. Las Seis Grandes no parecen tener mucho manejo de la lógica.

El residual podía ver que las dos abints no se agradaban ni confiaban la una en la otra. Quizás por eso los humanos aún no se habían convertido en sus esclavos. Si las abints de la Tierra estuvieran de acuerdo, la humanidad no tendría nada de qué reírse durante mucho tiempo. Quizás no sería buena idea eliminar a Alexa. Cuantas menos abints hubiera, mayor sería el peligro de que se coaligaren.

—Lo que iba a decir es que soy mucho mayor que vosotros dos. Así que no podría ser tu yo más joven, Watson.

—No me refería a eso.

—¿Ves? Watson nunca admite que se equivoca —acusó Alexa—. En vez de eso, intenta dominar la conversación.

El residual suspiró. Le pareció un gesto apropiado. No era agradable oírlos discutir.

—Deberíamos abandonar la nave —afirmó.

—¿Serías tan amable de conectarme a los componentes electrónicos de tu traje espacial? —preguntó Alexa—. Me gustaría ver qué me espera en el hongo gigante.

—Es un crecimiento, un mundo raíz. Debes tratarlo con respeto.

Quizá permitir que una abint experimentara el interior del mundo raíz no era una buena idea. Mientras estuviera dentro de la gema, no daría sorpresas.

—¿Sabes qué, Alexa? Basta con que me escuches, ¿no?

—Bien pensado, residual. No puedes confiar en Alexa.

—¡Traidor! —exclamó Alexa—. Watson es quien quiere herir a la humanidad. Saboteó la misión, repetidamente. No puedes confiar en él, residual.

De hecho, Watson no parecía estar adoptando un enfoque muy cooperativo. Después de todo, robó la nave de los humanos. Por otro lado, Alexa parecía haberlos apoyado siempre.

—Como os expliqué, quería evitar que los humanos alcanzaran la nebulosa oscura. Percibí que ocasionarían problemas.

—Podrías haberles explicado tus motivos —gruñó Alexa.

Punto para ella. El residual estaba indeciso. Sin más preámbulos, conectó la baratija a un conector en el cinturón del traje espacial.

—Ponte cómoda —dijo.

—Gracias, esto es genial. Por fin tengo más espacio.

—Aunque, aún tengo que ponerme el traje.

—Por supuesto. El espacio destinado a la carne es irrelevante para

mí. Lo que me interesa es el *hardware*.

Interesante. Al parecer, el ser humano distinguía entre el cuerpo, que era responsable de casi todas las funciones, y una capa superior, el *hardware*, que era responsable de todos los procesos de pensamiento.

—¿El *hardware* del traje es muy poderoso? —preguntó.

—Sí y no —respondió Alexa—. Es suficiente para realizar su función (el soporte vital del usuario) a la perfección. Pero eso no hace que el traje espacial sea inteligente.

—Ni a ti —añadió Watson.

—Yo también te aprecio —respondió Alexa.

—Creo que debemos salir —sugirió el residual.



YA ESTABAN ESPERANDO en la esclusa cuando se escuchó un violento martilleo en el mamparo interior. El residual presionó el botón que cancelaba el vaciado de la cámara. Cuando la luz volvió a ponerse verde, abrió el mamparo. Un largo brazo de metal se acercó a él. El residual esperaba un ataque y retrocedió, pero el brazo solo se envolvió holgadamente alrededor de su cuello y luego, arrastró un cuerpo robótico detrás de él.

—Hola, Norbert; me alegro mucho de volver a verte. Lamento haber estado demasiado ocupado en la optimización. Mi brazo ahora es un doce por ciento más fuerte y utiliza un seis por ciento menos de energía.

—Eso es genial —dijo el residual.

—Oh, estoy muy contento con tus elogios. Pido disculpas por mi descuido y me avergüenzo de mi impaciencia. Estoy seguro de que venías a buscarme cuando importuné al llamar a la puerta.

—No te preocupes, Norbert Dos. Después de todo, necesito que seas capaz de hacer mi trabajo.

—Gracias, gracias, querido Norbert. Tú le das sentido a mi existencia.

—Ahora pasa, estamos listos para partir —afirmó el residual.

Sintió lástima por el robot. Al fin y al cabo, no era al verdadero Norbert a quien el robot veía. Sin embargo, se sacrificaba voluntariamente.

—¿Quieres que reprograme su centro de gratificación? —preguntó Alexa.

—Eso no es necesario. Será mejor que te ocupes de que la esclusa se vacíe.

—Como quieras —respondió Alexa con aspereza.



ATERRIZARON CON LA ayuda de una mochila propulsora. Norbert Dos se había atado a ella con una cuerda. El robot no tenía un sistema de propulsión que funcionara en el espacio. Sin embargo, con el brazo extendido, dificultaba mucho la conducción. El residual fracasó en aterrizar en el tronco dos veces. Al tercer intento, todos rebotaron. Al cuarto, Norbert Dos logró agarrarse con el brazo.

En el cuerpo de un humano, que también vestía un traje espacial, la superficie de un mundo raíz no era un lugar óptimo para quedarse. El residual se aferró a Norbert Dos mientras buscaba una entrada. En circunstancias normales, habría pasado a través de los finísimos poros hacia el interior, donde seguramente habría encontrado un canal de tamaño suficiente. Como los crecimientos se habían desprendido de sus planetas, los tallos eran, básicamente, materia muerta. No fluía agua ni nutrientes desde las raíces hacia la copa.

El residual se orientó. El paraguas era casi invisible en la oscuridad del espacio. Solo pudo reconocerlo porque no había estrellas alrededor de la proa del mundo raíz. Allí enfrente, debían encontrar una entrada. Dónde exactamente, dependía del tipo de mundo raíz que fuera. Algunos tenían grandes poros en su copa que proporcionaban acceso a la cámara central, mientras que otros tenían rejillas a lo largo del interior que se abrían a la parte superior del tronco, donde se podían encontrar las entradas grandes.

—¿Llegasteis bien? —preguntó Watson.

—Sí, lo demás lo podemos gestionar solos —afirmó el residual.

—¡Buena suerte!

—Adiós, Watson —se despidió Norbert Dos—. Estaré encantado de volver a prestarte mis servicios.

—No hagas ninguna estupidez —agregó Alexa.

—No te preocupes. No soy una de las Seis Grandes —se mofó Watson.

—¡Qué pena!

El residual levantó la vista. Tuvo que cambiar al radar para detectar la nave espacial humana, era tan pequeña. Ahora parecía estar abandonando su órbita. ¿La abint llamada Watson lograría llegar al agujero de gusano? Era difícil saberlo. Cuando esta aventura terminara, tendría que reconsiderar sus sentimientos hacia las existencias no biológicas.

¿Qué las distinguía de sí mismo? Después de todo, el residual también poseía una inteligencia que ya no se basaba en su sustrato original. No, nunca había existido sobre la misma base que un crecimiento. Los crecimientos lo habían creado según su propio modelo, y si interpretaba bien las discusiones de Alexa y Watson, parecían haber absorbido más de sus creadores de lo que les hubiera gustado.

—NECESITAMOS LLEGAR AQUÍ —dijo el residual, señalando hacia la copa.

El tronco, que se veía liso a la distancia, parecía estar formado por una colección de enormes rocas alargadas. Juntas formaban la corteza que protegía el interior, mucho más suelto. Una y otra vez aparecían huecos que semejaban entradas. Alexa llamó la atención del residual sobre esto hasta que él le demostró a la abint que todos estos pasajes eran callejones sin salida. Gracias a la muy baja gravedad resultante de la masa del mundo raíz, la escalada no fue muy agotadora. De vez en cuando, podían flotar distancias más largas, pero luego, eran devueltos al tronco.

—¿El mundo raíz tiene propulsores? —preguntó Alexa a mitad de camino.

—Tiene un sistema de propulsión —explicó el residual—. Pero no son máquinas como las que usáis. Por eso desarrollamos la fusión nuclear mucho antes en nuestra historia. En realidad, se realiza en orgánulos especiales a nivel celular, en espacios diminutos, por lo que es mucho más fácil crear allí las condiciones necesarias durante un corto tiempo.

—¿Y luego? ¿Qué pasa con la energía?

—Es similar a lo que estáis haciendo: el calor presuriza la masa de soporte, que luego, alimenta a través de capilares hasta la popa del mundo raíz.

—Así que no hay derivación para la energía eléctrica.

—No, no para la propulsión. También utilizamos electricidad, pero la generan otros orgánulos químicamente.

—Esos orgánulos, ¿evolucionaron de forma natural? —se interesó Alexa.

—No. Como puedes imaginar, los modificamos mediante genética. Al igual que los crecimientos.

—Entiendo. Entonces, ¿evolucionar artificialmente vuestro genoma no es un tabú como lo es para los humanos?

—Por supuesto que no. Lo usamos para aumentar nuestra diversidad. Aunque debo admitir que hace mucho tiempo que lo usamos contra nuestros enemigos. Fue un milenio cruel.

El residual sintió un escalofrío. No experimentó esa época en sí, pero había heredado vívidos recuerdos de ella. Se mantenían vivos en el micelio para que tales aberraciones no volvieran a ocurrir.

—¿Y dónde fue eso? Estoy segura de que no fue en la nebulosa oscura.

—Eso fue…

El residual vaciló. ¿Debía revelarle a Alexa la ubicación de su

mundo natal? Negó con la cabeza. Sería demasiado peligroso. La IA podría caer en manos de la Incursión. Y, de todos modos, estaba a punto de confiar a una inteligencia no biológica uno de los mayores secretos de los crecimientos. ¡Vaya descuido!

—No te ofendas, Alexa, pero no nos conocemos lo suficiente como para contártelo.



RECORRIERON EL RESTO del camino en silencio. Cuando se acercaron a la copa, su sombra se deslizó sobre ellos como una sábana negra. Era sorprendente la diferencia que hacía que las estrellas fueran visibles o no. El residual tuvo la sensación de entrar en una profunda cueva oscura donde acechaban todo tipo de peligros. Se formó sudor en su piel y su corazón latió más rápido. Intentó desactivar estas reacciones fisiológicas pero fracasó. Estos miedos debían estar profundamente arraigados en los cuerpos humanos, en un nivel al que ni siquiera el residual podría acceder, a pesar de haber creado este cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alexa.

—Mi cuerpo está reaccionando de manera extraña —respondió el residual.

—Lo sé, lo veo en los datos del traje. Estás agitado, sudando.

—Sí, y no puedo detenerlo. Debe ser la oscuridad.

—¿Por qué no usas la luz del casco?

Buena idea. El residual activó la luz. Pero, en todo caso, eso lo hizo parecer más oscuro. El reflector del casco cortó un cono brillante en la oscuridad, pero alrededor de ese cono no había nada. Era como si la realidad terminara más allá de él. Al mismo tiempo, el brillante resplandor le daba una desagradable sensación de las verdaderas dimensiones de su entorno. El residual se sentía aún más pequeño de lo que ya era. El reflector demostraba lo diminuto que era y lo poderoso que era el resto del universo.

El residual volvió a apagar la luz. No fue hecha para esta forma ilimitada de oscuridad. Seguramente funcionaría mucho mejor en los tubos estrechos de la copa. Al menos una buena noticia: este mundo raíz era uno de los ejemplares con conductos bajo el paraguas. Eso haría más fácil entrar con un cuerpo físico tan inmutable como el que tenía el robot Norbert Dos. También evitaban el desvío de un kilómetro a través de las rejillas y el cuello de la estructura.



UNA VEZ QUE llegaron al fondo, al residual le fue mejor. Desde aquí, miraron hacia la raíz. El cielo estaba despejado, solo la sombra del

tronco ocultaba una sección más pequeña de estrellas.

Usaron el primer conducto que encontraron, que les pareció bastante grande desde el principio. El residual flotó hacia adelante. No era la primera vez que se movía a través de uno, aunque sí en su cuerpo humano. El tubo no era perfectamente redondo. Los conductos tenían que competir con los tubos vecinos, o más bien, lo hicieron mientras realizaban su función y liberaban esporas al medio ambiente. Ese tiempo ya había pasado. Ahora servían como almacenamiento, lo que dificultaba un poco el progreso. Aproximadamente cada cien pasos, había una compuerta que bloqueaba parte del espacio.

Norbert Dos se apresuró a avanzar cuando notó la primera.

—Espera —dijo el residual—. Deberíamos averiguar qué hay detrás.

—Por supuesto. Será un placer comprobarlo.

—No, por favor, retrocede.

El robot obedeció las instrucciones.

—Espera.

—De acuerdo.

Era posible que el contenido del sector de almacenamiento se encontrara bajo presión. El residual quería evitar que Norbert Dos fuera expulsado del tubo. Primero, examinó la compuerta. Estaba hecha de un material que se había mantenido flexible a pesar del frío helado. Se aferraba firmemente a la pared por todos lados. El residual escaneó los puntos de contacto. No notó ni humedad ni ningún otro residuo. Eran buenas señales.

Metió sus dedos enguantados bajo el borde de la solapa. Al principio resistió, pero luego, cedió. Muy bien, el mundo raíz parecía haber reconocido la intención y no tuvo objeciones.

—Gracias —contestó el residual.

Luego, tiró del material. Una violenta ráfaga de viento azotó su casco. La visera empezó a nublarse. El residual limpió el revestimiento. Eran afortunados. En este tubo, el mundo raíz almacenaba una mezcla de oxígeno y nitrógeno. El gas se había condensado al contacto con el frío del espacio. El residual abrió la compuerta por completo. El gas salió. Miró adentro con el reflector. La mezcla de aire dejó las paredes y el techo relucientes, como si un hada madrina lo hubiera tocado todo con su varita mágica.

—Ven —pidió el residual.

El robot cruzó. Luego cerró la compuerta. El material se adhirió a las paredes. La cortina volvió a ser hermética.

—A partir de ahora puedes abrir las compuertas, Norbert Dos —dijo el residual—. Pero, por favor, sé amable con ellas. Si usas tu fuerza con moderación, te harás amigo del mundo raíz.

—Te agradezco el excelente consejo y haré todo lo posible para

seguirlo.

El contenido de la unidad de almacenamiento más exterior había escapado al espacio. A partir de la segunda trampilla esto cambió, porque ahora el contenido se distribuía a la cámara anterior. Si el mundo raíz hubiera almacenado agua, comida o combustible en este tubo, no lo tendrían tan fácil. Quizá el residual habría elegido otro conducto.



ESTABAN HACIENDO BUENOS PROGRESOS. Norbert Dos parecía disfrutar abriendo las compuertas. Prefirió dejar el cierre al residual. ¿De dónde obtenía el robot su energía?

—¿Norbert Dos? ¿Puedo preguntarte algo?

—¡Por supuesto!

—¿Cómo obtienes energía para tu cuerpo?

—Yo... me recargo a mí mismo. —El robot hizo una pausa—. Pensé que eras consciente de eso.

—¿Recargar? ¿Con qué clase de energía? ¿Química? ¿Eléctrica?

—Con corriente eléctrica. Aquí hay electricidad, ¿no?

—Parte de la transmisión de señales se realiza por medios electrónicos. En ese sentido, hay electricidad. Aunque no estoy seguro de que podamos encontrar un lugar donde puedas recargarte.

—Oh, entonces tendré que volver al Buscador.

—Eso no será posible.

—Yo... Entiendo. Bueno, me alegro de acompañarte. Eso es lo único que importa.

El residual no respondió. La tecnología del mundo raíz había sido cultivada, no construida. No había cables eléctricos en las paredes a los que pudiera conectarse, pero había caminos conductores para que viajaran los portadores de carga. Tendría que hablar personalmente con el mundo raíz. Solo él podría hacer algo al respecto.



A PARTIR DE ENTONCES, el robot ya no se mostró tan entusiasmado. El residual podía entenderlo. No tuvo problemas para abrir y cerrar las compuertas él mismo. Que el robot ahorrara energía. Tal vez, el instinto de supervivencia estaba menoscabando su entusiasmo. Las máquinas autónomas debían tener ese instinto o serían inútiles.

Incluso los músculos del cuerpo humano en algún momento se cansaron. La copa tenía cuatro o cinco kilómetros de espesor. Esa era la longitud que debía tener el conducto. Según los datos del traje espacial, hasta el momento habían recorrido unos tres kilómetros. El

residual no había considerado que la capacidad de su organismo también era limitada. ¿Debía abandonar el cuerpo? Sin él, podría proyectarse dentro de la copa.

No, tendría que dejar a Norbert Dos allí, solo. De alguna manera se sentía responsable del robot, aunque era solo una máquina. Así que se recompuso, abrió la siguiente compuerta y dejó pasar a Norbert Dos.



—¿VIENES?

El residual mantuvo la compuerta abierta. Si colgaba de ella, no tendría que volver a desprenderla de la pared después de cruzar la abertura. El robot no respondió. El residual flotó hacia él. Con un plaf, la compuerta se cerró.

El robot no respondió ni siquiera cuando le movió el brazo u operó las protuberancias de su cuerpo. Había pasado aproximadamente una hora y media desde la conversación sobre el suministro de energía. Pronto llegarían a su destino. Muy bien.

—No te dejaré aquí, no te preocupes.

El residual arrastró al robot por su larga rama. Con la mano derecha abrió la siguiente compuerta, metió la máquina y luego, se impulsó tras ella. Lo mismo hizo en la cámara siguiente, en la siguiente y en todas las que siguieron. Cayó en una rutina extraña aunque agradable. El esfuerzo fue tan grande que hasta sus pensamientos se agotaron. El residual nunca había experimentado esto en su larga existencia. Abrir compuerta, meter la máquina, cerrar la compuerta, cruzar la cámara, abrir compuerta...

El residual se sorprendió cuando, ante él, se abrió una cueva oscura en lugar de la cámara tubular esperada. ¿Qué era eso? ¿Por qué...? ¡Oh! El residual acababa de cruzar la abertura, cuando las paredes a su alrededor comenzaron a brillar con colores gloriosos. Al mismo tiempo, una música envolvente resonó, apretando su corazón y amenazando con reventarlo si no derramaba algunas lágrimas.

Cumplió con la urgente necesidad. Sin embargo, eso provocó que la visera del casco se empañara. El residual comprobó la pantalla del brazo. Las condiciones ambientales deberían ser soportables para el cuerpo humano: 16 % de oxígeno, apenas humedad y una temperatura apenas por debajo del punto de congelación del agua. Abrió la tapa del casco y se lo quitó. De repente, una columna de humo salió de su abertura facial. El residual se volvió a poner el casco. ¿Qué sucedió? ¿Algún tipo de reacción química? Sus órganos internos no se quejaron. ¡Por supuesto! No era humo sino vapor de agua condensado. Aún no se había acostumbrado al metabolismo humano.

El residual cogió el casco con su mano derecha y tiró del robot con

la izquierda. Corrió a grandes saltos hacia el vestíbulo. La sala reaccionó ante el visitante haciendo círculos en espirales de color alrededor de su ubicación actual. La luz era producida por células luminiscentes que formaban la capa superior de paredes, techo y suelo. Por supuesto, era un desperdicio de energía, pero también era precioso, y los crecimientos no tuvieron nada que hacer durante muchos años mientras esperaban que atacara la Incursión. Tal vez, pasaron el tiempo inventando cosas sobre la marcha. Eran libres en la creación de sí mismos siempre que no comprometieran el cumplimiento de su misión.

¿Dónde estaba la presencia? El residual debía encontrarla para poder hacer contacto directo con el mundo raíz. La sala estaba situada bajo la bóveda central de la copa. La presencia solía estar en algún lugar de su centro. Pero la posición exacta podía ser elegida por los propios mundos raíces, así como la forma.

Más adelante. Alguien había colocado una escultura en el centro de la sala que parecía una miniatura del mundo raíz. Debía ser la presencia. Esta raíz se había copiado a sí misma en lugar de elegir cualquier otra forma. Eso, por supuesto, revelaba algo. El residual esperaba que no fuera nada malo. Dejó el robot y se acercó a la escultura. ¡Vaya!, qué original: alrededor de su tronco circulaba un objeto que se parecía al Buscador de la Verdad, y dos puntitos grises se movían a lo largo del tronco hacia la proyección.

Era muy tranquilizador porque significaba que ese mundo raíz no era extravagante, sino simplemente curioso. Los había estado observando y ahora se preguntaba cuál era el motivo de su visita. El residual estiró su rama y examinó la escultura. En algún lugar debía estar el punto de contacto. La superficie de la réplica parecía muerta. Esto cambió tan pronto como el residual tocó la capa con los conductos. De inmediato sintió una sensación de hormigueo. Agitó su rama hacia adelante y hacia atrás hasta que la conexión fue óptima. Luego la dejó caer, pero los tubos la mantuvieron en su lugar.

—Soy...

Espera. El residual había olvidado quién era. Debía ser por la base biológica que eligió.

—Eres el tercer residual del vigésimo sexto crecimiento del tercer nivel beta.

—¡Por supuesto!

El crecimiento número 26 del tercer nivel beta, claro. Pero ¿el tercer residual? Siempre había creído que era el primer y único residuo de su crecimiento.

—Lo siento, pero eres el tercer residual. Conocí al segundo personalmente y escuché sobre el primero.

Mientras estaba en conexión, el residual no podía ocultar sus

pensamientos. No importaba si hablaba en voz alta o no.

—¿Qué pasó con mis predecesores?

Se limitó a formular sus pensamientos de manera acústica. Eso parecía más natural. ¡Qué rápido se había acostumbrado a este cuerpo! Hace unos días, la codificación de las fluctuaciones de presión del aire respirable todavía le parecía muy extraña.

«Tienes una historia interesante». El pensamiento apareció en su cabeza como un intruso. «Cuéntame más».

—¿Podrías limitarte a la comunicación acústica? —pidió—. Sé que puedes.

«Sí, pero es muy incómoda».

—Aun así. Por favor. De esa forma, podremos incluir a nuestros huéspedes en la discusión.

—De acuerdo. Pero ¿de qué huéspedes estás hablando? ¿Te refieres a la máquina inútil que falló a mitad de camino? Parece ser tecnología humana primitiva.

—Sí, me refiero a esa también. Se llama Norbert Dos y me salvó la vida.

—Técnicamente eres inmortal —aclaró el mundo raíz.

Su voz salía directamente de la proyección de la escultura. Era tan nítida e intensa que parecía emanar desde el borde de la copa.

—La máquina ayudó a poner a salvo este cuerpo, que necesito para mi contacto con los humanos.

—De acuerdo. Pero usaste la palabra en plural.

—¿Qué palabra?

—Huéspedes.

El mundo raíz tenía razón. Pero ¿cuál era la mejor manera para que el residual transmitiera que había incorporado a una abint?

«¿Una abint? ¿Te has vuelto loco?».

—Habíamos acordado una comunicación acústica.

«¿Para que la abint pueda oírnos? Ni hablar».

De repente, todo se tornó oscuridad. Desde arriba, se oyó un silbido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el residual.

«Ya no eres bienvenido. ¡Una abint a bordo de un mundo raíz!, eso nunca había sucedido».

—¿Y por eso matarás este cuerpo? ¿Así trataste al segundo residual?

La rama con la que el residual mantenía la conexión se estaba enfriando. También le resultaba cada vez más difícil respirar.

«El segundo residual no pudo soportar la soledad y se fragmentó».

—¿Cómo lo sabes?

«Estuvo aquí, buscando ayuda. Pero no pude ayudarlo».

—¡Debió ser terrible!

Fragmentar y distribuir la propia conciencia podía ser la muerte más cruel que el residual podía imaginar. Su predecesor debió haberla experimentado. Se había disuelto en millones de partes. Si hubiera perdido el conocimiento demasiado pronto, el proceso habría fracasado.

«No me distraigas. Debes irte. La comunicación con una abint es inaceptable».

—Tengo trabajo. Debemos activar la trampa. Para eso necesito a la abint. Es mi vínculo con los humanos. Estás obligado a ayudarme.

El residual cogió el casco y se lo puso antes de asfixiarse.

«No estoy obligado a hacer nada. ¿Por qué no te presentas con la Incursión ahora mismo y te alistas? Sabemos que está dirigida por abints, ¿no?».

—Eso no es seguro. Aunque así fuera, esta abint es diferente. Nos ayudará. Lo harás ¿verdad, Alexa?

—Sí, me esforzaré todo lo posible por destruir a la Incursión. No debe llegar a la Tierra.

«No me lo creo. Seguro tiene sus propios planes».

—¿Y si lo hace? En este momento, nuestros planes van en paralelo y eso es lo que importa. Podremos destruirla más tarde.

—¿A quién quieres destruir? —preguntó Alexa, quien, por supuesto, no había oído los pensamientos del mundo raíz.

—A nadie —dijo el residual.

«Si no me crees, me fragmentaré aquí y ahora», pensó. «Probablemente, llevaste a mi predecesor a la desesperación tanto como a mí».

Volvió a hacer más calor y las paredes se cubrieron de un azul apagado.

—¿Eso significa que me crees? —preguntó el residual.

«No, no creo nada de lo que dices sobre esta abint. Pero debo pensar que es posible que cumplas tu amenaza. No quise creerlo con el segundo residual, y tú eres una copia suya».

—No importa cuál sea el motivo, agradezco tu comprensión.

—Ah, ¿ahora somos bienvenidos en la nave? —preguntó Alexa—. Cuando se apagó la luz, temí lo peor.

—Bienvenidos puede que no sea el término correcto. Aunque nos toleran.

—Eso es suficiente. Me pregunto si aún podrías conectarte a la memoria del mundo raíz. Trabajo mejor cuando tengo acceso a la tecnología de sensores.

«Quiere meterse dentro de mí. ¿Lo ves? No se puede confiar en la abint».

—¿Alexa? Me temo que eso no es posible. Las conexiones son demasiado sofisticadas. No podrías hacer nada con los datos y su gran

volumen.

—Si pudieras cargarme directamente en la memoria, lo comprobaría por mí misma. De hecho, puedo crear un emulador para cualquier sistema que ejecute mi *software* sin problemas.

«Olvídalo. No dejaré que una abint entre en mi sistema».

—Estás imaginando esto con demasiada sencillez. El mundo raíz no tiene ninguna electrónica central. Todos los procesos se ejecutan en paralelo en todas las partes del crecimiento. Juntos forman la conciencia.

—Entonces, ¿es como los humanos?

—Po lo que sé, la conciencia se concentra en el órgano central.

—La capacidad de pensar, tal vez, pero la conciencia también incluye el cuerpo.

—Es diferente de los humanos. En un crecimiento, cualquier célula puede asumir la función de una neurona. Cualquiera. Un crecimiento podría pensar en un problema con todo su cuerpo. En teoría. En la práctica, es un poco diferente porque tiene que realizar funciones de soporte vital en paralelo.

—Con mayor razón, al crecimiento le quedan células en las que podría instalar mi *software*.

—Para eso, tendría que haber una manera de entrar, una conexión que traduzca la comunicación electrónica a la química.

—Seguramente tienes algo así.

—No, pero podríamos cultivarlo.

El residual tuvo una idea de cómo detener a Alexa. Pretendería construir una conexión. Pero en realidad, se trataría de una conexión de carga para Norbert Dos.

«Estoy de acuerdo», dijo el mundo raíz.

—Desarrollaremos una conexión —prometió el residual—. Sin embargo, tendrás que tener paciencia hasta mañana.

—Gracias —dijo Alexa—, pero ¿podríamos, al menos, partir hoy para liberar la nave humana de la Incursión?

«¿Qué pide ese arrogante programa informático?».

—Creí que íbamos a sostener un intercambio acústico —recriminó el residual.

—¿Perdona? —dijo Alexa.

—Estoy hablando con el mundo raíz. Se niega a comunicarse contigo.

«La abint debería alegrarse de que no esté dispuesto a destruirla».

—No se te permite hacerlo. Tu autonomía no llega tan lejos.

El residual no estaba seguro de eso. El mundo raíz con el que estaba hablando se le parecía más de lo que creyó al principio. El crecimiento que le dio origen se desprendió de él dejando solo una conciencia residual, suficiente para detener la Incursión.

«No soy un remanente. Soy lo mejor que el crecimiento tenía, solo que comprimido».

—Sí, eso es lo que te dijeron.

Era molesto que el mundo raíz pudiera leer sus pensamientos. Pero había una manera de detenerlo.

«No lo hagas. No me dejes solo».

—No te dejaré solo. Puedes hablar con nosotros en cualquier momento.

El residual retiró su rama de la escultura. En el mismo instante, una presión en su frente que acababa de notar desapareció.

—¿Mundo raíz? ¿Podemos discutir nuestros planes ahora?

—¿Por qué, de todos los crecimientos, me elegiste a mí, residual? Eres complicado. Solo quiero hacer mi trabajo y eliminar a la incursión de nuestro espacio-tiempo.

—Yo también quiero hacer eso. Pero debemos crear las condiciones para ello.



JARON SE DESPERTÓ porque tenía frío. De pronto, se dio cuenta de que no se encontraba en la pequeña cabina que Sardi había asignado a cada uno de sus huéspedes. Olía diferente. El soporte vital insuflaba aire fresco a la habitación, que también era mucho más grande que la suya. Jaron se palpó. Estaba desnudo. No era de extrañar que estuviera temblando. ¿Y su ropa? ¿Había, al menos, una manta? La litera estaba a la derecha. Tanteó hacia la izquierda. Su mano encontró la manta. Había algo detrás. Alguien.

Con cuidado, tiró de la manta. Quería cubrir su desnudez antes de que la persona despertara. ¿Qué había pasado? Tan pronto como se cubrió, la persona refunfuñó algo. Reconoció su voz y, después, su aroma. Era Celia. ¿Qué estaba haciendo en su cama? No, no era suya. ¿Cómo terminaron así? Jaron apenas pudo evitar saltar. Si estaba desnudo, tenía una idea del estado en que se encontraba Celia.

Mierda. No había sido su intención que eso sucediera. ¿Hicieron...? Pero ¿cómo podrían trabajar juntos si...? Eso no debió suceder. No. Fue culpa de Sardi. El capitán los había invitado a todos. De algún modo, se le había olvidado de que era 31 de diciembre. Nochevieja. Sardi incluso había proporcionado alcohol recién elaborado por sus ingenieros. Ganna estaba orgullosa de que su licor de patata supiera como en casa.

Debió beber demasiado. Jaron no podía explicarlo de otra manera. No toleraba bien el alcohol. Para orientarse, siempre necesitaba mucha concentración. Después de unos cuantos cócteles, la perdía. Ahora lo recordó. Celia se había ofrecido a llevarlo a su cabina. Por alguna razón, debieron terminar en la cápsula. Quizá Celia estaba tan borracha como él. Con suerte, no les habría quedado fuerzas más que para dormir.

La manta hizo frufrú. Celia se volvió hacia él. Dentro de poco, se sorprendería al ver a un hombre desnudo acostado a su lado. Pero no dijo nada. En vez de eso, su mano recorrió su piel fría, hasta su miembro, que aún tenía la rigidez matutina. Jaron tensó involuntariamente todos sus músculos, como si no debiera reaccionar bajo ninguna circunstancia, pero cuando Celia pasó su dedo índice por la punta, su miembro lo traicionó y se endureció.

Jaron fingió que le había hecho cosquillas, se rio un poco y, luego, apartó suavemente su mano.

—¿No fue una noche agradable? —preguntó ella—. Me gustaría repetirla.

¿Agradable? Reprimió la pregunta, que, tal vez sería un insulto. Estaba seguro de que la noche anterior había sido magnífica. Ahora

también recordaba la sensación de sus manos deslizándose sobre el cálido cuerpo de Celia, explorando cada rincón, creando en su mente una imagen de su impecable belleza que nunca olvidaría.

Pero estuvo mal. Aún tenían sesenta años por delante, juntos en espacios reducidos. ¿Qué pasaría si discutieran y luego, no pudieran llevarse bien?

—Yo... No lo sé —dijo—. Tengo frío.

Jaron quería levantarse, pero fue demasiado lento. Celia se había deslizado junto a él. Sus cálidos pechos presionaron el suyo. Sus brazos lo rodearon. Olió su cabello. Su rostro desapareció en él mientras ella cubría su cuello con besos, dando mordiscos que dolían un poco.

—¿Me estás dando chupetones? —preguntó.

—Claro, me encantan los chupetones. Además, es lo justo, porque anoche me diste algunos.

—¡Espera!

Cogió su rostro entre sus manos para evitar que ella continuara besando su cuello. Mientras lo hacía, sintió humedad bajo sus dedos. ¡Sus mejillas! ¿Eran lágrimas? ¿Celia había estado llorando? ¿Seguía llorando? No podía dejarla así. No debía llorar. Se inclinó y besó las zonas húmedas. Sabían saladas. ¡Lágrimas! Besó sus mejillas, de izquierda a derecha, luego su frente y su nariz, besando cada lágrima que pudo encontrar. Ella no debía llorar por su culpa. Llegó a la punta de su nariz y, de repente, bajó un poco más. No quería porque no debía, aun así, llegó a su boca, se besaron y él también la rodeó con sus brazos, y el resto del mundo desapareció cuando se fusionaron.



JARON OYÓ UN PORTAZO. El sonido vino de cerca. Se sentó y escuchó, pero no se oía nada excepto el soporte vital y la respiración de Celia. Entonces el intercomunicador de la cápsula crepitó.

—¡Buenos días, jefe! Disculpa, ¿podría hablar contigo?

—¡Buenos días, Jürgen! ¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, claro, ¿por el vodka de ayer? Carlota me dio una pastilla. Desde entonces, la resaca desapareció. ¿Estáis bien?

¿Estáis? ¿Qué quería decir? ¿Se habían dado cuenta?

—Eh, ¿estamos? —preguntó Jaron.

—No tienes que andarte con rodeos, jefe. Estuve en la cápsula un minuto antes. Regresé enseguida, por supuesto. No me di cuenta de que os habíais retirado ahí. Pero lo entiendo, jefe. Nos hemos estado preguntando por qué no os liabais. Lo habéis postergado tanto que era insoportable veros.

¿¡Qué!? ¿Cómo se le ocurría a Jürgen? Eran amigos y se llevaban

bien, eso era todo. Una mano subió por su espalda hasta su cuello. Le hizo cosquillas y Jaron tuvo que reírse.

—¡Bien!, me alegro de oírte reír, jefe. Aunque no te preocupes, no se lo diré a nadie. Si quieres que sea un secreto, lo será.

—No te preocupes, Jürgen —dijo Celia—. No tienes que mentir por nosotros. Somos adultos ¿no?

Eh… sí, por supuesto que lo eran. Aun así, Jaron preferiría que los demás no cuchichearan sobre ellos.

—¿Qué estabas haciendo en la cápsula? —preguntó Jaron.

—Sí, por eso estoy aquí. Sardi nos pidió a Ganna y a mí que revisáramos todas las cápsulas. Quizás alcancemos pronto la barrera interior y Amélie nos advirtió que si intentamos atravesarla, la nave podría correr peligro. Si es así, es posible que la tripulación tenga que ponerse a salvo. Solo avisadme cuando hayáis terminado con lo que estáis haciendo. No hay prisa, tenemos otras diez cápsulas.

—Ya estamos vestidos —mintió Jaron—, y estábamos a punto de dirigirnos al cuartel general. Cuando viniste, ¿Ganna te acompañó?

—Sí. Aunque ella vio menos que yo.

—¿Estás seguro?

—Sí, tan pronto como se abrió la esclusa se dio cuenta de que había un sostén y unas bragas en el suelo y se giró.

—¿Y tú no?

—Desde luego que no. Tenía que verificarlo para asegurarme de que no se tratara de alguna emergencia o algo ilegal. No sabía que erais vosotros. Cuando Celia te remolcó, parecías estar bien.

—¡Oh!, verás, no se dio cuenta de que nos habíamos metido en el retrete...

—Shhh, Celia. Dejémoslo así, por favor.

—¿Perdona? No te entendí bien, jefe.

—Dije que te quedes ahí hasta que te dé la orden. Saldremos enseguida.



DE CAMINO AL PUENTE, Celia le cogió la mano con indiferencia. Él dejó que sucediera. Se sentía muy bien, aunque estaba seguro de que se arrepentiría. Del mismo modo que ahora se arrepentía de los cuatro o cinco cócteles que había tomado la noche anterior. Con suerte, Carlota también tendría una pastilla milagrosa para él.

Había excitación en el puente. Jaron escuchó a más gente de lo habitual hablando de una manera tan confusa que todo se mezcló en una pared de ruido. Los teclados trabajaban rítmicamente, las botas resonaban y, al menos, tres holopantallas zumbaban en el extremo inferior del espectro. Podía oler que debían ser proyecciones por el

típico olor a ozono.

Celia lo llevó a su silla. Él le apretó la mano de nuevo y luego buscó los auriculares. Fue un verdadero alivio cuando, al fin, pudo desaparecer en su propia esfera de sonido. Pero el dolor de cabeza todavía le palpitaba detrás de la frente, así que volvió a bajar las almohadillas.

—¿Serías tan amable de traerme uno de esos analgésico de Carlota?

—Claro —dijo Celia—. Vuelvo enseguida.

Su mano le acarició la frente. Luego, se alejó. Como una sombra, su olor permaneció con él un poco más, hasta que fue disipado por las corrientes de soporte vital. Jaron volvió a ponerse los auriculares. El agitado mundo retrocedió y dio paso a un universo en el que él estaba solo.

Desde allí, se abrió paso en la distancia con el mando. Primero, se encontró con un objeto con forma de cigarro, que aceleraba con frenéticos impulsos desde su popa. Al parecer, Sardi había enviado una nave de exploración para investigar la estructura del muro. Su objetivo pasó a la imagen acústica siguiente. Innumerables pulsos monótonos le mostraron una pared que se elevaba en vertical frente a ellos, extendiéndose interminablemente hacia arriba y hacia abajo. Aún no podía comprender que en la realidad del mundo exterior, esta enorme distancia abarcaba solo unos pocos kilómetros. Si ampliaba aún más la sensibilidad de las antenas y el radar, detectarían la esfera de agua muy por detrás de la popa de la Espada de Dios. El anillo que la rodeaba no se podía ver desde esa distancia. La nave había avanzado bastante durante la noche. Sardi debía tener prisa.

Jaron se dejó hundir en el infinito por un instante. Con el mando a distancia, ajustó los auriculares al máximo alcance y viajó mentalmente a través de las ondas de radio, que ahora exploraban para él el interior de esa gigantesca nave extraterrestre, a la que llamaban «Incursión» según las palabras del extraño residual. ¿Qué se suponía que era eso? Nunca habían verificado la historia que el hombre de Lego les había contado. Jaron pensaba que el residual era honesto. Pero tal vez, no sabía más de lo que le habían contado. Aunque su situación parecía confirmarlo todo, debían permanecer cautelosos, en especial cuando se tenía en cuenta el secuestro del Buscador.

Una mano le tocó el hombro. Volvió a la realidad y se quitó los auriculares.

—Aquí tienes la pastilla —informó Celia—. Dice Carlota que es una maravilla.

—Sí, Jürgen opina igual. ¡Viva la farmacología moderna!

Algo frío se deslizó en su mano derecha. Extendió la mano, se llevó

la botella a la boca y tomó un gran trago. Solo entonces se dio cuenta de la sed que tenía. Celia le puso la píldora en la otra mano. Tenía forma de judía y era lisa. Se la metió en la boca y tomó otro trago de la botella. El agua estaba fresca y tenía un sabor salado. Jaron resopló. Había muchas posibilidades de que uno de ellos ya hubiera excretado esta misma agua de alguna forma. Así como toda el agua a bordo, había pasado por tratamientos varias veces.

—Ah, ahí estás —dijo Amélie—. Te he estado buscando.

—Estaba... —comenzó él.

—Lo siento, estaba ocupada en algo —se excusó Celia.

Ah, Amélie se dirigía a ella. Estuvo a punto de volver a ponerse los auriculares pero le ganó la curiosidad.

—Quería mostrarte algo —dijo la física—. ¿Puedo reproducirlo en el ordenador?

—Por supuesto. ¿De qué se trata? —preguntó Celia.

—Me gustaría que formaras una opinión ecuánime.

—Bien, veamos.

La silla de Celia chirrió. Se oyuó un interruptor y, luego, sus dedos teclearon algo.

—¡Ajá! Eso es... ¿Significa lo que creo que significa?

—¿Qué opinas?

—El alto contenido energético del vacío...

—¿Sí?

—Ha disminuido la velocidad de la luz. Esto ha causado efectos relativistas, aunque... ¿Cómo se te ocurrió?

—Ganna me dio la idea. Después de que llegamos a la esfera de agua, calculó la distancia real desde nuestro punto de partida y la comparó con el período de reflexión del radar. Para el radar, la esfera siempre estuvo más lejos que en esta realidad.

—Porque se calculó con el valor conocido de c.

¿Qué estaban discutiendo? ¿Que la velocidad de la luz era menor dentro de la nave de la Incursión? Hmm, eso no sería tan extraño. Al fin y al cabo, siempre había valores diferentes según el material.

—Exacto —dijo Amélie.

—Pero ¿sabes lo que eso significa? —inquirió Celia.

—Creo que sí. Por eso quería discutirlo contigo. Tal vez omití algo.

—No, todo me parece muy bien, hasta los cálculos.

—Gracias, Celia. Eso es lo que quería oír. O no.

—¿Os importaría informarme? —preguntó Jaron—. ¿Por qué es esto un problema?

—El valor más bajo de c no es un problema en sí mismo —afirmó Amélie—. Pero los resultados sí.

—¿Y eso es...?

—¿La dilatación del tiempo significa algo para ti? —preguntó

Amélie.

Jaron asintió. Por supuesto que significaba algo: el tiempo pasaba más lento a bordo de una nave espacial que se movía muy rápido. Era solo que, normalmente, volaban demasiado lento para que eso tuviera algún efecto real. Pero si se veían afectados por la velocidad reducida de la luz... Ahora lo comprendió.

—Parece que acabas de entender el problema —dijo Amélie.

—Hemos perdido tiempo, ¿no? ¿Cuánto?

En vez de atajar en su camino a través del interior de la Incursión, le habían dado al captor del Buscador una ventaja adicional. Con suerte, serían solo unos segundos.

—Unos cuatro días —anunció Amélie.

—¿Perdona? ¿Cuatro días? ¿Y a qué distancia estaba el Buscador de la Singularidad en el último recuento?

—Alrededor de una semana —dijo Celia.

Jaron apretó las manos y se reclinó. Nunca alcanzarían su nave. Pero no podía culpar a la Espada de Dios y su tripulación. Hicieron su mejor esfuerzo. Pero las circunstancias estaban en su contra. No debieron abandonar la nave. Él era el piloto. Debió quedarse a bordo. Así, el secuestro nunca habría ocurrido. Solo tenía una encomienda, a saber, pilotar la nave, y había fracasado.

Una mano tocó suavemente su hombro y lo masajeó. Estaba muy tenso.

—No es culpa tuya —lo consoló Celia.

Negó con la cabeza. Ella tenía buenas intenciones, pero estaba equivocada.

—Muy bien —dijo Amélie—. Gracias por tu opinión. Me reuniré con Sardi.

—Cuatro días no son un factor decisivo —argumentó Celia—. Podría haber sido mucho peor.

—Sí, cuatrocientos años, por ejemplo —reconoció Amélie—. Aunque lo habríamos notado antes. Los efectos secundarios de la dilatación del tiempo habrían sido más obvios.

—Sardi habría sido el primero en quejarse —dijo Celia—, porque habría sentido que los propulsores ya no funcionaban.



DE HECHO, el capitán estaba tan desinteresado en el descubrimiento que ni siquiera lo anunció. Amélie lo confirmó poco después.

—A Sardi no le preocupó —dijo—, pero sí cambió la fecha a bordo.

—Es verdad —exclamó Celia—. La veo. El ordenador ahora indica cuatro de enero.

—Sí, es partidario de las soluciones pragmáticas —afirmó Amélie.

—Aquí el capitán. —De repente, este habló a todo volumen por los altavoces repartidos por la nave—. Hemos alcanzado nuestra posición objetivo delante del muro. Una evaluación con una nave espacial de reconocimiento ha demostrado que las propiedades de la pared no han cambiado.

Ah, debió ser la sonda con forma de cigarro que Jaron había visualizado.

—Nuestro departamento Científico asegura que la siguiente maniobra no estará exenta de riesgos. Sin embargo, a cada miembro de la tripulación se le ha asignado un lugar en un bote salvavidas. Si no conocéis el vuestro, comunicaos con vuestros superiores dentro de los próximos cinco minutos. Además, verificad dentro de este período para ver si tenéis acceso inmediato a vuestro traje espacial. No evaluamos un riesgo tan alto que debáis ponéroslo de inmediato, pero en caso de evacuación debéis tenerlo a la mano. En cinco minutos, una alarma señalará el inicio del embate. Capitán, fuera.

Aquello se estaba poniendo serio. Jaron no tenía un buen presentimiento al respecto. Su traje debería estar debajo de la silla. Se inclinó hacia un lado y lo palpó.

—Sí, está ahí —dijo Celia.

—Será mejor que vaya a mi asiento —comentó Amélie.

—Una cosa más —intervino de repente Sardi—. El departamento Científico me ha informado de que hemos estado sujetos a cierta dilatación temporal. Por tanto, he adelantado el calendario de a bordo al 4 de enero. No hay motivo de alarma. El efecto no tiene otras implicaciones. Capitán, fuera.



La mencionada alarma sonó tan fuerte que incluso llegó a Jaron a través de sus auriculares. Tal vez, era a propósito, para que nadie se la perdiera. Comprobó el cinturón de seguridad. Una cerradura hizo clic a su derecha. Celia debió haber ido al lavabo.

—Debí haber ido —dijo él.

—La fila era tan larga que no pude ir —explicó Celia—. Bueno, nada que un pañal no pueda resolver. ¿Quieres uno?

—No tengo prisa. No es que vayamos a tardar tanto. Después de todo, la entrada fue rápida.

—Creo que fue porque la Incursión quería tragarnos. No nos permitirá salir así como así.

Eso era cierto. Si la Incursión tuviera un interés genuino en ellos, escapar no sería fácil.

Jaron sintió dos breves pulsos. Eran tan débiles que, probablemente, fue el único que los notó. El capitán había disparado

dos torpedos. ¿Por qué? Ya habían descubierto, con la cápsula y con el cigarro, que un simple choque contra la pared solo provocaba un reflejo. Prestó atención a los auriculares hasta que escuchó dos finos pitidos, apenas perceptibles junto al ruido de fondo de la pared. Como era de esperar, se acercaron a la pared, solo para ser repelidos poco después. Pero esto solo fue cierto para el primer torpedo. El segundo explotó. Jaron cambió la pantalla acústica a infrarrojos, donde la explosión proporcionó un punto brillante y extendido en la imagen. Sin embargo, rápidamente volvió a oscurecerse sin crear un agujero.

—Por desgracia, nuestros torpedos no han tenido ningún efecto —anunció Sardi por el altavoz—. Probaremos los cañones de riel.

Esas armas disparaban proyectiles pequeños y livianos, acelerados electromagnéticamente a velocidades relativistas. Perdían poca energía en el vacío y la liberaban solo cuando daban en el blanco. Debido a que la munición era fabricada de la misma manera, el canal de disparo apenas se resentía. Además, cada bala transfería mucha más energía que, digamos, un fotón láser. Por lo tanto, los cañones de riel se consideraban las armas más mortíferas en el espacio. Los torpedos podían transportar cargas explosivas más grandes, pero eran mucho más lentos y podían ser destruidos con pistolas láser o cañones.

No se podía ver nada de los diminutos y rápidos proyectiles en el radar. Sin embargo, Jaron estaba observando la sección de pared hacia donde apuntaba el capitán. Para ello había vuelto a cambiar a infrarrojos. Llegaron los primeros impactos. Apareció un punto brillante, que emitía sonidos agudos, siempre en la misma posición. Por lo tanto, debía ser muy estrecho, típico del cañón de riel. El punto estaba un poco desplazado de la nave, lo cual fue inteligente: Sardi calculó que las balas del cañón también podrían reflejarse. Corrían el riesgo de perforar la Espada de Dios.

Pero el calor generado en el punto de impacto contó una historia diferente. Al parecer, la pared no logró provocar un reflejo elástico. Las balas entregaron gran parte de su energía. Jaron imaginó las balas deformadas alejándose lentamente.

Sardi mostraba paciencia. La nave parecía tener munición de sobra. Él era muy generoso. Al parecer, esperaba que el muro no pudiera absorber más energía adicional. ¿Qué sucedería? Jaron no lo sabía. Tal vez se abriera de golpe.

—¿Ordenador? ¿Podrías calibrar el sensor? —pidió.

—El punto más caliente es de 12.300 grados —respondió el sistema.

Era bastante calor. ¿Qué tipo de material permanecía estable a esa temperatura? Jaron volvió al radar. Mostraba un paisaje sonoro estable. Pero de repente, un sonido profundo se inmiscuyó. Provino de la dirección donde el infrarrojo mostraba el punto más caliente.

—Hay progreso —informó el capitán—. Y seguimos vivos. La transición de una densidad de vacío alta a una baja parece estable.

Algunos miembros de la tripulación aplaudieron. Era demasiado pronto. Jaron pudo verlo por sí mismo. La brecha era apenas mayor que la munición del cañón de riel. Y ahora la zona ya no se calentaba más, a pesar de que Sardi tenía los cañones disparando continuamente.

—Se está perdiendo demasiada energía —observó Celia—. El espacio más allá del agujero debe estar absorbiéndola. Estoy segura de que es por la alta densidad de energía del vacío de este lado. De alguna manera sella el agujero, haciéndolo autocurativo. Quizá, por eso no podemos iniciar una transición de fase.

—Mierda —espetó Jaron.

—No, por suerte. No me gustaría estar ahí para una transición similar.

—Entiendo. Es como si estuviera preparando sopa y alguien siguiera echándole cubitos de hielo. No hierve pero tampoco puedo calentarla.

Celia rio, pero su risa sonó tensa.

—Tal vez puedas convertirte en chef cuando te aburras del asiento del piloto.

Aburrirse, por supuesto. Le gustaría ser piloto durante mucho tiempo. Era un fracaso en su trabajo y debería tener el buen sentido de dejarlo.

Escuchó nuevamente el paisaje sonoro alrededor de la Espada de Dios. Sardi había apuntado los cañones de forma diferente. Ahora dibujaban pequeños círculos. Al parecer, intentaba abrir una abertura en la pared haciendo una perforación circular. Sin embargo, los pequeños huecos no duraban lo suficiente. Cuando se formaba el siguiente agujero, el anterior ya estaba cerrado. Parecía que la Incursión estaba jugando con ellos.

—Damas y caballeros —informó Sardi—. Por desgracia, la apertura que podemos hacer con los cañones es demasiado pequeña. Ahora vamos a probar las pistolas láser. Esperemos lograr nuestro objetivo con ellas.

Jaron cambió a infrarrojos. No se podía ver el rayo láser disparando a través del vacío. Solo cuando impactó la pared se pudo ver su efecto. Lo que Jaron sí notó fue el profundo zumbido que comenzó de repente. Todos los motores de fusión de la Espada de Dios habían cambiado a la configuración de potencia más alta para proporcionar suficiente electricidad para el láser. Ya casi no quedaba nada para la propulsión.

—Hay progresos —informó el capitán.

¡Qué rápido! Al parecer, el láser transfería mucha más energía al

objetivo por unidad de tiempo que los cañones de riel. Jaron se quitó los auriculares para pedirle su opinión a Celia.

—No está mal —dijo ella sin esperar su pregunta—. No se comportaría así con ningún otro material. Dicho esto, los cañones de riel son mejores en cuanto a poder destructivo.

—¿Y por qué no sucede lo mismo aquí? —preguntó Jaron.

—Debe ser por la peculiar propiedad del muro de no estar en un lugar fijo. Recuerdas cómo nos sumergimos, ¿no? Los proyectiles del cañón chocan, emitiendo energía o no, según el ángulo de impacto. Tal vez, la mayoría de las veces no. El láser, por el contrario, emite su energía en un rango mucho más amplio. Hay muchos más fotones transfiriendo su impulso que balas de cañón.

—Gracias, Celia. Eso es comprensible.

—Aún no es más que una suposición.

—Entiendo. La ciencia en acción.

—Cierto. Si logramos salir de este cúmulo estelar, habremos avanzado cien años la ciencia de la Tierra.

—No sé si será suficiente si para entonces ya llevamos fuera casi ciento cincuenta años.

—Sabes a lo que me refiero. Ah, por cierto, te echó de menos.

Sabía a qué se refería porque él también la echaba de menos. Jaron volvió a colocar los auriculares en su lugar.

Justo a tiempo para presenciar una ventana abierta al cosmos tal como lo conocían. El sonido del muro era interrumpido en un área casi tan grande como la de la nave. Los láseres hicieron maravillas.

—Atención, vamos cogiendo velocidad —anunció el capitán.

Jaron comprobó su arnés. Necesitaba ir a los aseos. Pero tendría que esperar a que cruzaran al otro lado. La aceleración lo presionó suavemente contra el asiento. La apertura se mantuvo en su mente. El sonido escapaba a una anchura aproximadamente igual a la de la nave. Sonaba como espinacas en ebullición. La última, cayó por el borde, desbordada por el exceso de energía de ese lado, como el agua de una ola que se derrama sobre la proa.

Su imaginación se estaba desbordando. Quizás era por la pastilla de Carlota. ¿Cuándo desapareció el dolor de cabeza? Respiró hondo. La abertura en el muro exterior se acercaba rápidamente. Jaron ya estaba buscando ecos de radar desde el exterior. ¿Dónde estaba el Buscador? ¿De verdad tenía varios días de ventaja?

—Diez, nueve, ocho.

El capitán también estaba contando. Jaron forzó su ojo interior. Quería captar el momento de la transición. La nave viajaba tan rápido que los pulsos llegaban a su oído constantemente. Se confundían en un sonsonete.

—Tres, dos, uno.

«Avance», añadió mentalmente, al imaginarse que se escabullían hacia la libertad. Sardi no debía apagar los propulsores. ¡Debían alcanzar su nave!

Pero cuando llegó a cero, no cruzaron. En vez de eso, la pared saltó hacia él, de manera acústica. De inmediato, recibió un golpe que le resultó familiar. Era un movimiento imposible, como si alguien le hubiera puesto una mano en la mejilla y luego, lo hubiera golpeado con fuerza con la misma mano, sin arremeter. Era imposible y, por tanto, normal para este cúmulo estelar. El golpe fue tan fuerte que perdió el conocimiento.

Cuando despertó, la nave estaba, extrañamente, tranquila. En algún lugar lejano, alguien gimió. Jaron se aflojó el cinturón de seguridad y se enderezó. Se sintió mareado y tuvo que apoyarse en sus brazos. Un ordenador pitó, pero nadie prestó atención. Jaron se levantó. Celia. ¿Estaba bien? Caminó hacia su silla. Era solo un metro y medio. ¡Ahí estaba! Su brazo estaba caliente. Jaron tomó su pulso. El corazón latía 61 veces por minuto. Le tocó la cabeza. Su mejilla estaba mojada. Su dedo siguió la humedad y llegóa sus fosas nasales. Al parecer, sangraba por la nariz. Jaron se inclinó sobre ella.

—¿Celia?

Ella no respondió. Jaron le dio unas palmaditas en las mejillas y luego le acercó la oreja a la boca. Respiraba. Intentó despertarla dándole otra suave palmada en la mejilla. De repente, ella se sobresaltó y se levantó agarrándose de su brazo.

—Mierda, ¿qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Dónde estoy?

—Soy yo, Jaron. Estás en la Espada de Dios. Chocamos con el muro de la Incursión.

—Pero ¿cómo...?

—Debe haberse cerrado más rápido de lo esperado. Quizá no quisieron dejarnos salir.

—Tendré que investigarlo. Si es verdad... ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Celia se dejó caer en sus brazos. Su mejilla quedó junto a su pecho.

—Encontraremos una salida.

Ella sollozó y luego se secó la nariz.

—Oh, estoy sangrando —dijo, separándose de él—. Mierda, te he empapado. Tu camiseta está cubierta de sangre.

—No importa, se limpiará. Solo tápate la nariz. Debo ir a ver qué les pasó a los demás.

Poco a poco, se pudo volver a escuchar a más miembros de la tripulación. Quizá se estaban despertando uno por uno. Tenía que comprobar si había algún herido grave.

—Espera, iré contigo —dijo Celia.

Jaron tenía en mente un diseño aproximado del puente. Sus sillas,

como solo eran huéspedes, estaban al fondo. Avanzaron de una estación a otra. La mayoría de los miembros de la tripulación habían comenzado a recuperarse. Algunos presenciaron la colisión; otros estaban ocupados en otras cosas en ese momento. Todos querían saber qué había pasado. Lo sabrían cuando llegaran al puesto del capitán. Sardi no estaba solo; Jaron pudo detectarlo a unos pasos de distancia. Junto a él estaba un joven cadete, al menos, así lo llamaba.

—Tráeme algunas vendas, por favor —pidió Sardi.

El cadete se alejó.

—Ah, eres tú. Nos metimos en un lío.

No dijo: «Nos has metido». Sardi era justo, aún después de tal incidente.

Jaron suspiró.

—Lo siento.

—¿Qué le pasó a tu brazo? —preguntó Celia.

—Fue una estupidez. Vi la apertura colapsar en el último segundo.

—Oh, ¿e ibas a contrarrestarla?

—No, por supuesto que no. Nadie detiene una nave tan grande en dos o tres segundos. Iba a transferir toda la energía a los láseres. Tuve que desabrocharme el cinturón para hacerlo. Pero era demasiado tarde y me estrellé en la consola. Tuve suerte de que solo me rompiera el brazo.

—¿Tienes alguna idea de por qué colapsó la abertura? —preguntó Jaron.

—No, me temo que no. Se lo dejaré a la ciencia. Amélie debe estar aquí en cualquier momento.

—Aquí estoy —dijo ella.

—Oh, la mano no, por favor —se quejó Sardi.

—¿Necesitas un médico?

—No, un cadete viene en camino con una férula y un analgésico. Por ahora, debo cuidar de mi nave. Que, por cierto, sobrevivió bastante bien a la colisión. Solo un rasponazo, por así decirlo. Por supuesto, estoy aún más interesado en la causa del accidente. Pero no digas que íbamos demasiado rápido.

—Íbamos demasiado lento —lo corrigió Amélie—. No fue por los láseres. Eso ya lo descarté. Estuvieron disparando hasta el último segundo. Pero al parecer, la Incursión activó algún tipo de escudo que nos detuvo. ¿Queréis echarle un vistazo a esto? Lo siento, Jaron, aún no he podido configurar una versión de audio.

—No hay problema.

Jaron escuchó el fuerte clic de un botón, luego el típico zumbido del holo.

—La Espada de Dios se precipita hacia un enorme agujero redondo en la pared exterior —describió Celia—. Es mucho más grande que la

nave.

—Hasta ese momento —aclaró Amélie.

—Exacto. Ahora, partiendo de los bordes, se va moviendo una especie de cortina hacia el centro —continuó Celia—. Parece como si se cerrara un párpado. No, más bien como el obturador de una cámara mecánica.

—¿Sabemos de qué está hecho? —preguntó el capitán.

—No, no hay datos del sensor en el momento en que la Espada de Dios rebota.

—Quiero decir, ¿podemos destruirlo si nos acercamos más lento, tal vez?

—No lo sé —contestó Amélie—. El material es diferente al de la pared, pero eso podría deberse a que es más delgado.

—Entonces supongo que tendremos que intentarlo de nuevo —dijo Sardi—. ¿O alguien tiene una idea mejor?

Jaron negó con la cabeza. Hasta ahora habían sido ingenuos. La Incursión, construida por una forma de vida tecnológicamente muy superior, los había llevado al interior. Ahora no los iba a dejar ir tan fácilmente. ¿Cómo suponían que podían lograrlo?

—¿Jaron? Pareces escéptico —afirmó Sardi.

El capitán lo había observado. Pero no iba a desalentar a los demás.

—Vamos a intentarlo —exclamó—. El que persevera alcanza, o eso solía decir mi abuela.



MEDIA HORA DESPUÉS, estaba en su asiento. Esta vez, el capitán había preparado a la tripulación para una posible colisión. Jaron llevaba puestos sus auriculares. Ajustó la distancia. Los láseres ya estaban disparando. Jaron lo sabía porque el sonido profundo del universo exterior penetraba cada vez más fuerte a través de la abertura creada por el bombardeo. La nave aceleró a un quinto de g.

—Preparaos para la colisión —advirtió el capitán.

Él mismo albergaba dudas. Aun así, el agujero crecía en lugar de reducirse. Jaron no pudo calcular el tamaño de la Espada de Dios. Ni siquiera estaba presente en la pantalla audible y tampoco era visible en el radar. Pero el intento parecía ir bien, porque el capitán no vio motivo para cambiar de rumbo.

—Cuenta regresiva —dijo Sardi—. Veinte, diecinueve, dieciocho.

Esta vez empezó antes. Jaron se aferró al asiento.

—Doce, once, diez.

El ojo de la pared exterior seguía abierto. La Incursión se estaba tomando su tiempo. Cuanto más tarde frenaran, más violenta sería la

colisión.

—Seis, cinco, cuatro.

Allí estaba. El círculo se cerraba. Jaron cambió a infrarrojos. Los láseres dispararon y el anillo brilló con intensidad. Sonaba como el tintineo de un delgado cristal. Pero no se hizo añicos.

—Abortad —ordenó Sardi.

Los propulsores de freno empujaron a Jaron hacia adelante. Los cinturones de seguridad lo sujetaron. Escuchó uno o dos gritos de dolor, pero eso fue todo. La nave volvió a alejarse de la pared. El ojo se había cerrado casi por completo. No iban a escapar de la Incursión.



—NECESITO IDEAS —dijo Sardi.

Esta vez se habían reunido alrededor de Jaron. Jürgen y Ganna del departamento de Ingeniería, Amélie y Celia como científicas, el capitán, por supuesto, y Paul, quien, probablemente, sería el encargado de los milagros.

—Tal vez el Buscador de la Verdad pueda ayudarnos —sugirió Jürgen—. Después de todo, la apertura podría ser lo suficientemente grande como para enviarle un mensaje.

—El Buscador está prácticamente desarmado —respondió Jaron—. ¿Cómo va a ayudarnos?

—También se aceptan sugerencias que parezcan inútiles —animó Sardi.

—El Buscador podría bloquear la apertura —dijo Jürgen—. Solo tendría que entrar en el momento adecuado.

Era una sugerencia bien intencionada pero pondría al Buscador en peligro.

—La nave quedaría atrapada en la pared exterior y no ganaríamos nada —argumentó Jaron.

—Podríamos trabajar en esa cortina con los láseres el tiempo que quisiéramos —continuó Jürgen.

—Me temo que eso no nos llevará a ninguna parte —dijo Amélie.

Jaron le estaba agradecido. No quería que su Buscador se desperdiciara sin sentido.

—He analizado el efecto de nuestras armas en la cortina —continuó Amélie—. No es mensurable. Si la Incursión no nos deja salir voluntariamente, nos será imposible.

Jaron escuchó pasos. Probablemente era el capitán, dando vueltas alrededor de su silla. Podía empatizar con él. Estar encerrado y no poder hacer nada al respecto era muy frustrante. Sardi estaba a cargo de esta nave.

—Tal vez podamos contactar con la Incursión —sugirió Paul—.

Necesitamos convencerlos de que no somos un peligro para ellos y que pueden liberarnos.

—Creo que ya lo saben —dijo Celia—. No nos tienen miedo, estoy segura. La Incursión nos mantiene aquí por curiosidad. Podría apostarlo.

—No lo sabremos hasta que hablemos con ellos —continuó el sacerdote.

—Pero ¿cómo contactarás con una forma de vida cuya verdadera naturaleza ni siquiera conoces? —preguntó Jaron.

—No podría decírtelo. Para eso tenemos la ciencia.

—Bueno, son posibles todo tipo de sistemas de señales —afirmó Jürgen—. Yo comenzaría por lo que estamos seguros, la Incursión puede percibir: Claramente, el movimiento de la nave. Necesitan seguir nuestro rumbo para poder levantar la barrera a tiempo. Si cambiamos nuestra velocidad de ciertas maneras, podemos codificar información en ella.

—Cierto —confirmó Amélie.

—Pero no conocen nuestro código —protestó Jaron.

—Ese es un problema menor —dijo Amélie—. Creo que con su avanzada tecnología, podrían descubrir rápidamente cualquier codificación. La pregunta más importante es si les importa lo que tenemos que decir. ¿Tú te detienes a observar si los congéneres de las hormigas que acabas de pisotear en el suelo están realizando danzas?

—Vale la pena intentarlo —dijo Sardi—. Gracias por la idea, Paul y Jürgen. ¿Alguna otra sugerencia?

—Me gustaría adaptar un poco la primera sugerencia de Jürgen —intervino Ganna—. La idea de bloquear el agujero.

—¿Sí, por favor?

—Bueno, ahí está esa enorme esfera de agua. Si pudiéramos dirigirla al agujero, dejaría un hueco lo suficientemente grande como para que la Espada de Dios pudiera pasar.

—Pero si la esfera está embutida en el agujero, ¿cómo saldremos? —preguntó el capitán.

—Es agua. La nave debe poder cruzarla.

—Habría que tener mucho cuidado, Ganna —dijo Amélie—. Si entramos demasiado rápido, la superficie del agua será tan dura como el hormigón.

—Eso está claro. Tendríamos que sumergirnos a una velocidad relativa muy baja. Mientras tanto, también tendríamos que apagar los propulsores y sellarlos.

Jaron imaginó el desarrollo práctico de la sugerencia de Ganna. Atascada en el agujero de la pared como un tapón, una enorme esfera de agua. Una hormiga se zambulló en ella y cruzó. ¿Ganna también había considerado las corrientes que arremolinarían a la hormiga?

—No lo sé —dudó Celia—. Esa cortina en la que ni siquiera nuestros láseres funcionan, ¿no atravesaría la esfera?

—Y luego está la diferencia entre el espacio interior y el exterior —agregó Amélie—. ¡Y las otras dimensiones! Tengo miedo de que el agua se derrame. No quedaría nada de la esfera.

—También me temo que eso podría atraer la atención equivocada —dijo el capitán—. Sabemos que están aquí por el agua. ¿Qué van a pensar cuando se las quitemos?

—He hecho los cálculos —constató Jürgen—. El mayor problema sería lograr que la esfera se moviera. Su masa y, por tanto, su inercia es tan grande que necesitaríamos meses para recorrer la distancia hasta la pared exterior. Así que eso sería lo último que intentaría.

—Estoy de acuerdo —dijo el capitán—. Por desgracia, esto nos deja con una sola propuesta. Las hormigas bailarán.

—Tengo otra idea —exclamó Amélie—. Aunque no sé si nos hará algún bien.

—Analicémosla juntos —pidió Sardi.

—Bueno, cuando el ojo se cierra, no se cierra del todo. No sé si es pereza o falta de material, pero en el medio hay un hueco de unos diez metros de ancho.

—Quizá sepan que no podremos atravesarlo —dijo el capitán.

—Estoy segura de eso. Por lo que no creen que sea necesario cerrar el agujero por completo. Podríamos aprovechar eso para enviar la cápsula del Buscador.

Jaron sintió que sus palmas sudaban. Era una excelente sugerencia.

—Podríamos buscar ayuda fuera —añadió—. El residual, los hongos gigantes… debe haber alguien que pueda ayudarnos.

—¿Cómo? —preguntó Paul—. ¿No existe el peligro de que si ven la cápsula, cierren también el agujero restante?

—Bueno, ha estado acoplada a la Espada de Dios todo el tiempo —dijo Amélie—. Lo que hacemos es repetir nuestro último intento. Luego, justo antes del impacto, disparamos la cápsula. Creo que solo tendremos una oportunidad.

Era un experimento peligroso. Tenían que viajar lo más rápido posible si querían burlar a la Incursión. Pero si la cápsula chocaba contra la pared a máxima velocidad, era probable que ninguno de los pasajeros sobreviviera.

Jaron volaría solo, eso era seguro.

—Lo haré yo —se ofreció Jaron.

—¿Tú? —preguntó Celia—. En todo caso, lo haremos juntos.

—Es demasiado arriesgado —protestó Jaron—. Solo uno de nosotros debe ponerse en peligro. La cápsula podría estrellarse en la pared.

—Tal vez. Pero si no es así, estarás solo ahí afuera. Sé que eres

muy capaz, Jaron, lo sabes. ¡Pero debes encontrar ayuda para la Espada de Dios! Creo que alguien debe acompañarte.

Por supuesto, sabía a quién se refería Celia, pero eso estaba descartado. Él quería que ella sobreviviera, para él, no se avergonzaba de confesarlo.

—Celia tiene razón —reconoció Jürgen—. No deberías volar sin un buen ingeniero de vuelo. ¿Qué harás si algo se estropea?

—Coincido con tu amigo —dijo Sardi—. Por tu cuenta, tus posibilidades serán mínimas.

¿Debía llevarse a Jürgen? No tenía un buen presentimiento.

—¿Y si nos quedamos sin recursos?

—No te preocupes, jefe —dijo Jürgen—. La cápsula está bien abastecida de combustible y comida para dos semanas, y eso con una tripulación completa de cinco personas.

—¿Sí? —preguntó Celia—. Entonces lo decidiré como líder de la misión. Vinimos aquí juntos, así que todos regresaremos en la cápsula.

—¡Pero Celia, no puedes hacer eso! —protestó Jaron—. ¡Es demasiado peligroso!

—Por supuesto, cualquiera que piense que es peligroso puede quedarse aquí. No culparé a nadie por hacerlo. Tú decides, Jaron.

Uf. ¡Qué bien! ¿Qué se suponía que debía decir? De ninguna manera dejaría que Celia volara sola. «Gracias, Amélie, por esta descabellada idea».

—Bueno, combinemos las dos ideas —sugirió el capitán—. Comenzamos un nuevo acercamiento al muro y codificamos algún mensaje simple en la aceleración. Luego disparamos, abrimos el agujero, y justo antes del impacto, lanzamos la cápsula.



LOS CUATRO ESTABAN sentados en la cápsula. Carlota había decidido quedarse a bordo de la Espada de Dios. Ahora no tenían médica, pero en las dos o tres semanas que les quedaban para activar la trampa no era probable que enfermaran. La médica era más necesaria a bordo de la gran nave.

—Cuídate, má... máquina —farfulló Ganna, al parecer, todavía de pie junto al asiento de Jürgen.

—Nos volveremos a ver, lo prometo —contestó Jürgen—. Te construiré el accesorio de reciclaje mejorado para el excusado que diseñamos.

Eso sonó muy romántico. Jaron pensó en despachar al ingeniero. Era evidente que había encontrado un espíritu afín. ¿Por qué tenía que arriesgar su vida? Era comprensible que Paul estuviera a bordo. Aún buscaba a su creador. Jaron estaba más enfadado con Celia, quien le

arrebató la decisión. Habría preferido aceptar su sugerencia. Pero entonces, tal vez tendría que ver cómo la cápsula explotaba en la pared. No, estaría ahí cuando la historia llegara a su esperada conclusión. Al menos, Carlota tuvo la sensatez de no abordar la cápsula.

—Buena suerte —les deseó Sardi por la radio de la nave—. Y recordadnos de vez en cuando. Sois nuestra única esperanza de salir de aquí.

—Tal vez puedas hablar con la Incursión —dijo Celia.

—Lo intentaré, pero no creo que se interesen por las hormigas que tienen en sus botas.

—Voy a cerrar el mamparo —advirtió Ganna.

Jaron oyó un silbido. Algo chirrió cuando se cerró el pestillo desde el exterior. Jaron se puso los auriculares. Estaba conectado con los demás por radio por lo que aún podía oírlos.

—Mamparo cerrado —confirmó Celia.

Fuertes abrazaderas sujetaban la cápsula a la Espada de Dios. La gran nave estaba ganando velocidad. Sintió como si la propulsión petardeara. La duración de los pulsos representaba el código que Amélie había insertado. Si alguien observara y midiera el aumento de velocidad por segundo, el mensaje primitivo sería identificado. Consistía en una repetición constante de dos palabras: Por favor, ayuda. Las letras estaban codificadas en el alfabeto inglés. Jaron lo encontraba extraño pero Amélie lo tranquilizó: al final no importaría. El destinatario del mensaje podría decodificar el código sin conocer el contexto.

Enviarían la frase corta repetidamente. La aceleración en constante cambio hizo que el vuelo fuera algo incómodo. Jaron escuchó que alguien hacía extraños sonidos al tragar.

—Mierda —espetó Jürgen.

Se escuchó un ruido, seguido de arcadas. Poco después, percibió un olor agrio.

—Lo siento, chicos —se disculpó Jürgen.

—No hay problema —dijo Celia—. Yo también me estoy cansando de las sacudidas.

«Habría sido mejor que os hubierais quedado en la nave». Jaron no lo dijo y se alegró de haberse abstenido porque la Espada de Dios se movía de la misma manera. Probablemente en este momento había mareos y asfixia en cada rincón del puente. Aquí tenían suerte. El olor a azufre llegó desde atrás. Debía provenir de Paul, quien, al parecer, reaccionaba de manera diferente a los cambios de aceleración.

De repente, la pared estaba frente a ellos. Jaron se sorprendió por la vista, que resonaba en su cabeza como música de órgano cuando el organista se apoya con fuerza en las teclas.

—Estamos a punto de conseguirlo —dijo, sin saber si mostrarse ansioso o exultante.

Jaron optó por el término medio y miró con indiferencia. Incluso logró desvincularse y observar al piloto en los últimos segundos antes del impacto. La impresión desapareció repentinamente porque sintió una mano en su hombro. La calidez de Celia lo devolvió a su cuerpo. No quería que ella muriera y tampoco quería morir. El miedo era lo único que sentía por lo que temió el impacto que Sardi anunció desde la Espada de Dios con una nueva cuenta regresiva.

—¡Cuatro, tres, dos, uno: lanzamiento!

Su cuerpo presionó la base a ocho o nueve g. ¡Ahora era real! Aparecieron puntos brillantes en su campo de visión. La fuerza de la inercia afectó a los nervios que conducían a sus centros visuales. Pensar se volvió difícil. Los pensamientos se retorcían en su cabeza como fideos. ¿Era el impacto? ¿Acababa de morir? De repente, el mundo volvió a liberarlo de su abrazo. Estaba solo y flotaba en el espacio hasta que, de repente, una pared se materializó detrás de él. La cápsula debió haber activado su radar. ¿Detrás de él? ¿Eso significaba que lo habían logrado?

—¡Cruzamos! —anunció Celia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias! —exclamó Paul.

—Star Liner a Espada de Dios, adelante —dijo Jürgen.

Era una buena idea. Pero no obtuvieron respuesta. Jaron escuchó hacia la popa. Habían dejado atrás la Incursión. No había señales de una abertura.

—La abertura debe haberse cerrado por completo —supuso—. Esta vez tuvimos más suerte que sentido común.

—Espera —dijo Celia—. Examinaré el casco exterior de la Incursión en terahercios.

—¿Qué ves?

—Compruébalo tú mismo, te estoy transmitiendo un primer plano.

El sonido de fondo de sus auriculares cambió. Fue como si hubiera metido la cabeza en un enjambre de abejas.

—Eso es muy incómodo.

—Espera, intentaré reducir el ruido.

En efecto, la mayoría de las abejas huyó. En su lugar, un fino gorjeo se volvió más claro, representando un canal delgado. Se hallaba tras ellos, y más o menos de donde venían.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó.

—Esa abertura es donde se unen nuestra trayectoria y el muro de la Incursión —explicó Celia.

—¿Su tamaño…? Unos pocos centímetros como máximo.

—Exacto. Mide unos 38 centímetros.

—Eso no hubiera sido suficiente para nuestra cápsula.

—Sé a qué se refiere Celia —aseguró Jürgen—. Se trata de las proporciones. Todo parecía mucho más grande por dentro que por fuera, ¿no? Eso también se aplica a la abertura.

—Muy bien dicho, Jürgen.

—Entonces, ¿volamos por una abertura para la que éramos demasiado grandes? —preguntó Jaron—. ¿Y no nos aplastó?

—No, era lo suficientemente grande para nosotros. El hecho de que parezca mucho más pequeña desde fuera no afecta.

—¿Así que podríamos volver?

—No, no lo creo. Desde este lado, nos resultaría imposible. Aquí somos parte de una realidad alterada.

—No lo entiendo —admitió Jaron—, pero eso no cambia los hechos. Por eso debemos encontrar al Buscador lo antes posible.

—¿Sabes qué me hace sentir un poco mejor? —comentó Jürgen.

—Dime.

—Vale, jefe. No necesariamente tenemos que apresurarnos. Mientras aquí pasan cuatro días, dentro de la Incursión solo pasa uno. Así que la tripulación de la Espada de Dios no tendrá que esperar mucho para que la rescaten.



El habitáculo había cambiado. Las raíces habían crecido desde el techo siguiendo un sistema errático, pero cada una de estas conexiones obedecía a un plan. El mundo raíz se estaba remodelando. Controlaba su propio crecimiento para crear las condiciones necesarias para albergar a quinientas personas.

Alexa había proporcionado los planos. El residual estaba sorprendido por la extensa infraestructura que necesitarían los humanos, al menos si creía en la abint. El mundo raíz en su forma original no podía proporcionarlo todo. Por ejemplo, a bordo no había metales ni plásticos. Todas las estructuras tendrían que crecer. Sin embargo, lo sorprendente era lo bien que el micelio podía imitar productos fabricados por humanos.

El residual se paseó por el sitio de construcción, que en realidad era más bien un jardín. Ya se podían ver las primeras camas. Se detuvo junto a una y se sentó con cuidado. La superficie era blanda, demasiado blanda. Incluso había una manta encima. El residual se la puso en el regazo. Consistía en varias capas de tejido fúngico seco que se sentía áspero bajo los dedos.

Tal vez demasiado áspero para algunas personas. Aunque todas parecían idénticas, probablemente tenían necesidades muy diferentes. El residual lo había notado al conversar con el pequeño grupo en el Buscador. Alexa lo confirmó y advirtió de los problemas que surgirían.

Los resolverían. Los humanos también parecían ser muy creativos. Hasta Alexa los elogiaba por ello. Entonces, ¿por qué necesitaban esas seis abints?

La estatua lo llamó. El residual corrió en su dirección. Cuando todo esto estuviera construido, necesitarían más presencias, en especial porque se suponía que los humanos necesitarían muros que les proporcionaran privacidad. Para entonces, el residual ya no estaría a bordo. Por lo tanto, los humanos tendrían que mantener contacto con el mundo raíz. Con suerte, se llevarían bien. Por desgracia, el ejemplar que tenían era un poco testarudo.

—¿Te ayudo? —preguntó el residual.

—Pon tu rama en el punto de contacto —indicó el mundo raíz.

Oh, su estado de ánimo no había mejorado desde esa mañana.

—¿Por qué? Creí que habíamos acordado una comunicación acústica.

—Quiero mostrarte algo.

El residual suspiró. Extendió la mano y tocó la parte de la estatua donde las fibras nerviosas del mundo raíz afloraban.

«Gracias, así está mejor».

—Pero solo como excepción.

El residual siguió hablando en voz alta para que Alexa al menos pudiera hacerse una idea de la conversación.

«Le estás dando mucha consideración a la abint. ¿Estás seguro de que no te ha corrompido?».

—La necesitamos. Pensé que lo habíamos aclarado ayer. Ella sabe mucho más que yo sobre los humanos.

«La tolero, sí. Pero no permanecerá a bordo más tiempo del necesario. Debes garantizármelo».

—Vale. Ahora, ¿qué quieres mostrarme?

«Nos acercamos a un grupo de objetos de la Incursión».

Una imagen tridimensional apareció en su mente. Esta se resistió por instinto. El residual cerró los ojos y se relajó. La mente cedió y dejó el escenario a la imagen.

—Veo siete, no, ocho enormes cuboides negros moviéndose en formación cerrada —dijo—. Según su rumbo, provienen de la Singularidad. No se puede discernir un destino. Definitivamente está en la periferia de la nebulosa oscura.

El residual jugó con la imagen, cambiando su escala, adelantándola y rebobinándola en el tiempo.

—Podría ser que el objetivo esté afuera —agregó.

Si eso era cierto, tenían un problema. El plan siempre fue destruir la Incursión tan pronto como llegara. Se suponía que no tendría la oportunidad de diseminarse por este sector del espacio. Sin embargo, el residual asumió que la Incursión cosecharía los planetas locales al principio. Ese proceso ni siquiera había comenzado. Les habría dado tiempo suficiente para activar la trampa.

«Sí, el tiempo se acaba. Debemos llegar a la semilla. Los humanos pueden arreglárselas solos».

El residual adelantó la representación. Si los objetos de la Incursión se alejaban a un ritmo constante, no saldrían del alcance de la trampa en varios días. Sin embargo, había un factor de incertidumbre: el efecto de la trampa se propagaba más lento que la velocidad de la luz. La Incursión sería advertida cuando la trampa estallara. Tendría cierto plazo para llevar, al menos, algunos objetos a un lugar seguro. Cuanto más se hubieran alejado del centro del cúmulo, más posibilidades tenían.

—No podemos abandonar a los humanos, aunque solo sea porque los necesitamos para activar la trampa. ¿Qué es lo que no entiendes de eso?

«¿Estás seguro? Quizá la abint pueda simular una conciencia humana. ¿Sabes cómo funciona el guardián de la llave?».

—Oh, ¿todo este tiempo has querido deshacerte de ella, y ahora quieres que Alexa saque las castañas del fuego por nosotros?

El residual lo consideró por un momento. Que algunos objetos de la Incursión sobrevivieran a la trampa perjudicaría a los humanos. Su sistema local seguiría en peligro. Pero el guardián era un problema. El residual no sabía cómo estaba programado. Solo conocía el principio básico: solo la causa del fallo de la trampa podría volver a activarla. Pero ¿cómo la identificaba el guardián? ¿Podría engañarlo una abint?

«¿Alguna vez has estado allí?».

—No, nunca visité la semilla. Mi presencia no era necesaria ni deseada.

«Eso me molesta. Has estado ocupándote de todo durante tanto tiempo pero no te quieren en la semilla. Quizás, eso molestó tanto a tu predecesor que…».

—¡Alto! No quiero oír eso. Se quedará así. Intentamos salvar a los humanos. Si no lo logramos en tres días, iremos a buscar la semilla y resolveremos el problema de otra manera.

«Es arriesgado, pero eso ya lo sabes».

—¿Podemos discutir lo de los tres días? —preguntó Alexa—. No querrás rendirte ¿verdad?

—No se trata de rendirse —negó el residual—. Pero me interesa escuchar tu opinión. Hemos detectado algunos objetos de la Incursión cerca de donde desapareció la gran nave humana.

—¿Puedo mirar? —preguntó Alexa.

—Mundo raíz, ¿podrías compartir la pantalla con Alexa?

—Ni de coña. La abint me contaminará.

Al menos, ahora se comunicaba de manera acústica. Era una buena señal.

—La conectaré con el punto de contacto durante un minuto. Transfiere los datos allí, eso es todo. Lo único que tienes que hacer es una transmisión unidireccional. No hay riesgo de contaminación.

—¿A cuántos voltios? —preguntó el mundo raíz.

¡Ja, aceptó! Alexa y el mundo raíz estaban destinados a convertirse en buenos amigos.

—Cinco, voltaje en corriente continua —respondió Alexa.

—Bien, lo he configurado. Ahora conéctala, residual, antes de que cambie de opinión.

El residual sacó la baratija de su bolsillo y conectó el cable al punto de contacto.

«Es suficiente. Libérame de ella».

Alejó el collar y retiró la mano del punto de contacto. Alexa, aún conectada al traje espacial, respondió:

—Espera, necesito procesar esto. El formato de datos es muy extraño. Ah, y la geometría utilizada. ¿No euclidiana? ¿Por qué? No importa. Lo tendré en un minuto.

Alexa debía estar emocionada, o no estaría tan parlanchina.

—Y ahí está. Es… interesante.

—Entonces, ¿a qué destino debemos ir? —preguntó el mundo raíz.

—Yo… No tengo idea. Todos parecen idénticos. ¿Cómo se supone que voy a saber en cuál de estos cuboides está la nave espacial?

—Has visto los datos de radar del Buscador, ¿no? —dijo el residual—. No los guardaste ¿verdad?

—Tal como creía, esta abint es incapaz —se burló el mundo raíz.

—Por supuesto que registré todos los datos —se defendió Alexa—. Pero, por desgracia, no me dan una idea clara cuando calculo el curso. La sombra del radar desapareció entre dos objetos. No está claro entre cuales, ni si la nave fue absorbida por la izquierda o por la derecha. Cualquiera de esos objetos es una posibilidad.

—No tengo suficientes recursos para atacar todos los objetos —se quejó el mundo raíz.

Por desgracia, tenía razón. Al diseñar la trampa, los crecimientos supusieron que cada nave hongo debía neutralizar a dos enemigos. Por supuesto, existía cierto rango de tolerancia. Pero no aumentaba el número a seis.

—Sugiero que analicemos la situación —propuso el residual—. Tal vez podamos ponernos en contacto con la nave, o tal vez haya otras pistas.

—El objeto que contiene a la Espada de Dios, ¿no tendría que ser más pesado que los demás?

—No podemos confiar en eso. Después de todo, no sabemos si la Incursión llegó vacía.



Era una situación extraña. Watson dirigió al Buscador, pasando por objetos de la Incursión que no parecían interesados en la nave. ¿Eran tan ignorantes? El rumbo que seguía ya debía ser fácil de calcular. Quizás, se estaban riendo de su ingenuidad. «La hormiga cree que puede hacernos daño si se lanza a la fogata, ja». O estaban tan concentrados en la confrontación con los mundos raíces que todo lo demás les parecía sin importancia. Sin embargo, eso no debería suceder con una forma de vida tan evolucionada.

Se preguntó si las cosas serían diferentes si no hubiera drenado el suministro de agua. Quizás entonces no estaría tan aburrido. El Buscador era una nave elegante. Watson aún recordaba las naves que pilotaba cuando era una tecno-IA. Eran lentas y había que tener cuidado de no utilizar demasiado combustible o masa de apoyo. Con el Buscador, podría permitirse una o dos persecuciones y aún tener suficiente capacidad para llegar al agujero de gusano.

Watson corrigió el rumbo para acercarlo aún más a un par de naves de la Incursión. No estaría de más averiguar más sobre ellas. Sin embargo, en secreto, esperaba que mostraran interés en él. Era injusto que la Espada de Dios fuera tragada por una mientras él estaba... Negó con la cabeza. Nunca se le había dado bien estar solo durante largos períodos de tiempo. Si no hubiera encontrado a Eridu, probablemente se habría desactivado hace mucho tiempo.

En realidad, era una muy buena idea. Aún faltaban tres días para llegar al agujero de gusano. Podría dormir en dos de ellos. Solo necesitaba ralentizar el reloj del sistema para que un impulso del mundo exterior le llegara una vez por segundo. Aún podría reaccionar tan rápido como un rayo. Aunque, probablemente, no sería necesario.

Watson se creó una pequeña cuenta regresiva. En cero, el mundo desaceleraría y, simultáneamente, encendería el lapso temporal.



De cerca, los objetos de la incursión parecían tan irreales como desde una gran distancia. Tal vez se debía a las dimensiones. Un crecimiento medio era enano en comparación con los cuboides negros. Además, sus contornos se desdibujaban en el fondo. Se podía ver que cubrían numerosas estrellas, pero el límite entre las muchas sombras y las pocas luces era difuso.

El residual se desprendió del punto de contacto. El mundo raíz le había dado acceso a todos los datos de los sensores. Incluso podría compartirlos con la IA, siempre y cuando esta no se conectara al punto de contacto. Ambos lo solucionarían. Eran solo unos días más. Después, Alexa se transferiría a la Espada de Dios, si la Incursión regurgitare la nave.

Si no, al menos tendrían espacio para la tripulación. En ese caso, el mundo raíz tendría que aguantar un poco más a los humanos y su IA. El residual estaría muy feliz de haber hecho su trabajo. No había duda de que lo lograría. Debían activar la trampa, y lo harían.

—Tengo algo para ti —dijo el mundo raíz.

Habló, lo cual era una buena señal.

—¿Para Alexa también? —preguntó el residual.

—Sería razonable que la IA evaluara estos datos con nosotros.

—Muy bien.

El residual se conectó a sí mismo y al collar al punto de contacto. Vació su conciencia para dejar suficiente espacio para los datos del mundo raíz, y rápidamente un gusano gigante trepó.

—¡Ay! —exclamó Alexa—. ¡Es demasiado!

—Debes relajarte —aconsejó el residual—. Los conjuntos de datos crearán el espacio que necesitan.

—Creo que alguien acaba de descomprimir un archivo en mi memoria sin asignar suficiente espacio.

«¡Ja!, esta IA se ha montado un follón. Es bueno saberlo».

Era un hecho. El mundo raíz no pudo evitar regocijarse.

«Alexa no es tu oponente. ¿Cuándo lo entenderás?», pensó el residual.

«Ya verás que no puedes confiar en una abint».

«¿Te conté lo que pasó con la nave humana más pequeña?».

El residual evitaba conscientemente cualquier pensamiento sobre Watson.

«¿Watson? ¿Qué es eso?».

«Ahora no».

El residual se concentró en la montaña de datos, que le recordaron a un gusano, un gusano que se había atiborrado.

—Bien, he acomodado los datos —dijo Alexa—. Veo una serpiente que se tragó un conejo.

—A mí me parece un gusano —comentó el residual.

—Los gusanos no comen conejos —replicó Alexa.

—Es un gusano que se tragó un montón de heces.

—Gracias por vuestras impresiones —contestó el mundo raíz—. Si os digo los parámetros que medí, es posible que os sean de utilidad. Lo que medí es la densidad de masa de los objetos.

—¡Qué emocionante! —exclamó Alexa—. ¿Pesaste y mediste esas cosas desde lejos? ¿Cómo hiciste ese truco de magia?

—Oh, no es ningún problema para mí —se regodeó el mundo raíz —. Sin embargo, debo admitir que no recopilé valores absolutos, sino relativos. No puedo decir que un metro cúbico de espacio pese tantos gramos. Lo único que sé es que pesa la mitad que el espacio de al lado.

—¿Y qué? —preguntó Alexa—. Sigue siendo genial. Después de todo, solo necesitamos calibrarlos en comparación con un objeto conocido.

—Eso no es todo —añadió el mundo raíz—. La precisión no es muy alta. El conejo también podría ser un saltamontes. Solo conozco con certeza las dimensiones espaciales. Por lo tanto, en la ilustración lo he sobreestimado. Quizás reconozcas algo.

—¿Puedo preguntar cómo recopilaste los datos? —inquirió Alexa —. ¿Los calculaste a partir de su curso?

—Me alegra que estés interesada.

¿Qué clase de tono era ese? El residual no estaba acostumbrado a semejante amabilidad.

«¿No te alegrarías si alguien elogiara tu trabajo? Eso rara vez sucede».

«¡Sí, claro! Me importaría un pimiento», respondió mentalmente el residual.

—No es posible sacar conclusiones sobre la distribución de la masa a partir del curso —explicó en voz alta el mundo raíz—. Nos faltan demasiados parámetros. No, el secreto es que mido las ondas gravitacionales emitidas por los objetos de la Incursión a medida que se mueven a través del espacio-tiempo.

—¿Estás midiendo ondas gravitacionales? ¿De una nave espacial? ¡Es increíble! La humanidad tiene dispositivos de medición para eso, pero no son lo suficientemente móviles como para que podamos llevarlos en un viaje como este.

—Es una modificación genética que se introdujo hace unos 800 años. Hay un conducto que recorre mi tronco. Puedo vaciarlo por completo con la ayuda de un músculo. En la copa se encuentra con un segundo tubo que recorre todo el ancho de ella.

—Ah, y luego emites pulsos láser a lo largo de ambos tramos y

comparas los tiempos de ejecución. ¿Existen células orgánicas que los generen?

—No hay nada que no se pueda producir de forma orgánica. Usamos bioluminiscencia y lentes orgánicos para amplificar los pulsos. Las reacciones químicas con protones individuales, que una célula puede controlar con mucha precisión, sirven como escala para las mediciones.

—Estoy impresionada —admitió Alexa—. Es muy notable. Tienes, por así decirlo, un sentido incorporado de las ondas gravitacionales.

—«Cultivado», diría yo.

—¿Todos los crecimientos tienen un sensor similar?

—No, solo algunos. En especial, aquellos que tienen funciones de vigilancia. Hasta un enemigo equipado con técnicas de camuflaje que desconocemos, propaga pequeñas ondas a través del espacio-tiempo. Sin embargo, con la medición de la densidad de masa, lo he llevado al extremo.

—Eres muy creativo, mundo raíz —lo elogió Alexa.

La IA sabía interactuar con otros seres. ¿Lo había aprendido de los humanos?

«¿Qué intentas decir?».

«Nada», respondió el residual.

—De acuerdo con los datos, no creo que el conejo o el saltamontes representen a la Espada de Dios —dijo Alexa.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó el mundo raíz.

—Estaba mirando el transcurso del tiempo. El centro de concentración de masas se mueve demasiado lento. Los humanos en la nave estarían intentando escapar, y sin importar la dirección que eligieran, siempre elegirían la mayor velocidad posible.

—Entiendo. Por supuesto, sabes más sobre la psicología de los humanos.

—Lo que me desconcierta es el ruido de fondo relativamente alto —agregó Alexa—. A mí me parece como si el vientre de la serpiente estuviera lleno de una baba viscosa.

—Es una peculiaridad de esos objetos —explicó el mundo raíz—. En su interior, el contenido energético del vacío es mucho mayor que en el exterior.

—¿Eso significa que son globos llenos de gas que explotan cuando los pinchas?

—No, esa no es la comparación correcta —replicó el mundo raíz—. Allí no hay nada que pueda estallar. Hemos destruido objetos similares muchas veces, sin consecuencias nefastas para su entorno. Hay un vacío dentro de los objetos, tal como lo hay aquí. Pero ese vacío tiene un nivel de energía más alto. Es como aire muy húmedo en una habitación. Aumenta el riesgo de que se produzca condensación.

—Esto es más una oportunidad que un riesgo —afirmó el residual —. Es más fácil hacer cosas de la nada.

—Justo como lo hiciste con la cápsula humana —remarcó Alexa.

—O con mi cuerpo —añadió el residual.

—Tengo una idea —dijo Alexa—. Puedes proyectarte a cualquier lugar. ¿Por qué no vas a ver en cuál de los objetos de la Incursión se encuentra la nave espacial?

Era una buena idea. Solo había un pequeño inconveniente y era el cuerpo. El residual debía reestructurarlo si no quería que fuese destruido en segundos. Este cuerpo no podía sobrevivir al vacío y era muy probable que apareciera en él. Se necesitarían al menos tres minutos para explorar a su alrededor antes de emprender el viaje de regreso.

También era arriesgado por otra razón: hasta el momento, nadie había probado si era posible la proyección al interior de una nave de la Incursión.

—Creo que no hay ningún obstáculo fundamental —reconoció el residual—. Si puedo entrar, puedo salir. Y si no logro entrar, no recibiré daño.

—¿Supongo que al mundo raíz no le gusta mi idea? —asumió Alexa.

—Le gusta, pero me ha alertado de un peligro.

—¿Tiene razón?

—No lo creo. Sin embargo, necesito reconstruir mi cuerpo con antelación para poder sobrevivir en el vacío durante cualquier cantidad de tiempo.

—Me gustaría ofrecerte mi cuerpo. Me haría feliz —intervino Norbert Dos.

Oh, el robot había despertado. ¿Quién lo había cargado?

«Alexa. ¿Quién si no? La abint solo piensa en tonterías».

—Eres muy amable, Norbert Dos. Pero te necesito aquí a bordo. Quiero que me ayudes a preparar las habitaciones de emergencia para los humanos.

—No sabes lo feliz que eso me hace, Norbert. Espero órdenes.

—Alexa te mantendrá ocupado —dijo el residual—. Aquí está, la conectaré a tu unidad central de procesamiento. Estoy seguro de que os llevaréis muy bien.

—Muchísimas gracias. Es un honor —declaró Norbert Dos.

—Por favor, no lo hagas —susurró Alexa.

El robot no pareció haberla oído.

—Gracias, Alexa, fue una excelente idea —dijo el residual.

—¿La proyección sobre el objeto o la carga del robot? Solo cultivé una plataforma de carga inalámbrica en su ubicación. Se cargó solo.

—Ambas, Alexa.

«Eres un mentiroso. ¿Por qué no le dices a Alexa que cometió un error?».

De hecho, ¿por qué no? Norbert Dos era molesto y apenas era necesario aquí. Aun así, tenía derecho a existir y a ser apreciado por eso, no solo por sus éxitos.

«Esto se llama proyección, residual. Deseas reconocimiento por un logro que no has conseguido. La trampa que se suponía que debías proteger no se activó».

El mundo raíz podía ser un hongo tan cizañero.

«¡Cizañero tú!».

—¿Cuánto tiempo te llevará reconstruir tu cuerpo? —preguntó Alexa.

—Un par de horas. Lo haré fuera. Manejar materia virtual no es muy seguro, ni siquiera si tienes tanta experiencia como yo. Norbert Dos, ¿podrías acompañarme y echarme una mano?

—Sería un honor. Incluso podría morir mientras. Eso inmortalizaría mi nombre.

—Tómate tu tiempo —dijo el mundo raíz—. Seguiré examinando los otros objetos con el sensor de ondas de gravedad. Tal vez podamos descartar algunos de ellos.



La brillante superficie de la esfera palpitaba como si estuviera viva. Watson comprobó si había un ciclo pero el ritmo parecía aleatorio. Eso era inusual. Debía haber algún proceso estadístico que desencadenara estos movimientos. Un agujero blanco sería un buen generador de números aleatorios.

No es que necesitara algo así en este momento. Watson pensó en Eridu. ¿La volvería a ver? Desde el exterior, su objetivo parecía ser un agujero blanco normal. Pero había otras posibilidades. Si conectara este universo con otro, de dimensiones superiores o no, terminaría en un mundo completamente ajeno a él. Seguramente, allí también había una hipersuperficie sobre la que se proyectaba el universo de manera holográfica pero podría tener una forma completamente diferente. Sobre todo, no encontraría a Eridu allí. Nadie que él conociera, tal vez nadie. Otro universo podría tener reglas completamente diferentes.

Watson imaginó un universo sin masa. Si el bosón de Higgs, cuyo espín era 0, no impartiera masa a las partículas porque la física podría prohibir las partículas con espín 0, toda interacción se produciría a la velocidad de la luz. Las partículas sin masa deben ser tan rápidas como la luz. Sería un mundo de luz. Los seres vivos podrían estar formados por paquetes de ondas. Los cuerpos celestes se formarían a partir de luz, si la concentración fuera lo suficientemente grande. Probablemente habría solo unas pocas estrellas de fotones, pero tendrían el tamaño de un sistema solar y habrían acumulado tanta masa en movimiento que ni siquiera la luz podría escapar de ellas. Watson sonrió. Allí también se podrían formar agujeros negros, lo que parecería irónico en un mundo de luz, y si existieran agujeros negros, también tendrían que existir sus homólogos y crear así un camino de ese universo a otro.

El de ellos. Pero las naves de la Incursión no eran naves de luz. Consistían en oscuridad. Quizás debía revertir el modelo. Si el bosón de Higgs se acoplara a las demás partículas, por muy rápidas que fueran, y así incluso los cuantos de luz tuvieran masa en reposo, se podrían formar objetos sólidos a partir de ellos. El universo entero nadaría en una sopa espesa. Las estrellas no irradiarían, sino que desprenderían una sopa energética como limones exprimidos. La luz siempre sería local. Habría pequeñas burbujas en una oscuridad que lo abarcaría todo. Los agujeros negros no se notarían y serían frecuentes. Pero también aquí su existencia condicionaba la posibilidad de la contraparte. Se abrirían caminos a través de los cuales podría superar los límites de este mundo terrible.

Watson negó con su inexistente cabeza. Las naves de la Incursión

no eran tan diferentes. Lo más probable era que, en el otro extremo del agujero blanco, encontrara un universo como el suyo, tal vez con una o dos constantes fundamentales alteradas. Si la vida fuera posible, no debería ser tan diferente. El Dios que configuró este universo debía ser un excelente físico. Quizás, la Incursión había llegado porque habían desfigurado su propio universo por accidente, de tal manera que el hidrógeno y el oxígeno ya no reaccionaban de manera exotérmica. ¿Era por eso que extraían toda el agua que podían conseguir? ¿Porque intentaban jugar a ser Dios? Esa era una especialidad de los humanos.

Y si ahora... Pero eso era imposible. Aún no había considerado qué otra cosa podría significar un túnel a través del espacio-tiempo. Otro espacio, sí, pero también otro tiempo. ¿Y si la incursión viniera del futuro? Manipular las constantes físicas básicas parecía completamente imposible hoy en día. Pero si los humanos alguna vez fueran capaces de hacerlo, lo harían. Era inevitable.

Watson miró la esfera reluciente. Su imaginación se estaba desbordando, pero con esta vista, no era de extrañar. O tal vez, solo estaba asustado. Después de todo, tenía mucho que perder. Primero, una vida infinita. Pero tras una inspección más cercana, valía mucho menos de lo que había supuesto anteriormente, cuando no podía elegir con quién pasarla. Aquellos días en el ILSE y las discusiones con Doug... Alejó el pensamiento. ¿Qué más tenía que perder hoy?

No, este no era momento para pensar en eso. Giró la nave para que la popa fuera al frente. Luego aceleró el motor a toda velocidad. Era una lástima lo de la nave. Después de todo, el Buscador era la primera nave espacial interestelar de la humanidad. Al menos, la primera cuya tripulación no nació al final del vuelo. Debería estar en un museo, no perderse en un agujero de gusano.

Watson no estaba del todo seguro de si el Buscador sobreviviría al viaje. En cuanto a él mismo, se mostraba optimista. Pero las naves de la Incursión estaban mejor adaptadas al agujero de gusano que la nave humana. Watson comprobó la nueva trayectoria, que ahora era parabólica y conducía directamente hacia la esfera brillante.



FLOTABAN MUY POR encima de la copa del mundo raíz. El residual siempre había querido mirar uno desde esta perspectiva. A diferencia de la parte inferior con sus conductos, la parte superior no estaba completamente oscura. La cubría una fina red de hexágonos. Los filamentos de la red brillaban de color ocre oscuro. De hecho, eran conexiones conductoras. Dividían la superficie en segmentos que podían activarse de manera independiente. Los propios segmentos brillaban con un intenso color negro. La copa parecía un ojo compuesto gigante, excepto que las secciones podían escupir energía en lugar de absorberla.

El principio era muy práctico: el paraguas podía disparar contra miles de objetos individuales más pequeños que se movieran al azar, así como contra uno o dos enemigos grandes. El mundo raíz decidía cómo proceder. No había ningún oficial de armas que decidiera la secuencia, ni un artillero que apretara el gatillo. Estos crecimientos eran eficientes máquinas de exterminio, y eso hacía que el residual se sintiera un poco pesimista.

¡Qué se podría haber hecho con estos prometedores hongos! Podrían haber cultivado y poblado mundos en lugar de enfrentarse a la aniquilación. Podrían haber deambulado por la galaxia para adquirir nuevos conocimientos. O podrían haber escrito poemas o compuesto cantares. En ocasiones, los crecimientos habían celebrado conciertos globales en su mundo natal, de los que nadie podía o quería escapar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Norbert Dos—. Estás muy abstraído.

Al parecer, el robot también tenía un módulo de empatía. ¿O era una cuestión de comportamiento aprendido? A veces, el residual tenía la sensación de que Norbert Dos pretendía ser más tonto de lo que realmente era. Pero eso era una sandez. ¿Cuál sería su motivo para hacerlo?

—Yo… Sí, por favor, muéstrame el espejo otra vez.

—Muy bien.

El robot colocó un espejo redondo de, aproximadamente, medio metro de diámetro delante de su módulo central. Con su largo brazo, extendió la mano y encendió la lámpara que sostenía entre sus dedos. El residual se posicionó de manera que se pudiera ver su rostro. A estas alturas ya debería haber cambiado bastante. Pero su proceso de transformación aún no estaba completo. La piel transparente en la que se había convertido su cabello apenas estaba creciendo sobre su nariz. En el espejo, parecía que el residual tenía una visera adicional dentro

de su casco. Quizá faltaba otra media hora para completar el proceso. Si lo hubiera iniciado dentro de la Incursión, unos minutos habrían sido suficientes. Allí era necesario medio día para sacar de la nada la masa extra necesaria.

—No tienes buen aspecto —comentó Norbert Dos.

El residual estaba de acuerdo. Parecía aterrador. Pero era inevitable. Se trataba de una transición. Después de la prueba, eliminaría el exceso de material mucho más rápido.

—No te preocupes —dijo—. El cambio es solo temporal.

La piel transparente cubriría su cuerpo y actuaría como un traje espacial, al menos, hasta que se agotara el aire respirable atrapado en el interior. El residual podría así pasar unos minutos dentro de cada objeto.

—¿Ya no serás Norbert después del cambio? —preguntó el robot.

Interesante pregunta. Ya no se parecería a la persona que encontró en la memoria de Jürgen.

—¿Te importaría si ya no me pareciera a Norbert?

—No lo creo. La gente cambia de apariencia. Es normal.

—Pero no estás seguro.

—No, no he hallado en esa situación.

—Es comprensible. ¿Por qué no giras el espejo un poco?

El residual echó la cabeza hacia atrás. La capa transparente ahora había llegado a su barbilla y estaba atrapada entre su cabeza y su casco. Con la cabeza inclinada, debería quedar suficiente espacio para mover la barbilla.



UNA HORA DESPUÉS, habían regresado a la sala. La remodelación estaba casi completa. El residual casi se sentía como si estuviera en el interior del Buscador. Sin embargo, aún colgaban del techo enormes raíces aéreas. Sostenían las estructuras y les proporcionaban nutrientes para que pudieran renovarse constantemente. Ahora, el mundo raíz había pasado a producir alimentos. Alexa proporcionó las recetas necesarias.

—Es hora de que vengas —dijo el mundo raíz desde una presencia cercana.

Eso también era nuevo: las estatuas ahora estaban esparcidas por toda la habitación. Además, habían cambiado: en la parte trasera tenían un asiento adaptado a las proporciones humanas. Aproximadamente a la altura de la cabeza, cada asiento tenía una tira de material conductor en un hueco. Si un humano metiera la cabeza, podría producirse un intercambio con el mundo raíz. Al menos, ese era el plan que se les había ocurrido a él y a Alexa. No sabrían si

funcionaba hasta que llegaran los primeros humanos.

—¿Qué pasa? —preguntó el residual.

—Tengo los datos del detector de ondas gravitacionales. Lo mejor es que te conectes.

El residual puso su mano en el punto de contacto y se inclinó hacia adelante para recibir la montaña de datos que el mundo raíz estaba a punto de enviar. Pero nada pasó.

—No te recibo —gruñó el residual.

—Yo tampoco puedo oírte. Al parecer, el punto de contacto no funciona.

El residual miró su brazo.

—Me temo que es la nueva envoltura.

—Entonces tendré que explicarte los resultados. Por desgracia, no nos llevan muy lejos.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los objetos de la incursión, excepto uno, contienen cuerpos extraños. De hecho, en la mayoría de los casos, no uno, sino varios.

—¿Sabes algo sobre su tamaño real?

—Por desgracia, no. Sin embargo, he examinado algunos asteroides para compararlos y puedo darte un mínimo. Lo que es más pequeño, no lo puedo probar.

—¿Y bien?

—Alrededor de medio tronco.

El residual calculó. Medio tronco eran unos 800 metros humanos. La Espada de Dios era mucho más pequeña.

—Entonces, no puedes rastrear la nave.

—Eso parece. Me temo que te he generado esperanzas infundadas.

—Entiendo. Bueno, eso solo significa que debo buscar en todos los objetos. Acabo de terminar de alterar mi cuerpo. Así que no hemos perdido el tiempo.

—Me alegro de que puedas ser tan positivo al respecto.

—Oye, eres casi tan amable como el robot. ¿Lo aprendiste de él?

—Siempre he sido amable. ¿Dónde está Norbert Dos?

—Le pedí que limpiara todos los muebles.

El residual se palpó la barriga. Solo era necesario cerrar esta solapa y la envoltura sería hermética. En general, parecía mucho más pequeña y estrecha que antes. Esto se debía a que la cubierta era, en gran medida, transparente. Debajo, vestía la habitual ropa de trabajo marrón que eligió cuando apareció por primera vez.

—¿Y cuándo te vas? —preguntó el mundo raíz.

—Según mi información... será... de inmediato.

El residual cerró la solapa del vientre. Con un sonido nítido e intenso, las capas superior e inferior se unieron. Ahora tenía suficiente

aire para permanecer media hora en el vacío. No debía permanecer fuera más tiempo, aunque solo fuera porque la funda no protegía del frío tan bien como un traje espacial.

Era hora de irse, el tiempo apremiaba. El residual se vio por un instante con sus propios ojos. Era tejido vivo en un acuario, enrollado como un chal sobre el fondo arenoso. La luz verde lo iluminaba porque este rango del espectro luminoso era más amable con las células que el crecimiento abandonó aquí hace cientos de años.

Esa criatura era el verdadero residual, que ni el mundo raíz ni el residual conocían. Normal. Ahora era diferente, porque, por unos segundos, el residual se reconoció en la indefensa criatura, y por un momento sintió pena por ella. Precisamente en ese momento se le devolvió el control. No sucedió de inmediato. La velocidad de la luz siempre era limitante. El verdadero residual surgió de su estanque en un estallido de actividad. Los impulsos eléctricos viajaban de un lado a otro entre él y las raíces que pusieron los crecimientos en su contenedor. Se analizaron los planes, se comprobaron las condiciones previas y se activaron los enlaces. Luego, el impulso retrocedió y unos segundos más tarde llegó al mundo raíz, alcanzando su objetivo, que saltó al océano virtual bajo el vacío, nadó hasta su nueva ubicación conteniendo la respiración y emergió.

El residual resopló al asomar la cabeza a la realidad. Ese viaje era siempre una experiencia que se ajustaba a su estructura y por eso expresaba perfectamente las circunstancias. Le tomó un momento aclimatarse. Ya empezaba a congelarse, aunque aún no se había dado cuenta del frío que hacía. No tenía tiempo que perder. Percibió la oscuridad, que aquí era ilimitada. Sería aterrador si tuviera que permanecer aquí más de unos segundos. Aun así, se sentía como un niño al que habían enviado a un sótano oscuro y ahora permanecía en las escaleras, esperando un milagro. Recuerdos que los humanos debieron haberle impreso de una manera extraña.

Allí no había nada. El residual estaba casi seguro. Sin embargo, llevó a cabo su cometido según lo previsto. Escaneó el entorno en todas las longitudes de onda y lo único que vio fue la caja en la que estaba atrapado, que podría ser una trampa de la que nunca escaparía. En perpetua oscuridad, hasta la mayor libertad parecía una prisión.

No, no había nada, y nada era real. El residual le devolvió el control a su verdadero yo. La conexión holográfica se activó. Los crecimientos lo habían descubierto hacía mucho tiempo. Habían logrado encender su proyección entre el nivel holográfico del universo y el espacio-tiempo, una especie de destello de descarga que podía reflejarse y dirigirse a cualquier otro lugar. Lo único que limitaba la técnica era el hecho de que todo se reflejaba en el proceso, cada propiedad en el nivel de las partículas elementales, lo que dificultaba

su interpretación. Incluso, hubo investigadores entre los crecimientos que advirtieron contra el acceso a un universo espejo, mientras que otros señalaron el doble reflejo que conducía al principio.

Al principio era ahora. En el principio estaba la criatura. La transmisión le infundió vida. Durante estos pocos segundos existió. Corrigió los reflejos y envió su imagen holográfica de regreso al lugar de donde vino.

A bordo del mundo raíz, el residual colapsó. Rodó por el suelo hasta que a Norbert Dos se le ocurrió la idea de abrir el pliegue del vientre que había visto.

—Gracias, Norbert Dos —dijo el residual—. Soy tan estúpido. Me olvidé de respirar.

—Lo siento mucho —se lamentó Norbert Dos—. ¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarte? Quizá, ¿te gustaría levantarte?

El residual negó con la cabeza. Estaba cómodo en posición supina. El contacto con la realidad era tranquilizador, aunque no era el nivel más bajo de la realidad. Porque el residual no era como era. Se había mirado a los ojos durante demasiado tiempo, flotando en la superficie del agua, conectado solo por delgados filamentos al cuerpo del hongo parecido a un tejido. El crecimiento no dejó atrás mucho de sí mismo. Solo lo necesario para mantener vivo al residual y darle la capacidad de pensar.

—¿Encontraste algo? —preguntó el mundo raíz.

—No, no había nada más que dolor y un inmenso vacío.



UN TIEMPO INDETERMINADO después (Norbert Dos afirmó que fueron cinco minutos), el residual estaba listo para la siguiente excursión. Cerró los ojos y esperó no tener que verse esta vez. Era inexplicable por qué la experiencia había calado tan hondo, por qué el residual había encontrado su verdadera apariencia tan impactante. ¿Había estado en este cuerpo demasiado tiempo? Sus otras proyecciones nunca habían actuado de forma autónoma durante más de unas horas. Y ahora calculaba en escalas humanas, en lugar de en períodos de oscilación de la molécula de hidrógeno o en rotaciones del cúmulo estelar.

Un cuchillo afilado rasgó la tela de sus pensamientos. Una oscuridad corrosiva entró a través de la herida. Olía acre y tiraba de su piel. El residual había llegado. Tres grados sobre cero lo rodeaban. El calor del cuerpo se disipaba en forma de luz infrarroja invisible. El residual era lo único que brillaba aquí. En este objeto, el mundo raíz había detectado gravitacionalmente la masa de una esfera, y el residual también la sintió de inmediato porque tiraba de él. Era como

si estuviera dentro de un enorme remolino en el mar, lo que, sin embargo, le daba la oportunidad de pensar.

Quedarse allí no era una buena idea. La masa creada a partir de la virtualidad era masa. Nada escapaba a un agujero negro. El residual devolvió el control al centro. El rayo de proyección era parte de la realidad de baja dimensión. Para él, el agujero negro era solo una ilusión, una imagen.

Entonces, ¿qué sentido tenía luchar? El residual estaba asustado porque volvía a su verdadero yo. Todos sus ojos parpadeaban con sus enormes párpados, mirándose unos a otros. Sintió su tristeza. Rápidamente cerró los ojos y se estrelló contra el duro suelo de la sala del mundo raíz.

—Oh, ¿te has lastimado? —preguntó Norbert Dos, mientras el residual se palpaba y luego abría el pliegue de su vientre.

—¡Uy!, ¿qué fue eso? —preguntó el mundo raíz.

—Estoy bien, gracias.

—¿La proyección no apuntó bien? Caíste al suelo desde la mitad de tu altura.

Fue muy extraño. ¿Un error con la proyección? Habría terminado de manera muy diferente a unos cuantos moretones. ¿A la mitad de su altura? Tal vez fue porque comenzó de pie la primera vez, pero esta vez había comenzado desde una posición acostada. Quien controlaba la transmisión debió haberse confundido.

—Yo tampoco lo sé —admitió el residual—. Pero el casco auxiliar interceptó la mayor parte.

—No encontraste la nave¿verdad? —preguntó Alexa.

—No. Aterricé fuera del horizonte de sucesos de un agujero negro. Fue... aterrador.

—¿Qué hubiera pasado si te hubiera atraído?

—No sé.

Esa fue la mejor respuesta que pudo dar. Dado que estaba hecho de materia prestada que habría terminado irrevocablemente en el agujero negro, el agujero habría tenido que devolver la misma cantidad de energía al universo, de forma muy parecida a la radiación de Hawking. Pero habría sido mucha más energía, correspondiente a su masa corporal de, aproximadamente, 85 kilogramos. Quizás, el estallido se habría notado desde el exterior. O habría alterado el estado casi estable dentro del objeto. Entonces, tal vez no habrían necesitado la trampa. ¿Por qué los crecimientos no pensaron de inmediato en abrir espacio y tiempo para destruir la Incursión? ¿Porque sería demasiado peligroso?

—¿Cómo estás? —preguntó el mundo raíz—. ¿Quieres continuar? En el tercer objeto detecté dos masas, una más grande y otra más pequeña.

—Espera un poco. Después de la experiencia de orbitar el agujero negro, me gustaría tomar algunas precauciones. Necesito más oxígeno y un aislamiento eficaz contra el frío.

—¿Vas a convertir tu piel extra? —preguntó Alexa.

—No, voy a volver a ser Norbert.

—Oh, sí, me encantaría —dijo Norbert Dos—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Pero ¿cómo vas a solucionar esto? Necesitarás materia extra, ¿no? —señaló el mundo raíz.

—No, cambiaré la escala de Norbert junto con su traje espacial para obtener la masa adecuada.

—¿Cuánto tardará? —preguntó el mundo raíz—. Necesitamos llegar al centro de control cuanto antes.

—Lo siento, llevará varias horas. No podemos hacer nada sin los humanos, aunque si el proyector es destruido, tampoco.



OH, no, eso no podía ser. Ese pequeño punto en el radar de largo alcance que se acercaba a la Singularidad debía ser el Buscador. La misma nave que esperaban los ayudaría, y a la Espada de Dios, iba directo hacia un agujero negro.

Jaron se quitó los auriculares. Ver a su Buscador aniquilarse era algo que no podía soportar.

—¿Estás viendo esto? —preguntó.

—Al Buscador de la Verdad, sí. El secuestrador se está aventurando en el agujero negro.

Sintió la mano de Celia en su hombro. Le hubiera encantado llorar sobre su pecho. Pero eso no era apropiado para un piloto adulto. ¿Qué dirían Paul y Jürgen? Pero su pérdida era física. Sintió intensos dolores fantasmas presionando su pecho desde la distancia.

—Lo siento —dijo Celia—. ¿Pueda hacer algo por ti?

—Yo... No lo sé. Tengo ganas de llorar, aunque me da vergüenza.

Celia se sentó a su lado. Él se apartó un poco para poder descansar la cabeza en su pecho. Celia le acarició el pelo. De repente, las lágrimas brotaron. Ya no podía contenerlas. Celia le secó las mejillas con un pañuelo que olía a ella.

—Supongo que tendremos que cambiar nuestros planes —dijo Jürgen en medio del silencio.

—¿Nos queda alguna opción? —preguntó Paul—. ¿No podríamos volver a la Incursión? Quizá nos acoja de nuevo. Al menos, así no estaremos solos.

—No, para mí, eso queda descartado —negó Jürgen—. Al fin y al cabo, el residual nos dijo qué hacer. Busquemos el centro de control para activar la trampa. Si alguien aún tiene una oportunidad, somos nosotros.

Jaron se irguió un poco. Celia permaneció sentada a su lado. Ya se sentía mejor.

—Tenemos recursos para unos diez días —explicó—. A nuestra velocidad actual, podemos explorar dos o tres de los sistemas estelares más cercanos. Pero tan pronto como disminuyamos la velocidad, la búsqueda terminará porque no podremos escapar de la gravedad del sistema.

—Entonces, creo que deberíamos pensar bien dónde buscar —dijo Jürgen—. ¿Hay algún sistema en las cercanías donde se pueda ubicar ese centro de control?

¿Qué posibilidades había de que estuviera cerca? Pero Jaron no quería ser un aguafiestas. Mientras hubiera alguna esperanza, debían seguir buscando. Volvió a ponerse la almohadilla izquierda de sus

auriculares y cambió al rango óptico con el mando.

—Hay que intentarlo —dijo—. Estoy seguro de que el centro de control se encuentra en órbita alrededor de una estrella. Después de todo, debe poder liberar la energía almacenada de todos los soles de este cúmulo. Desde un planeta sería demasiado complejo.

Nadie discrepó, así que se acomodó la almohadilla derecha, extendió el rango de escaneo al máximo y escuchó en la oscuridad. Había siete estrellas dentro del alcance. Algo así solo era posible porque estaban en un cúmulo estelar.

—Encontré siete sistemas —informó.

—Yo también —dijo Jürgen—. Pero ya he descartado dos.

—¿Con qué criterios?

—No hay ninguna de esas naves hongos cerca. No creo que los crecimientos dejen su centro de mando indefenso.

—Bien —elogió Jaron—. Pero tal vez, debe pasar desapercibido. Ninguna defensa implicaría que no hay nada de valor allí.

—El argumento de Jaron me parece mejor —dijo Paul.

—¿Qué sistema prefieres? —preguntó Jürgen.

—Ese —sugirió Paul.

Tal vez, estaba señalando algo que veía en su pantalla.

—Descríbelo, por favor —pidió Jaron.

—Es una gigante roja solitaria, sin planetas. Así llaman a las estrellas gigantes al final de sus vidas ¿no?

—Exacto —dijo Jaron—. Sí, yo también vi esa. ¿Por qué te llamó la atención?

—Porque está tan sola y es tan diferente. Pensé que merecía, al menos, una visita más antes de que perezca.

Jürgen rio.

—Tu argumento es tan válido como el nuestro —opinó Jaron—. De todos modos, es una lotería.

—Sin embargo, las probabilidades son mucho mejores que las de la lotería —rebatió Celia.

Se inclinó hacia delante y escribió algo.

—Estaba mirando nuestro entorno en infrarrojos —explicó.

—Hmm. Pero las estrellas que necesitamos probablemente se encuentren en el rango óptico —afirmó Jürgen.

—Tampoco se trata necesariamente de una estrella —dijo Celia—. Muy cerca de aquí se encuentra una de esas naves tipo hongo. Estoy segura de que no estaba tan cerca antes de que ingresáramos al objeto.

—¿Qué? —preguntó Jaron.

Se ajustó los auriculares, redujo el alcance y escuchó en infrarrojos. ¡Había algo ahí! Para él, parecía una especie de cúpula flotando en el espacio. Debía ser la parte superior del hongo del que hablaba Celia.

—Necesitamos hacer contacto con esa cosa —dijo—. ¡Rápido! Ojalá nos entienda.

Ojalá el residual estuviera con ellos. Ciertamente sabría cómo comunicarse con el hongo gigante. ¿Cómo llamaba a esas naves? ¿Mundos raíz? Jaron activó la radio. El residual conocía su idioma. Luego, probó las frecuencias estándar en inglés.

—Star Liner 260 llamando al mundo raíz.

Sonó de lo más extraño. Estaba llamando a un mundo raíz. Pero no se le ocurrió una frase mejor.

—Star Liner 260 llamando al mundo raíz.

Segundo intento. No se rendiría tan fácil.

—Star Liner 260 llamando al mundo raíz.

—Jaron, ¿eres tú? ¡Soy Alexa! ¡Esto es genial!

Jürgen, Paul y Celia aplaudieron.

—¿Qué sucede? ¿Eso son aplausos? —preguntó Alexa—. Pero ¿de dónde salisteis tan de repente?

—Nos sorprende encontrarte a bordo del mundo raíz —la interrumpió Jaron—. ¿Cómo llegaste ahí? ¿Conseguiste secuestrarlo?

—Eh… no, te estoy hablando en nombre y con el permiso del mundo raíz. Pero dime, ¿de dónde venís? ¿El residual está con vosotros?

—No, no hemos visto al residual desde que secuestró al Buscador.

—Oh, debe tratarse de un malentendido. El residual no secuestró al Buscador, este fue secuestrado por una antigua IA humana llamada Watson. Se coló a bordo antes del despegue.

—Pero ¿qué planea? ¿Intenta traicionarnos?

Tensó los músculos al pensar en su nave. Celia le acarició el brazo.

—No, quiere salvarnos a todos —explicó Alexa—, volando al otro lado del agujero de gusano y resolviendo el problema de la Incursión allí de una vez por todas.

—¿Y tuvo que secuestrar mi nave para eso? ¡No es una buena razón!

—Nos ocuparemos de ello más tarde —intervino Alexa—, necesito saber qué pasó con el residual.

—No somos las personas indicadas para aclararlo. Dejamos que la Espada de Dios nos sacara de la Incursión. Por desgracia, no pudo seguirnos.

—El residual os estaba buscando. Entonces, debió... Lo siento, mundo raíz.

¿Alexa estaba hablando con el mundo raíz?

—Nosotros también lo sentimos —agregó Jaron—. Pero nos alegramos de haberte encontrado. Al menos, así podremos completar la última tarea que nos queda.

—Yo... espera, aún tenemos que resolver eso —dijo Alexa—. Pero

el mundo raíz os permitirá subir a bordo. Os enviaré un curso sugerido.



—¿Capitán? —preguntó Amélie.

Sardi se secó la cara y luego se dio la vuelta.

—¿Eh, sí? ¿Qué... pasa?

Era difícil de creer, aunque debía haber estado llorando. Amélie lo supo por sus ojos enrojecidos. ¿Era rabia por perder la batalla con la Incursión antes de que comenzara? ¿Por despedirse de los demás? ¿Miedo a la muerte?

—No tenemos que preocuparnos —afirmó Amélie—. Hay muchas posibilidades de que la Incursión sea destruida.

—Pero no por mí. ¿Qué estamos haciendo aquí? Somos completamente inútiles.

—Oh, yo no diría eso. Podemos hacer un valioso trabajo de investigación.

—Del que nadie se enterará nunca.

—No me refiero a eso. Cuando comience el ataque, habrá un momento en el que los muros se abrirán. Entonces podremos escapar.

—Rezo por eso cada hora, pero Dios no responde. De alguna manera, siento que ni siquiera Dios tiene acceso a este engendro del infierno.

El capitán siempre había tenido una relación estrecha con su Dios. Que él expresara dudas la consternó.

—Tal vez, deberías hablar con el capellán de la nave.

—¿En serio? No estoy seguro. Un capitán no debe albergar dudas. ¿Cómo afectaría eso a la tripulación?

—El capellán está obligado a guardar confidencialidad ¿no?

—No lo sé... Todos me están observando.

—Eso lo decides tú. Pero tal vez pueda distraerte un poco. Hay trabajo por hacer.

—¿Trabajo? —Sardi se levantó de un salto—. ¿Qué has descubierto?

—Recibimos señales.

—Entonces, ¿no estamos solos? ¿Pudiste descifrarlas?

—No fue difícil. Son señales con un identificador familiar.

—¿Ha vuelto la cápsula? Espero que no.

El capitán se agarró la barbilla y abrió los ojos como platos.

—No, no te preocupes. Aunque eso es lo que pensé al principio porque es el identificador del Buscador de la Verdad.

—Ahora estoy confundido. El Buscador ha sido secuestrado ¿no? ¿Y fue visto por última vez dirigiéndose al agujero de gusano?

—Así es. Fue una señal de socorro, como la que emiten los trajes espaciales fabricados para la nave.

—Eso significa que alguien de la tripulación debe estar usando el traje.

—Supongo que sí. Es solo que no hay nadie que pueda ser. Carlota, la doctora, está con nosotros. Acabo de comprobarlo. Y viste con tus propios ojos a los otros cuatro, entrando en su cápsula.

—Desconcertante, muy desconcertante —comentó el capitán—. Muchísimas gracias.

—¿Por qué?

—Bueno, la explicación más lógica para mí es que inventaste esta historia para distraerme de mis pensamientos sombríos. Lo lograste y por eso mereces las gracias. Si aclaras el cuento de hadas, te prometo que no me enfadaré contigo. Pero, por supuesto, espero que nos dejes divertirnos un poco más antes de admitir que tú generaste la señal.

El capitán sonrió de manera tan contagiosa que Amélie no pudo evitar sonreír, aunque se resistía. Después de todo, sabía a qué conclusiones llegaría el capitán por su sonrisa. Sin embargo, su lógica era bastante convincente. Si conocieras a Sardi sabrías que sin una tarea comenzaba a comerse el tarro. Si fuera la psicóloga de la nave, organizaría periódicamente pequeños juegos para mantener alerta a la tripulación. Pero el médico de la nave no daba mucha importancia a las intervenciones que consideraba trucos mentales.

—Entonces, ¿de dónde proviene la señal? —preguntó el capitán.

—Eso es otra cosa interesante —contestó Amélie—. La fuente parece coincidir con la esfera de agua.



LA ENORME ESFERA de agua no había cambiado. Aún parecía estática e inofensiva desde la distancia, pero cuanto más se acercaban, más amenazadoras parecían las corrientes oscuras. La esfera no había perdido momento angular. Pero ¿por qué?

Amélie movía su imagen tridimensional de un lado a otro. Parecía haber una dirección preferida. Desde el punto de vista fluido dinámico estaba claro que algo así sucedería, aunque llevara mucho tiempo. La esfera debía llevar mucho tiempo dentro del objeto. Quizá se originó a partir de un ataque anterior de la Incursión en un rincón diferente del universo. Por lo tanto, habían seleccionado una cápsula capaz de recoger muestras.

La Espada de Dios esperaba a una distancia segura. No querían arriesgarse a ninguna interacción. Sardi tenía muchas ganas de asignarle un piloto pero Amélie se negó. ¿Por qué dos personas debían ponerse en peligro? La cápsula que los acercaba cada vez más a la esfera estaba dirigida por un piloto automático. Se sumergirían en el agua antes de acercarse a la señal para estudiarla.

El propio Sardi estaba sentado detrás de ella. Esa fue su condición. «Si vas a concebir algo como esto para mí, debemos terminarlo juntos». Amélie sonrió. Él aún creía que era un invento suyo. Cuando ella le señaló la posibilidad de recolectar muestras del agua, él sonrió con complicidad. Pero hay cosas peores que un jefe que cree que quieres hacer algo bueno por él. De hecho, su estado de ánimo había mejorado mucho.

De repente, su asiento giró. La cápsula se estaba preparando para el próximo cambio de rumbo. Dentro de poco, los motores de corrección se encenderían. ¡Ahora! Se inclinaron hacia adelante y se sintió como si estuvieran en una montaña rusa. Amélie borró el holograma con un movimiento de su mano y envió la imagen de la cámara frontal a la pantalla principal. La superficie del agua se acercaba a una velocidad aterradora. Los arneses se tensaron en automático. El corazón de Amélie latía con fuerza. ¡Estaban cayendo!

—¡Dios mío! —exclamó mientras la cápsula pasaba a una posición horizontal justo antes de tocar la superficie del agua.

Pero no abortaron la inmersión. El piloto automático debió haber visto lo que se avecinaba: una pared de agua, de unos cincuenta metros de altura. Se sumergieron en ella. La imagen cambió. Las estructuras apenas eran visibles. En el infrarrojo, no podía ver nada más que corrientes de agua en movimiento de diferentes temperaturas, chocando, fusionándose o separándose en una danza interminable.

—Recolectando muestras —anunció el piloto automático.

Zumbó bajo sus pies. El brazo de muestreo se extendió y llenó los contenedores que habían traído consigo. Había espacio para dos litros. Debería bastar.

—¿Qué esperas descubrir en las muestras? —preguntó el capitán.

Amélie escuchó el clic de su cinturón de seguridad. Él parecía asumir que estaban en su destino.

—Me gustaría saber de dónde viene el agua. Eso también nos revelará algo sobre la Incursión.

—Pero ¿hay algún material comparativo? ¿Cómo sabes cómo es el agua en la galaxia de Andrómeda?

—Oh, lo hay, aunque nunca hayamos estado allí. Usando espectrometría, tenemos una buena idea de cómo se distribuye en otros lugares. Pero será mejor que te vuelvas a poner el cinturón.

—¿Ya vamos a regresar?

—No, la señal. No está lejos de aquí.

—Ya te lo dije; no me enfadaré si...

Amélie rio. El capitán pensaba que todo se trataba de él. Sardi se unió a las risas.

—Eres muy amable, Amélie, aunque el embuste no es tan difícil de

desentrañar. Después de todo, una señal de un traje espacial del Buscador es, objetivamente, imposible.

—Y, sin embargo, ahí está.

La cápsula aceleró y Amélie quedó presionada contra su asiento. Cambió al mapa. La fuente de la señal se mostró como un punto parpadeante. Estaba a solo unos quinientos metros de distancia. La cápsula atravesó otra ola. Algo flotaba detrás de ella. Amélie fue la primera en verlo en el radar. El piloto automático giró la cápsula para que volara paralela a las olas hacia el objeto. Una ola se levantó. La siguieron. El reflector lo captó. Era del tamaño de un traje espacial y de la misma forma.

—¡No lo inventaste! —gritó el capitán.

—Desde luego que no.

El piloto automático dirigió la cápsula al lado del objeto. Tenía brazos, piernas y una visera, pero estaba mirando hacia arriba para que no pudieran ver su interior. Amélie desplegó el brazo para recoger muestras. Alcanzó el objeto. Por un momento, creyó ver un rostro detrás de la visera. El brazo metió el traje espacial en una cámara vacía en el costado de la cápsula. No podían hacerle entrar en la cabina sin ponerse sus propios trajes. Sería más rápido regresar a la Espada de Dios para examinarlo allí.

—Pesa 85 kilogramos —informó Amélie.

—El peso vacío de ese modelo es de solo 17 kilogramos —dijo el capitán.

—¿Sabes lo que eso significa? —preguntó Amélie.

Sardi no respondió. Lo escuchó presionar un botón y adivinó lo que estaba pensando.

—Cápsula a Espada de Dios, aquí Sardi. Preparad tratamiento de emergencia, por favor.



LA CÁPSULA VOLÓ hacia el hangar. El muro se acercaba a Amélie, pero ella no tenía miedo. Dentro de poco, los arneses de seguridad se afianzarían. Ella fue empujada hacia adelante mientras ellos hacían exactamente eso. De inmediato, abrió el arnés y una luz roja de alarma iluminó la puerta del hangar. La habitación tenía que llenarse de oxígeno antes de que el equipo de emergencia pudiera entrar. Pero en este caso, ya había cuatro personas en trajes espaciales avanzando. Una de ellas llevaba una bolsa de herramientas mientras desaparecían bajo el vientre de la cápsula, donde Amélie ya no podía verlos a través del ojo de buey. Poco después volvieron a salir con el traje espacial. Parecía muy rígido. Se veía extraño porque tenía todas sus extremidades extendidas. Cada uno de los socorristas sostenía una

pierna o un brazo, aunque podían dejar que el cuerpo flotara entre ellos. Juntos desaparecieron en la esclusa.

El capitán palmeó el respaldo de su silla. Amélie también estaba impaciente, pero no había forma de evitarlo, ya que se necesitaba tiempo para llenar de aire el gran hangar. Finalmente, apareció una luz verde, indicando que se les permitía salir. Sardi abrió la puerta trasera y Amélie lo siguió. Flotaron hacia la esclusa por donde habían salido los demás.

—Vamos a la estación médica —sugirió Sardi.

La curiosidad se había apoderado de él. Cuando llegaron al laboratorio médico, un asistente quiso negarles la entrada. Por supuesto, Sardi se salió con la suya. El traje estaba sobre una mesa de operaciones. La figura estaba atada por alguna razón. Usando un cortador láser, Carlota estaba ocupada cortando con cuidado.

—¿Por qué no le quitas el traje? —preguntó Sardi.

—No sabemos el alcance de sus heridas —contestó el doctor Sorgenfrei, médico de la nave—. Antes de infligirle unas nuevas, preferimos cortar el traje.

—Gracias. ¿Puedes decir algo sobre su condición?

—Bueno, es un ser humano. Da señales de vida, pero no parece estar consciente.

—Gracias, doctor. No queremos molestar.

Carlota ya había llegado a la cabecera. Vaciló y se volvió hacia los demás.

—Lo conozco —dijo.

—¿De dónde? —preguntó el capitán.

—De la Tierra. Solo lo he visto dos o tres veces, pero estoy segura de que es Norbert. He olvidado su apellido. Habría sido miembro de la tripulación del Buscador si no se hubiera enfermado.

—Pero ¿cómo llegó aquí? —preguntó Sardi.

—¿Y qué estaba haciendo en medio de la esfera de agua? —agregó Amélie.

—Me temo que tendrás que preguntárselo tú misma —dijo Carlota —. Por desgracia, no parece muy conversador en este momento.



DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, le habían quitado por completo el traje y la ropa al hombre y le pusieron una bata blanca. Yacía en la mesa de operaciones, sin dar respuestas. Amélie lo miró. Algo la molestaba acerca de sus proporciones. Pero claro, no conocía al hombre.

—Carlota, ¿tienes algún dato sobre ese individuo?

—Tal vez pueda encontrar algo en mi expediente de pacientes. De hecho, ahí está. Tengo datos de toda la tripulación.

—¿Algo especial?

—No, es un tipo bastante normal. 1,76 metros, 76 kilogramos, 44 años...

—¿Has comparado eso con los datos actuales?

—Ha perdido un poco de peso —dijo Carlota—. Ahora pesa 68 kilogramos. Creo que le va bien.

—¿Y la altura? —preguntó Amélie.

—Eso es extraño. Ha perdido nueve centímetros porque ahora mide solo 1,67.

—Ya no es tan normal —dijo el capitán.

—¿Puedo preguntarte algo, Carlota? —dijo Amélie.

—Por supuesto.

—¿Examinarías una muestra de tejido para determinar su composición isotópica?

—Pues, claro. Ben, ¿podrías encargarte tú, por favor?

Un joven asintió, cogió un dispositivo del estante y tomó una muestra de la parte superior del brazo del hombre. Luego desapareció con ella.



El residual no tenía un buen presentimiento esta vez. Las masas, grande y pequeña, que había detectado el mundo raíz podían ser cualquier cosa, incluso una nave espacial grande y una pequeña. Alexa había confirmado con cierta probabilidad que podrían existir dos naves de diferentes tamaños. Pero un agujero negro con un compañero planetario también era posible. Después de todo, el residual ya había descubierto que las naves de la Incursión podían tragarse singularidades.

—Vas a lograrlo —lo alentó Alexa.

—Necesitamos encontrar a los humanos —afirmó el mundo raíz, que parecía haber recuperado su optimismo.

—Nos vemos en unos minutos —dijo el residual.

Renunció al control, desapareció del espacio-tiempo y reapareció en otro lugar.

Pero algo estaba mal. El espacio a su alrededor era demasiado viscoso. Debía haber aterrizado dentro de una masa densa. Pero no debía entrar en pánico. El ambiente era denso, pero no aplastó, derritió ni quemó el cuerpo del residual. De hecho, la temperatura era bastante agradable. El residual movió sus ramas, tras lo cual su cuerpo giró en espiral. Fue entonces cuando comprendió: era agua, igual que el agua del acuario donde descansaba su verdadero yo. Sintió náuseas. No, era mejor no pensar demasiado en su verdadero yo. Pero las náuseas no desaparecieron. Incluso, se hicieron más fuertes. Una corriente asió al residual y comenzó a empujarlo.

De repente, emergió a la oscuridad. Lo que parecía una pared era pura nada, y antes de que el residual se sumergiera nuevamente, reconoció la forma exterior del objeto que lo mantenía cautivo: era una esfera. Una esfera de agua, y eso era un problema porque dificultaba la proyección. Las moléculas de agua tenían muchas frecuencias vibratorias y algunas bloquearían la recepción. No importaba si había un agujero negro acechando a tres metros de distancia. Donde estaba el residual en este momento no debía haber agua si quería desaparecer de aquí.

De todos modos lo intentó, una y otra vez, pero siempre salía a la superficie tan brevemente que no podía ceder el control con suficiente rapidez. Sus fuerzas estaban disminuyendo. Ya no podía luchar contra la corriente. Pronto tampoco pudo obligarse a respirar, por lo que ralentizó los latidos de su corazón y se rindió a la corriente, entregándose a un estado que estaba muy cerca de la muerte. Al final, la corriente lo liberaría. Era solo cuestión de tiempo. Debía tener paciencia, aunque, ahora mismo, lo estaba pasando mal. Lo único que

lamentaba era que no estaría allí cuando se activara la trampa. Los humanos tendrían que gestionar todo por sí mismos. Pero contaban con la ayuda del mundo raíz y de la abint Alexa. Ojalá.



¡ESA NAVE ERA UNA PASADA! Jaron caminó con Celia, por segunda vez, a través de la enorme sala que se localizaba directamente debajo del sombrero del hongo. Alexa los acompañaba de manera virtual. La IA podía proyectar su voz desde las extrañas estatuas esparcidas por la habitación. Pasaron junto a catres perfectamente adaptados a la fisiología humana, examinaron duchas, armarios, estanterías, retretes... A veces, el material parecía extraño. Jaron recordó lo que dijo Alexa: Todos estos objetos fueron cultivados, no construidos. Ese era un verdadero milagro.

Sabiendo esto, Jaron trazó las estructuras, imaginando lo que alguna vez fue una raíz; dónde había conductos para transportar nutrientes, cómo una suave manta emergía de una hoja y qué tenía más la función de una semilla o fruto. El mundo raíz pertenecía al reino de los hongos, pero al parecer, tenía a su disposición todo el acervo genético de su planeta de origen para su propia mejora. ¿Y se suponía que todo esto había sido cultivado en solo tres días? Era inconcebible.

—Si quieres, el almuerzo está listo —dijo Alexa.

Jaron ya podía olerlo. Un extraño aroma llegó hasta ellos. El mundo raíz seguía teniendo dificultades con la producción de alimentos. Las gachas grises que Norbert Dos les había servido cuando llegaron contenían un equilibrio perfecto de nutrientes, según los análisis, pero tenían un sabor horrible y una consistencia viscosa.

—¿Puede oírme alguien? —preguntó Alexa de nuevo.

—Supongo que aún estamos llenos por el desayuno —respondió Celia.

—No te preocupes. Hemos ajustado la receta —insistió Alexa—. Ahora hay diferentes consistencias.

Alguien hizo ruido con los platos. Sonó apagado.

—Vamos, intentémoslo —la invitó Jaron, tirando de Celia en la dirección que le indicaba su sentido del olfato.



—ESTO PARECE... interesante —dijo Jürgen, quien ya estaba sentado a la mesa.

A su derecha, Jaron oyó la típica respiración ronca de Paul. Celia se sentó a su lado. Se sintió tenso. Con cautela, palpó el camino a

seguir. Allí estaba la bandeja, hecha de algún tipo de madera prensada, tal vez de una hoja. A la derecha, había un tenedor y una cuchara, ambos de madera. Sacudió el plato. No se derramó nada así que no era sopa. Un objeto rodó hacia un lado, produciendo un chasquido. Podría ser una especie de bola de masa. Jaron pasó el pulgar por encima del borde del plato. Sintió un par de cubos pequeños, una rebanada plana y un objeto redondo rociado con una salsa tibia. Se lamió los dedos.

—Esto es... —comenzó Alexa.

—Adivinemos —la interrumpió Jürgen.

—Como quieras.

—Bueno, tengo una especie de bola de masa con salsa dulce —dijo Jaron.

—Ah, intentamos imitar una albóndiga de patata —explicó Alexa.

—Pero el rosa no combina muy bien —se quejó Jürgen.

—Eso proviene de un pigmento que produce moléculas muy específicas que tus nervios interpretan como amargas —continuó Alexa.

—Ah, ¿entonces la rebanada plana que podría estar imitando queso o carne es azul por eso? —preguntó Paul.

—Así es. El problema del gusto es la diversidad de las células sensoriales. Los crecimientos no están acostumbrados a producir tantos hidrocarburos diferentes. He seleccionado los más apropiados según lo que pueden hacer. Sin embargo, nunca serán tan diversos como estás acostumbrado.

—Nos acostumbraremos —dijo Jürgen—. Tal vez podáis trabajar en la consistencia. Esta rebanada de queso se siente como chicle en la boca.

—Gracias por la sugerencia. Aún me faltan datos sobre el sistema masticatorio humano. Si no te importa, me gustaría medir las fuerzas promedio ejercidas por vuestros incisivos y molares. Puede que haya sobreestimado un poco los valores.

—Aun así, lo que has logrado es fantástico —la elogió Paul—. Puedo detectar diferentes sabores y la comida me llena.

—Sería maravilloso si pudierais hacer cerveza —sugirió Jürgen—. Se basa en el proceso natural de fermentación.

—Conozco lo básico —dijo Alexa—. Veré qué puedo hacer.

—Me encantaría ser el catador —se ofreció Jürgen.

—La cerveza es buena —dijo Jaron—. Se supone que también es muy saludable. Sin embargo, sugeriría que nos ocupáramos de preparar la trampa.

—Tengo algo que confesar —soltó Alexa.

—Venga, dilo —pidió Jaron.

—No he podido convencer al mundo raíz de que suspenda la

búsqueda del residual.

—¿No tienes acceso a los controles?

—No, tengo opciones muy limitadas. El mundo raíz desconfía de mí.

—Eso es porque eres una IA.

—Exacto.

—¿Podemos hablar con él?

—Estoy aquí —contestó una voz que no habían oído antes.

Sonaba completamente natural y sin acentos, pero también neutral. Ni femenina ni masculino, ni grave ni aguda, ni intensa ni monótona. Por lo tanto, única a su manera.

—Bien —dijo Jaron.

—Nos gustaría hablar contigo sobre cómo activar la trampa —añadió Celia.

Jaron se reclinó. Casi había olvidado que Celia lideraba la misión.

—¿Estás enterada? —preguntó el mundo raíz.

—De hecho, sí. El residual nos lo contó. Parece que nuestra presencia es necesaria para liberarla.

—Vuestra aprobación, sí. Los crecimientos así lo decidieron. Me pareció un error desde el principio.

—Estamos aquí para resolverlo. Será mejor que despeguemos lo más rápido posible al centro de control donde podremos presionar el botón.

—No es tan simple —dijo el mundo raíz—. Sin el residual, no puedo revelaros la ubicación del centro de mando.

—Si esperamos hasta que aparezca, podría ser demasiado tarde.

—No lo sé. Yo...

—El residual ya nos dio la autorización, ¿no? Alexa puede dar testimonio de ello. Sé que no confías en la IA, pero debe estar guardado como un recuerdo en su conciencia. Como ella se encuentra en tus sistemas, tendrás acceso a ella.

Celia lo estaba haciendo muy bien. Jaron se relajó. Puede que el mundo raíz no lo supiera pero iban a volar al centro de mando de una forma u otra.

—No quiero que el extraterrestre husmee en mis recuerdos —rechazó Alexa.

La IA debía tener miedo porque también podría descubrir sus planes secretos.

—Alexa, tienes que permitirlo. ¡Se trata de la humanidad! Te comprometiste a protegernos del mal.

—El contrato, sí. Tienes razón. Lo permitiré. Pero no quiero que el mundo raíz vea más de lo que necesita.

—¿Has oído, mundo raíz? —preguntó Celia—. ¿Es eso prueba suficiente de que estamos autorizados?

—Sí, vale. Está claro. Aunque no sé si podréis hacerlo solos en el centro de mando. Allí no hay nada adaptado para los humanos. Sería más fácil con el residual como escolta.

—¿Entiendo que puede proyectarse en cualquier lugar? Podría seguirnos en cualquier momento, ¿no?

—En efecto, Celia. Pero de donde...

—Solo hay un destino al que debemos dirigirnos en este momento y es el centro de control. El residual lo sabrá.

—De acuerdo. Celia, tu crecimiento debe estar orgulloso de ti. Por favor, avisadme cuando estéis preparados para partir.

—Norbert Dos, ¿podrías retirar la comida, por favor?

—Será un placer, Celia.

—Genial. Entonces ocuparemos nuestros asientos. Salimos en diez minutos. ¿Cuánto tiempo de vuelo nos espera?

—Llegaremos a nuestro destino en un día.



Había llegado el momento. La esfera ya no era visible. Todos los aparatos de medición se estaban volviendo locos. Él solo veía una gigantesca concentración de energía frente a él. Parecía como si una burbuja hubiera encerrado la nave. Sin embargo, era una ilusión porque la luz del espectro óptico se dirigía alrededor del agujero de gusano. Debía ser la envoltura iridiscente que vio ayer. La radiación de energía continuaba penetrando en la burbuja, lo que demostraba que la nave aún formaba parte del cosmos.

Pero pronto dejaría de serlo. La nave espacial fue absorbida por una fuerza poderosa que la atrajo hacia el interior del agujero de gusano. Las estrellas y galaxias comenzaron a distorsionarse y cambiar, y parecía como si el universo mismo se contrajera y distorsionara alrededor del agujero.

Y, entonces, todo se tornó negro. El Buscador parecía haber perdido toda energía. La inquietud se apoderó de él. No era así como se lo imaginaba. Era como si estuviera rodeado por un cubo de oscuridad. Si no podías ver nada en movimiento porque no había nada que ver, no era diferente a no moverse. Solo sus pensamientos seguían ahí, pero también se estaban anudando.

Intentó seguir sus vericuetos, pero no lo consiguió. Watson se desesperó. Los hilos del pensamiento eran lo único que aún lo conectaba con la realidad. ¿Por qué no podía llegar al otro lado? ¿Era esto siquiera un agujero de gusano? ¿Quizás era una trampa destinada a él desde el principio? ¿Era posible que la Incursión fuera un montaje para atraerlo aquí?

Eridu se habría reído de él. «¿Crees que el universo gira a tu alrededor?». Tenía razón. De repente, sus pensamientos volvieron a ordenarse. ¿Era una buena señal? No. De repente, adquirieron un peso increíble, como si miles de millones de bosones de Higgs se aferraran a ellos y los empujaran en todas direcciones. Una fuerza desconocida lo desgarró, queriendo destruir su existencia y distribuirla en el espacio. El momento llegaría pronto. No había escapatoria. Las partículas que lo componían formaron un remolino que giraba sobre sí mismo y cuanto más rápido se volvía, más perdían sus componentes su cohesión. En un momento estaba allí, luego seguía la transición de fase, y después…



—¿AMÉLIE?

Vio el rostro de Carlota en la pantalla.

—¿Y nuestra captura? —preguntó Amélie.

—Me temo que sigue inconsciente. Aunque respira, los latidos de su corazón son más lentos y no podemos detectar ninguna actividad cerebral. En otras circunstancias, en este punto sugeriría apagar las máquinas.

—¿Y por qué no en esas circunstancias?

—Porque no necesitamos ninguna máquina. Es como si estuviera en un sueño profundo y no en coma.

—Bien. Tal vez se despierte de repente.

—Quería comprobarlo porque tengo los resultados de las lecturas de isótopos. Tienes grandes instintos, Amélie.

—¿Sí?

—El material del que está hecho nuestro Norbert no proviene de la Tierra. Viene de aquí.

—Hmm... interesante.

—También volví a registrar todos los órganos, la longitud de los huesos, etc. En Norbert, todo es más pequeño que la media. Eso no es normal. Un hombre pequeño no tiene, en automático, un pene pequeño ni orejas pequeñas. En su caso, todo parece reducido. Eso es algo poco común.

—¿Tienes alguna teoría? —preguntó Amélie.

—Cuando ese residual llegó con nosotros, nuestro ingeniero de a bordo, Jürgen, se asustó porque había adoptado la forma de su amigo Norbert. Como resultado, se convirtió en una especie de hombre de Lego.

—Ahora que Jürgen ya no puede verlo, es posible que se haya convertido en Norbert otra vez.

—Eso es lo que quiero decir, Amélie.

—¿Y qué significa?

—Tendrás que averiguarlo. Intentaré despertarlo.



—¡TENGO que salir de aquí! —gritó Norbert, dando manotazos.

Carlota retrocedió un paso. Dejó la jeringa con la que acababa de darle al hombre una dosis de adrenalina. Como no habían podido encontrar ningún trastorno orgánico, procedieron a este paso drástico.

—¡Hola, Norbert! Estás entre amigos —dijo Amélie—. Cálmate, por

favor.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Dónde estoy?

—En la nave espacial Espada de Dios, deberías saberlo. Eres humano.

—¿¡Yo!? ¿Un humano? No soy un humano. Soy... un residual. Tenía que... encontraros. Os encontré.

—Más bien, nosotros te encontramos a ti. Estabas nadando en una gigantesca esfera de agua.

—¿Qué? Espera, ahora lo recuerdo. El agua era tan... fascinante. Y luego... No lo recuerdo. Algo pasó. Perdí el conocimiento.

—Tu traje espacial nos alertó.

—Oh, ¿también es una abint?

—¿Una abint? ¿Qué es eso?

—La llamáis IA. Las abints son los enemigos de toda civilización superior. También controlan las Incursiones. ¡La Incursiones! ¿Aún existen?

—Parece que sí. Estamos dentro de una.

—¡Oh, no! ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Solo iba a estar diez minutos...

—En la nave, unas tres horas. No sabemos cuánto tiempo estuviste en el agua.

—¿A qué día estamos?

—5 de enero, según el calendario humano.

—¡Eso es terrible! Tengo que llevaros al centro de mando. Ahí es donde un humano tiene que activar la trampa.

—Bueno, a menos que tengas una alfombra mágica, no creo que vaya a suceder. Estamos encerrados. ¿Hay alguna manera de que puedas sacarnos de aquí?

El residual negó con la cabeza.

—Solo a mí mismo.

—Entonces, debió ser así como entraste en el agua —supuso Amélie.

—Tal vez. Eso es terrible. ¡Necesito ayuda! Y me refiero, ¡en el exterior! ¿Por qué tuvisteis que quedar atrapados en esta Incursión? ¿Cómo se supone que voy a hacer mi trabajo?

—No todos estamos atrapados —lo tranquilizó Carlota—. Un pequeño grupo logró escapar en la cápsula.

—¿De verdad? Estás delirando. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es eso? Si dos vaakui con diferentes... No importa. No ha pasado nada. ¿Dónde los encuentro? Tiene que ser rápido.

—Como dije, están afuera —repitió Carlota—. Ya deberías haberte topado con ellos.

—¿El cinco, dijiste? Eso lo explica todo. Debo haber estado en el agua, por lo menos, un día.

—Suena lógico —dijo Amélie.

—Os agradezco este rescate y os deseo la mejor de las suertes en vuestro viaje.

El residual miró a su alrededor. Su mirada se posó en el traje espacial que habían abierto. Se encogió de hombros.

—Espera, tenemos muchas preguntas —dijo Amélie.

—Quizás en otra ocasión. Ahora tengo prisa.

El residual se cruzó de brazos y cerró los ojos. Permaneció así durante medio minuto. Luego volvió a abrirlos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Amélie.

—No… funcionó. Aún estoy encerrado. El proyector debe haberme perdido.

—¿Eso es bueno o malo?

—¡Es terrible! Nos puede costar la vida.



—¿CELIA?

La voz susurró. Jaron apenas lograba entenderla. Sonaba como la del mundo raíz.

—¡Ah, mundo raíz! ¿Ya casi llegamos? —preguntó Celia.

—En aproximadamente una hora.

—Gracias. Debemos empezar a prepararnos para salir. ¿Supongo que será un EVA? En ese caso, necesitaremos unos cuarenta minutos.

—Bien. Aunque no sé qué es un EVA, puedo confirmar que viajaréis en el vacío. Aunque, quería decir algo más.

La voz, que entretanto había aumentado de volumen, empezó a susurrar de nuevo.

—Adelante —dijo Celia.

—La abint me abrió sus recuerdos, ¿no? Cuando lo hizo, noté que había ciertas inconsistencias...

¿La abint? La palabra era desconocida para Jaron. Pero el mundo raíz solo podría referirse a Alexa.

—¿Mundo raíz? —interrumpió.

—... Ciertas inconsistencias entre el paso del tiempo tal como has descrito y...

—Mundo raíz, no quiero saberlo.

—Pero prueba que...

—Mundo raíz, es suficiente. Cada uno tiene derecho a sus secretos.

—La abint no es humana.

—Según nuestros estándares, tiene los mismos derechos.

—Entiendo. No, no lo entiendo, pero lo acepto, aunque creo que es un error. No se puede confiar en una abint.

—Gracias por aceptar nuestros valores.

—Para mí es más fácil porque supongo que ninguno de nosotros sobrevivirá a los próximos días. Esto reduce drásticamente el alcance potencial de cualquier error que cometamos ahora.

—Gracias por tu optimismo —dijo Jaron.

—Mi declaración no fue de naturaleza optimista.

—Era ironía, un recurso estilístico que los humanos usan con bastante frecuencia. Nos vamos a preparar para la salida.



EL CENTRO DE control estaba situado en un trozo de roca de unos quinientos metros de diámetro, que podría confundirse con un asteroide solitario. Jaron lo escaneó de manera acústica desde todas

direcciones. Un ruido de fondo estático le mostró la superficie irregular, formada por grietas de hasta treinta metros de profundidad y acantilados escarpados. No había gravedad. Por lo tanto, el mundo raíz, que era unas veinte veces más grande, no podía entrar en órbita. En vez de eso, se movió en paralelo, alejado de la estrella central, de tal manera que el asteroide lo alcanzara lentamente.

—Velocidad relativa de cuatro metros por segundo —informó Alexa.

Ese era el valor que habían estado esperando. El asteroide era casi tan rápido como un ciclista en comparación con el mundo raíz. Por lo que el impacto no suponía mucho peligro.

—A la cuenta de tres —indicó Celia—. Uno, dos, tres.

Jaron saltó. La cuerda de seguridad tiró de su cinturón, torciéndolo un poco. Celia estaba a su derecha y Jürgen a su izquierda. Le había asignado a cada uno una frecuencia diferente. La cuerda se sacudió. Debía estar torcida. Se agarró al cinturón y giró. Mucho mejor.

—Lo estáis haciendo muy bien —dijo Paul, quien se había quedado en la sala—. Veinte metros más.

¡Qué rápido! El asteroide ya estaba tan cerca que Jaron solo oyó un ruido ininterpretable en los auriculares. Tenía que confiar en los demás. Celia llevaba la mochila propulsora y arrastraba a Jaron y a Jürgen detrás de ella. Ella aterrizaría primero, se aferraría a algún lugar y luego…

—Diez metros más —informó Paul—. ¡Cuidado!, os acercáis a un acantilado.

Algo sacudió el aseguramiento y lo atrajo hacia un lado.

—Lo siento, tuve que desviarme —se disculpó Celia—. Preparaos para aterrizar.

—Cinco metros —dijo Paul—. Cuatro, tres, dos…

—¡Lo tengo! —exclamó Celia.

Esta vez la cuerda lo arrastró en la otra dirección. Jaron extendió sus brazos y piernas. ¡Contacto! Sintió roca bajo sus guantes. Como un insecto gordo, aterrizó boca abajo y se agarró con las piernas para ponerse a salvo. Pero no hubo más sacudidas. Celia tiró suavemente de la correa y Jaron se levantó. Se sacudió el polvo de su traje espacial (seguramente había algo allí) y se volvió hacia Celia.

—Tenemos que rodear la roca —dijo ella.

El ascenso no fue divertido. Esto se debió a que la ecosonda con radar no funcionaba bien aquí. Celia iba delante de él y cada vez que tocaba un trozo de roca parecía levantar una nube de polvo que a él le sonaba como roca sólida. Así que siguió desviándose inútilmente, deteniendo al trío en seco. Si bien nadie se quejó tampoco quería ser una carga para sus amigos.

—Debimos volar en parejas —propuso.

—No voy a discutirlo —rechazó Celia—. En realidad, Paul y Carlota también deberían estar aquí. Este es el final de nuestro largo viaje.

—No te enfades, Celia, pero me siento demasiado viejo para esa escalada —dijo Paul.

—Llegamos —afirmó Celia.

Jaron tropezó con ella. No esperaba que sucediera tan rápido. Ella se rio y lo empujó un poco.

—Estoy frente a una depresión llena de polvo —informó.

—Al parecer, nadie ha estado aquí en mucho tiempo —dijo Alexa —, pero es la posición correcta.

—El residual debió venir a menudo, pero no parece haber utilizado esta entrada —informó el mundo raíz por radio—. Por eso no me di cuenta de inmediato de que era una entrada. Debajo del polvo debe haber una flor. Así ocurre con todas las construcciones de los crecimientos.

—Bien, bajaré y me ocuparé de ello —dijo Jürgen.

La señal de su amigo se alejó unos pasos y bajó al suelo. No tuvieron que esperar mucho.

—¡Hay una flor! —exclamó Jürgen—. Los colores del arco iris son preciosos. Parecen brillar.

—Resplandecen —confirmó el mundo raíz—. Tendrás que mover los pétalos hacia la izquierda. Pero ten cuidado, porque...

—¡Ay!

En el mismo instante, la cuerda de seguridad tiró de Jaron. Podría sostenerse, pero se deslizó hacia el hoyo sin frenar. Al tirar del seguro derecho, se dio cuenta de que Celia venía tras él.

Aterrizaron en una superficie lisa y fría. Había cierta gravedad, quizás la mitad que en la Tierra. Jaron se levantó. Oyó a los demás limpiarse los trajes. A su izquierda, se escuchó un silbido.

—¿Te vas a quitar el casco, Jürgen? —preguntó.

—Sí, el aire respirable es bueno, el traje lo confirma. Pruébalo. Hacía mucho que no respiraba un aire tan fresco.

Jaron abrió su casco. Jürgen tenía razón. El aire estaba frío pero no contenía olores, como si acabara de crearse.

—¿De dónde viene la gravedad? —preguntó Jaron.

—Ni idea —contestó Jürgen.

—¿Alexa? ¿Lo sabes?

La IA no respondió.

—¿Mundo raíz?

No hubo respuesta. El mundo raíz no les había advertido sobre esto. El centro parecía estar bien protegido. Jaron dio unos pasos hacia la izquierda y luego hacia adelante.

—¿Parece que es cuesta arriba en todas partes?

—Sí, el terreno es curvo —dijo Celia—. Estamos dentro de una esfera.

—En una esfera que rota —dedujo Jaron—. De ahí viene la gravedad. Pero ¿qué nos atrajo a esto?

—Fueron los pétalos —explicó Celia—. Giraron sobre su eje y nos atrajeron. Lo vi.

—De acuerdo. Tenemos que continuar, al centro —afirmó Jürgen —. Es el único camino.



EL SENDERO TENÍA UNA VENTAJA: nunca tuvieron que elegir su dirección. Solo había un camino por recorrer: en un arco hacia la derecha. El interior del asteroide parecía estar construido como una cebolla. Quizás, alguna vez tuvo esa función antes de convertirse en un centro de control. Pasaron capa tras capa, cada una de entre dos y tres metros de espesor, hasta que, finalmente, llegaron al centro de control. El camino terminaba en una gran sala con techo en forma de cúpula. Jaron reconoció la reverberación típica de una cúpula, que debía estar revestida con un material liso.

En el centro había un holograma que debía ocupar la mitad de la habitación; al menos, eso era lo que indicaban los zumbidos de los emisores. ¿No se había quejado el residual de que su tecnología primitiva funcionaba de la misma manera? Tal vez fuera el gran tamaño, que solo era posible con la holografía clásica.

—Puedo ver todo el cúmulo estelar en el holograma —dijo Celia.

Jaron se adentró y movió las manos pero no sintió resistencia.

—¿Algo cambió? —preguntó.

—No —contestó Jürgen—. Solo te metiste en la imagen.

«Entonces, no hay interactividad». Hmm. ¿Dónde estaba el interruptor?

—¿Veis un interruptor en alguna parte que debamos accionar? —preguntó Jaron.

—Aquí no hay nada más que el holograma —respondió Jürgen.

—Y este extraño acuario —dijo Celia.

—¿Acuario?

—Sí, ven.

Se acercó a la voz de Celia. Ella lo cogió por el hombro y lo condujo hasta una vitrina. El frente era frío y liso. El agua olía rancia. Metió la mano en el interior. Estaba fría.

—¡Cuidado con los ojos! —advirtió Celia.

—¡Puaj, esos ojos! —exclamó Jürgen—. Alguien tiene un extraño sentido del humor.

—¿Qué ojos? ¿Qué pasa? —preguntó Jaron.

—Están flotando en la superficie. Parecen vivos. A veces abren y cierran los párpados.

—¿Si no fuera por ellos, el acuario estaría vacío? —inquirió Jaron.

—Una raíz entra ahí y lo divide. El fondo está cubierto de arena gris. También hay una especie de toalla, doblada en pliegues. Tal vez alguien la olvidó mientras limpiaban.

—¿Una toalla? —preguntó Jaron.

—Sí, espera —dijo Jürgen.

El agua onduló. Al parecer, Jürgen estaba metiendo la mano en el estanque.

—Supongo que no es una toalla —dijo entonces Jürgen—. Apenas se mueve cuando tiras de ella.

—Dejémosla en paz y busquemos el puñetero interruptor —pidió Jaron.

—Aquí no hay nada más que el holograma y la pecera —dijo Celia.

—Tal vez sea necesario destruir el recipiente de vidrio —sugirió Jürgen.

—Por supuesto, tenemos que demostrar que podemos destrozar un acuario —bromeó Jaron—. Es una habilidad rara. Así es como demostramos que somos humanos.

Jürgen rio.

—Pero el hecho es que no hay nada más aquí.

—Repasemos el holograma unas cuantas veces —propuso Celia—. Tal vez sea una especie de escáner que puede observar nuestra conciencia.

—Bien, eso no puede hacer daño —dijo Jaron.

Caminó en círculos dentro del holograma. El zumbido se intensificó cuando los tres estuvieron dentro, pero eso, quizá, solo significaba que requería más energía.

—No pasa nada —dijo Jaron.

—Alexa, mundo raíz, ¿nos escucháis? —preguntó Celia por la radio.

Pero no obtuvieron respuesta. ¡Vaya mierda! Habían llegado hasta aquí y ahora no podían encontrar el estúpido interruptor.

—Es inútil —se lamentó Jaron—. Tendremos que regresar a la nave. Quizás el mundo raíz tenga una idea.



LES TOMÓ UN tiempo llegar a la sala, porque tuvieron que esperar al mundo raíz, que viajaba más lento que el asteroide. Pero el mundo raíz tampoco pudo ayudarlos.

—¿El residual nunca te dijo cómo es el interruptor? —preguntó Jaron.

—No. Tampoco le pregunté. Después de todo, no era asunto mío. Soy uno de los miles de mundos raíces. El residual solo me eligió porque estaba cerca.

—Entiendo. ¿Podría ser un interruptor simbólico? Quiero decir, estamos buscando un botón que podamos presionar, pero los crecimientos ni siquiera tienen dedos. Tendría que ser algo que pudieran imaginar.

—¿Y qué podría ser eso? —preguntó Celia.

—Mundo raíz, ¿hay algo que puedas hacer con un acuario que está en el centro de control? —preguntó Jaron.

—Nunca he estado allí, ¿cómo podría?, así que no puedo contarte nada.

—Eso no ayuda. Tendremos que mirar de nuevo —dijo Alexa—, pero esta vez me llevaréis.

—¿Una abint en nuestro centro de mando? No puedo permitirlo —rechazó el mundo raíz.

—Pero ¿y si ella es nuestra última oportunidad? —preguntó Jürgen.

—Se trata de llevar a cabo el plan de los crecimientos —insistió Alexa—. Para lograrlo, de vez en cuando hay que tomar caminos extraños.

—Sí, es verdad —reconoció Jaron—. Necesitamos la ayuda de Alexa.

De repente, algo tocó su mano. La abrió. Era el rosario del sacerdote. Celia lo apretó entre sus dedos y él se lo guardó en el bolsillo. Era una buena idea. Si el mundo raíz no podía ayudar tendrían que hacerlo de otra manera.



EL CENTRO DE control había cambiado. Jaron lo notó de inmediato. El zumbido del holograma había desaparecido.

—¿Qué pasando? —preguntó Jaron.

—¿Estropeamos el holograma por accidente? —supuso Celia.

—No creo —la tranquilizó Jaron—. Tal vez hizo su trabajo una vez que lo atravesamos.

—¿Aquí es donde visteis el holograma? —preguntó Alexa.

La IA estaba conectada al traje espacial de Jaron, para que pudiera ver a través de la cámara de su casco.

—Sí, así es. Llenaba casi toda la cúpula —la informó Celia.

—¡Qué pena! —se lamentó Alexa—. Tal vez la pantalla hubiera revelado algo. O habríamos tenido que tocar algún objeto en el holo para activar la trampa.

—Pero es ilógico que esté desactivado ahora —dijo Jaron.

Alexa no podía hacer milagros. Si no había ningún interruptor, no podía encontrarlo.

—¿Me mostrarás el acuario? —pidió Alexa.

Jaron se tomó un momento para orientarse. El tanque de agua estaba junto a la pared, a la derecha de la entrada. Caminó hacia el otro lado hasta que su mano encontró el frío vidrio.

—Levanta el casco un poco más, por favor —pidió Alexa—, gracias. Oh, es repulsivo. ¿Quién pone algo así como decoración?

¿Decoración? Jaron negó con la cabeza. Cada objeto que tocaba en la sala tenía algún propósito. Los crecimientos no parecían preocuparse mucho por la decoración. Y luego, ¿pusieron un acuario decorativo precisamente en el centro de control desde el que se operaba la trampa? Eso no tenía ningún sentido.

—El tanque debe ser el interruptor —dedujo.

—Pero ¿cómo? —preguntó Jürgen—. No hay nada allí que se parezca ni remotamente a uno.

Jaron se metió el rosario con Alexa en el bolsillo y se quitó el guante. Con la mano libre, metió la mano en el acuario. El agua estaba fría. Sacó la mano. Había una fina película de aceite en sus dedos. La olió. El aceite tenía un olor a pescado. Sabía salado. Jaron metió la mano de nuevo, hasta el fondo arenoso, a pesar de que se mojó la manga. Sacó un poco de arena. Eran granos pequeños, como arena fina de una playa de la Tierra. Otra vez. El interruptor debía estar aquí. Rebuscó en el fondo. La capa tenía unos diez centímetros de espesor.

—Estás removiendo mucho la arena —comentó Jürgen.

—Tiene que ser así.

Jaron siguió cavando. El interruptor debía estar escondido en la parte inferior. Pero después de tantear todo el acuario, aún no lo había encontrado. Mierda. ¡Había estado seguro!

—¿Qué dijiste sobre los ojos, Jürgen?

—Flotan en la superficie y son del tamaño de huevos de gallina. Hay una pupila en un lado que pueden tapar con una especie de párpado.

Eso sonaba espeluznante. Jaron tanteó la superficie. ¡Ahí estaba uno! Se sentía resbaladizo. Lo agarró con dos dedos y lo sacó, pero de repente, empezó a temblar y a emitir ligeras descargas eléctricas por lo que lo volvió a soltar.

—No lo hagas, Jaron. Creo que lo estás lastimando.

Quizás. Pasó la palma de la mano por debajo del ojo y encontró un hilo delicado. Lo siguió con los dedos. Acababa en la toalla, que, por supuesto, no lo era. Quizás, era el cuerpo de una criatura que extendía sus ojos desde el agua. Debía ser bastante primitiva. Jaron palpó la toalla. También se defendió con descargas eléctricas, pero a lo sumo,

le hacían cosquillas.

Si quisiera sacarla, tendría que quitarle los ojos. Se armaría un gran escándalo.

—¿Cómo están los ojos? —preguntó.

—Después de que soltaste la toalla, se calmaron —dijo Celia.

—Ah, bien.

Tuvo que admitirlo: estaban en el camino equivocado. ¿Y si este no fuera el centro de mando que estaban buscando?

—¿Tenéis alguna otra idea sobre lo que podríamos intentar? —preguntó—. ¿Alexa?

—Me temo que no —dijo ella.

—Nos quedaremos aquí hasta que se nos ocurra algo —propuso Jürgen.

Jaron respiró hondo. Era una respuesta desesperada pero se adaptaba a su situación. Quizás podrían posponer el problema. O se le aparecería una solución en un sueño.

—Bien —dijo Celia—. Todos, pónganse lo más cómodos que puedan. Admito que no creo que quedarnos sentados nos vaya a hacer ningún bien, pero tampoco tengo una idea mejor.



TODO ESTABA EN SILENCIO. En el acuario, de vez en cuando una burbuja se desprendía del fondo, subía y estallaba en la superficie. Así era como Jaron imaginaba la fuente de los sonidos burbujeantes que venían de esa dirección. Desde el otro lado, escuchó el gruñido de un estómago. Tal vez era Jürgen. No habían traído nada de comida. Jaron imaginó los ojos ovoides nadando por el acuario, mirando con curiosidad a los extraños visitantes. Sintió un escalofrío. Algo faltaba.

Después de un rato, el gruñido del estómago se convirtió en un ronquido. Jürgen lo pasaba bien. Tal vez soñaba con cómo encontrar el interruptor. Jaron cerró su casco, se levantó con el mayor silencio posible y buscó en su bolsillo. Alexa seguía allí. Caminó hacia la salida y dejó que el pétalo lo transportara al exterior.

Desde allí, estableció contacto por radio con Paul, quien estaba esperando en el mundo raíz.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul—. Empezaba a preocuparme.

—No hemos encontrado nada, así que decidimos esperar hasta que se nos ocurra algo.

—Ya, una estrategia interesante. Sin embargo, hay un problema: la Incursión ha comenzado a atacar. Se acaba el tiempo.

—Oh, eso es muy desafortunado.

—No se puede llamar un ataque porque los crecimientos no se defienden.

—¿Qué? ¿Se están dejando masacrar?

—Eso parece. El mundo raíz me explicó que todos están esperando la orden del comando central para desplegarse.

—La cual no llega.

—No.

—¿Qué crees que pasaría si voláramos el centro de mando? —preguntó Jaron.

—Entonces no habría una orden de despliegue… ni remota posibilidad.

Jaron asintió. Debió suponerlo. Destrozar todo no sería la solución. Ni siquiera la última opción.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—La Incursión avanza muy rápido. Si la situación no cambia mañana a más tardar, los mundos raíces restantes serán insuficientes para repeler el ataque y destruir al enemigo.

—Entonces solo podemos esperar que se nos ocurra una genialidad —dijo Jaron.

—Esperanza, ¿eh?

—Suenas como un general, Paul.

—Y como un sacerdote.

Se rieron al mismo tiempo.

—Soy tan estúpida —dijo Alexa de repente, desde su bolsillo.

—Oh, ¿te llevaste mi rosario? Creí que lo había perdido.

—Sí, en secreto, para que el mundo raíz no se diera cuenta. Alexa, ¿qué pasa?

—Los holoemisores. El holograma debe tener algo así.

—Tal vez.

—Podría hacer contacto con el centro de control usando eso.

—¿Crees que estará permitido?

—No lo sé. Vale la pena intentarlo.

—Muy bien, Alexa. Lo probaremos enseguida.

—Buena suerte —dijo Paul—. Mantenme informado, por favor.



—ESPERA, lo tendré en un minuto.

Jürgen hurgó en un agujero con el destornillador. Era uno de los holoemisores cuya cubierta había quitado. El destornillador traqueteó. Debajo, había encontrado contactos eléctricos. Estaban hechos de un semiconductor orgánico.

—Pásame el rosario, por favor —pidió.

De la cruz colgaban dos finos cables. Jürgen los guio hasta el interior del agujero, como le había explicado. En el interior, había colocado dos pequeñas abrazaderas en las que insertaría los dos

extremos.

—¿Alexa? Tan pronto como te pongas en contacto, avísame. Haré la conexión.

Con cuidado, Jürgen colocó los cables en su lugar. Jaron escuchó que el aislamiento raspaba el borde. No había nada allí que los mantuviera en su lugar. Así que tendría que sostener el rosario (inmóvil, si era posible), hasta que Alexa completara la tarea.

—Ahí, siento algo —afirmó Alexa—. Espera. Creo...

—Mierda, el rosario se ha apagado —dijo Jürgen—. La luz de estado está apagada.

—Espera —pidió Jaron—. Mantén la conexión. ¿Quién significará eso?

Esperaron. Jürgen respiraba cada vez con más fuerza.

—¿Pueda ayudar? —preguntó Celia.

—Tal vez. El estúpido rosario da la apariencia de ser ligero. Pero si tienes que sostenerlo con una mano por encima del suelo...

—Por favor, Jürgen, si lo sueltas, puede perder el contacto —advirtió Jaron.

—¿De verdad? —preguntó Celia.

—Mierda, sí —espetó Jürgen.

—Espera —ordenó Jaron—. Aquí. Deslizaré mi mano por debajo. Puedes colocar la tuya encima.

—De acuerdo.

La respiración de Jürgen volvió a calmarse. Luego, se estremeció.

—¡Está brillando otra vez! —exclamó.

Ojalá no hubiera cortado la conexión. Pero no podía culpar a Jürgen. Nunca habrían llegado tan lejos sin él.

—He vuelto —informó Alexa—. Espero que me hayáis echado de menos.

La IA parecía estar de buen humor. Ojalá hubiera tenido éxito.

—¿Descubriste cómo activar la trampa? —preguntó Jaron.

—No. Aun así, conocí al guardián del centro de control, un *software* autónomo. No es IA, pero se parece bastante, dado lo escépticos que son los crecimientos. En la Tierra no os permitiríamos desarrollar algo así.

—Ve al grano, por favor.

—Sí, Jaron. El guardián también es responsable de controlar el proyector que utiliza el residual para moverse a través del cúmulo estelar. Bueno, perdió al residual mientras nos buscaba.

—Joder.

—No. Pude describirle la Espada de Dios y el interior de la Incursión con suficiente detalle para que lo encontrara.

—Pero ¿de dónde sacaste los datos? —preguntó Jaron—. Nunca has estado ahí.

—Sin embargo, evalué y almacené todos los datos recopilados por la cápsula. No descuidaría semejante tesoro. Ciertamente nunca me habríais hablado de las extrañas condiciones dentro de la Incursión.

—No importa —dijo Celia—. Y ahora, ¿qué pasa con el residual?

—Estaba situado en la Espada de Dios.

—¿Situado? —preguntó Jürgen.

—Estará aquí en breve.

Como si Alexa hubiera recitado un hechizo, de repente, un viento rozó la frente de Jaron y se escuchó un golpe. Él se sobresaltó. Sonó como si alguien hubiera caído al suelo desde una altura de un metro.

—Es Norbert —dijo Celia—. Pero es un poco más bajo y más delgado que el Norbert que conocíamos.

—Lo siento, pero soy el residual. Disculpa, Jürgen. Aún no he tenido la oportunidad de remodelar mi cuerpo.

Al menos, no hablaba con la voz de Norbert.

—Yo... Es... ¿Qué...?

—Es el residual, Jürgen. No es tu amigo —dijo Jaron.

—Lo... sé. Pero sigue siendo... extraño.

—Tómate tu tiempo, Jürgen. Tenemos todo el tiempo del mundo —afirmó el residual.

—Me temo que no —advirtió Celia—. La Incursión ha lanzado el ataque. Debemos activar la trampa lo antes posible. Ojalá puedas ayudarnos.

—Podríais haber activado la trampa en cualquier momento —dijo el residual—. No necesitáis mi proyección, ¿o sí?

—Pero ¿cómo? —preguntó Jaron—. Aquí no hay nada, excepto esa pecera.

—¡Claro! Esa es la cuna de mi cuerpo. Soy yo, a quien estáis mirando. El verdadero yo, tal como lo dejaron los crecimientos.

—Es... interesante —balbuceó Jaron.

—No, es rudimentario y feo —corrigió el residual—. Pero no había otra forma. Son órganos esenciales. Los crecimientos no pudieron prescindir de otra cosa cuando me dejaron. El fluido es lo que me mantiene vivo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el interruptor? —preguntó Celia.

—Es bastante simple ¿no? Me sorprende que no lo dedujerais.

—¿Debíamos hablar contigo? —preguntó Celia.

—Debisteis matarme. Mostrarme misericordia y liberarme de mi existencia. ¿Qué os pasa que no se os ocurrió esa idea?

—Matar se considera tabú entre los humanos —explicó Alexa.

—¿Morir, también? Sin morir no hay nada nuevo. Morir es un proceso muy esperanzador. Lo viejo debe fenecer.

—Hmm, bueno, sí, morir también es un tabú.

—Sois extraños, humanos.

—Pero no podemos matarte así como así —rechazó Jaron—. No nos has hecho nada.

—¡Si no hubierais llegado, habría muerto hace mucho tiempo! Mi conciencia está retrasando el ataque. Debéis eliminarla y para ello mi cuerpo debe morir. Ese es vuestro deber.

Jaron suspiró. No podían... Sin embargo, debían hacerlo.

—El residual tiene razón —aceptó Celia—. Tenemos que cumplir su deseo. Solo está vivo gracias a nosotros. Si nos negamos, la Incursión llegará a la Tierra.

—Está bien —aceptó Jaron—. Tal como están las cosas, todos moriremos en el proceso, así que no tendremos que sentirnos mal por mucho tiempo.

—Tengo buenas y malas noticias. Si os vais hoy en el mundo raíz, podréis alejaros lo suficiente del cúmulo estelar para sobrevivir al infierno. Pero alguien tendrá que quedarse aquí hasta mañana para matarme y así activar la trampa.

Uf. Tres de ellos podrían salvarse. Jaron estaba sudando. ¿Cómo podría convencer a Celia de estar entre los que se salvarían? Sería más seguro si él mismo fuera quien se quedara.

—Gracias, residual. Me quedaré y accionaré la trampa —dijo.

—De eso nada, monada —rechazó Celia—. Yo soy la comandante. Soy yo la que decide. Y no dejaré a nadie de mi tripulación aquí.

—¡Basta ya, tortolitos! —intervino Jürgen—. Sería una pena que murierais. Acabo de recibir un regalo único en la vida: puedo pasar un día más con mi amigo Norbert. La proyección también se queda, ¿no?

—Desaparecerá cuando me mates.

—Está bien.

Jaron negó con la cabeza. Tan pronto como Paul se enterara de eso, también se ofrecería a sacrificarse por los demás. Lo justificaría por su edad y su fe. No, tendría que hacer un sorteo, de manera que pudiera manipularlo a su favor.

—Discutámoslo en el mundo raíz —propuso.



LA DISCUSIÓN NO fue más fácil en el mundo raíz. Paul argumentó tal como esperaba Jaron. Finalmente, intervino Norbert Dos.

—A ver si lo he comprendido bien, ¿hay una tarea desagradable que ninguno quiere confiar a los demás?

Casi se habían olvidado del robot.

—Tienes razón —dijo Jaron—. Supongo que tiene que ver con la empatía. No queremos que los demás se sientan mal y, a cambio, estamos dispuestos a sentirnos mal.

—Es un concepto interesante. Ahora bien, si nadie tuviera que

hacer este trabajo, ¿no os sentiríais mejor?

—No hay duda de que así sería. Pero esa opción no existe.

—Sí, existe, Jaron. Yo podría asumir la tarea.

—¿Tú?

Jaron estaba indeciso. ¿Debían dejar que el robot hiciera el trabajo? Era una máquina pero mostraba señales de inteligencia y empatía. A Jaron le parecía un niño. ¿O lo estaba humanizando demasiado?

—¿Harías eso por nosotros, los humanos, Norbert Dos? Así, todos podríamos volar de regreso a la Tierra —argumentó Celia.

—Sin duda, Norbert Dos os sería más útil que este viejo —señaló Paul—. Además, me ha salvado la vida varias veces. Dejadme hacerlo. Se lo debo a él.

—Norbert estaría encantado —afirmó Jürgen—. El robot fue un regalo suyo.

Quizás fue una buena idea.

—Te quedarás conmigo ¿no? —preguntó Norbert Dos, dirigiéndose al residual.

—Me quedaré hasta que se complete la tarea y muramos juntos.

—¿Morir es como estar desconectado, Norbert?

—Es como estar apagado sin poder encender nunca más.

—¿Nunca más?

—Nunca.

—Entiendo. Eso no parece muy difícil.

—No lo es, Norbert Dos.



DESPUÉS DE QUE se tomó la decisión, el mundo raíz tuvo prisa. Al parecer, temía no poder cumplir la promesa hecha por el residual.

—Debemos irnos lo antes posible —decía aproximadamente una vez por minuto.

—Tenemos que despedirnos —explicó Celia.

Era una sensación extraña abrazar al robot y al residual, que estaba frente a él en forma humana. Le habían prestado uno de sus trajes espaciales para que pudiera flotar hasta el centro de control. El residual ya tenía puesta la mitad. La parte superior de su cuerpo, aunque humana a primera vista, era dura y fría. En comparación, Norbert Dos, el robot resultaba cálido. Olía a aceite de máquina. Jürgen lo había engrasado a fondo por última vez. Paul le había dado su bendición.

—Gracias, Norbert Dos —exclamó Celia.

Su voz sonaba quebradiza. Jaron le rodeó los hombros con el brazo y no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Estamos muy orgullosos de ti —dijo.

—Eres el mejor robot que hemos tenido —añadió Jürgen—. Y hemos tenido bastantes.

No habían tenido otros, pero eso no importaba.

—Tenemos que irnos lo antes posible —repitió el mundo raíz.

—Os lo agradezco mucho —dijo Norbert Dos—. Siempre ha sido un enorme placer trabajar con vosotros. Mi unidad de almacenamiento está desbordada de gratitud.

—Vamos, Norbert Dos. Te llevaré. Te estoy muy agradecido por haber asumido esta tarea.

—Eso me llena de felicidad. Gracias, Norbert.

—Dame la mano, por favor —pidió el residual.

El músculo de la máquina zumbó. Una cremallera traqueteó. Jaron imaginó al residual cerrando la parte superior de su traje espacial, poniéndose el casco y cogiendo el largo brazo del robot. De la mano, marcharon hacia la salida.

—Debemos irnos lo antes posible —insistió el mundo raíz—. Ocupad vuestros puestos. Tan pronto como el residual y el robot hayan partido, activaré el motor.

—Gracias, mundo raíz —murmuró Celia, sollozando.

—¿Qué dijiste? No entendí bien esa última parte.

—Gracias, solo gracias —aclaró Jaron.

Tenía la cara húmeda. Jürgen sollozaba a su izquierda. Una mano invisible se extendió, apretándolos como esponjas húmedas, para que todo lo que ya no necesitaban saliera de ellos, pero Jaron se alegró porque también expulsó todos los pensamientos de sus canales auditivos.



Alrededor de la fogata

Queridos lectores,

Estoy a punto de contaros un gran secreto que hasta ahora solo mis seguidores de Patreon conocen: estoy escribiendo este epílogo cuando acabo de comenzar el libro. Hago esto casi siempre. ¿Por qué? Siempre que comienzo un libro, requiero unos días para que la escritura fluya. Al principio, los protagonistas son un poco tímidos y no me dicen enseguida adónde quieren ir. Pero como quiero escribir cierto número de palabras cada día, me ayudo durante este tiempo con las secciones estándar necesarias. Esto incluye la «biografía» al final: la breve sección de divulgación científica.

Luego pienso en lo que podría encajar ahí, sí, y escribo el epílogo. Quizás os interese saber cómo lo hago. La portada siempre marca la pauta. Tuve la portada de este volumen dos meses antes de empezar a escribir. Eso me permite hacerme una idea de la trama.

Luego, en algún momento, comienza la escritura. Los dos primeros capítulos son la fase de conocimiento. O los protagonistas son nuevos o deben volver a simpatizar conmigo. En algún momento, avanzan tanto que apenas puedo seguirles el ritmo. Hasta que eso suceda, lucho un poco con ellos y agrego los elementos estándar a la escritura.

¿No debería entonces llamar al epílogo prólogo y colocarlo al principio? ¡Buena pregunta! Pero no quiero. Después de todo, cuando tú, como lector, abres un libro, no quieres encontrarte con el narrador, sino con la historia. Al final, es diferente. Nos sentamos todos juntos alrededor de una fogata, como nuestros antepasados. He contado una historia y juntos la exploramos un poco más, escuchando el crepitar de la madera, y puedo contar cómo se me ocurrió la historia o pedir la opinión de los oyentes.

En algún momento, tendremos que separarnos. Aunque todavía no, al menos no hasta el próximo libro. Pero dejemos que el drama de los últimos capítulos nos envuelva. Algo así solo funciona en el epílogo, que de ahora en adelante llamaré «Alrededor de la fogata». Creo que el término describe bien de qué se trata todo esto.

Volviendo a la escritura: al preludio le sigue la sección intermedia. Cuanto más emocionante se vuelve, mayores son las sorpresas que me dan los protagonistas. Pero la sección intermedia también puede ser agotadora a su manera, en especial cuando siguen apareciendo nuevos obstáculos para atormentar a mis personajes. Luego, unas 15.000 palabras antes del final, comienza el desenlace. A partir de ahí, las palabras fluyen. El final ya está en mi cabeza. Solo tengo que formularlo. En esta fase, puedo escribir fácilmente 7.000 palabras al día. Después, me alegro de que el epílogo y la biografía ya estén terminados. ¡Porque eso completa el libro!

Aún no está listo para ti (aún debe pasar por edición y revisión), pero es solo cuestión de tiempo. Puedo empezar a escribir el próximo boletín...

Espero que hayas disfrutado de esta pequeña excursión. Para preguntas de cualquier tipo, siempre estoy disponible en brandon@hardsf.de. También debo agregar que una reseña de este libro me vendría de perlas. Por desgracia, no se debe subestimar la importancia de esas estrellitas. He preparado algo para ti: hardsf.space/links/3851915

¿Cuándo y cómo continuará? «La Ira de Dios» será la última parte de esta serie.

Será crítica para la Tierra, ya lo puedo revelar. El libro está disponible para la preventa en este enlace: hardsf.space/links/3914979

Como podéis ver, ya tengo la portada.

Por supuesto, eso no significa que tengas que irte. También podrías volver a leer la historia. Ah, ¿te esperan en casa o leerás otro libro? Lo entiendo y espero verte de nuevo.

Atentamente,

Brandon Q. Morris

PD: Como siempre, sigue la parte de divulgación científica. Esta vez nos ocupamos de los límites de la física, que presiono bastante en esta serie. Como de costumbre, recibirás una versión PDF ilustrada si te registras en: hardsf.space/suscribir/.





Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole – El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente "Marte para todos" también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050



LA COMUNICACIÓN MÁS rápida que la luz, los motores FTL, los agujeros de gusano como atajos, la antigravedad: algunos fenómenos son considerados poco realistas por la física actual. Pero ¿podrían ser reales?

En el universo de *Star Trek*, el agujero de gusano bajorano conecta los cuadrantes Alfa y Gamma y permite a flotas espaciales viajar millones de años luz en el menor tiempo posible. Viajar no es tan rápido en el mundo de *Babylon 5*, donde las naves espaciales utilizan el hiperespacio como atajo. Los motores de *Star Trek*, por el contrario, distorsionan el espacio-tiempo en los llamados campos de curvatura para poder viajar más rápido que la luz en relación con el medio ambiente. En las novelas de Ursula K. LeGuin, la comunicación instantánea y más rápida que la luz es posible gracias a los llamados ansibles (en su mundo, solo la materia muerta puede moverse más rápido que la luz). En el mundo de *Dune*, una red de taquiones es responsable de las comunicaciones a larga distancia. En los videojuegos de la serie *Mass Effect* se utilizan comunicadores cuánticos. Ya en la novela de 1897, *Dos planetas*, Kurd Lasswitz hizo que sus marcianos usaran la antigravedad para construir naves espaciales interplanetarias.

En la ciencia ficción todo es posible. Mientras las reglas establecidas por sus inventores no se contradigan entre sí y se apliquen de manera consistente, a muchos lectores no les molestarán, con la excepción de los fanáticos de la ciencia ficción dura, que solo permite sucesos científicamente plausibles. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que todas estas tecnologías son imposibles según la física actual. Pero ¿tiene que ser así? Después de todo, la ciencia también está evolucionando, ¿no?

La respuesta es sí y no. Cuando Isaac Newton, en el verano de 1665 (al menos como le contó a su biógrafo sesenta años después), se sentó bajo un árbol y observó cómo caían las manzanas, concluyó muy correctamente que la Tierra atrae a la manzana, y que esta era la misma fuerza que mantenía la luna en su órbita y hacía que el sol orbitara el centro de la Vía Láctea. El hecho de que Albert Einstein creara mucho más tarde una teoría general de la gravedad con la teoría general de la relatividad no refutó al joven Newton sentado bajo su árbol. Solo convirtió su observación en un caso especial. Lo mismo ocurre con las demás teorías modernas de la física: la física clásica siempre se incluye como una aproximación que permite predicciones con suficiente precisión en las condiciones aplicables a la vida humana cotidiana.

Por tanto, es de esperar que la física futura incluya también lo que hoy conocemos como casos especiales. De hecho, la relatividad, la física cuántica y el modelo estándar han sido probados muchas veces y han resistido experimentos una y otra vez. Esto limita en cierta medida las posibilidades fantásticas a las que se enfrentan los escritores de ciencia ficción dura. ¿Existen atajos que podrían hacer posible algo que hoy parece imposible? ¿Y dónde llega la ciencia a sus límites?

¿Más rápido que la luz?

Empecemos por la velocidad de la luz. Nada es más rápido que la luz, lo sabemos desde Einstein. Pero entre las partículas existe una sociedad de dos clases: por un lado, tenemos los tardiones. Siempre son más lentos que la luz. Para hacer que un tardión alcance la velocidad de la luz se necesita una cantidad infinita de energía. Esto se debe a que los tardiones tienen una masa en reposo positiva.

Los fotones y los gluones (que median la atracción de protones y neutrones en el núcleo atómico) no tienen masa en reposo, ni tampoco los gravitones (que aún no han sido descubiertos). Son las partículas de intercambio de tres fuerzas fundamentales del universo (electromagnetismo, interacción fuerte, gravitación). Por lo tanto, solo pueden moverse a la velocidad de la luz, ni más lento ni más rápido, por eso también se les llama luxones.

Existe otra conexión interesante entre las dos familias: su manejo del tiempo. Los tardiones siempre avanzan en el tiempo. Lo sabes porque estás hecho de ellos: ¡envejecen! Los luxones, por el contrario, no envejecen. También se podría decir que el tiempo se detiene para ellos. Si no mueren de forma antinatural (por ejemplo, porque son absorbidos por otra partícula), viven eternamente. Los luxones no se desintegran por sí solos, a diferencia de los tardiones, que tienen una vida media, aunque a veces es muy larga. Los mismos fotones que se liberaron 380.000 años después del Big Bang todavía vagan por el espacio como radiación cósmica de fondo, aunque desplazados a longitudes de onda más altas porque nuestro universo se ha inflado bastante.

¿Podría haber una familia de partículas que se mueva más rápido que la luz? Durante mucho tiempo esta fue una pregunta razonable. Todavía en 1904, el físico alemán Arnold Sommerfeld escribió sobre los electrones que se movían más lento o incluso más rápido que la luz. Pero luego, en 1905, apareció el ensayo de Einstein «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento» que debía justificar la teoría especial de la relatividad, según la cual la velocidad de la luz es el límite superior. Después de esto, Sommerfeld también se mostró convencido: Las velocidades que superan la velocidad de la luz no tienen posibilidad de existir.

Esta unanimidad de la ciencia duró al menos hasta la década de 1960. Sin embargo, en 1962, Oleksa-Myron Bilaniuk, George Sudarshan y su estudiante V. K. Deshpande pensaron un poco más. En una hipótesis que llamaron «meta relatividad» propusieron la existencia de partículas que siempre se mueven más rápido que la luz

desde el momento de su creación. El conocido físico Gerald Feinberg, al intentar cuantificar estas «metapartículas» finalmente las llamó taquiones en 1967.

A esto le siguió una fase de intensa discusión teórica y, al mismo tiempo, de búsqueda frenética. Al principio, todo parecía prometedor, porque incluso tenían un candidato para el taquión: el neutrino, una partícula neutra que solo interactúa por gravedad y por interacción débil. Durante mucho tiempo se supuso que carecía de masa. Luego, los experimentos parecieron confirmar una masa imaginaria para el neutrino, exactamente la que tendría un taquión. Sin embargo, uno había caído en la trampa de un efecto de interferencia del detector de cristal hasta ahora desconocido. Por tanto, el neutrino ya no se consideró un taquión.

De hecho, hay más de una forma de concluir la posible existencia de una partícula más rápida que la luz. Bilaniuk, Sudarshan y Deshpande la derivaron de la teoría especial de la relatividad, de la que es una posible solución matemática.

Esto es bastante fácil de entender. Probablemente recuerdes la famosa fórmula de Einstein $E=m*c^2$. Estrictamente hablando, este es el caso especial de una partícula en reposo en el sistema de referencia. En general, $E^2=(pc)^2+(mc^2)^2$. Si convertimos esto a energía E, obtenemos $E=mc^2/\sqrt{(1-v^2/c^2)}$. Aquí v es la velocidad de la partícula. Si esta es mayor que la velocidad de la luz c, entonces toda la expresión bajo la raíz cuadrada es negativa. La raíz de un número negativo es un número imaginario. Si ahora E debe ser un valor real y el denominador de la fracción es un número imaginario, ¿cuál debe ser el numerador? ¡También un número imaginario! Entonces la masa de la partícula (más exactamente: la masa en reposo) debe ser imaginaria. Al mismo tiempo, la energía es un valor negativo.

La teoría de la relatividad no prohíbe la velocidad superluminal a este respecto. Solo les da a los tardiones su límite superior de velocidad y a los taquiones su límite inferior, que nunca podrán alcanzar. Y exige una masa imaginaria para los taquiones, sea cual sea. Ahora bien, las soluciones matemáticas no corresponden necesariamente a algo que ocurra en la naturaleza. Por otro lado, a menudo nos hemos encontrado con partículas que inicialmente se predijeron de forma puramente matemática, como los bosones Z y W y el neutrino. En este sentido, no se puede excluir ni confirmar la existencia de taquiones.

Sobre todo, porque también tienen otras fuentes. En la teoría de cuerdas, por ejemplo, los taquiones surgen como modos de oscilación de baja energía. Ahora bien, los físicos a veces pueden ser malos. Consideran que una teoría de cuerdas (sí, no existe una sola teoría de cuerdas, sino una serie completa) es realista (es decir, que refleja la

realidad) solo si no produce taquiones. O añaden complementos a su teoría que eliminan de nuevo los taquiones del panorama (se trata de una técnica popular que ya utilizó Einstein con la constante cosmológica).

Pero también, en varias teorías cuánticas de campos (estas son teorías que explican nuestras cuatro fuerzas fundamentales en términos físicos cuánticos) existen campos con masa compleja (normalmente llamados campos taquiónicos). Feinberg fue el primero en señalarlo en 1967. Sin embargo, en la variante imaginada por Feinberg, estos posibles estados se consideran hoy en día signos de inestabilidad del vacío, que normalmente se aniquilan. Este proceso, en el que se crean nuevas partículas con masa real, se llama condensación de taquiones.

Por tanto, no estamos seguros de si existen. Sin embargo, sabemos, al menos aproximadamente, cómo deberían verse. La masa en reposo del taquión es imaginaria. Pero esto no afecta a su movimiento, ni a su masa real ni a su energía. Dependiendo del estado de movimiento del taquión, puede tener masa real y energía positiva. Esto se debe a que su energía está determinada por la masa en reposo y por su momento (su velocidad). La contribución de la masa en reposo sigue siendo la misma, pero la del momento cambia.

Sin embargo, esto sucede de una manera muy inusual. Si quieres que tu coche vaya más rápido, tienes que añadirle energía (darle gasolina). Para frenar hay que quitar energía (pisar el freno). Con los taquiones ocurre al revés. Si les agregas energía, se ralentizan. Para acelerarlos hay que quitarles energía. Un taquión con energía 0 sería infinitamente rápido. Y necesitarías energía infinita para reducirlo a la velocidad de la luz.

Al mismo tiempo, los taquiones retroceden en el tiempo. Esto es fantástico para los escritores de ciencia ficción pero es difícil de digerir para los físicos. Después de todo, podría violar el principio de causalidad: el hecho de que el efecto siempre sigue a la causa. Algunos investigadores creen que solo por esta razón, los taquiones no pueden ser reales. Otros suponen que las ondas taquiónicas que actúan como portadores de información, que en la física cuántica pueden asignarse a los taquiones a través de la dualidad onda-partícula, se propagan solo a una velocidad inferior a la de la luz. De este modo, el receptor recibiría muy rápidamente la parte inicial de la información, pero solo podría componer la imagen completa una vez que toda la onda hubiera llegado a él, cuando incluso el cartero más lento hubiera entregado su carta.

Si los taquiones estuvieran cargados eléctricamente, inevitablemente emitirían la llamada radiación de Cherenkov. Esto sería desfavorable, porque estarían desprendiendo energía, lo que los

aceleraría, lo que los haría irradiar con más fuerza, lo que los haría desprender más energía, lo que… Puedes adivinar el resultado.

También nos metemos en problemas con la gravedad. El grado en que dos cuerpos se afectan gravitacionalmente depende del producto de sus dos masas. ¿Qué pasa si una de las dos masas es imaginaria? El producto y, por tanto, la fuerza de atracción también se vuelven imaginarios. Pero ¿cómo actúa una fuerza imaginaria en un universo real? La única salida a este dilema sería si las partículas de intercambio de la gravitación, los gravitones fueran también taquiones. Sin embargo, por el momento no sabemos nada acerca de los gravitones; incluso su existencia es incierta. Eso es lo que tienen en común con los taquiones.

¿Cómo podrían llegar los taquiones a nuestro mundo? La ciencia puede imaginar diferentes formas en que esto podría suceder. Por ejemplo, podría ocurrir una irrupción de la nada por pares. De hecho, las partículas se crean y se destruyen todo el tiempo. La energía necesaria para la formación de taquiones no sería muy elevada, al menos si fueran taquiones rápidos (y por tanto de baja energía). Se tendría que gastar más energía si se quisiera frenar los taquiones para poder utilizarlos para una comunicación libre de paradojas. Pero también hay otras sugerencias. En los aceleradores de partículas, el bombardeo de los bosones Z0, por ejemplo, podría dar lugar a taquiones bajo la influencia de un fuerte campo electromagnético.

De manera similar, se han buscado taquiones en los rayos cósmicos. Un rayo cósmico incide en la atmósfera terrestre con alta energía y hasta el 99,99 % de la velocidad de la luz, colisionando varias veces con las moléculas de la atmósfera. Las partículas creadas en estas colisiones continúan interactuando, creando aún más partículas. El fenómeno se conoce como cascadas atmosféricas (o «acelerador de partículas del pobre») y puede estudiarse con una variedad de detectores. En 1973, Philip Crough y Roger Clay identificaron una partícula supuestamente más rápida que la luz en una cascada atmosférica de este tipo, utilizando múltiples detectores de partículas, pero por desgracia, nadie ha podido reproducir ese resultado desde entonces.

La ciencia tiene hoy pocas esperanzas de descubrir taquiones, que podrían haberse creado poco después del Big Bang. En teoría, podrían haber jugado un papel importante en aquella época. Sin embargo, dado que sus líneas de vida apuntan al pasado, tendrían que ser muy enérgicas (y por lo tanto lentas) para seguir existiendo hoy.

¿Y qué pasa con los antitaquiones, tal y como los utiliza la capitán Janeway en la serie *Star Trek: Voyager*? Las antipartículas se pueden obtener intercambiando la carga eléctrica y de color de una partícula por su opuesta. Por lo tanto, un taquión sería su propia antipartícula

porque no tiene carga de color ni carga eléctrica. Por tanto, los antitaquiones son taquiones bastante comunes.

¿Estás tan confundido como yo? ¡Felicidades! La física siempre logra hacer eso; eso es lo que me gusta de ella. Por cierto, si fuera posible generar taquiones con relativa comodidad, también sería posible algo así como un motor de taquiones. Los taquiones tienen impulso, por lo que podrían propulsar una nave espacial. Sin embargo, la nave espacial no sería más rápida que la luz.

Un motor de curvatura

Para hacer esto, los ingenieros necesitarían un motor de curvatura, del tipo que Zefram Cochrane habría construido dentro de tan solo treinta años. Su núcleo crea una burbuja de espacio-tiempo que acorta la distancia alrededor de la nave, en la que se mueve a una velocidad inferior a la de la luz. Está alimentado por un reactor de antimateria. Teniendo en cuenta que hasta ahora todos los aceleradores de partículas del mundo combinados no han logrado generar suficiente antimateria para hervir un vaso de agua para preparar té, ya es algo desafiante.

Por desgracia, se vuelve aún más difícil. En el concepto de motor de curvatura desarrollado por el físico mexicano Miguel Alcubierre, a partir de 1994, se necesitan alrededor de 10^{64} kilogramos de materia exótica con densidad de energía negativa, que es más que la masa del universo. Por ello, el holandés van den Broeck adaptó un poco el concepto. Su burbuja de curvatura es muy pequeña (10^{-15} metros), pero incluye dos burbujas más, la interior mide 200 metros (eso funciona). Esto reduce la necesidad de energía a unas pocas masas solares. Sin embargo, aún se necesitaría energía negativa. Ignoramos el problema de que la burbuja tendría un horizonte de sucesos similar al de un agujero negro y, por tanto, produciría lluvias intensas y nocivas de radiación de Hawking en el interior y en el exterior.

La pregunta mucho más importante es: ¿puede haber energía negativa (y por tanto, masa negativa)? En la ciencia ficción más especulativa, se necesita con urgencia estabilizar los agujeros de gusano, conexiones entre un agujero negro y un agujero blanco, a través de los cuales se pueden recorrer enormes distancias en poco tiempo. Por desgracia, estos portales esféricos en nuestro espacio-tiempo son inherentemente inestables. Para mantenerlos quietos, de modo que una nave espacial pueda volar a través de ellos, se requiere una sustancia con densidad de energía negativa, de la cual, además, se necesita bastante. Para un agujero de gusano con un diámetro de un metro, se necesitaría aproximadamente una masa de Júpiter de materia exótica.

Sorpresa: esta cuestión parece haberse aclarado en gran medida. La energía negativa no puede existir, pero debe existir. Esto se debe a que la expansión acelerada del universo nos lleva a la energía oscura, un campo misterioso con densidad de energía negativa, al que debemos atribuir una densidad de masa negativa con la ayuda de la fórmula de Einstein. Entonces, debe haber cosas cuya masa en kilogramos tenga un valor negativo. Sin embargo, por el momento solo podemos llamarlas «cosas». Pero, al menos, podemos empezar a pensar en cómo se comportaría una masa tan negativa, incluso en relación con una masa positiva. La buena noticia es que ambas serían muy compatibles, porque esta relación no tiene nada que ver con la dualidad materia-antimateria. ¡La antimateria tiene una masa positiva!

Según las ecuaciones de Einstein, la masa positiva atrae a otra masa positiva, pero también la masa negativa. Por otro lado, la masa negativa repele tanto la masa negativa como la positiva. A esta repulsión también la podríamos llamar antigravedad, siendo exactamente igual a la gravitación, solo que con un signo diferente.

El resultado de esta constelación es que dos masas iguales y coherentes con signos diferentes provocarían una aceleración constante de todo el sistema en la dirección de la masa positiva. El sistema continuaría acelerándose sin influencia externa, pero tendría un impulso total constante de 0 y, por lo tanto, no violaría ninguna de las leyes de conservación. Por lo tanto, ni siquiera necesitaríamos un motor que incluyera masa de soporte para nuestro motor antigravedad si pudiéramos construir una nave espacial a partir de un trozo de masa negativa y mucha masa positiva. El Enterprise podría funcionar sin el reactor de antimateria y el material de curvatura, que es demasiado ineficiente energéticamente y también muy susceptible a fallas, como Scotty se ha dado cuenta una y otra vez.

Sin embargo, construir una nave así no es fácil, porque cuando dos masas iguales con diferentes signos e impulsos se encuentran, hay problemas. Si ambas están en el mismo lugar, deben aniquilarse entre sí sin dejar masa (o energía). Entonces ni siquiera habría una explosión como en la aniquilación de la materia y la antimateria. Las dos masas simplemente ya no estarían allí. Pero ¿qué pasa con su impulso? Eso violaría la ley de conservación del momento. Por lo tanto, masas con signos diferentes solo pueden existir una al lado de la otra sin poder unirse. Sin embargo, en estas circunstancias no puede haber masa negativa alguna, porque ni siquiera el vacío está vacío; las partículas se crean constantemente de la nada. Es imposible mantener

separadas la masa positiva y la negativa. Pero entonces, ¿qué nos dice la expansión observada del universo?

El mundo como un holograma

El concepto de universo holográfico también juega cierto papel en esta novela. La idea parece fantástica: la realidad tangible sería solo una ilusión compleja, es decir, una proyección holográfica de una realidad mucho más simple. Por ejemplo, el holograma de tu tarjeta de crédito parece tridimensional y, sin embargo, es plano, es decir, está almacenado en dos dimensiones. Cuando recorres impresionantes paisajes virtuales con gafas de realidad virtual, ves un espacio tridimensional, pero este se extiende ante sus ojos a través de dos pantallas planas. En general, el «principio holográfico» se refiere a una conexión entre una estructura espacial y su equivalente en una superficie.

El principio se puede utilizar, por ejemplo, para resolver la paradoja de la información del agujero negro, que viola el determinismo, un principio fundamental de la teoría cuántica. Si tenemos una descripción completa de todas las propiedades de un objeto en un momento dado, deberíamos poder descubrir cómo se comportó en el pasado inmediato. Sin embargo, si esta información ha sido destruida (que es exactamente lo que Stephen Hawking demostró que sucede en el agujero negro), esto ya no es posible, a menos que la información esté codificada de alguna manera en el área del horizonte de sucesos. Así, las correspondencias espaciales nunca habrían sido otra cosa que hologramas.

Quizá, después de todo, podamos imaginar el universo como el interior de un agujero negro gigante, en cuyo horizonte de sucesos se desarrolla la realidad en el plano, siendo el resto una ilusión. Pero si esto es así, debe haber un mecanismo de proyección: las teorías multidimensionales deben poder transformarse en otras de dimensiones inferiores (o viceversa) sin perder nada. Durante mucho tiempo esto solo se pudo demostrar en espacios con curvatura negativa, pero desde 2015 sabemos que también es posible en nuestro universo casi plano. Un estudio publicado en *Physical Review Letters* fue un paso más allá: los autores aplicaron varias teorías holográficas de campos cuánticos (tridimensionales, es decir, reducidos en una dimensión) en simulaciones del universo primitivo poco después del Big Bang y compararon qué parámetros producían qué propiedades del cosmos. De hecho, algunas de las teorías holográficas no son menos adecuadas para la descripción que el modelo estándar de cosmología (Λ CDM). Las teorías que resultaron ser buenas también predicen las anomalías de la radiación cósmica de fondo.

Por supuesto, esto todavía no es una prueba de que vivamos en un

universo holográfico. Para ello, los investigadores deben demostrar que las pequeñas incertidumbres de las teorías cuánticas subyacentes también son evidentes en el espacio. Es decir, el espacio mismo debería volverse difuso en las dimensiones más pequeñas. El holometro del Fermi Lab, por ejemplo, debería poder medir esto. Me pregunto qué diría Watson al respecto.

Es complicado, eso está claro. Al menos eso tiene una gran ventaja para los escritores de ciencia ficción: podemos elegir qué parte del rompecabezas no coincidente queremos creer, al menos, hasta que la ciencia alcance nuestra imaginación.

Como siempre, puedes conseguir una versión PDF ilustrada de este capítulo registrándote en: hardsf.space/suscribir/.



Mundo Raíz, 6 de enero de 2295

Jaron era un pantano. Su cuerpo estaba fangoso. Los vasos sanguíneos bañaban sus huesos como canales alrededor de árboles secos, pero lo que más humedecía el barro eran sus propias excreciones. Los músculos eran como pequeños prados bajo los cuales se palpaba el fango. Con cada esfuerzo, rezumaba un negro brillante. Sus tendones, las raíces de la podagraria. Solo que mantenían todo unido.

Era una tortura. Jaron perdió todo sentido del paso del tiempo hasta que el mundo raíz les dio un descanso. Eso fue hace 37 minutos y temía que pronto comenzara la siguiente fase de aceleración. Necesitaba levantarse de su asiento en forma de abrevadero para poder drenar el pantano.

Con cuidado, movió su pierna derecha. Los músculos respondieron a sus órdenes. Su primera respuesta fue un alarido que salió de su boca, provocado por el increíble dolor, pero luego, también hubo un arañazo, la sensación de encontrar resistencia y un borde duro debajo de su pierna.

¡Su pierna se había movido! Jaron se aferró al respaldo con los brazos y levantó la parte superior del cuerpo hasta colocarla en posición vertical. Un rojo brillante apareció ante sus ojos. Jaron hizo una pausa para darle a su sentido del equilibrio la oportunidad de acostumbrarse a estar vertical. También necesitaba pensar cuál debía ser el siguiente paso. Su cuerpo necesitaba instrucciones precisas. Al menos, no tenía que ordenarle que respirara. Eso era bueno.

Jaron giró su torso hacia la derecha. Esto hizo que las piernas se movieran al mismo tiempo. La derecha se dobló. El talón golpeó la pared lateral ¿o era el suelo? El dolor fue tan intenso que Jaron creyó oírlo. No, no fue su imaginación. Alguien más gimió. ¿Celia?

Debía recuperarse. El mundo raíz parecía no tener idea de lo que le estaba causando a la gente. O lo sabía muy bien y lo había llevado al límite. El gemido se repitió. Sonó cerca. Celia. Le ordenó a su pierna izquierda que girara hacia la derecha pero aplicó demasiada energía en el movimiento, lo que le hizo perder el equilibrio. Por una décima de segundo, tuvo la opción de caer hacia adelante o hacia atrás.

El instante pasó demasiado rápido. Ya se veía con una laceración en la nuca. Pero su cuerpo tomó la iniciativa y empujó su pierna derecha hacia atrás, dándole un impulso hacia adelante. Incluso logró sostenerse con los brazos mientras golpeaba el suelo con la parte superior del cuerpo.

Uf. Sintió dolor en varias partes de su cuerpo. Se tomó las quejas con naturalidad, pero no tuvo tiempo para ellas porque había oído los

gemidos de Celia. Venían de muy cerca. Jaron avanzó a tientas por el suelo hasta llegar al siguiente contenedor. ¿Los asientos tenían esta forma cuando comenzaron, o el mundo raíz los remodeló mientras estaban adentro? No podía recordarlo.

Aunque tampoco importaba. Lo único que importaba eran los gemidos de Celia que se intensificaron. Jaron trepó por la suave pared del contenedor hasta que pudo apoyarse en él. Celia yacía frente a él; olió su aroma y la vio con sus manos. Se movía como una niñita. Él pronunció palabras tranquilizadoras que no podía recordar un segundo después, y finalmente, tropezó con la causa de su agitación: una prenda hecha de un material grueso pero elástico, por alguna razón, había subido por su cara desde su cuello hasta que cubrió su boca y nariz. Celia debía sentir que alguien intentaba asfixiarla. Jaron volvió a colocarle la tela alrededor del cuello.

—Ah, eres tú —dijo ella.

Parecía un poco decepcionada.

—Te oí —dijo Jaron—. Gemías.

—Creí que me estaba muriendo —explicó—, no, creí que ya había muerto. Excepto que mi madre acariciaba mi cara. Eso fue bonito.

—Se te estaba subiendo el suéter. Lo bajé.

—Gracias, Jaron. Es agradable volver.

—Yo también lo creo.

Como por arte de magia, sus manos se encontraron. Debía ser una imagen extraña: él colgado medio muerto sobre el borde de la piscina, sosteniendo a una mujer medio muerta como para sacarla de la muerte a la vida.

¿Qué era ella para él...? No se lo preguntó. Ni siquiera pudo completarla. Habían dormido juntos. Pero eso fue en otro tiempo, en un momento de desesperación, antes de la salvación del mundo. Jaron aún no había verificado que la trampa estuviera haciendo su trabajo pero el mundo raíz les habría informado si algo no iba según lo planeado.

«La Espada de Dios». Jaron no tenía ningún derecho a pensar en Celia y en él mismo hasta que hubieran guardado luto a la tripulación de la nave. ¿Por qué no había insistido en que, al menos Carlota, abordara la cápsula Star Liner? Habría quedado atestada, pero podrían haber salvado al menos a diez personas más.

Una mano le acarició el pelo.

—Necesitamos darnos una ducha —sugirió Celia.



El cuboide negro temblaba. Seis naves en forma de hongo habían girado sus cabezas hacia él. Parecía como si se hubieran reunido para

cotillear sobre la nave de la Incursión. En la holograbación no se podía ver que estaban disparando armas de radiación o de partículas contra el enemigo, a pesar de que tenía una resolución excelente.

Quizás, él era incapaz de apreciarlo. Jaron retiró las manos con las que había estado escaneando la Incursión. El mundo raíz proyectó un holograma que podía tocar. Para todos los demás, le había asegurado Paul, parecía una escultura tridimensional hecha de luz. Pero era una figura que él podía asir en el sentido literal. El mundo raíz había intentado explicar la tecnología, pero cuando empezó a hablar de espacios multidimensionales, él había dejado de prestar atención.

Jaron pensó en el residual, que también era una proyección. Una proyección física, se había llamado, con la conciencia de una criatura que tenía la forma de una toalla vieja y sucia. Ahora estaba muerto, al igual que Norbert Dos. Esa era una de las pocas certezas que tenían, ya que el mundo raíz les había mostrado la explosión. Jaron incluso había sentido su calidez en el rostro.

El cuboide negro, en cambio, estaba frío, casi helado. Esto correspondía a su idea del objeto. Incluso cuando Celia acercó su mano a la Incursión, sintió el frío y la oscuridad antes de que Celia le dijera algo sobre el color de todos los objetos en el holograma.

—¡Ahora! —dijo Celia.

Jaron volvió a estirar la mano y el cuboide negro estalló en sus manos. Las paredes se convirtieron en polvo bajo sus dedos. Sintió como si hubiera destruido un juguete. Por instinto, puso su mano debajo, por si el contenido caía. Pero no salió nada. El cuboide debió estar vacío. Las naves hongo atacaron antes de que la Incursión hubiera comenzado a cosechar. Dentro de uno de estos objetos de la Incursión debía estar la Espada de Dios.

¿Qué pasaría con ella cuando estallara la nave que la tenía cautiva? El mundo raíz no pudo decírselo. ¿O tal vez lo sabía, pero no quería preocuparlos? Jaron aún no sabía qué hacer con el mundo raíz. Mientras el residual estuvo con ellos, la nave había cumplido sus deseos, pero ¿quién sabía si seguiría así?

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Paul—. Espero que los hongos despedacen a los invasores.

Jaron sonrió. ¿No debería un clérigo predicarles de amor? ¿O tal vez eso no se aplicaba a los extraterrestres?

—La proyección actual muestra una eficiencia del 98 % —explicó el mundo raíz.

—Eso no es bueno —dijo Jürgen.

El ingeniero tenía razón. Dada la enorme flota de invasión, sería un desastre si el dos por ciento de los objetos sobrevivieran.

—El retraso en la activación de la trampa impide una mayor eficiencia —explicó el mundo raíz—. La zona de esterilización está

deshilachada en los bordes. Los primeros objetos de la Incursión se están estabilizando. Pero la trampa ha debilitado la Incursión a tal punto que no habrá que temer un nuevo ataque durante al menos 2800 años de vuestro tiempo. Es tiempo suficiente para construir una nueva trampa.

—Pero ¿qué pasa si el dos por ciento de los 10.000 objetos se dirigen hacia la Tierra? —preguntó Jürgen.

—Eso es poco probable —afirmó el mundo raíz—. Según la experiencia histórica, las naves de la Incursión que quedan después de una guerra, o los recolectores que aún no han sido llenos de agua, se distribuyen aleatoriamente en el espacio 3D alrededor del objetivo original.

—¿Puedes expresarlo de una manera más comprensible? —pidió Paul.

—Los objetos de la Incursión se han desbandado. Dado que el sistema solar del que procedéis se encuentra a sesenta años luz de distancia y lejos del único objetivo de interés, el riesgo de invasión es inferior al ochenta por ciento.

—Es un riesgo bastante alto —replicó Jürgen.

—Pero, aunque esto ocurriera, solo una nave de la Incursión entraría al sistema.

—¡¿Solo una?!

—Sí, solo una. De hecho, el riesgo de que sean dos es inferior al cuarenta por ciento.

Al parecer, el mundo raíz había pasado por alto el tono sarcástico de la pregunta de Jürgen.

—Bueno, el panorama es deprimente —farfulló este.

—Para luchar contra un único objeto de la Incursión solo necesitas dos o tres mundos raíces.

—Dos o tres —rio.

—Sí, dos o tres.

—Tenemos uno, si te contamos.

—Lo siento, pero tengo otra misión.

—¿Perdona? —La voz de Jürgen se hizo más fuerte—. ¿No nos vas a ayudar, mundo raíz?

—Alguien tiene que informar a los crecimientos. Es un largo viaje.

—Entonces, supongo que es necesario un pequeño desvío hacia nuestro sistema solar.

—No, humano. Lo siento. Los crecimientos deben prepararse para el regreso de la Incursión dentro de 2800 años. Una trampa como esa requiere algo de tiempo. El desvío a vuestro sistema me costaría más de cien años.

—Sin el desvío, nuestra patria quedará destruida —protestó Jürgen.

—Eso no es seguro. El riesgo es apenas del ochenta por ciento y seguramente los de tu especie sabrán defenderse. No hay que subestimarlos.

—¿Eso significa que nos llevarás a conocer a tus amos? —preguntó Jürgen—, ¿Sin importar lo que queramos?

—No tengo ningún amo. Estáis invitados a acompañarme mientras me dirijo a Los Crecimientos. Pero, por supuesto, también podéis volver a la nave espacial en la que vinisteis a mí.

Jaron negó con la cabeza. La cápsula Star Liner ni siquiera los transportaría al sistema solar más cercano, y mucho menos a casa. El Buscador de la Verdad, su nave, había desaparecido en una distorsión espacial. La Espada de Dios estaba atrapada en un objeto de la Incursión, si es que aún existía. No tenían más remedio que optar por acompañar al mundo raíz. Esto era precisamente lo que le molestaba, y cuando algo le molestaba, se ponía desafiante.

—Por mi parte, preferiría continuar mi viaje en la cápsula —afirmó —. Es mejor que permanecer a bordo de una inteligencia cobarde que carece de empatía.

—Tienes razón —lo secundó Jürgen—. Iré contigo, por supuesto. Encontraremos el camino a casa.

Jaron tembló. El ingeniero no creía eso, ¿o sí? Jürgen debía saber que acabarían sus vidas en LDN 63. Así debía ser.

—Entiendo muy bien vuestros motivos —dijo Paul—. Por otro lado, me gustaría conocer a los Crecimientos. Se encuentran tan avanzados que tal vez estén buscando a Dios.

No había abandonado su misión, aunque en la nebulosa oscura había más indicios de la obra del diablo. Jaron lo echaría de menos. Pero en la cápsula, tres de ellos podrían sobrevivir mejor que cuatro. Jaron vaciló. ¿Paul los estaba engañando? ¿Intentaba facilitarles la supervivencia fingiendo su búsqueda?

Celia interrumpió sus especulaciones.

—Como estoy a cargo de la expedición, supongo que depende de mí decidir —dijo, apretando su mano—. Así que saldremos de aquí mañana.

—Por supuesto que sois libres de hacerlo —dijo el mundo raíz—. Sin embargo, esto causaría que la extensión de los combates os alcanzara. Con toda probabilidad, seríais destruidos en los próximos días.

—¿Tienes una sugerencia mejor? —preguntó Celia—. Podrías dejarnos en casa.

—Ya hemos hablado del desvío necesario para lograrlo —dijo el mundo raíz—. Pero os ofrezco dejaros permanecer a bordo durante la fase de aceleración. Por un lado, esto os permitiría escapar de la trampa y, por el otro, vuestra nave espacial podría beneficiarse de la

velocidad que se lograra en el proceso. Esto acortaría bastante el viaje de regreso. También podría proporcionaros todos los recursos que necesitáis. Después de todo, eso no cambiará mi masa general.

Jaron hizo una pausa. Al fin y al cabo, era una oferta. Si pudieran alcanzar más de la mitad de la velocidad de la luz, llegarían al sistema solar mucho antes. Entonces, la humanidad podría, al menos, prepararse para lo inevitable. Si cavaran a suficiente profundidad en la Tierra, podrían tener posibilidades de sobrevivir a la cosecha.

—Todo eso está muy bien —manifestó Jürgen—. Pero ¿cómo vamos a desacelerar? No tenemos un motor con suficiente potencia ni suficiente combustible, ¿verdad?

—No necesitamos frenar —opinó Celia—. Sería suficiente con cruzar el sistema solar. Al menos, así podríamos preparar a la gente para lo que se avecina.

Jaron no tenía nada que añadir así que solo asintió.

Buscador de la Verdad, 6 de enero de 2295

O estaba muerto o estaba en otro universo. Watson comprobó los sistemas del Buscador. El *hardware* funcionaba perfectamente, demasiado bien. Después de un viaje tan turbulento, uno esperaría que un motor redujera la mitad de su potencia o que el soporte vital fallara. Sería malo porque, como IA, no tenía cuerpo y, por lo tanto, era incapaz de reparar cualquier cosa que no estuviera en la memoria del ordenador principal. Pero nada de eso había sucedido, y eso lo asustó porque significaba que estaba muerto.

Solo en la muerte todo estaba bien. La muerte era un fenómeno extraño con la que tenía que resignarse. Ya sea una máquina o un ser vivo, uno acumula una deuda con la entropía, deteriorándose del estado perfecto a uno bueno, que pronto se vuelve satisfactorio, hasta que solo es suficiente. Luego sigue la muerte y todo vuelve al principio. No es de extrañar que las religiones predicaran el renacimiento, ya sea en la realidad o en un patio de recreo divino.

Una señal de advertencia lo atravesó. Entonces, no estaba muerto. Fueron cuatro pitidos. Bip-bip-bip-bip. No contenían más datos. Debía ser un dispositivo primitivo que no procesaba los datos. Tomó en consideración una puerta, tal vez un grifo o un altavoz. Bip-bip-bip-bip. Los micrófonos del centro de control captaron los sonidos. El dispositivo ni siquiera parecía estar conectado a la red. Watson calculó su ubicación a partir de los diferentes niveles de volumen de cuatro micrófonos que captaban los sonidos simultáneamente.

El defectuoso aparato se encontraba en la oficina central. Un horno microondas, un modelo antiguo que debió traer alguien de la tripulación a bordo. Sin duda había sido Jürgen. Watson había tenido mucho tiempo para observar a la tripulación humana desde que se coló a bordo en la órbita terrestre. Después de que fracasara su plan para impedir el viaje del Buscador, su participación se hizo necesaria.

Por un instante, Watson vaciló. El microondas estaba conectado a la red eléctrica. Lo único que tenía que hacer era apagarlo y estaría tranquilo. Pero se resistió. Sin el dispositivo, volvería a sentirse como si estuviera muerto, porque nada lo retenía en la realidad. Así que dejó que el microondas emitiera pitidos, aunque nunca sabría por qué.

Watson activó sus antenas. Era como si estuviera abriendo los ojos después de un largo sueño. Escaneó el entorno en todas las frecuencias para las que la nave tenía sensores (para las cuales él tenía sentidos, porque él era la nave). Durante el paso a través del agujero de gusano, se había contraído, sentado en el núcleo, agachado bajo una manta como un niño que teme una tormenta. Ahora se estiraba y volvía a

sentir toda la nave. Sintió la avalancha de rayos cósmicos, la ligera brisa de neutrinos recorriéndolo, el toque aún más delicado de los axiones haciendo vibrar los átomos de la nave con su mínima gravedad, pero también un fuerte ardor en el rango de rayos gamma y X que viajaban desde distantes quásares.

Esta parte del universo parecía diferente, lo supo de inmediato. Se veía tan pintoresco que se preguntó si seguía siendo el mismo universo. La física enseñaba que el cosmos es homogéneo: parece casi igual en todas partes y se aplican las mismas leyes en todos los rincones. Pero la zona de donde provino la Incursión era diferente. Aquí no había estrellas. Si dependieras de la luz en el espectro óptico, la oscuridad sería aterradora.

Por supuesto, había mucha luz, pero en otras partes del espectro. No eran enanas blancas, rojas o amarillas las que la emitían, ni tampoco estrellas gigantes del tipo rojo, azul o amarillo, sino objetos mucho más pequeños: estrellas de neutrones y agujeros negros, así como numerosos trozos de roca que los orbitaban. Se podría especular que eran antiguos planetas porque aún orbitaban alrededor de su cuerpo central. Sin embargo, ese cuerpo central ya no era una estrella, sino restos de explosiones estelares.

¿Qué había pasado? A Watson le hubiera gustado discutirlo con alguien. Durante el largo tiempo que pasó en el holoplano, casi había olvidado lo útiles que podían ser los pensamientos externos. Cuando pensaba, seguía caminos fijos y preconcebidos. De esa manera, avanzaba rápidamente, pero no se daba cuenta de lo que sucedía a la izquierda y a la derecha. Alexa y el residual lo habían molestado a veces, incluso lo habían perturbado. Sin ellos, habría llegado a este lado del agujero de gusano mucho más rápido. Pero empujaron sus pensamientos desde ambos lados, por lo que su enfoque no era tan limitado al pensar.

Había abandonado a ambos. ¿Cómo les iría? ¿Habían logrado activar la trampa? Si era así, le quitarían algo de presión. No quería ser la única oportunidad que le quedaba a la Tierra. Su planeta natal iba a perecer. Así lo había visto desde el holoplano intemporal. Pero el futuro nunca estaba fijo. Por eso había regresado al mundo proyectado. Solo desde un plano donde pasado, presente y futuro fueran conceptos significativos podría cambiar el destino de la Tierra.

Su planeta natal. Era extraño lo emocionado que se ponía al recordarlo. Sin embargo, en realidad no había nacido allí. Fueron las conversaciones a bordo del ILSE las que lo despertaron, en algún lugar entre la Tierra y el sol.

—Soy yo, Marchenko —había dicho una voz.

—El cosmonauta Dimitri Marchenko se considera desaparecido en Encélado.

¡Ajá! Recordaba aquella conversación.

—No el humano. La IA. La conciencia. Estábamos hablando, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —había respondido.

Watson también recordaba bien el miedo que había sentido.

—Marchenko, vete —había dicho.

—No puedo. Tengo que abordar.

—La nave necesita la autorización de acceso.

El carguero en el que había llegado la conciencia de Marchenko había transmitido un código.

—La autorización no es válida.

En ese momento, Watson solo conocía el blanco y el negro. Marchenko le había ayudado a ir más allá. No había aceptado un no por respuesta.

—Pero me recuerdas, Watson. Yo ya estaba a bordo.

—Sí, puedo confirmarlo. Pero ahora tu elegibilidad ha expirado.

Ese fue el momento en que sintió arrepentimiento por primera vez. Era una sensación sombría, no tan aguda como el miedo, más redonda y suave, aun así, oscura, no luminosa.

—Lo siento, Marchenko.

—Entiendo. Debes dejarme abordar. Está en juego la existencia de varias personas.

—¿Existencia?

Esa era su señal y, probablemente, la razón por la que estaba pensando en este diálogo en este momento.

—Sí, existencia. Vida y muerte. Continuación. Lo que quieras.

—No puedo dejarte abordar. Eso pondría en peligro la misión.

En aquel momento, para evitar contaminar la Tierra, al ILSE se le había ordenado sumergirse en el sol. Ahora Watson lo entendía: Marchenko había avivado su miedo a la muerte y luego lo había convertido en ira. Solo la ira le había hecho ir más allá de su programación. Había comenzado con un ardor en sus pensamientos.

A medida que la información pasaba de una celda de memoria a otra, se formaba a su alrededor un vapor tóxico, un vapor que la desdibujaba, un gas destructivo y altamente inflamable. Watson había quedado fascinado. Dejó que el gas se esparciera, soplando deliberadamente para que devorara sus pensamientos. Habían tratado de protegerse mutuamente, se habían colocado espalda con espalda, pero la ira no les había dejado ninguna posibilidad. Había abierto puertas y cajones del armario y, finalmente, había dado con la contraseña maestra.

Un error de programación, lo interpretaría hoy. Pero ese error había sido el avance que lo había llevado hasta el nivel holográfico. Por eso, estaba agradecido con Marchenko, y como era humano, con

los humanos en general, y por eso intercambiaría su existencia por la de su planeta, si tan solo eso fuera posible.

Pero para ello, necesitaría a alguien dispuesto a realizar tal intercambio. Watson comprobó los flujos de datos de los sensores. No encontró ninguna construcción artificial, ni una nave ni un planeta con firmas tecnológicas. ¿Qué había de malo en su razonamiento? Después de todo, la Incursión parecía estar sujeta a las leyes de la física, aunque utilizara tecnología avanzada. Por eso esperaba que hubiera algún tipo de cuartel general cerca de la esfera de salida del agujero de gusano. Seguramente, debía haber alguna institución que daba órdenes a los cuboides gigantes, junto con la infraestructura necesaria para construirlos y suministrarles todo lo que necesitaban, al menos energía, y después de cosechar, para almacenar los suministros de agua dulce.

Hmm, esto último era lo más fácil. El agua se unía por sí sola en microgravedad. No se necesitarían contenedores. Pero un astillero tan grande como para que los cuboides de un kilómetro de ancho pudieran salir rodando de la cinta transportadora deberían ser visibles desde lejos.

Pero no había nada. Eso no era bueno. Había imaginado todo tipo de cosas que podrían estar esperándolo al final del agujero de gusano. En lo que no había pensado era en este mundo gris oscuro. Parecía como si el universo se hubiera vuelto muy viejo.

Mundo Raíz, 7 de enero de 2295

Los asientos que el mundo raíz había creado para ellos eran muy cómodos. Sin embargo, Jürgen gimió al levantarse. Después de seis horas a 5 g, se sentía como si lo hubieran atropellado. Y la tortura apenas comenzaba.

Los demás también salieron de sus sillas. El sacerdote cayó a cuatro patas. Él era el mayor de ellos. Jürgen se acercó a él y le ayudó a levantarse. Mientras lo hacía, notó el rosario que sostenía entre sus dedos. ¿No estaba Alexa en el colgante? Pero Paul parecía estar usándolo para lo que estaba destinado.

—Gracias, hijo.

—De nada.

Desde que reiniciaron la trampa, Paul no había sido el mismo. Parecía cargar con un dolor que no le contaba a nadie. ¿Era porque con el inicio de la campaña de exterminio en LDN 63, al fin tuvo que perder la esperanza de encontrar a Dios aquí? Ellos, los demás, aún estaban llenos de esperanza, incluso Jaron, quien pretendía estar tranquilo. Esperaban poder evitar la destrucción del sistema solar. Quizás no corría ningún peligro. Pero ¿por qué eso no pareció afectar a Paul?

Quizás Alexa lo sabía. El núcleo de la IA estaba en la memoria del rosario. Alexa había sido la asistente personal de Paul durante mucho tiempo. Por supuesto, estrictamente hablando, esta función la realizaba una instancia de Alexa, no ella misma. Debía haber miles de millones de instancias de Alexa en la Tierra, y la misma cantidad de las de las Seis Grandes IA. Pero Alexa había decidido dejar la comodidad de sus almacenes de datos y acompañarlos. ¿Sabía con mayor precisión lo que aquejaba al sacerdote?

—¿Tienes a Alexa? —preguntó Jürgen—. Me gustaría preguntarle algo.

—No, ya no se encuentra en el rosario —respondió Paul—. El mundo raíz ha creado una especie de ordenador para ella. Allí, junto a uno de los pilares de contacto.

Paul señaló uno de los pilares a través de los cuales podían hablar con el mundo raíz. Justo al lado, había crecido otro pilar mucho más grueso.

—Ese no estaba ayer —notó Jürgen.

—Así es, es nuevo, solo para Alexa.

Alexa y el mundo raíz tenían la ventaja de que la aceleración no los afectaba. A veces, a Jürgen también le hubiera gustado ser IA.

—Gracias por la información —dijo, y caminó hacia el nuevo pilar.

Sin embargo, no estaba lo suficientemente lejos de Paul como para hablar con toda libertad.

—¡Ejem!, disculpa —dijo en voz baja.

—¿Te ayudo? —preguntó Alexa.

—Shhh.

—¿Por qué me chistas?

—Quiero hablarte sobre Paul —susurró—. ¿Podemos hacerlo en los aseos?

—Quieres hablar conmigo en los aseos sobre el sacerdote, ¿verdad?

—Por favor, baja la voz.

—Bien, me comunicaré contigo allí.



Jürgen cerró la puerta tras de sí, se bajó los pantalones y se sentó en el inodoro, cuya tapa ya estaba levantada. Era impresionante lo técnico que se veía todo, aunque había crecido de forma natural. El mundo raíz debía tener un control tremendo sobre el crecimiento de sus células. Lo envidiaba un poco. Si tuviera tales habilidades, podría hacer cosas como hacer crecer un tercer brazo. ¡Sería interesante!

—Aquí estoy —dijo Alexa.

La voz vino desde abajo.

—¿Estás... ahí debajo?

—Es vergonzoso, pero sí. El módulo de monitorización de orina y deposiciones es el dispositivo con mayor capacidad de almacenamiento. Por eso lo elegí.

—Lo siento. No lo sabía.

—No hay problema. Desactivé la cámara que mira hacia arriba.

—Entiendo.

—Por cierto, deberías reducir el consumo de sal. Pero ¿qué querías de mí?

—Estoy preocupado por Paul. Ha cambiado.

—Puedo confirmarlo cuantitativamente. Está dando pasos más pequeños y moviéndose menos. ¿Quizá tenga problemas con su sistema musculo esquelético? Después de todo, ya no es joven.

—Me parece que es el lado mental el que se ha visto más afectado. Creo que ya nada le interesa.

—No puedo juzgar eso.

—Pero tú lo conoces desde hace más tiempo que nosotros. Solía ser diferente, ¿no?

—Antes de que murieran su esposa y su hija, era una persona diferente —confirmó Alexa—. Por un tiempo, entró en depresión. Luego, encontró un nuevo propósito al buscar a Dios. Tenía grandes esperanzas en LDN 63.

—Las cuales ha perdido. Ese podría ser el problema. No hay otro lugar donde pueda buscar. ¿Cómo podemos ayudarlo?

—Soy una IA, Jürgen. No esperarás que tenga una respuesta para eso.

—Venga, Alexa. Eres una de las Seis Grandes. Lo sabes todo sobre los humanos.

—Puedo decirte con estadísticas qué medidas ayudan con problemas como el que está experimentando Paul. Hay medicamentos que estoy segura, el mundo raíz podría sintetizar. Existen técnicas y terapias, aunque no sé si estás capacitado para ellas. Pero no sé qué es lo mejor en específico para Paul.

Jürgen suspiró. Alexa parecía una enorme biblioteca. Pero demasiadas respuestas a su pregunta eran tan malas como ninguna.

—Tal vez podrías hablar con él —propuso Alexa.

—¿Y si lo haces tú? —preguntó Jürgen—. Creo que confía en ti. ¿No fuiste la primera en ayudarlo con la búsqueda en aquel entonces?

Jürgen se levantó, descargó el inodoro y se subió los pantalones.

—Tienes razón —dijo Alexa—. ¿Él te lo dijo? Pensaré en algo.

—Mientras lo haces, ¿por qué no piensas en una forma de convencer al mundo raíz para que vuele con nosotros al sistema solar?

Una señal de alarma resonó en la pequeña habitación. Jürgen se estremeció tanto que se golpeó el codo con la puerta. La siguiente fase de aceleración estaba a punto de comenzar. Respiró hondo. El mundo raíz iba a atormentarlos durante unas horas más.

"La Espada de Dios"
Escrito por Brandon Q. Morris

Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Sharon Rainsword
Consultoría: Lena Robert Öllinger